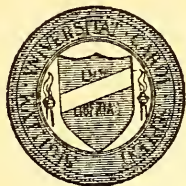




The Library  
of the  
University of North Carolina



This book was presented  
by  
The Rockefeller Foundation












OBRAS

POÉTICAS



DE

JOSÉ MÁRMOL



Digitized by the Internet Archive  
in 2012 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

La casa editorial de los señores Maucé  
Hermanos e hijos queda autorizada para hacer  
una edición de la obra 'Amalia' de mi señor  
padre y de sus diversas composiciones poéticas

Buenos Aires Julio 16 de 1905

Juan Maucé



THE LIBRARY  
THE UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA  
AT CHAPEL HILL

## ADVERTENCIA

Bajo el título de OBRAS DE JOSÉ MÁRMOL he formado el propósito de coleccionar, en cuanto me sea posible, todo lo que haya escrito mi padre y pueda ofrecer algún interés para el lector, y formando una edición completa, darlo á la publicidad.

Fácil es comprender el motivo que me ha inducido á hacer esta publicación, pues los que hayan leído los apuntes biográficos y juicios críticos que sobre mi padre han escrito los señores Juan María Gutiérrez, Florencio Varela, Juan E. Labougle, Torres Caicedo, Mariano Pelliza y otros, verán que allí se hace referencia á poesías y escritos que hoy muy pocos conocen, pues ó se han publicado en folletos que ya no se encuentran al alcance de todos, ó en los diarios de aquella época, que son raros quienes los conservan. De sus poesías, sólo dos ediciones se han hecho bajo su dirección: la pri-

mera en Montevideo el año 1851 y la segunda, más completa, en Buenos Aires en 1854, ambas completamente agotadas hoy. Del poema CANTOS DEL PEREGRINO sólo se hizo una edición en Montevideo el año 1847, publicándose en ella los cuatro primeros cantos; el canto undécimo se publicó en folletín en La Reforma Pacífica del año 1857, y el canto doce se había publicado en Montevideo en 1846 en un folleto.

De todo esto, como se comprende, hoy ni vestigios quedan, y los CANTOS DEL PEREGRINO sólo viven en la memoria de los contemporáneos de la época en que fueron escritos.

Mi padre no tenía la prolijidad de guardar y coleccionar sus producciones de todo género: él creaba, por el placer de gozar en la contemplación de su obra y después la publicaba ó no la publicaba, pero en resultado final quedaba su producción abandonada. Y esto sucedía con todo lo que salía de su pluma, poesías, folletos, y artículos de carácter político, de crítica social ó meramente literarios todo ha desaparecido.

Recoger esas flores, que un tiempo orlaron su sien de proscrito, es la tarea que me he impuesto; y si ellas son recibidas con benevolencia por el público, será éste el único homenaje que me habrá sido dado tributar á su memoria.

En el presente volumen se publican en primer lugar los CANTOS DEL PEREGRINO. De este poema sólo han llegado á mis manos, ocho cantos; los intermedios del séptimo al décimo inclusive no se han publicado; más aún, creo que no han sido escritos; pero esto en nada perjudica la lectura del poema, pues sus cantos no responden á un plan fijo ó idea determinada en el desarrollo de su trama: cada canto representa diversas impresiones que el *Peregrino* ha recibido en



distintos lugares y también en diferentes situaciones de su espíritu.

Véase cómo el mismo autor explica su poema en la Introducción al Canto doce: . . . . . «El Peregrino es un emigrado argentino que viaja en el mar, desde el trópico de nuestro hemisferio, hasta los 65° Sur, á donde le arrojan las borrascas sin poder doblar el cabo Meridional de América. Durante su viaje, de zona en zona, de grado en grado canta la Naturaleza americana, ya por sus recuerdos, ya por los cuadros que se desenvuelven á sus ojos. Los trópicos con sus Océanos de luces y su eterna primavera; el polo con su cielo nebuloso y sus montañas de nieve; el mar en todos sus misterios, en todas sus multiplicadas faces; los astros, las nubes, todo, en fin, lo que pertenece á la Naturaleza, es para el Peregrino la primera fuente de sus inspiraciones. Pero aun halla otra de más viva y lujosa poesía, su propio corazón: los recuerdos de la patria con su *pasado* glorioso, con su *presente* de lágrimas y sangre, con su *porvenir* rico de paz y de felicidad, como una promesa de Dios. Los recuerdos individuales del proscrito, del patriota, del amante, meditando sobre sí mismo, é historiando con sus propias impresiones, el carácter y los acontecimientos de la época, son otra fuente donde á menudo bebe el poeta peregrino sus inspiraciones. Y la Naturaleza y el alma son los dos mundos misteriosos que revela en sus cantos.

«Fácil es ahora comprender que nuestro poema, no es un poema dramático; que no hay unidad en sus cuadros, y que cualquiera de los cantos puede publicarse separado de los otros sin alterar el poema y sin necesidad de los anteriores para su inteligencia.» . . . . .

. . . . .

Como se ve, es casi seguro que dedicados esos cantos á algún punto de su viaje ó á alguna circunstancia recordada por éste, el autor no escribió esos cantos al mismo tiempo que los demás, quizá con la idea de hacerlo más tarde: y sabido es que después del año 1852, mi padre abandonó casi por completo la poesía.

De las poesías que en segundo término se publican, algunas hay inéditas, otras fueron publicadas en diversos diarios y periódicos en Montevideo, que el autor dirigía ó en los que colaboraba; y las demás han sido escogidas entre las muchas poesías que forman los dos volúmenes de *Armonías* de la edición de 1854, á que me he referido. Como en este grupo de diversas composiciones líricas no hay tampoco unidad ni plan determinado, he creído conveniente precederlo de la introducción que figura al frente de dicha edición y que explica cómo estas poesías son sólo el reflejo de impresiones momentáneas que han respondido á un episodio de su vida intelectual, más bien que al propósito de formar una colección de poesías escogidas, pues conforme salían de su pluma, obedeciendo á inspiraciones fugitivas, así se publicaban.

El temor de hacer demasiado extenso este volumen, me ha hecho limitar en la presente publicación el número de esas composiciones.

Tras este primer volumen se publicarán otros, conteniendo sus escritos de carácter político, publicados en varios folletos ó en artículos para la prensa, que tengo coleccionados, y también algunos romances y artículos literarios, y sus obras dramáticas que tan mal corregidas se han publica-

do en las «Obras poéticas y dramáticas» coleccionadas por don José Domingo Cortez, obra de la que se han hecho, sin embargo, varias ediciones. Pero estando, como estoy, en posesión de los originales, me será fácil hacer una publicación más esmerada y completa. Y con esto habré cumplido con un grato deber para mí.

JUAN A. MÁRMOL

*Buenos Aires, Febrero de 1889.*





# A MI HIJA MARÍA

MONTEVIDEO, 1846.





**CANTOS**  
**DEL**  
**PEREGRINO**

PATRIE

*Je consacre à ton nom ou ma mort ou ma gloire*

Lamartine.

*Libertà va cercando, chi è sì cari  
Come sa chi per lei vita rifiuta.*

Dante.

## INTRODUCCIÓN

Los cantos del Peregrino, pertenecen, por la patria del autor y por muchas de sus inspiraciones, á la primera de las literaturas poéticas en la América que habla español.

A una literatura poética que nace, crece y se modifica á par del movimiento social. A una literatura poética que fué lírica y guerrera cuando sus cantores vestían armas, como el último de los ciudadanos; dogmática y filosófica cuando amanecían las instituciones tras la noche formada por la humareda del combate; elegíaca individual y cristiana, con el corazón en las memorias de lo pasado y la esperanza fija en el porvenir, cuando el fruto de los desórdenes domésticos se presenta en todo el amargor de su madurez.

La Lira Argentina es una verdadera arpa eoliana, que ha resonado al soplo de los huracanes y de los aires mansos de la patria. La Lira Argentina ha cantado las batallas como la de Homero; los héroes como la de Osian; á Dios como la de David; la resignación y la esperanza como la de Job.

Ese Pueblo Argentino que no tiene montañas de oro; diseminado en la aridez de la llanura; embatido de las *suestadas* y del Pampero; condenado á domar el potro para domesticar las fieras: inquieto y manso alternativamente, como el mar; invasory altanero, como el Águila; independiente y apegado á sus soledades, como el Árabe; ese pueblo original á quien amamos tanto, es el único de América que puede de-

cir: «esta es mi historia,» mostrando sobre su cabeza una guirnalda de poesías.

Nosotros no tenemos ni poetas ni poesía anteriores al primer movimiento de la libertad. La mente Argentina no pudo nunca mover las alas bajo el alambre dorado de sus prisiones: le era necesario el espacio, la libertad, la inmensidad del llano, la cima de la montaña; una bandera color cielo, la sangre de sus opresores y la victoria. Y cuando todo esto hubo, he ahí en pie una generación entera de poetas.—López, Luca, Rodríguez, Molina, Rojas, Lafinur, Hidalgo, Varela se ponen en marcha con la patria y la acompañan en su peregrinación de libertad, hasta dejar en el sepulcro al último de sus héroes, y dentro las puertas de Lima á la bandera azul y blanca.

Uno sólo alienta hoy de tanto corazón generoso, de tantos sacerdotes ejemplares, de tantos literatos distinguidos, porque á tan nobles clases pertenecieron nuestros poetas. Unos tuvieron por tumba el mar, otros los campos de batalla, y los huesos de algunos de ellos tendremos que devolver á la patria el día que nuestra política pierda el derecho de excomulgar.

Casi dos lustros habían pasado sobre los últimos sucesos de la guerra de la independencia. Los ensayos sin fruto de una organización nacional, y el luto de la guerra civil resucitada por el mismo sable que debió apoyar las instituciones, tenían entristecida y desmembrada á la Sociedad Argentina; mayores desastres podrían presagiarse para un futuro próximo, cuando aparecieron en Buenos Aires *Los Consuelos* del señor Echeverría. Si el *Triunfo Argentino* de López fué preludio de nuestra lira guerrera, la obra de aquel joven poeta lo fué de la lira del dolor, de la queja individual, de las pasiones ocultas del corazón, de las miradas al porvenir. La naturaleza de nuestro suelo halló también en Echeverría su pintor, y ayudado de las doctrinas literarias del tiempo,

conquistó la *Pampa* para la poesía. Atrevimiento del genio coronado de aplausos, como todas las audacias felices.

Obra de la época ó de las producciones indicadas, ha sido la aparición de la poesía que llamanos *nueva*. Despertada por la voz del *dulce ruiseñor de los Consuelos* (1), ó por la voz de la época, se presenta la generación actual de poetas, ufanos de su origen, atando con armonías el pasado glorioso á un porvenir todavía más glorioso, en que tienen fe; levantando los ojos desde el seno de la patria para fijarlos en Dios, cantando el suelo en que nacieron con ese amor entristecido y dulce con que amamos los bienes ya perdidos; maldiciendo á veces, perdonando siempre; explicando, á favor de la filosofía, el bien que ha de nacer del mal; y confiado más que nunca el triunfo de las ideas del programa de Mayo, que han estudiado y convertido en evangelio social.

A esta generación, que á pesar de hallarse «en las verdes promesas de la vida» (2), cuenta ya á dos de sus más ilustres compañeros en la vida del Cielo (3), y á todos los demás en las amarguras del destierro, pertenece el autor de los CANTOS DEL PEREGRINO.

En una ocasión solemne, personas muy competentes dijeron de una obra del señor Mármol en que hallaron «*elevación, novedad, frescor, abundancia en las ideas*»: «la Comisión reconoce que el molde en que fué vaciada es sin disputa una cabeza poética» (4). A la conciencia de sus fuerzas, mucha debió añadir en el ánimo del poeta este bautismo público, con que el talento lavaba de sus sienes la culpa de profano. Quedó desde entonces decidida su vocación. Los periódicos de Montevideo han publicado muchas poesías del señor Mármol, y el pueblo de aquella misma ciudad aplaudió sus dramas, el *Poeta* y el *Cruzado*, impreso el uno, y el otro todavía inédito.

Tres años han pasado apenas sobre aquellos triunfos, cuando tiene ya preparados para la impresión los CANTOS DEL PEREGRINO.



CARLOS (5) es el Harold de la Patria y de la Naturaleza, El héroe del poeta inglés arrastra su melancolía entre sepulcros y recuerdos; El PEREGRINO sólo baja la vista al suelo para admirar las flores; la mantiene á la altura de las montañas; en el cenit para cantar la luz en las horas de su esplendor; en el horizonte para contemplar el nacimiento y el declinar del día; en las nubes para encontrar en ellas mineros inagotables de la más lujosa poesía. El PEREGRINO, consulta constantemente dos mundos de misterio, dos fuentes que jamás se apocan: el corazón y la naturaleza.

El señor Mármol ha perdonado *su cárcel y cadenas* (6), y nosotros casi perdonamos también la mano que le aleja de sus hogares, porque en ellos no habría sentido las impresiones de las regiones del Trópico ni de los mares del Polo. Porque es preciso que se sepa que El PEREGRINO ha sido pensado y escrito sobre la cubierta de una nave; en un viaje de sufrimientos y peligros, desde el Trópico de nuestro hemisferio, hasta la latitud de 65° Sur, donde lo arrojaron las borrascas, sin poder doblar el Cabo meridional de América.

Escribimos en pobre prosa; ¿cómo podremos dar una idea de la poesía del PEREGRINO? ¿Dónde hallaríamos una llama tan activa de inspiración como la que alienta el autor? El PEREGRINO es un himno en loor de la magnificencia del Mediodía americano; la traducción fiel de los más íntimos sentimientos del poeta, del desterrado, del patriota, del amante, meditando sobre sí mismo, ó engolfado en el Edén, ó en el infierno de la variada naturaleza de nuestro Continente. Lea los cantos á *las Nubes*, á *los Trópicos* quien tenga vista capaz de fijarla en los joyeles con que se engalana el cielo en los días de alegría de su Creador; léalos quien, teniendo la fe del poeta, pone toda la mitología de sus amores y de sus afectos en los accidentes del cielo visible, en la levedad de los vapores en que se reclina el sol para adormirse en las tardes.

Decid, nubes, decid, ¿quién un tributo  
 no os rindió alguna vez? En el contento  
 ó con el alma en luto,  
 ¿qué mortal no os ha dado un pensamiento?...  
 En las noches serenas,  
 el corazón dolido,  
 ¿qué madre no ha llorado con vosotras  
 el dulce fruto de su amor perdido;  
 ó amorosa y prolija,  
 no imaginó entre flores  
 el porvenir de su inocente hija?...  
 ¿Qué desterrado, acaso,  
 en los velos de nácar y zafiro  
 que bajáis al ocaso,  
 no ha mandado á su patria algun suspiro (7)

Hay quien todavía niega la existencia de una poesía peculiar á la América; pero al fin se tendrá que reconocer nuestra independencia en literatura como se ha reconocido en política: una y otra no son cuestiones sino hechos. El poeta debe sentir lo que canta y sentirlo entrañablemente: el poeta debe pintar y pintar con verdad la Naturaleza. ¿Y con qué corazón, con qué colores se han de manifestar eficazmente el movimiento de los afectos que nacen de la Sociedad Americana, y las escenas de su suelo? Con un corazón americanamente apasionado, y con los colores que ostentan llanos, montes, ríos y mares americanos. Tenemos ya un pasado; campos gloriosos; festividades patrias; varones eminentes á quienes hemos dejado en la tumba con los ojos llenos de lágrimas. Y, ¿será el extranjero quien haya de venir á cantar lo que á nosotros únicamente puede conmover las entrañas? Sólo un PEREGRINO Americano podía llenarnos de orgullo con estos versos de su Canto á América, Canto que en parte es una profecía y en parte una realidad que se verifica diariamente.

«América es la virgen que sobre el mundo canta,  
 »profetizando al mundo su hermosa libertad»...

«Quedad, mundo europeo, ennoblecido padre  
 »de tiempos que á perderse con el presente van;  
 »quedad, mientras la mano de América, mi madre,  
 »recoge vuestros hijos y les ofrece el pan.»

«¿Qué importa? ¡eh! ¿qué importa? si no vienes de guerra  
 »nosotros te daremos donde segar la miés;  
 »para que nazcan pueblos tenemos, sí, más tierra  
 »que espacio para estrellas sobre los cielos ves...»

«América, que se alza sobre columnas de oro,  
 »América la joya del Universo es.  
 »La miro y me envanezco, y al contemplarla lloro...  
 »sus montes á mis ojos... sus mares á mis pies!»

Pero en este tan vasto mundo de América el PEREGRINO tiene su playa natal, para la cual reserva toda la fuerza de su amor y todo el fervor de sus recuerdos. La brújula del instinto, más que la del piloto le advierte la cercanía de la patria: reconoce el cielo de su infancia y entona el canto «A Buenos Aires» con los ojos puestos donde los pone el que no tiene más bien que la esperanza:

«¡Cuán bellas contemplo rodar por la esfera  
 »tus nubes pintadas de plata y zafir!  
 »¡oh patria! si al hombre faltara la ciencia  
 »sabría al mirarlas que estabas allí...»

¡Cuán bellos tus mares! ¡cuál alzan henchidos  
 de orgullo sus ondas, valiente su voz!  
 ¡oh, vaya en vosotros al suelo Argentino  
 vibrando en las olas mi lúgubre *adiós!*

Entre los recuerdos del Peregrino, se presenta á menudo el de la mujer de su alma, á quien ha dado el nombre puro

de María. Ella supo inspirarle una pasión delicada y profunda pintada con la armonía de estos versos:

No era ese amor frenético y ardiente  
 que arrebatara la calma,  
 más que del corazón, de los sentidos:  
 era esa tierna abnegación del alma  
 que ni siente placer ni dolor siente  
 sino en el alma del objeto amado.....

. . . . .  
 «¿Qué tengo yo sin ti?» Penas y llanto;  
 llanto frío, infeliz, eterno y santo,  
 porque lloro de amor.—Tú mi primera  
 impresión en la tierra, tú tendiste  
 mano de compasión al PEREGRINO,  
 y, tierna y hechicera,  
 «Ven hacia mí», dijiste;  
 arrojando una flor en su camino.

Eres mi dios, mi hermana, mi querida,  
 y mi esposa también.—Palabras santas  
 dádivas del señor para la vida;  
 puras como las lágrimas del niño,  
 tiernas como los besos de una madre,  
 palabras, sí, que el corazón no miente,  
 riquezas de cariño,  
 con que adorna mi amor tu blanca frente.

Concluyamos estas líneas. Si el autor de PEREGRINO no hubiera dado ya tanta prueba de su talento poético, bastaría esta producción para que cayeran sobre su cabeza las hojas del laurel tan ambicionado como tan pocas veces conseguido.—Cantar los sentimientos de la actualidad, pensar sobre el bien, sobre la belleza, sobre la verdad, según la dirección de la época; poner de bulto el pensamiento confuso é incompleto de la generalidad: tales son las condiciones con que se manifiesta el poeta verdadero. El que satisface á

este programa, levanta un monumento y graba su nombre sobre el acero en la historia de la literatura.

Hemos leído el PEREGRINO y parecíanos que el autor nos había consultado sobre el asunto de sus Cantos: nos parecía la obra de un Genio que hubiera espiado invisible los secretos de nuestra conciencia, los sueños de nuestra alma, las fantasías de nuestra esperanza, y que nos decía: «hé aquí el retrato de lo que creáis que no pudiera representarse con la palabra, ni tomar cuerpo con los incompletos recursos del lenguaje.»

Nosotros que pertenecemos á la época, á la América, á la democracia, á la fe de la cruz; que esperamos en lo futuro, que alguna gota de ese rocío del cielo que se llama poesía cae de cuando en cuando en nuestra alma, porque somos desgraciados, somos al mismo tiempo rama del árbol que todo él ha de comoverse al soplo del PEREGRINO. Toda nuestra generación hallará en él su historia, y toda ella bendicirá á su autor. Bella y envidiable suerte es la del poeta que alza el velo á los dolores para consolarlos!

*Río Janeiro, Febrero, 1845*

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ



## CANTO PRIMERO

---

### A MI PATRIA

*BUENOS AIRES. mis ojos se abrieron á la luz bajo tu cielo hermoso; y, digno hijo de tus pasadas glorias, se cerrarán acaso bajo el cielo nubiado del extranjero.*

*Pero en mi destierro, tu recuerdo santo se confunde en mi memoria con los primeros besos de mi madre; y, si ambicioso de gloria he buscado con las inspiraciones de mi alma una guirnalda de poeta, es por depositarla á tus plantas: porque tú eres, Patria mía, el imán de esas inspiraciones.*

*Acepta el primer CANTO DEL PEREGRINO: y, ¡ojalá que ese recuerdo de tus pasados tiempos y de tu hermoso porvenir, te haga enjugar un instante el llanto de tus desgracias presentes!*

*Adiós, Buenos Aires: orgulloso de mi origen, moriré en el destierro, si no puedo algún día respirar en tu seno el aire puro de la Libertad: pero mi última palabra será tu nombre; mi último pensamiento será tu imagen.*

JOSÉ MÁRMOL



## CANTO PRIMERO

Hijo de la desgracia el PEREGRINO,  
ha confiado á los mares su destino;  
y al compás de las ondas y los vientos  
el eco de sus tristes pensamientos  
vibrará por el mar. El su grandeza  
cantará entusiasmado, la belleza  
de la espléndida bóveda estrellada,  
con el alma ante Dios arrodillada;  
y cantará también sobre los mares  
la libertad, su amor y sus pesares.

Sigámosle en el mar, do quier existe,  
como las sombras de la tarde, triste,  
y una secreta dulce simpatía  
nos roba su letal melancolía:  
¡él! ¡el proscrito trovador del Plata,  
que, conducido por la suerte ingrata,  
cinco años ha que su enlutada lira  
bajo extranjero sol triste suspira!

Con él la dulce inspiración del canto  
nació para cantar el dogma santo,  
que inauguró á la luz de la victoria

ese pueblo, que en brazos de la gloria,  
reventara de un mundo las cadenas  
con prender el cañón de sus almenas.  
Pero helóse la voz en su garganta  
cuando, al mover la adolescente planta,  
en vez de abierta y espaciosa vía  
al genio, á la virtud y nombradía,  
tropezó de un patíbulo en las gradas  
con la sangre de Mayo salpicadas.

Ya el eco del cañón no se dilata  
en las riberas del altivo Plata,  
cuando dora su linfa el sol de Mayo (1)  
con su primero suspirado rayo;  
ya no suenan sus cánticos triunfales;  
ya no escuchan sus santas catedrales  
los religiosos himnos de alabanza  
al Dios que iluminaba la esperanza  
en medio de la larga incierta lucha.  
Ya en las calles y plazas no se escucha  
del pueblo rey la estrepitosa grita,  
cuando á los rayos de su luz bendita  
festejaba aquel sol que hirió su frente  
con raudales de gloria refulgente;  
ya no oprimen las madres en su seno  
su tierno fruto de esperanzas lleno,  
ni á par del blando maternal arrullo  
lloran sobre su sien llanto de orgullo.

Ya el Plata no se empina del profundo  
á ver la Roma del naciente mundo,  
y á sus olas indómitas descende  
y en las arenas sin valor las tiende  
Ya en las grietas del Andes no se interna  
derrumbada la nieve sempiterna,  
porque no hay otra vez quien de la cima  
la arroje y ledo la montaña oprima (2):

ya pára el Cóndor en la sien su vuelo,  
 y ese invasor intrépido del cielo,  
 ya no vuela á esconderse entre la nube,  
 al ver que raudó de la falda sube,  
 labrando las pedrosas cordilleras,  
 un mundo de guerreros y banderas.

¡Patria! ¡Patria del alma! con tu espada,  
 el atlas de la América admirada  
 trazaste en la pelea. Repartiste  
 los montes y los ríos; y volviste  
 á reposar la sien en tus laureles.  
 ¡Grande fué tu misión! Grandes y fieles  
 la llenasteis, vosotros, los que hermosa  
 visteis la luz de una época dichosa.  
 ¡Ya la época pasó...!

Dormid con ella  
 á los celestes rayos de la estrella  
 que alumbrará eternal en la memoria,  
 la época con vosotros y su gloria.

Siguió tras ella, como al claro día  
 siguen las horas de la noche umbría,  
 la época del dolor. Del mundo es esa  
 la eterna ley que sobre el mundo pesa.  
 Una edad á otra edad se precipita,  
 y en el rápido empuje inhabilita  
 y destruye y derrumba el edificio  
 á la edad que pasó grande y propicio.  
 Su ley es destruir; destruye, mira  
 completa su misión, y alegre expira.

Otra generación viene tras ella,  
 y para edificar halla en su huella  
 escombros humeantes todavía,  
 sin plan; ni basa, ni favor, ni guía.

La misión de tumbar sólo es de UNA;  
la ley de edificar pesa importuna  
de DIEZ generaciones en los hombros.  
¡Ay, de aquella que en medio á los escombros  
nace; al caer el edificio al suelo,  
y entre caos de ¡vivas! y de duelo  
buscan sus ojos el color del día  
y hallan las nubes de la noche umbría!  
¡Ay, de la reacción que la atropella!  
¡Ay, de su porvenir la incierta estrella!  
¡Ay de tus hijos que en furor continuo,  
cual verdes hojas de tumbado pino,  
sacude ¡oh patria, el vendabal de Mayo!  
El quebró con el ímpetu del rayo  
la cadena de fierro de dos mundos;  
El levantó en sus vüelos furibundos  
el porvenir del suelo americano,  
bello como su cielo soberano,  
inmenso cual sus montes y sus mares;  
él ungió nuestra frente en los altares  
con las glorias del tiempo venerado;  
él nos legó la gloria del pasado,  
y á los hombres que vengan la fulgente  
gloria del porvenir. Pero el presente,  
eco rudo del bélico estallido,  
última convulsión, postrer quejido  
de nuestra vieja lamentable vida,  
destello fatuo, emanación perdida,  
de la pasada edad, que vaga incierto  
entre los miembros de su cuerpo yerto,  
y asusta y cruza con su luz siniestra,  
sólo nos cupo por desgracia nuestra.

Luchar y padecer. Es un tributo  
que aún le pagamos á tu edad de luto:  
holocausto de sangre y de reposo



por las primicias de tu tiempo hermoso;  
y nosotros, sufriendo los rigores  
del crudo tiempo en la estación de flores,  
le rendimos doquier, lejos del Plata,  
¡oh, madre hermosa! sin llamarte ingrata.

Ahí va CARLOS proscrito y peregrino  
sobre la popa del nadante pino...  
La arpa en las manos, con el alma herida,  
sin patria, sin hogar y sin querida,  
á merced de las ondas y los vientos;  
fijos en Dios sus altos pensamientos,  
y con la fe del corazón cristiano  
esperando del mal el bien lejano.

¡Cinco lustros de vida solamente;  
y de tanto sufrir ni el dolor siente!

Un pueblo hermano á su feliz ribera  
llegar proscrito sin hogar le viera;  
y allí un destello de esperanza vana  
profetizó la libertad cercana  
de su patria infeliz. Mas ¡eh! ¿la hoguera  
del ángel de la muerte reverbera  
su fuego por el mar? ¿Sobre la espalda  
de los cerros, los mantos de esmeralda  
cambiaron su color? Piedad ¡Dios mío!  
Es SANGRE nada más; el ancho río,  
las colinas, las sierras y los llanos  
SANGRE muestran doquier. Sangre de herma-

| nos

que de inocente ó de malvado pecho,  
la derraman sus venas, sin provecho,  
para la Libertad.... Del tiempo es ella  
no de las lanzas ni sangrienta huella,  
y en el tiempo vendrá... Mas ¡ay! se escucha  
fatídico el cañón, arde en la lucha

el fuego nada más de las pasiones:  
¡El Plata es un volcán! los corazones  
rudos palpitan de venganza henchidos,  
y ni de vencedor ni de vencidos  
la suspirada Libertad se escuda  
entre el caos de la victoria ruda.

¿Qué es del Cantor allí? Dulce suspira  
un himno melancólico su lira,  
y el trueno de la pólvora vibrando  
ahoga el acento melodioso y blando,  
como á orillas del mar muere un gemido  
de las ondas al áspero bramido;  
como la voz de la torcaz medrosa  
entre las ramas de la selva hojosa  
cuando los vientos desatados zumban  
y las palmeras con furor derrumban.  
¿Qué es el poeta allí? Lo que el navío  
presa de calma sobre mar bravío,  
que combatido del empuje fiero  
y cargado de paño el mastelero,  
fijo y convulso está sobre el abismo  
luchando sin andar, consigo mismo.  
¡CARLOS! es aire para él de vida,  
única luz, la libertad querida;  
era pesado el aire que aspiraba  
y al alma dentro el pecho sofocaba.  
Suspiró entonces con amargo duelo,  
miró del Plata el azulado cielo,  
y ocultando en el alma sus pesares  
¡Adiós!—le dijo,—y se lanzó á los mares!

¡Magnífico Brasil! Tú le has mirado  
en sus tristes recuerdos sepultado  
á las orillas de tu mar tranquila,  
de lágrimas bañada la pupila,  
fija del horizonte en los celajes,

ó en tus bellos fantásticos paisajes.

Te pronuncia un ¡adiós! ¿No ves? su lino  
el *Fénix* desplegó, y el PEREGRINO  
oírá quebrarse en la atrevida proa  
las ondas saludadas por Balboa.

Tibio su pecho cual tu tibia brisa,  
ni un suspiro de amor, ni una sonrisa  
al dejar tus riberas te regala;  
nadie tampoco con amor exhala  
un suspiro por él: miró tus flores  
y no sabe contar de sus olores.

Ya las olas Atlánticas surcando  
la erguida nave en movimiento blando  
se columpia en el piélago espumoso,  
como cándido cisne majestuoso.

Al sur volviendo la filosa prora  
mira á su izquierda el trono de la Aurora,  
y á su diestra las nubes de Occidente,  
coronando de América la frente.

Dadas las velas á merced del viento,  
se desliza en el líquido elemento,  
como esas blancas ilusiones bellas  
que pasan raudas sin dejar tras ellas  
en el mar de la inquieta fantasía  
más que un eco expirante de armonía.

CARLOS, en tanto, pálido, sombrío,  
recinado en la popa del navío,  
está fijo en los vastos horizontes  
contemplando de América los montes  
como, bajo ciprés frente á una losa,  
llora el esposo la perdida esposa.  
Descubierta la sien, flota el cabello

en negros rizos sobre el blanco cuello,  
ó la pálida frente le descubren  
y con sus hebras otra vez la cubren;  
cual de la selva el trecho despejado,  
por la luz de la luna plateado,  
las movedizas hojas del ramaje  
sombream con su fúnebre celaje.  
¡Silencio! ¿no le véis? CARLOS suspira...  
su rodilla dobló... sus ojos gira,  
rayos vertiendo de celeste lumbre,  
cual si en el alma rica muchedumbre  
de fúlgidos diamantes esparcida  
reflejase su luz... Vedle; oprimida  
tiene su Lira en la convulsa mano;  
y, animado de impulso soberano,  
hiere sus cuerdas. ¿No escucháis? Su acento  
nos trae vibrando el conmovido viento.

---

## CANTO DEL PEREGRINO

---

### LA AMERICA

Dirán: esa tierra inculta se ha vuelto un paraís  
EZEQUIEL.—(Cap. XX XVI.)

América es la virgen que sobre el mundo canta,  
profetizando al mundo su hermosa libertad;  
y de su tierna frente la estrella se levanta  
que nos dará mañana radiante claridad

No hay MÁS ALLÁ en los siglos á la caduca Europa,  
que al procurar *mañana* se encuentra con *ayer*;  
bebió con entusiasmo del porvenir la copa,  
y se postró embriagada de gloria y de poder.

La gloria quiere vates, la poesía glorias:  
¿por qué no hay armonía, ni voz, ni corazón?  
la Europa ya no tiene ni Liras ni Victorias:  
el canto expiró en Byron, la gloria en Napoleón.

Los tronos bambolean y el cetro se despeña;  
los pueblos quieren alas y se les clava el pie;  
el pensamiento busca del porvenir la enseña,  
y no halla sino harapos del pabellón que fué.

Hay tumba á las naciones. Se eleva y se desploma  
la Grecia que elevara sus sienes inmortal;  
al mundo hallaba chico para hospedarse Roma,  
después murió en el nido de su Aguila Imperial.

¿Adónde irá mañana con peregrina planta  
la Europa con las joyas de su pasada edad?  
América es la virgen que sobre el mundo canta,  
profetizando al mundo su hermosa libertad.

¿Qué importan del presente los días lastimeros,  
cuando el pasado es lleno de gloria y esplendor,  
y á quien por vida cuenta los siglos venideros  
que borrarán, pasando, las huellas del dolor?

Salpique á los bridones la sangre de los llanos,  
y en medio á la tiniebla se hieran—está bien:  
la niña coge flores, é hiriéndose las manos,  
trabaja una corona para su blanca sien.

Hasta el presente ingrato la servirá de gloria  
cuando los tiempos viva de porvenir mejor;  
pues que verá en nosotros para hermohear su historia  
dramática epepeya que inspirará al cantor.

Quedad entre leyendas y hermosas tradiciones,  
España, que dormíais con mundos á los pies;  
quedad como el guerrero que cuenta sus blasones,  
y honrosas cicatrices, cayendo de vejez.

Quedad, altiva Francia: la luz del pensamiento  
que destellando chispas en vuestra sien está,  
mañana, cuando el tiempo le seque el alimento,  
sobre el naciente mundo la llama prenderá.

Quedad, vieja Inglaterra: ha mucho los *Leopardos*  
encrespan la melena sin levantar la sien;  
que, al procurar el pueblo de Alfredos y Ricardos.  
el Pueblo de las *cifras* y mercaderes ven.

Quedad, mundo europeo; ennoblecido padre  
de tiempos que á perderse con el presente van:



quedad, mientras la mano de América, mi madre  
recoge vuestros hijos y les ofrece el pan.

¿Qué importa? ¡eh! ¿qué importa? Si no vienes de guerra,  
nosotros te daremos donde segar la mies;  
para que nazcan pueblos tenemos, sí, más tierra  
que espacio para estrellas sobre los cielos ves.

Tu hijos en nosotros encontrarán hermanos,  
el sable se ha tirado después de combatir;  
venid y cultivemos con fraternales manos,  
la prometida tierra del bello porvenir.

América no puede ser libre todavía,  
porque su herencia ha sido bastarda obscuridad;  
no temas, no; mañana cuando despunte el día,  
fijando sus destinos, verás la Libertad.

América que se alza sobre columna de oro,  
América la joya del universo es:  
la miro y me envanezco; y al contemplarla lloro...  
¡sus montes á mis ojos, sus mares á mis pies!

América es el arca que el porvenir humano  
contiene misteriosa y un día se abrirá;  
entonces el Eterno levantará en su mano  
la herencia de los hombres que prometida está.

La Libertad, el Genio, la Paz, la Poesía  
en tronos de alabastro levantarán la sien;  
y lleno de esperanzas, como la luz del día,  
el corazón del hombre palpitará también.

No son dorados sueños de mi alma americana;  
son leyes que promulga para los pueblos Dios,  
Mármol.—3.

escritas en las cosas donde la mente humana  
estudia y desenvuelve profética la voz.

«Los Andes cuya frente se junta con el Cielo,  
»mientras sus plantas de oro dentro del mundo están;  
»su Cóndor, que se duerme sobre el eterno hielo,  
»mientras chispea y brama la fragua del volcán.

»Las mantas del Desierto sin fin, sin horizontes,  
»donde discurre el potro sin freno ni señor;  
»los vientos sin estorbo, los ríos y los montes  
»inmensos, solitarios, sin hielo ni calor.

»Las vírgenes llanuras, el oro y los diamantes  
»bullendo en el arena de arroyos de cristal;  
»los perfumados bosques, y por do quier gigantes,  
»con sienes de esmeralda y entrañas de metal.

»Quince años de batallas por montes y por llanos,  
»un mundo despertando al trueno del cañón;  
»quince años de victorias hasta lavar sus manos  
»en sangre de opresores los nietos de Colón.

»Veinte años lamentables de fratricida guerra,  
»para acabar la herencia del español así;  
»generaciones nuevas que al saludar su tierra  
»la traen las esperanzas y porvenir en sí.

»De la caduca Europa la hidrópica colmena  
»que se deshace al peso de su miseria ya,  
»y en bandos se abalanzan sus hijos al arena  
»que compasiva y rica la América les da.»

Son estos los bellos  
eternos emblemas,

las ricas diademas  
que tienen escrito  
con lumbre esplendente,  
que en pos del presente  
de América obscuro,  
vendrá en lo futuro.

La aurora risueña  
de la Libertad,  
en ellas translucen  
altivos, prolijos  
los huérfanos hijos  
del Inca, los días  
que Dios les reseva  
de gloria y de amores,  
así que den flores  
las ricas, veladas  
semillas doradas  
de la Libertad.

Figuras tan bellas  
irritan la mente  
del pueblo, y en ellas  
se crea impaciente  
celestes visiones,  
que tras las edades  
y tras la pasiones,  
serán realidades  
que afirmen el trono  
de la Libertad.

Tuyo es el porvenir, reina del mundo  
inmenso cual tus montes y tus mares,  
y de esperanzas y de luz fecundo  
cual tu cielo y tus bellos luminares.

Alza la sien orlada con tu gloria,

y verás tras las ondas del Oceano,  
que el mundo de los reyes y la historia  
cabe entero en el hueco de tu mano.

Tuya es la paz del mundo venidera,  
cuando del genio la defienda el brazo:  
y clave para siempre su bandera  
en la cúspide azul del Chimborazo.

Tuya también la dulce poesía,  
virgen como tus ríos cristalinos,  
así que lejos de la noche umbría  
alcen las aves sus celestes trinos.

Cantará por tus selvas inspirado  
el joven trovador; y conmovido  
abriendo el Inca su sepulcro helado  
su sombra se alzaré con el sonido.

Y los héroes de Mayo que en la cima  
duermen del Andes con su nieve presos,  
al oír los nombres de Ayacucho y Lima  
pondrán de pie sus entumidos huesos.

Tuya es del porvenir la poesía,  
que del sol á la arena de tus mares,  
todo está misterioso todavía,  
virgen al corazón y á los cantares.

Aun tus bosques, tus ríos y tus seres  
no ha sorprendido el ojo del poeta,  
ni el bello original de tus mujeres  
ha encontrado una tinta en su paleta.

Mas brotarán una inspirada frente  
los jardines de América encantada,  
que alumbre el sol ecuatorial ardiente,  
ó la luna del Plata desmayada.

Cantará de su madre la hermosura,

hoy con las cataratas en concierto;  
 mañana de una selva en la espesura  
 con el susurro de la brisa incierto.

¡Ah!, quién me diera renacer la vida  
 en esos días de mis sueños de oro,  
 y escuchar con el alma enternecida  
 de tus poetas el excelso coro!

Mas ¡eh! no importa. Los escucha; siente  
 su voz mi corazón; y yo, mendigo  
 de Patria y Libertad en tu presente,  
 madre del porvenir, *yo te bendigo*.

—

Bendita mil veces la sangre que un día  
 la selva y el prado y el monte teñía,  
 luchando tus hijos y el viejo león;

bendita la selva y el llano y el viento  
 que oyeron del Andes crujir el cimiento,  
 al trueno continuo del rudo cañón.

Benditos aquellos que un mundo nos dieron  
 y en medio al combate sin vida cayeron  
 en charchos de sangre posando la sien.

Por ellos alzamos soberbia la frente,  
 por ellos decimos; «es nuestro el presente  
 y nuestros los siglos que vienen también»!

Por eso, bendito quien dice orgulloso.  
 «Nací bajo el cielo de América hermoso  
 y siento al decirlo la sangre latir».

¿No véis? ¿No parece que el Andes se empina  
 por ver impaciente si el alba ilumina  
 los tiempos hermosos que están por venir?

Vendrán, y el infelice  
proscrito PEREGRINO alza su mano,  
descubierta la frente;  
y de en medio á las ondas del Oceano,  
olvidando el presente,  
madre de lo futuro, *te bendice.*



## CANTO SEGUNDO

---

*Sr. D. Luis L. Domínguez.*

*Cada uno de los CANTOS de este Poema lleva el nombre de alguno de mis amigos, ó el de mi Patria: son los títulos de nobleza con que dignifico mi PEREGRINO.*

*Necesito el nombre de un poeta para condecorar este CANTO, escrito en el lenguaje íntimo del alma, y usted que lo ha honrado tanto con las sentidas estancias que le inspiró su lectura (1), me permitirá escribir el suyo, y habrá en una sola página, para usted y para mí, el doble recuerdo del poeta y del amigo.*

MÁRMOL.

*Montevideo, Abril-24-1847.*



## CANTO SEGUNDO

---

Hay una edad en la vida  
cuyo hechizo y cuyo nombre  
sólo los comprende el hombre  
después que pasó la edad.  
¡Ay! cuando da solamente  
un recuerdo á la memoria,  
como el Sol desde Occidente  
un rayo de claridad.

Edad que, en muchos, tan luego  
como comienzan sus años,  
la hieren los desengaños  
y muere casi al nacer.  
Quedando el cuerpo en aurora  
y el alma sin ilusiones,  
cual una flor inodora  
con hojas en rosicler.

Edad donde entramos todos  
con los besos maternos,  
y los sueños virginales  
de la alegría infantil.

Edad de donde salimos  
siempre huérfanos y tristes,  
á soñar lo que perdimos  
en pesadilla febril.

Y dichoso quien no lleva  
incrustado en la memoria,  
un recuerdo de su historia  
torcedor del corazón.  
Y al recordar de su vida  
la juventud borrascosa,  
no siente abrirse una herida  
por negra recordación.

Edad que en un mar bravío  
en débil barca navega,  
y más con las olas juega  
cuanto es más el huracán;  
y más canta barcarolas  
de triunfos de amor y gloria,  
cuanto más bravas las olas  
en torno á la barca están.

Edad sin llanto, que vuela  
en blanca nube de incienso,  
y siempre horizonte inmenso  
descubre ufana doquier.  
que sólo siente desvelo  
por el placer que la espera,  
viendo en la gloria su cielo  
y su mundo en la mujer.

Unico tiempo que puede  
llamarse vida en el hombre,  
pues no merece tal nombre  
el tiempo que viene en pos:  
muerte lenta y fatigosa  
de cuanta ilusión florida,

de cuanta ambición hermosa  
nos puso en el alma Dios.

Y todavía es más dura  
esa muerte que camina,  
cuando el hombre peregrina  
en su primer juventud;  
y lleno el cuerpo de vida,  
el alma desencantada  
está del mundo aburrida,  
presa de su ingratitud.

Entonces sólo el recuerdo  
de nuestra pasada historia  
nos viene á herir la memoria  
en medio á la soledad.  
Y echamos tristes de menos  
aquellas tan raudas horas  
en que gozamos amenos  
días de felicidad.

Entonces damos su precio  
á todo cuanto perdimos,  
y *no volverá*, decimos,  
el tiempo perdido ya.  
Y allá en la tarde/tranquila  
cuando la mente recuerda  
¡cuántas veces la pupila  
llorando el recuerdo está!

Entonces quedáis vengadas,  
vosotras, pobres mujeres,  
que os pagan vuestros placeres  
con largos tragos de hiel.  
Angeles en sacrificio  
sobre el pantano del mundo,  
que en el rodar de un segundo

perdéis las alas en él.

Vosotras, que, si amáis mucho,  
os acusa el mundo loco,  
en tanto que, si amáis poco,  
os acusa el amador.

Vosotras, pobres mujeres,  
que tanta lágrima os cuestan  
los más cándidos placeres,  
si son placeres de amor.

Vosotras, tan inexpertas,  
tan tristemente engañadas,  
á la fin quedáis vengadas  
por el mismo que engañó.  
Pues un tiempo al fin vivimos  
tan árido de ilusiones,  
que ansiamos cuanto perdimos  
y el alma desconoció.

Entonces ¡ay! comprendemos  
vuestros nobles sacrificios,  
y aquellos días propicios  
de tan rápido existir.  
Y el prisma de la distancia  
nos hace veros más bellas,  
y llorar nuestra inconstancia,  
y vuestro amor bendecir.

Porque en aquesta campaña  
que hacemos desde la cuna,  
va de escolta la fortuna  
y de vanguardia el dolor.  
Y así, á medida que vamos  
caminando sobre el mundo,  
á aquello que atrás dejamos  
dámosle precio mayor.

Se echa de menos la infancia  
en la juventud, y luego  
de ésta lloramos el fuego  
cuando extinguirse se ve.  
Y siempre yendo más lejos  
en el viaje de la vida,  
niños, jóvenes y viejos  
lloramos por lo que fué

El sol que claro alumbrara  
la senda del PEREGRINO,  
se obscureció en su camino  
al punto de amanecer.  
Y acaso allá en su memoria,  
sin haber nunca engañado,  
suele mezclarse á su historia  
la imagen de una mujer.

En las llanuras solas  
vibrado había el último sonido  
de la inspirada Lira, y conmovido  
lo hizo rodar el mar sobre las olas,  
bañando de armonía  
los mil colores de la luz del día.

Guardaba el Sol los rayos de su frente  
en las doradas nubes de Occidente,  
y un crepúsculo incierto  
daba su luz al piélago desierto.

La brisa de la noche  
tendió después sus alas al espacio,  
y á la par que en los ámbitos vagaba  
de su inmenso palacio,  
las nubes y las ondas agitaba.

**Y la bizarra nave**



dividiendo colinas ondulantes,  
 en su curso süave  
 formaba en pos de sí y á sus orillas  
 alfombras amarillas  
 de fugitivos granos chispeantes.

Y el joven PEREGRINO, reclinado  
 en la elevada popa, contemplaba  
 la onda que fugitiva se alejaba,  
 llevando de su pecho lacerado  
 los amargos recuerdos del pasado.

Que en la mísera vida  
 por talismán secreto, indefinible,  
 más al dolor el corazón anida,  
 cuando en hora apacible  
 irritada la sien y el pecho yerto,  
 vemos el mar, las nubes ó el desierto.

Dios en sus insondables creaciones  
 para cada dos almas tiene un molde,  
 y al punto de nacer el molde quiebra  
 y de las almas corta  
 una sutil imperceptible hebra:  
 y arrojadas después al laberinto  
 de la vida y el mundo, á que al instinto  
 cada una de ellas su sendero siga,  
 cada cual busca por distinta huella,  
 de las almas, aquella,  
 que un mismo soplo de existencia abriga.

El hallarla es el bien sobre la tierra,  
 y el tormento mayor que el alma encierra:  
 es vagar peregrina,  
 mirando una por una  
 sin hallar en ninguna  
 la que en el temple de su amor se afina.

Pero CARLOS la halló. Mujer hermosa  
 en el virgíneo seno la encerraba,  
 como al perfume la pintada rosa.  
 MARÍA ¿dónde estás? ¿Dónde se fueron  
 los célicos momentos de ventura  
 que nuestras almas apurar supieron?

¿Los recuerdas, mujer? El tiempo adverso  
 rodaba sin poder á nuestros ojos,  
 y mustio el Sol ardiente,  
 y mustio el universo,  
 lo que no era el amor eran despojos  
 de una otra creación indiferente.  
 Y en tus ojos los tuyos embebidos,  
 la fantasía y la pasión tranquilas,  
 callaban los sentidos  
 y conversaba el alma en las pupilas.

No había entre los dos sino el presente;  
 que no hay para el amor tiempo pasado  
 ni porvenir, cuando á la par se siente  
 confundirse el aliento enamorado.  
 Con el fuego del alma se evapora  
 la amarillenta nube  
 que el cielo del pasado descolora,  
 y á un soplo del amor deshecha sube  
 la condensada niebla  
 que el horizonte del futuro puebla.  
 ¡Ay, del que en brazos de su bien querida  
 piensa en mañana, y el presente olvida!  
 ¡Ay, del que mira la azucena en broche  
 y osa pensar lo que será en la noche!

¡Qué fuera, sí, del corazón humano  
 si en medio del placer pensar debiera  
 que al rodar un minuto,  
 esa chispa ligera

del tiempo inexorable  
 vase á perder en el eterno luto!  
 ¡Qué fuera si en los brazos reclinado  
 de su ídolo adorado,  
 por el ebúrneo cuello  
 derramando su espléndido cabello,  
 matizados de nieve presumiera  
 los rizos de la negra cabellera,  
 y á par de la vejez mirase luego,  
 yerto también del corazón el fuego!

El amor atesora  
 como las flores fugitiva aurora;  
 tiene un sol que le abate y acongoja  
 y una noche también que le deshoja.

«Ven á mis brazos, ven: yo quiero en ellos  
 »vivir soñando en ilusión florida,  
 »pues soñar es vivir, y son los bellos  
 »sueños del corazón los que adormecen,  
   »y el desierto embellecen  
 »do errante vaga la infecunda vida.  
 »Ven á mis brazos, ven: que parta el rayo  
 »y rudo quiebre el pedestal del mundo,  
 »que yo á tu lado, en celestial desmayo,  
 »á Dios no veré tanto en los enojos  
   »que la tormenta apura,  
   »como en la lumbre pura  
 »que brota el fuego de tus dulces ojos».  
 Así en instantes de pasión decía  
 el joven Trovador á su MARÍA,  
 imprimiendo en su frente  
 y en su preciosa boca el labio ardiente.

Y luego su cabeza  
 con vértigos de amor buscaba el seno,  
 que de suspiros lleno



Así en instantes de pasión decía



con fuerza palpitaba  
 resaltando del ángel la belleza,  
 en quien la vida al corazón bajaba,  
 y, sin sangre el semblante,  
 contrastaba en la pálida mejilla  
 el azabache de sus tiernos ojos  
 con el brillo azulado del diamante.  
 Ojos que de placer se adormecían,  
 miradas que de amor desfallecían.

¡Cómo era entonces bella!  
 ¡Cómo sublime resaltaba en ella  
 esa lucha del alma y los sentidos;  
 esos esfuerzos santos, escondidos  
 del alma en lo profundo,  
 con que defiende su perfume de ángel  
 la tímida hermosura sobre el mundo!

¡Cómo era entonces bella!  
 Para su copia fiel no alcanza el arte;  
 que al pincel faltaría  
 de sus tintas de luz la mejor parte,  
 para dar á sus ojos la dulzura,  
 y el cincel del romano quebraría  
 los detalles del mármol florentino,  
 antes de dar al cuello y la cintura  
 la gracia leve y el contorno fino:  
 antes de dar al seno  
 las redondas ebúrneas proporciones  
 que, cual ondas de leche en mar sereno,  
 al respirar ondulan suavemente,  
 dejando transparente  
 el movimiento blando  
 de su sangre en las venas circulando.

. . . . .  
 . . . . .

Crepúsculos, callad; callad, estrellas,  
 la historia de dos almas que vosotros  
 y los cielos no más han conocido;  
 para amar y sufrir nacieron ellas  
 en un mundo de amor desconocido,  
 donde la luz del día  
 no penetró jamás. La noche umbría,  
 la luz crepuscular desconsolante,  
 y el fugaz soplo de la vida errante  
 testigos fueron de su amor un día.

Si la vista profana  
 el misterio alcanzó de sus amores,  
 algo alcanzó de Dios. ¡Ay! no confundan  
 el terrenal amor de alma liviana  
 con el amor de CARLOS. Cojan flores  
 y coronen la sien de su MARÍA,  
 pura como el albor de la mañana,  
 como el rocío de la noche fría  
 sobre las hojas de una flor!!!

Ninguna  
 más pura y virginal entre los brazos  
 suspiró de un amante. Más amada  
 no hubo tampoco criatura alguna;  
 ni más libre de lazos  
 hubo mujer al mundo más ligada.

• ¡Bendición sobre ti! Yo te procuro  
 • como el huérfano niño á su amorosa  
 • y virginal hermana. Al pecho mío  
 • llega tu voz amante, como llega  
 • un consuelo de Dios, cuando despliega  
 • su melodiosa voz órgano santo  
 • en el sagrado Templo, y sube el canto  
 • entre nubes de incienso á los altares  
 • eclipsando los pardos luminaires.



»Eres mi Dios, mi hermana, mi querida,  
 »y mi esposa también. Palabras santas;  
 »dádivas del Señor para la vida,  
 »puras como las lágrimas del niño,  
 »tiernas como los besos de la madre;  
 »palabras, sí, que el corazón no miente,  
   »riquezas de cariño  
 »con que adorna mi amor tu blanca frente.

»¿Qué tengo yo sin ti? Penas y llanto;  
 »llanto frío, infeliz, sublime y santo,  
 »porque lloro de amor. Tú mi primera  
 »impresión en la tierra, tú tendiste  
 »mano de compasión al PEREGRINO.  
   »y tierna y hechicera,  
   »*Ven hacia mí*, dijiste,  
 »arrojando una flor en su camino.  
 »¿Y olvidarte podré? ¡Mujer hermosa!  
 »No se olvida la fuente del desierto  
 »que nos calmó la sed: no la primera  
 »sonrisa del amor.»

Así decía

el joven trovador á su MARÍA,  
   y de placer lloraba,  
 y en sus amantes brazos la estrechaba,  
 y al mirarla tan bella, conmovida  
 como la sensitiva al tacto humano,  
   estrechando su ma  
 repetía su voz: «Luz de mi vida,  
 »¿quién más bella que tú? ¿Quién más querida?  
 »Al mirar tu beldad siento mi pecho  
   »para mi amor estrecho,  
 »y mi voz de mortal débil y fría  
   »para decir TE ADORO,  
 »derramando á tus pies ardiente lloro.»

Y MARÍA temblaba  
y CARLOS en sus brazos la estrechaba.

Porque ese CARLOS, insondable foco  
de perpetua inquietud y de constancia,  
que allá en su joven pensamiento loco  
ama para olvidar, y se recrea  
en desechar la idea

que antes buscaba el corazón con ansia:  
alma que vive en perdurable hastío

por largas horas de martirio llenas;  
que al lado del calor percibe frío,  
y en medio del placer inventa penas:  
que vuela, busca, ve, toca, delira;

y cuando está en su mano  
la posesión de á lo que inquieto aspira,  
por algo más lejano  
su veleidoso corazón suspira:

Que por estar en su alma las pasiones  
envidia los tranquilos corazones,

como al gozar sosiego  
la fiebre envidia de amoroso fuego:  
esa alma chispa,—exhalación de rayo,  
sin rumbo cierto entre la noche umbría,  
se convirtió en desmayo  
ante el célico amor de su MARÍA.

No era ese amor frenético y ardiente  
que arrebató la calma,  
más que del corazón de los sentidos;  
era esa tierna abnegación del alma,  
que ni siente placer, ni dolor siente  
sino en el alma del objeto amado;  
era ese amor de Dios sobre la tierra  
lo que el bardo infeliz tuvo y encierra.

Y ¿duraré ese amor? Es muy sublime,

para que dure mucho, el entusiasmo.  
 Todo deja de ser, y en los amores  
 sólo el materno amor jamás perece.  
 El amor degenera; á sus ardores  
 sigue la calma, y en la calma luego  
 la amistad aparece,  
 más duradera si con menos fuego.

El corazón es árbol de afecciones  
 que florece en diversas estaciones:  
 hoy se agostan sus flores  
 y otras mañana lucen sus colores,  
 ley de inconstancia—triste,  
 pero ley eternal de cuanto existe.

Esa misma MARÍA,  
 sin olvidar á CARLOS, quizá un día  
 sienta en su corazón inquietud nueva;  
 y el mismo PEREGRINO,  
 sin olvidarla—pues jamás se olvida  
 la primer falta ni el amor primero,—  
 allá en los giros de su errante vida  
 halle quizá otra flor en su camino;  
 y él ama todavía  
 con entrañable amor á su MARÍA.

¿Por qué se mira pálida su frente  
 y húmeda la pupila,  
 fija en la última luz que el Occidente  
 derrama apenas por la mar tranquila?  
 ¿Qué línea cruza sobre el alto cielo  
 desde el bajel hasta el lejano suelo?  
 ¿Qué tierra estará allí? ¿Qué larga vía  
 le aparta del lugar do su inclemencia  
 radiante ostenta el luminar del día,  
 y do convino la obstinada ciencia  
 de pensador profundo,  
 hacer mitades del terráqueo mundo?

¡Ah! esa enlutada nube  
 que mira en el confín del Plata sube,  
 allí Montevideo.....  
 Y el PEREGRINO al Occidente mira,  
 porque en su misma latitud respira.

Allí Montevideo:  
 tierra del Plata do pisó extranjera  
 toda la Patria de la opuesta orilla,  
 cuando en su misma tierra alzada viera  
 sobre su noble frente la cuchilla:  
 cuando huyó del recinto de su gloria,  
 llevando la memoria  
 de sus tiempos benditos  
 en dos generaciones de proscritos.

Eres, tierra Oriental, la historia viva  
 del llanto y los pesares  
 de esas generaciones arrancadas  
 de sus patricios lares,  
 por las manos de fierro  
 del despotismo en sangre salpicadas:  
 y de la llama activa  
 y secreta de su alma también eres  
 el libro en que ha guardado su destierro  
 sus tan cortos instantes de placeres.

Cuando la libertad les vuelva un día  
 de su Patria infeliz los brazos bellos,  
 serán pocos aquellos  
 que no lleven prolijos  
 dulcísimos recuerdos de alegría  
 entre muchos recuerdos punzadores.  
 Eres de unos, la Patria de sus hijos,  
 y muchos—en el alba de su vida,—  
 sus primeros amores  
 recordarán en ti y á su querida.

Allí Montevideo:  
ciudad que guardas su perdida amante;  
bajo tu misma latitud respira  
el PEREGRINO errante,  
y en medio de los mares  
te recuerda y su amor y sus pesares.  
¿No le véis? ¡Una lágrima! ¡Suspira!  
Escuchad, escuchad... pulsa su Lira:

---

## CANTO DEL PEREGRINO

---

### A MARIA

La misma línea del cielo  
cubre tu frente y la mía.  
¿Qué haces ahora MARÍA  
mientras suspiro por ti?  
Esos instintos secretos  
de los corazones que aman,  
á ver el mar no te llaman  
pensando, MARÍA, en mí?

MARÍA, mi dulce amiga,  
mi ángel de luz en la tierra,  
¡cómo en mi pecho se encierra  
la imagen de tu beldad!  
¡Cómo estás en mi memoria  
cual un destello divino  
que va alumbrando el camino  
de mi negra adversidad!

El precio de tus amores  
¡cómo conozco en la ausencia!  
Tienes toda mi existencia...  
¡bendita seas de Dios!  
Fuiste mía por el cielo,  
no eres mía por el mundo,  
mi corazón sin segundo  
te dice del mar ¡adiós!

¡Y tan lejos! ¡Sin oírnos!  
No, MARÍA, habrá momentos  
que puedan los pensamientos  
del uno al otro volar;  
que conversemos en calma  
un lenguaje delicioso,  
que el corazón misterioso  
sólo alcance á interpretar.

En medio á la triste noche  
mira, mi bien, las estrellas,  
mis ojos también en ellas  
se fijarán con amor.  
Su dulce trémulo brillo  
me recordará tus ojos,  
tus repentinos sonrojos,  
tus gracias y tu pudor.

Propicio á nuestros amores  
á ellas nos concede el cielo,  
como un espléndido velo  
en la frente de los dos.  
Mientras faltes á mi vista,  
como en un espejo terso  
te veré en el Universo,  
y escucharé hasta tu voz.

Tu voz en el blando arrullo  
de la brisa entre las hojas,

ó en el plácido murmullo  
que hace el arroyo al correr.  
Y aquel sello indefinible  
del pudor sobre tu frente,  
lo veré en esa apacible  
lumbre del amanecer.

En las sombras de la noche  
recordaré tus cabellos  
y en los crepúsculos bellos  
tu melancólica tez.  
Veré en la tímida luna  
el candor de tu semblante,  
y, cuando el sol se levante,  
de tu sien la esplendidez.

Pondré rosas en mi seno  
para aspirar su fragancia,  
y entonces ¿qué es la distancia  
si allí tu aliento también?  
¡Allí! donde tu cabeza  
se inclinó pura y serena,  
cual la más blanca azucena  
que se dobla en el Edén.

MARIA, todo ha pasado,  
todo es recuerdo y despojos;  
pero no llanto ni enojos  
sino valor quiero yo.  
Tu alma semeja la mía  
en las pasiones, valiente,  
ten tan soberbia la frente  
cual la que el cielo me dió.

¿No has visto las recias olas  
rodar con ímpetu horrible,  
y la roca incommovible,  
su tenaz choque burlar?



Así es bello ver los golpes  
sucesivos de la suerte,  
y el alma constante y fuerte  
golpe por golpe parar.

Vive feliz en el mundo  
hollando flores tu paso—  
si puede en el mundo, acaso,  
ser feliz una mujer.—  
No me recuerdes, *MARÍA*;  
quiero feliz tu destino,  
y el que cupo al *PEREGRINO*  
tiene llanto en el placer.

Yo que he visto una por una  
de mi esperanza las flores,  
ir perdiendo sus colores  
y acongojarse en su albor;  
yo que llevo el desencanto  
fijo, entrañado en la vida,  
como el dolor en la herida,  
como en la llama el calor;

yo, que volviendo á los hombres  
por un agravio otro agravio,  
tengo la risa en mi labio  
y el llanto en el corazón,  
sufriendo sobre mi rostro  
falsa y alegre careta,  
por esconder del poeta  
el sello de su aflicción;

yo, que en el mar de este mundo  
dejo nadar mi barquilla,  
sin curarme de la orilla,  
oyendo al viento bramar,  
conservaré tu memoria  
en lo íntimo de mi pecho,

hasta que quede deshecho  
mi batel sobre la mar.

Sólo te pido á estas hojas  
la última gota de llanto,  
y quema luego este Canto  
con lágrimas de los dos.  
Unico ser que desmayas  
la fuerza del alma mía,  
¡te quiero tanto, MARÍA!  
bendita seas de Dios.



## CANTO TERCERO

---

*Al Sr. Dr. D. Valentín Alsina.*

*Su afectisimo amigo y compatriota*

JOSÉ MÁRMOL.

*Julio de 1847.*



## CANTO TERCERO

---

### PARTE PRIMERA

En medió de las sombras (1)  
enmudeció la voz del PEREGRINO,  
y el rumor de las ondas solamente  
y el viento resbalando por el lino  
sobre el *Fénix* se oía,  
que como el Genio de la noche, huía  
en las alas del viento tristemente,  
alumbrando sus huellas  
sobre el azul y blanco las estrellas

En el siguiente día,  
el *Fénix* navegaba  
sobre las ondas que el silencio turban  
de la tranquila Pampa.—El PEREGRINO,  
con los brazos al pecho contemplaba  
los mares y los cielos de la patria.  
Y acaso recordando  
estaba y comparando  
la tropical naturaleza hermosa,

que bajo un sol abrasador rebosa  
de alegre poesía,  
con el frío y adusto Mediodía.

¡Qué bello es al que sabe  
sentir con la natura,  
pasar al Mediodía  
del circo tropical;  
y comparar el cielo  
de la caliente zona  
con el que tibia pinta  
la luz meridional!

¡Los trópicos! radiante  
palacio del Crucero (2);  
foco de luz que vierte  
torrentes por doquier;  
entre vosotros toda  
la creación rebosa  
de gracia y opulencia  
vigor y robustez!

Cuando miró imperfecta  
la creación tercera,  
y decretó el diluvio  
desde su trono Dios,  
naturaleza llena  
de timidez y frío,  
huyendo de los polos  
al trópico subió!

Y cuando dijo «basta»,  
volviéndola sus ojos  
y decretando al mundo  
su nuevo porvenir,  
alientos de su boca  
los trópicos sintieron,  
y reflejarse el rayo  
de su mirada allí.



Entonces como premio  
del hospedaje santo,  
naturaleza en ellos  
su trono levantó;  
dorado con las luces  
de la primer mirada,  
bañado con el ámbar  
del hálito de Dios.

Y derramó las rosas,  
las cristalinas fuentes,  
los bosques de azucenas  
de mirtos y arrayán;  
las aves que la arrullan  
en melodía eterna,  
y por su linde ríos  
más anchos que la mar.

Las sierras y los montes  
en colosales formas,  
se visten con las nubes  
de la cintura al pie:  
las tempestades ruedan,  
y cuando al sol ocultan,  
lo mira de los montes  
la esmeraltada sien.

Su seno engalanado  
de primavera eterna,  
no habita ese bandido  
del Andes morador;  
que de las duras placas  
de sempiterna nieve,  
se escapa entre las nubes  
á desafiar el sol.

Habitan confundidos

el tigre y el jilguero  
tocabos, guacamavos,  
el león y la torcaz.  
Y todos cuando tiende  
su obscuridad la noche,  
se duermen bajo e dátil  
en lechos de azahar.

La tierra de sus poros  
vegetación exhala,  
formando pabellones  
para burlar al Sol;  
su luz no necesita,  
pues tiene de diamante  
del oro y del topacio  
magnífico esplendor.

Naturaleza virgen,  
hermosa, radiante  
no emana sino vida  
y amor y brillantez;  
donde cayó una gota  
del llanto de la aurora,  
nace una flor, y de ésta  
nace un jardín después.

Así como la niña  
de quince primaveras  
de gracia rebosando,  
de virginal amor,  
no bien recibe el soplo  
de enamorado aliento,  
cuando á su rostro brotan  
las rosas del pudor.

¡Los trópicos! el aire,  
la brisa de la tarde  
resbala como tibio

suspiro de mujer;  
y en voluptuosos giros  
besándonos la frente,  
se nos desmaya el alma  
con dulce languidez!

Mas ¡ay! otra indecible  
sublime maravilla  
los trópicos encierran;  
magnífica—la luz.  
La luz ardiente, roja,  
clarísima, brillante,  
en ondas se derrama  
por el espacio azul.

¿Adónde está el acento  
que describir pudiera  
el alba, el medio día,  
la tarde tropical?  
¿Un rayo solamente  
del sol en el ocaso,  
ó del millón de estrellas  
un astro nada más?

Allí la luz que baña  
los cielos y los montes,  
se toça, se resiste,  
se siente difundir:  
es una catarata  
de fuego despeñada,  
en olas perceptibles  
que bajan del cenit.

El ojo se resiente  
de su punzante brillo,  
que cual si reflejase  
de placas de metal,  
traspasa como flecha

de imperceptible punta  
la cristalina esfera  
de la pupila audaz.

Se meja los destellos  
espléndidos, radiantes,  
que en torbellinos brota  
la frente de Jehová,  
parado en las alturas  
del Ecuador, mirando  
los ejes de la tierra  
por si á doblarse van.

Y con la misma llama  
que abrasa, vivifica  
la tierra que recibe  
los rayos de su sien;  
é hidrópica de vida  
revienta por los poros,  
vegetación manando  
para alfombrar su pie.

Y cuando por las tardes,  
al soplo de la brisa,  
se parten las montañas  
flotantes de vapor,  
las luces son entonces  
vivientes inflamados,  
que en grupos se amontonan  
á despedir el Sol.

Enrojecidas sierpes  
entre doradas mieses  
caracoleando giran  
en derredor á él;  
y azules mariposas  
en bosques de rosales  
coronan esparcidas  
su rubicunda sien.

Y más arriba cisnes  
de espléndido plumaje,  
nadando sobre lagos  
con lindes de coral,  
saludan al postrero  
suspiro de la tarde,  
que vaga como el pardo  
perfume del altar.

La tarde, que parece  
mirando las estrellas,  
que asoman indecisas  
con pálido color,  
como las tiernas hijas  
en torno de la madre,  
cuando recibe su alma  
la mano del Señor.

Si en peregrina vida  
por los etéreos llanos  
las fantasías bellas  
de los poetas van,  
son ellas las que brillan  
en rutilantes mares,  
allá en los horizontes  
del cielo tropical.

Allí las afecciones  
se avivan en el alma,  
allí se poetiza  
la vida y el amor.  
Allí es poeta el hombre;  
allí los pensamientos  
discurren solamente  
por la región de Dios.

Un poco más, y el mustio  
color de las estrellas

al paso de la noche  
se aviva en el cenit;  
hasta quedar el cielo  
bordado de diamantes  
que por engaste llevan  
aureolas de rubí.

Brillantes, despejadas,  
inspiradoras, leves,  
parecen las ideas  
del infinito ser,  
que vagan por el Eter  
en átomos de lumbre,  
así que de su mente  
se escapan una vez.

Y en medio á ellas, rubia,  
cercana, transparente,  
con iris y aureolas,  
espléndidas de luz,  
la luna se presenta,  
como la virgen madre  
que pasa bendiciendo  
los hijos de Jesús.

Así como el entusiasmo  
muere al paso de la vida,  
y al calor de las pasiones  
con los años se resfría,  
de los trópicos perdemos  
la opulenta perspectiva,  
si descendiendo pasamos  
al cielo del Mediodía.  
Aquí la Naturaleza  
cambia de aspecto y de vida,  
bajo otro sol y otro cielo  
con otros tesoros rica.

No es y ' joven alegre  
que voluptuosa suspira;  
es la valiente amazona  
indómita y atrevida;  
y bajo su fuerte imperio  
en el corazón palpitan,  
no los ensueños bordados  
con flores de fantasía,  
sino robustas pasiones  
armonizadas al clima,  
y pensamientos nacidos  
de innata melancolía  
prodigios son misteriosos,  
que la experiencia concilia,  
los eslabones secretos  
de esa cadena infinita  
con que se anudan los hombres  
al sol que en su cielo brilla,  
al agua que ven sus ojos,  
y al aire y tierra que habitan

Al pie de los cocoteros  
y las piñas amarillas;  
de los pájaros pintados  
á la dulce melodía;  
bajo los mares de fuego  
que el horizonte iluminan,  
y del hálito caliente  
de la perezosa brisa,  
la vida no está en el alma,  
ni está el alma con la vida.

Parece que el mismo fuego  
que á la tierra fecundiza,  
agosta la flor del alma  
en su primer lozanía.  
Parece que faltan fuerzas



á la mente adormecida,  
porque la gastan voraces  
los sentidos cada día.

---

Bajo el cenit del Mediodía  
es lánguida la luz y desmayada  
al Sol el ojo altivo desafia,  
y se clava en su frente la mirada.

Siempre de azul y blanco el firmamento,  
como de una mujer la azul pupila  
nos despierta en el alma el sentimiento  
si en el caos de la pasión vacila.

Baja el sol á su alcázar de Occidente  
sin esplendor de nubes, silencioso,  
llevando alguna vez sobre su frente  
una corona de oro luminoso.

Y su pardo crepúsculo, agorero  
de vendabal y tempestad lejana  
no toca el corazón, toca severo  
los pensamientos de la mente humana.

Las hebras del cabello, húmedo el viento  
agitan sin cesar, rugen las olas  
invadiendo con ímpetu violento  
por las rocas estériles y solas.

Escuadrones de pájaros salvajes  
huyen buscando sus ocultas breñas,  
negras como el color de sus plumajes,  
entre los antros de las duras peñas.

Relincha el potro en la desierta Pampa  
fijos los ojos en el sol poniente,  
y el duro casco con fragor estampa

la crin volando de su altiva frente.

Se anublan los cercanos horizontes;  
toda naturaleza desfallece,  
y á la par de los cielos y los montes  
el alma taciturna empalidece.

Muere lento el crepúsculo del día  
con el color de la torcaz pintado,  
y llega en pos de sí la noche umbría  
sobre el desierto pabellón toldado.

Reina la noche al fin, y de improviso  
un relámpago subito ilumina  
el postrimero rayo que indeciso  
queda del sol en lámpara argentina.

Y del negro seno  
de la nube errante,  
un sordo trueno  
retumba distante,  
vibrando en el aire  
la tierra y la mar.

Se rompen las fuentes  
en el firmamento,  
y el agua á torrentes  
en brazos del viento,  
desciende sin rumbo  
del viento á la par.

Contino truëno  
distante retumba,  
y el viento sin freno  
los álamos tumba;  
los sauces desgaja,  
deshoja el ombú.

Doquier ilumina  
relámpago activo,  
y el cielo fulmina  
sus rayos doquiera,  
hendiendo la esfera  
su rápida luz.

¡Magnífico, las rocas estériles y solas  
en medio de la noche bramando el huracán!  
¡Magnífico, el ruido gigante de las olas  
cuando á romperse rudas contra la roca van!

¡Magnífico, las nubes que raudas se atropellan  
llevando entre su vientre la tempestad véloz  
los rayos que la frente del pedernal estrellan  
y el trueno que revienta de su fulgor en pos!

Y es bello meditar á los reflejos  
de una lámpara triste, en climas tales,  
oyendo el trueno retumbar de lejos  
y quebrarse la lluvia en los cristales.

Entonces, grandioso se inspira un pensamiento  
que sale entre palabras de idioma celestial,  
como al lanzar la fuente su vómito violento  
en hebras lo deshace de líquido cristal.

Y las ideas al calor responden  
que guarda el corazón porque son bellas,  
y grandiosas aquellas  
que en la nocturna lóbreguez se esconden.

El genio duerme cuando nace el día,  
y alza sus alas en la noche umbría.

La noche es para el alma creadora

lo que es al fuerte labrador la aurora.

En medio á las sombras el recio Pampero  
despliega sus alas y en ímpetu fiero  
destroza las nubes, y en negros pedazos  
las toma en sus brazos,  
y al lóbrego Oriente las tira por fin.

El cielo se limpia, y en mantos azules  
cubiertos por ondas de nítidos tules  
pajizas estrellas de brillo indeciso  
vense de improviso,  
aquí solitarias, y en grupos allí.

Y del sonoro río embravecido,  
ó de la obscura sien de una colina,  
con palidez el rostro embellecido  
muestra incierta la virgen argentina.

Cual en cita nocturna niña hermosa  
oculta en el jardín tímidamente,  
sale andando con planta recelosa,  
ardiendo el corazón, yerta la frente.

Algún fragmento de rasgada nube  
la envuelve en su carrera, y la mirada  
pretende adivinar por donde sube,  
si alcanza un rayo de su luz velada.

Así cuando en el seno de una bella  
una flor divisamos entre encajes,  
pensamos descubrir el trono de ella  
al través de los cándidos celajes.

Con gracia y majestad lenta camina  
despejada y gentil la augusta frente,  
y cuando más bellísima ilumina  
se esconde entre las nubes de repente

Cual suele una mujer enamorada,  
después de ciego, voluptuoso instante,  
pálida, bella, tierna, avergonzada  
esconder en sus manos el semblante.

Y de la noche fría,  
la luna y las estrellas  
apáganse las huellas,  
porque despunta el día  
sus claridades bellas.

Y asoma en el Oriente  
la luz de la mañana,  
tan pura, tan lozana  
como en virgínea frente  
la palidez temprana.

Sus carmesíes tintas  
asoma en pos la aurora,  
y luego con distintas  
arreboladas pintas  
su bella sien colora.

Pálido rayo alcanza  
las hojas de las flores,  
cual suele á los amores  
llegar una esperanza  
para calmar rigores.

Y en rosas purpurinas  
que asoman de su broche,  
vacilan peregrinas  
las gotas cristalinas  
del llanto de la noche.

La pájara entumida  
en el mojado nido,  
siente la luz querida

que á despertar convida  
su cuerpo adormecido.

Y del nido á la rama,  
con trinos de alegría  
salta contenta, y llama  
al pájaro á quien ama,  
para cantar al día.

Con ágil cuerpo blando  
la cabra trepadera,  
rocío destilando  
de su vellón, saltando  
corre por la pradera.

Corre, vuela, y liviana  
sobre la sierra sube,  
á contemplar ufana  
de la fresca mañana  
la arrebolada nube.

Sale el toro sediento  
del bosque á la laguna:  
bebe, y luego contento  
escoge aquel sustento  
si este otro le importuna.

Corre el potro en el prado  
y de repente vuelca  
su cuerpo, y agraciado  
sobre el pasto nevado  
contento se revuelca.

Y á saludar el día,  
con el día despierto,  
también con alegría  
sin sentir embarazo,

sale el rey del desierto  
jugando con su lazo.

Hasta que al fin su esplendorosa frente,  
bajo pomposo pabellón de grana,  
muestra desde las puertas del Oriente  
el poderoso rey de la mañana:  
Y con los rayos de su luz fulgente  
los valles y las rocas engalana  
de esa naturaleza árida, fría,  
bajo el cenit azul del mediodía.

¡Veneración en ti, tierra sagrada,  
sin montes de oro; poderosa en *Gloria!*  
No iluminó tu frente la mirada  
brillante del Señor; abrió la historia  
á las altas naciones reservada,  
y el ángel escribió de la victoria:  
TUS PUEBLOS CRECERÁN BAJO MIS ALAS,  
TIERRA DESNUDA DE RIQUEZA Y GALAS

## PARTE SEGUNDA

Y el *Fénix* navegaba  
bajo ese cielo azul del Mediodía,  
sobre las ondas que el silencio turban  
de la tranquila Pampa, EL PEREGRINO  
con las brazos al pecho contemplaba  
los mares y los cielos de su patria.

¡Su patria! ¡Buenos Aires!  
¡La altiva emperatriz del ancho Plata;  
la mejor perla que en su sien ostenta



la hermosa virgen que dará su mano  
en dulce enlace al porvenir humano!

¡El molde de los fuertes corazones!

¿Dónde están sus guerreros afamados,  
sus virtuosos varones,  
y sus días dorados  
por la luz de la gloria iluminados?

¿Por qué surgieron del cegado abismo  
sus antiguos tiranos,  
y en la noche, otra vez del fanatismo  
engrillaron sus manos,  
y en rencorosa saña  
marcharon en su frente los laureles?

Llora, Patria infeliz, tus siglos crueles...  
Esa es la herencia de tu madre España.

En su arrogante vuelo  
el águila alcanzó tu mortal flecha;  
murió en la nube, y te dejó en el suelo  
el nidal con sus hijos.

Al trono de los reyes  
tumbó doquier el plomo del combate,  
pero del tiempo el poderoso embate  
no tumbo todavía  
el fuerte alcázar de tus viejas leyes.  
Ese pueblo tan fiero  
si lo busca en la lid el extranjero,  
y que á su patria en llamas prefiriera  
primero que rendir la azul bandera,  
más que en rudo quietismo  
sufre los amos que improvisa él mismo;  
y, en medio á los escombros  
que acumulan al pie sus propias manos,

lleva sobre sus hombros  
 con mansedumbre extraña,  
 vitoreando y contento á sus tiranos;  
 eso, Patria Argentina, eso es la España.

Ese viejo que miras con enojos  
 á la extranjera luz cerrar sus ojos,  
 y que adusto rechaza  
 cuanto los lindes de su ciencia pasa;  
 ávido de metal, de genio pobre;  
 venas sin sangre, corazón de cobre;  
 terco en ideas, en pasiones duro,  
 poniendo al pueblo con sigilo y maña  
 de fanatismo y opresión un muro,  
 eso es el fraile de la antigua España,  
 que, el Escorial dejando,  
 disfrazado pisó nuestras arenas,  
 y apellidóse Aranas ó Anchorenas.

Los españoles reyes  
 jamás alzaron su apocada frente,  
 para ver tras las ondas del Oceano  
 aquel naciente mundo americano  
 en que incrustaban sus caducas leyes.

Esclavo eternamente  
 en su ciega ambición le presumieron;  
 y, en error sin segundo,  
 la voluntad de Dios no comprendieron,  
 en el mismo aislamiento de ese mundo (3).

Alado el pensamiento,  
 para su propia gloria  
 ninguno levantó, y en el futuro  
 vió ese cambio de mapas y de historia,  
 que trae el tiempo poderoso y lento  
 en su curso de siglos inseguro.

Y en vez de padres que educaran hijos  
 para el saber y la virtud un día,  
     fueron sólo prolijos  
 en su larga y pesada tiranía;  
 por tres siglos cortaron el Oceano  
 entre Europa y el mundo americano,  
     dejando solamente  
     como seguro puente,  
 el manto real do España se escurría,  
     y ufana nos traía  
 en nombre de la Cruz, el fanatismo,  
 y en nombre del poder, el servilismo.

Y cuando el Andes sacudió su espalda  
 y arrojó, como polvo, de sus hombros  
 reyes, cadenas, ignominia y duelo,  
 sin dejar una flámula española  
 bajo el hermoso americano cielo,  
     miró, empero, en su falda  
     engangrenada y sóla  
 de un trono de tres siglos los escombros.

Los cantos de victoria;  
 la salva del cañón en las almenas;  
 la España derrotada; un pueblo joven  
 que palpaba sus miembros sin cadenas;  
 y esa voz ¡LIBERTAD! dulce, atractiva  
 que embriega el corazón con magia activa;  
     en risueño alboroto  
     alucinar supieron  
 a los bisoños pueblos, que creyeron,  
 rota la tradición porque fué roto  
     al vigor de su mano  
 el yugo férreo del monarca hispano.

Mira tu error en ti, Patria guerrera,  
 Mármol.—6

madre que un mundo de su entraña diera;  
 ¿Crees que los sables de Junin segaron  
 las raíces que en siglos se internaron?

No; la sangre que corre  
 empapando las sierras y los llanos,  
 sin que ni ardiente sol ni viento borre  
 la mancha enrojecida;  
 esa lucha de libres con tiranos  
 en quince años de horror envejecida;  
 esa es la lucha extraña  
 con que combate tu naciente vida  
 la vida férrea de la antigua España.

. . . . .  
 . . . . .

Venciste al español, pero tu vida  
 es de revolución por todo un siglo.  
 Es la lucha fatal de dos creencias,  
 de dos tiempos, de dos inteligencias  
 que la América anida.

Todavía hay España entre nosotros  
 y la habrá mucho tiempo, aun cuando dora  
 el sol de Independencia nuestra aurora  
 como mucho después que asoma el día  
 guarda el campo la nieve de la noche  
 y el sueño, los sentidos todavía.

. . . . .  
 . . . . .

Mas del caos de fraticida guerra  
 una generación se ha levantado  
 limpia, cristiana, de esperanzas llena;  
 como en sangrienta tierra,  
 palenque de combate encarnizado,  
 nace sin mancha cándida azucena.

Por los rayos de su época alumbrada

en tu noche sombría,  
ha comprendido su misión sagrada,  
y émula de la gloria y nombradía  
de sus heroicos padres, con la mente  
conquistará laureles en la patria,  
como aquellos al golpe de sus lanzas  
con brazo firme y corazón valiente.

De esa generación el PEREGRINO  
verde vástago es; en noche umbrosa  
fué de sangre la pila de su frente,  
y desterrado de su patria hermosa  
va de su época ingrata en el camino,  
viendo secarse en la estación florida  
las esperanzas verdes de la vida,

Desde el mar, y muy lejos de sus rocas.

ha conocido CARLOS

los cielos de su patria.

¡Calma, mi Dios! La brisa sobre el lino  
pliegue sus alas y se clave el pino  
sobre el tranquilo mar. Ellos son, ellos  
los cielos de su patria, puros, bellos,  
como esperanzas cándidas del alma  
en el primer amor. Mi Dios, la calma  
á los vientos y al mar, del PEREGRINO  
te pide el corazón... Deja que mire  
por la postrera vez, quizá, los cielos  
que alumbraron su vida y su destino;  
que bajo de ellos con placer respire  
el aire que de niño respiraba;  
que mire el sol que calentó su frente,  
la luna y las estrellas, y les velos  
de nácar y zafir que contemplaba,  
arrullado del Plata dulcemente;  
que pase por su sien la misma nube  
que por la sien de Buenos Aires pasa;

y que el suspiro que en el aire sube  
 lo respire también su dulce patria.  
 ¡Miradlo! tiembla en su pupila el llanto  
 y mirando á su patria exhala el canto.

## CANTO DEL PEREGRINO

### A BUENOS AIRES

#### I

Son estos los mares que besan su planta;  
 son estos los cielos que doran su sien;  
 allí Buenos Aires, el águila esclava  
 que hendía altanera las nubes ayer.

¡Oh, Patria! tus días de gloria pasaron,  
 pasaron las horas bendidas de Dios;  
 tus hijos proscritos el pan ablandamos  
 con lágrimas tibias de ingrato dolor.

Así lo quisieron... ¡Silencio! del alma  
 se legue al olvido la fuente del mal;  
 si nada nos queda de bien ni de patria,  
 feliz del que puede tu cielo mirar.

¡Tu sol! ¡tu horizonte! ¡tus nubes! ¡son ellas,  
 tus nubes pintadas de plata y zafir!  
 ¡Oh, madre! ¡si al hombre faltara la ciencia,  
 sabría al mirarlas que estabas allí!

Al ver estos cielos á mi alma dirían:  
 «Nosotras te dimos la luz al nacer,  
 nosotras velamos tu patria argentina,  
 y en olas de lumbre bañamos su sien.»

¡Cuán bellos tus mares! ¡Cuál alzan henchidas  
de orgullo sus ondas, valiente su voz!  
¡Oh! vaya en vosotros al suelo argentino  
vibrando en las olas mi lúgubre ¡adiós!

¡Oh, mar! si en la tierra proscrito me aguarda  
sepulcro extranjero sin llanto ni cruz,  
subleva tus ondas; allí está mi patria;  
mis miembros helados arrójale tú.

Mas ¡eh! ¿no habrá un día justicia del cielo,  
que puedas ¡oh, madre! tus hijos mirar?  
¿También un sepulcro proscritos tendremos  
que pedir á extraños, cual hoy un hogar?

¿La nube del crimen que cubre tu frente  
no habrá de romperla la mano de Dios?  
¿Las manchas de sangre que el suelo enrojecen  
no habrá de extinguirlas benéfico Sol?

¡Oh, Patria! lo espero. Tú lloras el llanto  
que vierte del cielo la aurora al nacer;  
con él reverdecen las flores del campo,  
y al rey de los astros anuncia con él.

En tanto doquiera verán á tus hijos  
sin caer abatida la sien al dolor,  
que el pecho orgulloso del nombre argentino,  
ni sufre desmayo diciéndote ¡adiós!

## II

Venid, proscriptos, con la sien orlada  
del infortunio santo que la oprime,  
y hablemos de la madre abandonada



que allá sin hijos en cadenas gime;  
y una lágrima al párpado asomada,  
que la desgracia al corazón exprime,  
mezclemos al contarnos de su historia  
la obscurecida fugitiva gloria.

Si ¡adiós! dijimos á la patria bella,  
venid en derredor de mis canciones,  
y suspirando el corazón por ella  
hablemos de su gloria y sus varones;  
del Plata hermoso que sus lindes sella  
con gigantes y ricos eslabones;  
de nuestros bosques y su flor mimosa;  
de nuestro cielo y de la Pampa hermosa.

Yo soy el trovador, que las inciertas  
huellas de mi destino voy siguiendo,  
y que al sentir las esperanzas yertas  
pulso mi lira y las percibo hirviendo;  
canto, y veo tumbas entreabiertas,  
los Incas á sus hijos bendiciendo,  
y levantando el porvenir la frente,  
iluminar de América el Oriente.

Venid; el arpa que tomé en mis manos  
cuando del plata abandoné la arena,  
tiene una maldición á los tiranos  
que en sus bordones áspera resuena,  
y una voz *Libertad* que á mis hermanos  
de sacro fuego el corazón les llena;  
porque ellos, como yo, secan el llanto  
con el calor del patriotismo santo.

Cuando la frente os rinda la fortuna,  
yo rasgaré del porvenir los velos,  
y á vuestros hijos en su pobre cuna  
les contaré de Mayo y sus abuelos;

y cuando triste la extranjera luna  
con su pálida luz bañe los cielos,  
las sombras llamaré con la arpa mía  
de los que habitan ya la tumba fría.

El brazo al cuello de la tierna esposa,  
reclinado el infante en la rodilla,  
nos encuentre la tarde silenciosa  
de ajeno mar en la desierta orilla;  
y ocultando á la amiga cariñosa  
la lágrima que empaña la mejilla,  
enviemos á la Patria un pensamiento  
sobre las alas de extranjero viento.

Y en acentos sensibles y prolijos,  
antes de dar nuestra cabeza al sueño,  
hablemos de la Patria á nuestros hijos  
en derredor del encendido leño;  
ellos, en su alma los acentos fijos,  
cuando el pueblo infeliz no tenga dueño,  
irán, ¡oh Patria! á presentarte helados  
los huesos de tus viejos desterrados.



## CANTO CUARTO

---

*Al Sr. D, Juan Maria Gutiérrez*

*Su afectisimo amigo.*

JOSÉ MÁRMOL.

*Montevideo, Julio de 1847.*



## CANTO CUARTO

Caro lector, que descansemos quiero  
(si lees á cansarte, lo que dudo)  
de escribir y leer tan lastimero  
verso, de risa y de placer desnudo.  
Del primero, el segundo y el tercero  
me ha fatigado tanto el son agudo,  
que quiero en éste, el cuarto de los cantos,  
olvidar tanto afán en versos tantos.

Una palabra: si te llamo *caro*,  
sinónimo no es esto de *querido*;  
pues, si he de hablarte con verdad y claro,  
que á pocos quiero yo ten entendido.  
Ni por prurito de imitar el raro  
lenguaje de los clásicos, he sido  
tentado de llamarte cortesmente:  
«*Caro, amigo, benigno, complaciente*».

Nada de eso, por Dios. Caro te digo  
porque me has de costar caro algún día  
y tanto, que á ti mismo por testigo  
pone de su verdad la Musa mía:  
tú solamente gastarás conmigo

el precio de un volumen; y á porfía  
yo gastaré contigo cuerpo y alma,  
salud, paciencia, bienestar y calma.

¿Sabes tú lo que cuesta un libro impreso  
á su infeliz autor? Más te valiera  
ser marido tres veces; dar un beso  
á niña de treinta años y soltera;  
amar bien á los hombres, y por eso  
darles en amistad tu alma sincera;  
ser revolucionario con esclavos;  
testarudo en hacer de siervos, bravos.

Más te valiera, en fin, nacer dos veces,  
buscar á un español á horas de siesta,  
emprender un negocio con ingleses,  
hacer con porfiados una apuesta,  
hablar y no gritar con portugueses;  
pues todo esto, lector, menos te cuesta  
si quieres escribir, que ver tu escrito  
salir en libros mil del manuscrito.

Primero el impresor; casta judía  
que quiere por papel plata contante;  
en ajustar el precio vase un día,  
y un año vase y la obra va adelante;  
los cajistas después... ¡Oh! la ironía  
el sarcasmo del libro más tocante;  
adonde hallan *aflige* ponen *dije*,  
y el pobre autor corrige que corrige.

Y después ¡ay, el crítico severo!  
y sobre todo aquellos literatos  
que sólo han hecho un prólogo ligero  
de una obra por hacer; y los sensatos  
y moralistas luego; y luego el fiero  
gramático, empleando sus conatos

en probar que, pues hay ripio y pleonasma  
el autor es un bestia que da pasmo.

Y luego, y luego, y luego; y hasta el diablo  
en la Babel de críticos se cuele.

¿Aquese tonto ves que ni un vocablo  
á medio deletrear supo en la escuela?

Pues hasta él, lanzando su venablo,  
en criticar el tipo se consuela.

Jura el autor callarse como un plomo,  
y escribe el juramento y va á otro tomo.

Pero si al corazón el libro toca,  
ya tiene protección. ¡Salud, mujeres!  
si yo veo la risa en vuestra boca,  
al hablaros de amor y de placeres;  
si de mi Lira el ¡ay! tierno provoca  
vuestro dulce sentir, divinos seres,  
¿qué me importa la crítica importuna,  
ni la estrella sin luz de mi fortuna?

¿Qué mayor galardón para el poeta,  
mientras la envidia de morderle cuida  
que estar una mujer leyendo inquieta  
sus versos, ya por el jardín perdida,  
ya de su lecho en soledad secreta,  
entre las colgaduras escondida,  
casi desnuda, pálido el semblante,  
y el libro junto al seno palpitante.

¡Oh! si en ese momento de embeleso,  
yo hasta vosotras penetrar pudiera.  
como el soplo profético y travieso  
llegaba á las Sibilas de otra era,  
¡con qué placer os pagaría un beso  
por cada perla que en los ojos viera.  
otro por cada verso y todos juntos,



y otros mil por las comas y los puntos!

No me violentaría, yo os lo juro;  
la gratitud es en el alma mía  
la virtud favorita, y si perjuro  
con alguna mujer he sido un día,  
fué por este mi amor eterno y puro  
que con todas y más se quedaría,  
al verlas en el mundo despiadado  
siempre infelices en cualquier estado.

¡Oh! y cuán clara y feliz fuera mi estrella  
si hallara en tal instante por lectora,  
de esas tantas del siglo alguna bella  
que, presa del dolor que la devora,  
huye del mundo la espinosa huella,  
y triste y sin futuro, y pensadora,  
ve, doncella, en la ley del matrimonio,  
con Georges Sand, la firma del Demonio!

O algunas de esas otras desgraciadas  
que el material esposo no comprende,  
al que por ley del mundo están ligadas.  
Bárbara ley, que al alma desatiende:  
y solas, y al tirano abandonadas,  
con lágrimas su pecho se defiende;  
pidiendo de rodillas al destino  
la ventana y la daga de Antonino (1).

O alguna de esas mil viudas juiciosas  
que lloran su viudez porque están viudas;  
y, al acostarse huérfanas y hermosas,  
rezan por el difunto en voces mudas;  
y, al despertarse y contemplar las rosas  
de su mejilla, entre esperanza y dudas,  
rezan por los que habitan este mundo,  
páramo eterno del dolor profundo.

Mundo inhumano; digno de anatema;  
fábrica del dolor y del destino.  
Tenéis razón, Querubes sin diadema,  
que del Edén perdisteis el camino;  
y os he de hacer un mundo en un poema  
cuando toque su fin mi PEREGRINO:  
un mundo tal, que cuando Dios le vea  
envidia sienta en su inefable idea.

Será el globo de placas de esmeralda,  
para que, andando, contempléis de paso  
si van bien los encajes en el halda,  
y el atacado del botín de raso;  
tendrá de luz espléndida guirnalda,  
pero en cuatro horas llegará á su ocaso;  
porque el amor se duerme con el día,  
y se despierta con la noche umbría.

Tendrá por bosques encantadas grutas  
de jazmines y rosas y azucenas,  
y árboles muchos de pintadas frutas  
con la virtud de la manzana llenas;  
y por estrechas y escondidas rutas,  
casi á la vista del mortal ajenas,  
se hallarán, pavesadas de coronas,  
glorietas do no quepan tres personas.

Habrá en ellas magníficas pinturas,  
representando en traje y en costumbre  
las bíblicas hermosas criaturas,  
presidiendo Raquel la muchedumbre.  
Y de fuentes clarísimas y puras,  
que atornasole la escondida lumbre,  
caerá en cálices de oro cincelado,  
fermentando al caer, Champaña helado.

Pues tendrá nuestro mundo primoroso

de vino el mar y de café los ríos;  
 dos cosas que en concierto delicioso  
 hacen con el amor sublimes tríos:  
 y de arroyos de giro caprichoso  
 bajo doseles de arrayán sombríos,  
 el agua de colonia en las orillas  
 invadirá por bosques de pastillas.

Será movido el mundo por un viento  
 tan tranquilo que apenas se adivine,  
 y que al tocar el claro pavimento,  
 cuando el día las grutas ilumine,  
 esparza en delicioso encantamiento  
 sonidos de arpa, que al vibrar se afine  
 de Donizetti en la alta fantasía,  
 de Bellini en la dulce poesía.

Mas nuestro nuevo mundo necesita  
 un nuevo ser de cosas y de leyes,  
 y á mi mente también se precipita  
 un bosquejo de códigos y reyes,  
 cuya grandeza y novedad me incita  
 á sacar (como hacían los Vireyes  
 de mi abuela la España) en un segundo  
 todo el tesoro de mi nuevo mundo.

LEYES FUNDAMENTALES DEL ESTADO.  
 Primero: «Será un reino indivisible  
 »democráticamente gobernado  
 »por mujer, sin parientes, y elegible.»

Segundo: «Abolición de lo pasado,  
 »declarando por siempre inadmisibile  
 »cuanto hicieron los hombres, que no hicieron  
 »sino enredar el mundo que les dieron.»

Tercero: «No cuadrando á nuestros días  
 »sino la libertad y el sentimiento,  
 »y para obstar viudeces y porfías,



Ya de su lecho en soledad secreta,



»se deroga la ley del casamiento.»

Cuarto: «El empleo de las viejas tías  
 »se destierra con ellas á un convento,  
 »y cesará la maternal tutela  
 »des que salgan las hijas de la escuela.»

Quinto: «No siendo militar la gloria  
 »de aqueste reino, de hoy en adelante  
 »exigirá la reina una memoria  
 »á ciertos generales, y al instante  
 »disolverá, sin rota ni victoria,  
 »cuanto ejército de hombres se levante.»

Sexto: «CONSTITUCIÓN, ley soberana,  
 »cada uno hacer lo que le dé la gana.»

¿Qué tal el mundo? Apenas un diseño  
 os he dado esta vez; pero otro día,  
 dueño del tiempo y de mí mismo dueño,  
 concluído os lo dará mi fantasía  
 en un poema; mi palabra empeño;  
 mas, primero os exijo garantía,  
 de hacerme consejero sin segundo  
 del monarca mujer; sino, no hay mundo.

Entretanto, mujeres que venero,  
 deidades de más santo paganismo,  
 semidiosas, ó diosas por entero,  
 del más sublime y rico orientalismo,  
 yo, que tanto os procuro, y tanto quiero  
 vuestro mágico dulce magnetismo,  
 yo pongo de mi musa los despojos  
 bajo la tierna luz de vuestros ojos.

Cual las huérfanas flores del desierto  
 veladas por la luz de las estrellas,  
 les ofrecen del cáliz entreabierto

todo el aroma que se esconde en ellas;  
 cual del Sol en ocaso un rayo incierto  
 débil se ampara de las nubes bellas,  
 y forma luego espléndidos paisajes  
 difundido en sus diáfanos celajes...

Parémosnos, por Dios, mi lector caro,  
 y cojamos el hilo de la historia,  
 que, tal como soy yo, no fuera raro  
 se perdiese el asunto en mi memoria.  
 A los veinticinco años no hay amparo  
 contra una imagen bella aunque ilusoria:  
 la sangre hierve entre las venas loca,  
 como el Champaña que en el cáliz toca.

Mas ¡ay! diez años más y ya la vida  
 es una pobre cosa, bien pensado;  
 es una luz crepuscular tendida  
 sobre horizonte á medias alumbrado,  
 do la luz por la sombra perseguida  
 va perdiendo su brillo entre el nublado:  
 es un linde entre el Edén y el Infierno,  
 con un arpa de un lado y de otro un cuerno.

Y volviendo al principio de este Canto,  
 quise decirte allí, y ahora lo digo,  
 que después de apurar lo serio tanto,  
 es ameno reir, y si consigo  
 (si tú sabes llorar) secar tu llanto  
 con decir variedades, yo me obligo  
 á escribir cien octavas cuando menos  
 en versos de aire, pero versos buenos.

La rima es para mí tan fácil cosa  
 que no me cuesta tanto, te lo juro,  
 como á otros dictar la mala prosa  
 peores ideas en lenguaje impuro;  
 es en el mundo la querida hermosa



en cuyas gracias el deleite apuro,  
que pródiga en su amor, si la provoco,  
me da tesoros y los juzga poco.

Con dos botellas de cerveza blanca  
y algo de mal humor, la Musa mía,  
en buen palenque, con nobleza franca,  
á cuanta Musa existe desafia.

¿Este cartel la vanidad arranca?  
¡Y bien! dinero, hazañas, jerarquía,  
¿no son de ostentación medios diversos?  
Yo no sé qué ostentar y ostento versos.

Y escucha; esta inconstancia en mi poema,  
al grotesco saltando de lo serio,  
no es tanto inspiración como sistema,  
de lo que, ya lo ves, no hago misterio.  
El mundo es una orquesta, el cambio un tema  
una orgía vecina á un cementerio,  
una luz y una sombra; anda, detente,  
así es el mundo y quien lo niega, miente.

El que quiera en el mundo hacer mañana  
lo que hizo ayer y hoy, está perdido;  
en la inconstancia, la constancia humana  
encuentra su verídico sentido;  
cambiar es ser constante; esta es la sana  
verdad que la experiencia ha recogido;  
las cosas son las inconstantes; ellas;  
mas no nosotros al seguir sus huellas.

Se adopta una política calmante;  
una belleza nuestro amor provoca;  
pues sé con la política, constante,  
y más constante con la linda boca.  
La política se hace intolerante,  
y la bella después te sale loca,  
¡qué diablos! arrojarla al olvido



es ser constante con el buen sentido.

Hablar de amor constante y perdurable  
 es virtud de los tontos y las feas:  
 y de hombres que obediencia impermeable,  
 constantes al poder, ostentar veas,  
 huye, caro lector, huye incansable  
 si alejarte de hipócritas deseas,  
 y algo más; porque tales en el seno  
 llevan sangre de hiel, alma de cieno.

Esos altos y humildes servidores  
 que viven en redor de los tiranos,  
 mitad leales, y mitad traidores,  
 parte de tigres, parte de gusanos,  
 te cuentan en secreto los dolores  
 que les causan los grillos en sus manos:  
 rompedlos—les decís—¿Cómo? ¡qué ofensa!  
 ¿Y la fe? ¿Y la constancia? ¿Y la vergüenza?

Yo esclavo solamente del buen gusto,  
 el cual por excelencia es inconstante,  
 he querido cambiar el tono adusto  
 por un tono más dulce y más picante.  
 De las reglas del arte no me asusto  
 porque el arte soy yo.—Tengo bastante;  
 mi regla es la que arregla por fortuna  
 mi vida y mis poemas sin ninguna.

Así la vida, el mundo, así los días;  
 cambios de horas, de giro, de pasiones;  
 así las infinitas armonías;  
 así el aire, la luz, las estaciones,  
 todo en fin, en eternas graderías  
 de diversos y unidos eslabones,  
 es un constante giro de inconstante  
 manera de vivir en un instante.

¡Gloria y veneración á las mujeres!

pues nadie sabe a questo cual las bellas;  
 artistas inventoras de placares,  
 genios de la inconstancia todas ellas.  
 Bendición á vosotros tiernos seres,  
 volubles cual la luz de las estrellas,  
 que de vuestra inconstancia indefinida  
 saqué el DIVINO INFIERNO de la vida (2).

«Pero, bien—me dirás,—puedes si quieres  
 « cambiar de estilo y tono de repente,  
 « pero de asunto no; si no prefieres  
 « hacernos un babel impertinente.»  
 Tienes razón lector, y más tuvieres  
 si dijeras también, que hasta el presente  
 maldito lo que he dicho en este canto,  
 con ser, caro lector, que he dicho tanto.

Pero también es cosa meritoria  
 hablar sin decir nada muchas veces;  
 es talento tan raro, que en su historia  
 hablan de él con asombro los ingleses.  
 Fué del genio de Cromwell la alta gloria,  
 cuando callar quería sus dobleces,  
 hablar como un francés en las tribunas  
 y dejar á los lores en ayunas.

Pero ¡ay! ¡de Buenos Aires los archivos  
 no negarán mi crónica al futuro!  
 y mi genio entre muertos y entre vivos  
 nadie lo ha de aplaudir á buen seguro  
 bien que de ora, á los sabios más activos  
 yo, con don Pedro de Angelis, les juro  
 que á los archivos hallarán de modo  
 que con ver los estantes vean todo.

Es justo, pues, hablar del PEREGRINO;  
 anudar canto á canto con sistema,  
 y no volver por Dios al desatino

de jugar con los versos y el poema,  
que muchos por jugar en el camino  
(tomaremos los ángeles por tema)  
pierden el rumbo, y ofuscados luego  
pierden cuanto hay por el maldito juego

Ocupemos el cuarto de los cantos  
en hablar del bajel y su equipaje,  
que es, por cierto, el bajel uno de tantos  
de los que tienen parte en su viaje;  
hasta hoy, vive Dios, de los más santos  
que se han hecho en tan frígido paraje,  
pues ya estamos, lector, sobre la Pampa,  
do vino Rosas á buscar su estampa.

Hablemos de ese pobre PEREGRINO  
que, en los albores de su edad florida,  
no tiene bien, ni patria, ni destino,  
ni el seno virginal de su querida;  
que ha visto obscurecerse su camino;  
y que algún sol benéfico á su vida  
se cansó de esperar días y meses,  
como á don Sebastián los portugueses.

Ese hombre joven, aburrido, triste;  
que ni espera, ni goza, ni delira;  
que no tiene más bien de cuanto existe  
que las bordonas de su agreste lira,  
á cuyos tronos ni su patria asiste  
ni el corazón de la beldad suspira,  
y se pierden en huérfano concierto,  
cual los trinos de una ave en el desierto;

que vió romperse, al deleitar su boca,  
el cáliz del placer entre su mano;  
y luego, cual las ondas en su roca,  
recias batir su corazón lozano  
penas pasiones, esperanza loca,

y ese tropel de viento tan tirano  
que habita y se confunde y se dilata  
bajo la ronca tempestad del Plata.

Donde la flor más bella se aniquila  
antes de dar el cáliz su perfume;  
donde la luz más fúlgida vacila  
y con su propia llama se consume;  
donde al llegar las madres á la pila,  
que en agua santa la esperanza asume,  
al presentar un niño y darle nombre,  
lágrimas vierten porque el niño es *hombre*;

donde el alma está vieja á los treinta años,  
blanco el cabello y pálida la frente;  
donde brota la tierra desengaños,  
y es sangre el suelo y pólvora el ambiente;  
donde el padre y el hijo son extraños,  
y la virtud y el vuelo de la mente,  
y el amor á la patria, son delitos  
que hacen tumbas, cadenas, ó proscritos.

¿Volvemos á lo serio? Me olvidaba,  
perdón, lector, yo debo en este Canto  
hacer cual Larra, que á la España daba  
bajo alegre careta el triste llanto;  
porque, al fin, esa España que él amaba,  
y el Buenos Aires á quien amo tanto,  
bien pueden escuchar del mismo modo,  
pues tienen sello de familia en todo.

Ya, pues, hablemos del bajel que habita  
el héroe Peregrino de mi historia;  
ser de forma y color; ser que palpita,  
no bella creación de la memoria  
cual si dijera: «la amistad bendita,  
la constancia en amores, ó la gloria;»  
ser de carne, de huesos y de venas

materiales como alma de Anchorenas.

Ser que ha estudiado el universo externo  
y el otro que hay del alma en lo profundo,  
y luego creyó en Dios y en el infierno  
viendo los cielos y mirando el mundo;  
que conoció una vez al amor tierno,  
y ha conocido diez al furibundo,  
lo que quiere decir que en once amores  
ha tenido uno malo y diez peores.

Ser que gustó del vino y de las bellas,  
del café, de la música y las flores;  
filosóficas cosas todas ellas  
que hacen tanto más bien cuanto mejores;  
y si hoy le cansan música y botellas,  
y el café le hace mal, mal los amores,  
suya será la culpa, que tan pronto  
se cansó de ser sabio y se hizo el tonto.

Pues no es *valle de lágrimas* el mundo,  
como dice la Salve, nada de eso,  
es teatro magnífico y fecundo  
de placeres, de risas y embeleso,  
donde un año se va, como un segundo,  
y donde no hay hastío, ni hay exceso;  
lo malo es que no se entra sin *Entrada*,  
y á nadie se la dan sino comprada.

No hay oro y no hay teatro, esto es lo cierto;  
sin entrada se quedan en la calle;  
y después ¡ay! ¡el páramo desierto!  
¡El ciego mundo! ¡el lagrimoso valle!  
Qué valle, ni qué ciego, ni qué tuerto;  
échese á sí la culpa quien mal se halle,  
que á mí me haría el mundo Papa y Santo  
si yo tuviese lo que vale tanto.

¡Pobre de Rosas si en mi mano fueran  
cien talegas de plata mexicana,  
que en concierto de diez, diez veces dieran  
serenatas al pie de su ventana!  
Y pobres cuantos muros existieran  
de poder, de virtud, de gloria vana;  
si, para divertirme unos instantes,  
pudiese apedrearlos con diamantes!

Bien, pues: el CARLOS del romance mío,  
es cual lo he retratado en este canto  
donde yo narrador prosaico y frío,  
por esto ó por aquello he entrado tanto.  
Uso ministerial fué este desvío;  
recordé al pecador y olvidé al santo  
tal es mi CARLOS que, al placer ajeno,  
va sobre el *Fénix* para el mar chileno.

El *Fénix* es un barco nuevo y viejo,  
nuevas las velas, pero viejo el casco,  
de lo que ni censuro ni me quejo  
porque no sólo el *Fénix* da este chasco.  
Pero su andar en popa le festejo  
y justo en compararlo me complazco,  
con una vieja que remilga el talle  
cuando cree que la siguen por la calle.

Pero fuerte, eso sí; bien que hasta ahora  
virgen va de peligros y huracanes,  
cual aquella legión *restauradora*  
que por laureles dió á sus capitanes,  
fósiles raros, de color de mora,  
y de algún pampa los sagrados manes,  
no con acero ni con plomo, muerto,  
sino muerto de viejo en el desierto.

Su bandera es chilena, esto me encanta,  
pues sé que Chile y CARLOS son gemelos;

vistasas flores de vistosa planta,  
 cuyas raíces están por muchos suelos.  
 CARLOS nació, cuando entre gloria tanta  
 nació la libertad bajo los cielos  
 bellísimos de Chile, bajo el rayo  
 que daba el sol del pabellón de Mayo.

Noruego el capitán, Jhompson se llama,  
 tendrá como treinta años: alto, grueso;  
 rubio cabello y piel como una llama,  
 y redonda la cara como un peso;  
 derecha la nariz, de roja trama,  
 é hidrópico de rhom corto el pescuezo,  
 ojos chicos y azules, pero vivos  
 y en desconfianza y en mirada activos.

Las cuatro quintas partes de su vida  
 ha pasado en el mar bien divertido,  
 y quedóse á la fin de la partida  
 en animal anfibio convertido;  
 esta es chanza del mar muy conocida:  
 igual prodigio fuera repetido  
 en el señor Mackau, que llegó un día  
 animalmente hasta la patria mía.

Jhompson, pues, como el mar, ruge, atro-  
 | pella,  
 corre, brama, destroza, moja y arde;  
 inventa con el diablo una querella,  
 y hace de su valor soberbio alarde.  
 Así es el mar; un potro que domella  
 y lo monta el muchacho más cobarde.  
 Gigante que hace ruido con los brazos  
 y sólo agarra tantos ó yerbazos.

En cuanto á su ciencia; no es por cierto  
 nuevo Draker ni nuevo Magallanes;  
 ni un continente encontrará desierto.



si acaso no le dan los huracanes  
contra unas rocas al buscar un puerto.  
En fin, es de esos muchos capitanes  
que, como muchos generales, anda  
á la merced de lo que Dios le manda.

Pero Jhompson, al cabo es un buen hombre;  
es sin lluvia ni rayo un fuerte trueno;  
quiere con gritos obtener renombre.  
¿Y de Jhompsons, no vive el mundo lleno?  
En los hombres de tierra es sólo un nombre  
la franqueza leal, pero en el seno  
de los hombres de mar, es verdad lisa,  
sin doblez cual su enojo y cual su risa.

Siempre honrado y sincero es un marino,  
y en los peligros siempre generoso:  
con la misma verdad que ofrece vino  
ofrece una puñada sin reboso;  
y fiado á los brazos del destino  
de tres cosas no más es ambicioso:  
de ver el puerto, de gastar su plata,  
y de volver borracho á la fragata.

Embozado en su capa; envuelto el cuello  
en cachemira que á su bien amada  
velaba en otro tiempo el seno bello;  
á media noche, con la brisa helada  
que conmueve en sus sienes el cabello,  
oyó CARLOS de Jhompson la cansada  
historia de sus viajes y amoríos,  
debidas sus proezas á sus bríos.

Y después de reir de la inexperta  
alma cándida y niña del marino,  
de popa á proa la húmeda cubierta  
pasea silencioso el PEREGRINO,



ante esa inmensa soledad desierta,  
 con los golpes de mar crujiendo el pino (3);  
 hasta que asoma entre la niebla umbría  
 la débil claridad de un nuevo día.

Y con éste, el concierto de preguntas  
 de treinta pasajeros al piloto  
 una á una insufrible, y todas juntas.  
 ¿Cuántas millas anoche? ¿Algo se ha roto?  
 ¿Vese tierra? Allí están, ¿no son las puntas  
 de Malvinas aquellas? y no hay coto  
 á tanto preguntar, si no se empieza  
 por decir que el almuerzo está en la mesa.

¡Qué miscelánea de hombres y mujeres!  
 ¡Qué Babel por fracción y por entero!  
 Lector, si allí tú vas, allí te mueres.  
 Mira, allí va un ministro brasilero  
 con sesenta ó más años si tú quieres,  
 apuntando prolijo el derrotero,  
 para enviarle después al Instituto,  
 de su humilde saber humilde fruto.

Allí un doctor en leyes peruviano  
 ¡gran profesión en el Perú, por cierto!  
 lo mismo es cazador en el Oceano  
 ó pescador de red en el desierto.  
 Va con un hijo comilón, ~~malsano~~,  
 sucio, tonto, durmiéndose despierto,  
 y á quien doctor en cánones desea  
 hacerlo el padre cuando grande sea.

Allí, con su mujer su queso y vino,  
 va un genovés; navegador tan ledó,  
 tan guapo, según él, y tan marino  
 que á Gama y Nelson compararle puedo.  
 Mi buen Giacomo. al dulce florentino

y al fuerte de Jerez grato les quedo.  
Ya no hay más, es verdad, pero te juro  
que era el Jerez de lo mejor y puro.

Allí van ¡esto sí! van comediantes,  
¡esta sí es buena gente en buen oficio!  
Adonde ellos están, hay abundantes  
momentos de placer, que, excepto el juicio,  
todo sobra á estos reyes ambulantes,  
siempre francos, alegres, y en desquicio.  
Cómicos es lo que hay en esta vida  
cuando se tiene el alma desabrida.

Bougainville, La-Pérouse, Cook; muy bueno,  
yo veré vuestros mapas otro día,  
mi bravo Franklin, esperad, sereno  
mañana admiraré vuestra osadía  
de jugar con el rayo y con el trueno;  
Herschel, después; la noche está sombría,  
mi querido Bonpland, tengo embarazo  
de acompañaros hoy al Chimborazo.

Atrás toda la ciencia. Atrás la historia  
con su filosofía impertinente,  
para probarnos que la humana gloria  
pasa como los sueños de la mente.  
Atrás la inspiración y la memoria;  
atrás el hombre con su voz doliente;  
que todo esto ó es farsa ó es veneno  
si está enojada el ánima en el seno.

En esas horas en que sufre el alma,  
y hay veneno sutil en cada fibra,  
y hay en el corazón salvaje calma,  
no es con la ciencia, no, que se nos libra  
de estado tan cruel; él se nos calma  
con un vaso de ponche, que equilibra

el placer y el dolor, y más nos sana,  
si es en reunión de vagos charlatana.

¡Mala moral! ¡Ideas perniciosas!  
¡Qué diablos! no soy yo quien las concibe;  
es la naturaleza de las cosas,  
y leyes fijas porque el hombre vive.  
Si ellas son sin moral y contagiosas,  
no es la culpa de aquel que las escribe;  
él mira el mundo, y lo que el mundo enseña  
ó lo apunta, ó lo copia, ó lo diseña.

CARLOS en medio, pues, de tanta gente  
no deja de pasar alegres ratos;  
y los instantes son, precisamente,  
en que los pensamientos más ingratos  
se agolpan como llamas en su mente.  
Entonces busca los amables tratos  
de los francos y alegres comediantes,  
zozobrando el bajel y ellos *cantantes*.

Allí ve á un rey de Atenas en camisa;  
á Escipión masticando unas galletas;  
comiendo charque á la princesa Elisa,  
y á la amante de Eneas en chancletas.  
Y todo esto, por fin, le causa risa,  
porque también son hombres los poetas,  
y en vez de echarse al mar y darse muerte  
la da cansado un puntapié á la suerte.

¡Cuán rara y caprichosa es la fortuna!  
Entre esa multitud á quien aleja  
de sí la sociedad, porque importuna  
su vanidad, cuando su tez refleja  
como un cristal de transparente luna  
que ante su propia expectación la deja,  
CARLOS, en otros días del pasado,

encontró el corazón más delicado.

Así entre nubes se divisa un rayo  
desprenderse de pálido lucero,  
entre las noches lúgubres de Mayo  
cuando bate sus alas el pampero.  
Así entre el arrayán del Uruguayo  
suele ver admirado el pasajero,  
la blanca flor del aire derramando  
en hálitos de amor su aroma blando.

CELINA, el corazón del PEREGRINO  
te consagra un recuerdo de los mares,  
donde en pos de tu bárbaro destino,  
ya no lleva más bien que sus pesares  
Recuerdo de aquel tiempo cristalino  
perfumado de aromas y azahares,  
en que su hermosa juventud se abría  
para morir al despuntar el día.

Pero ¡cuánto episodio majadero!  
¡Cuántas cosas he dicho y cuántas callo,  
por no poder decirlas como quiero!  
Y en este obscuro laberinto me hallo  
por darte gusto á ti, crítico fiero,  
de quien ya escucho el tremebundo fallo,  
que condena á galeras mi poema  
por faltarle *unidades* y sistema.

Algún amigo mío. ¡Como es pura  
y noble la amistad en sus deseos;  
y fuerte, vive Dios, cual la armadura,  
que disfrazó á Ricardo en dos torneos!  
¿Qué es sin amigo humana criatura?  
Ostras sin Rhin, sandwich sin Burdeos,  
usa de vez en cuando una careta,  
pero esta es chanza que á ninguno inquieta.

¡Viva mil siglos la amistad! Sin ella  
 el mundo fuera un ambigú sin pavo.  
 Mas, ¡ay, amigos míos! por la estrella  
 que guió los tres reyes, por el bravo  
 arcángel San Miguel, y por la bella  
 virgen que nunca he visto y siempre alabo,  
 os pido que lleguéis á conocerme  
 y que nunca mintáis por complacerme.

Yo soy un hombre que tranquilo rompo  
 desde que niño fuí cuanto he querido;  
 primero mis cometas y mi trompo;  
 mi cartilla después y mi vestido;  
 y mi lengua después, y escribo *pompo*  
 si el consonante á *trompo* se me ha ido:  
 después mi corazón en mil pedazos,  
 y del mundo después todos los lazos.

Amo á mi patria. La justicia adoro;  
 amo la libertad hasta el delirio;  
 tengo en el porvenir mis sueños de oro;  
 sufriera por mi Dios hasta el martirio;  
 amo hasta el polvo, pero nunca imploro  
 del jardín del amor ni un solo lirio;  
 que yo también, al fin, una por una  
 no quiero de sus flores á ninguna.

¿Me traicionan? muy bien, venga la mano.  
 El tiempo de Luis IX me incomoda  
 y ni papista soy ni luterano.  
 Soy un hombre no más... así... á la moda;  
 propio para soldado; franco y llano  
 y que á todo en el mundo se acomoda.  
 ¿Mandáis quemar mi pobre PEREGRINO?  
*Allons diner*; las paces con el vino.

Y luego, antes de un mes, otro poema.  
 Otra vez criticáis y otra vez brindo,

y cada cual porfiando con su tema,  
 ó al fin vosotros me arrojáis del Pindo  
 ó yo os regalo en él, de mi diadema,  
 una hoja de laurel, y al fin os rindo.  
 ¿Quién ganará? Veremos; por ahora  
 veamos qué hace CARLOS á esta hora.

Hora de media noche; hora tranquila  
 y lúgubre en el mar y en las aldeas,  
 donde, en pos de cenar, dormir se estila  
 sin pensar en ventanas ni azoteas.  
 Hora boba en el mar porque no asila  
 ni una sombra de amor si amor descaes  
 ni una de esas (hechura de los reyes)  
 orgías de mucho vino y pocas leyes.

Esta es la hora de la vida en tierra;  
 hora de intervención y de invasiones  
 contra el principio de la buena guerra  
 y el derecho de paz de las naciones.  
 ¡Oh, si saliera el sol cuando la tierra  
 pide á su media noche los crespones!  
 ¡Hora sublime, en nombre de los sabios!  
 gracias y bendición te dan mis labios.

Tú sola has hecho más por los humanos  
 que cuantas leyes hay y cuantas glosas  
 de los libros sagrados y profanos  
 desde que hay humanidad, leyes y cosas.  
 Pero todo esto en tierra; en los oceanos  
 por desgracia de ti no hay más hermosas  
 que las salvajes ondas, cuyo ceño  
 si lo ve el corazón le inspira sueño.

No es la hora, en el mar, del sentimiento,  
 como es aquella en que se apaga el día;

pero es hora sublime al pensamiento  
y á los vuelos de la alta poesía.  
La vasta soledad, la sombra, el viento,  
chocando en el bajel la onda bravía,  
dan á la mente indefinible esencia  
de religiosidad y de conciencia.

Un rayo incierto de lejana estrella  
que se quiebra en las ondas blandamente,  
es un alambre eléctrico que aquella  
pone entre Dios y el hombre de repente.  
¡Grandeza del Eterno; santa y bella.  
sombra del cuadro que inventó su mente!  
El PEREGRINO tu grandeza admira,  
y entre sombras y mar pulsa su lira.

## CANTO DEL PEREGRINO

---

### LA NOCHE OSCURA

#### I

Noche, misterio, soledad del alma  
¿quién habita tus ámbitos profundos,  
que en hálitos de amor vierte la calma  
por los perdidos solitarios mundos?

¿Qué ángel en proscripción sus alas tiende  
cuando oculta su frente el rey del día  
y silencioso los espacios hiende  
en nube melancólica y sombría?



¿Qué mágica campana el sueño advierte  
del Supremo Hacedor, que á sus acentos  
se apagan, como el soplo de la muerte,  
las luces y las ondas y los vientos?

¡Noche, magnificencia indefinida!  
¿Qué humano corazón no ha suspirado  
sintiendo el peso de la ingrata vida  
en tu templo sin límites sagrado?

¿Quién no ha pensado en Dios cuando derramas  
tu balsámica faz sobre los cielos,  
y á la conciencia á confesarse llamas  
bajo el crespón de tus oscuros velos?

¿Quién te mintió jamás; qué labio humano  
no te contó del corazón la historia  
y algún pesar recóndito y tirano  
que vive torcedor de la memoria?

¿Quién no ha sentido algún remordimiento  
bajo tu imperio, dí, noche sombría?  
¿Quién no te hizo un noble juramento?  
¿Quién no lo ha roto con la luz del día?

¡Noche, consolación! La vital trama  
la bañas de un amor puro, sin nombre.  
¿Por qué en su torpe confusión te llama  
*madre del crimen* la impiedad del hombre?

Tú no lo inspiras, no; si acaso alguna  
fuerza extraña de su alma se lo inspira,  
no serán tus estrellas ni tu luna,  
ni la sombra sin fin que absorto mira.

Te busca el criminal, porque alma insana



es cobarde si el brazo es temerario,  
pero también un templo se profana  
y no es padre del crimen el santuario.

Si de sangre infeliz ves una mancha  
y torpes manos que el puñal oprimen;  
¡ay! que también á una beldad se mancha  
¡y lo bello jamás inspira un crimen!...

Tú no lo inspiras, no; tu sacra sombra  
tan sólo el canto y el amor inspira,  
que siempre inquieto el corazón te nombra  
y el son escuchas de la blanda lira.

¿Qué poeta sus cantos inmortales,  
su ardiente inspiración, su tierno acento  
no ha debido á tus sombras sepulcrales,  
madre del corazón y el pensamiento?

¿Qué amante corazón no ha palpitado  
entre los brazos de su bien querido,  
por tu silencio bienhechor velado  
por tu sombra benéfica escondido?

Por sorprender en la insondable nada  
dijo Dios «Haya luz» y la luz fuera,  
y midió de una vez con su mirada  
el lugar de los mundos en la esfera.

Y por mirar al alma en su misterio  
«Haya tiniebla», dijo, y de repente  
alzó la noche su eternal imperio  
y vió al alma del hombre transparente.

Paz de los mundos; soledad del alma,  
yo venero tu obscuro sacro manto,

porque siento con él nacer mi calma  
y la sublime inspiración del canto.

En tus velos la historia de mi vida  
con sus penas, su llanto y sus amores  
desde mi juventud vive escondida  
coronada de espinas y de flores.

No hay un solo recuerdo en mi memoria  
que no se enlace con tu nombre luego  
y á ti también te deberé la gloria  
si alguna vez á conquistarla llego...

Espíritus sin cuerpo, misteriosos,  
que respiráis las auras de la noche,  
y bajáis á las flores silenciosos  
á desplegar las hojas de su broche.

Sílfides que tocáis á mis cristales  
vagosas en mil nubes de niebla  
y me cantáis en himnos celestiales  
los palacios y el Dios de la tiniebla.

Fantasmas sin color ni forma humana  
que sorprendéis mis ojos de repente  
y en diáfana y fugaz sombra liviana  
al pasar junto á mí tocáis mi frente.

Almas en confusión que por las salas  
corréis del Eter á la vista mía,  
y el aire que agitáis con vuestras alas  
el calor tibio de mi rostro enfria.

¡Salud todos, salud! sois mis hermanos,  
mis hijos y mi ser... sabéis mi vida  
con su ambición, su amor y sus arcanos,

en sus dorados sueños sorprendida.

¡Ay! ¡cuántas veces de improviso os llama  
solitaria mi voz y en torno mío  
relámpago veloz el aire inflama,  
y muere y queda lóbrego el vacío!

¡Y una voz y mil voces se difunden  
en tristes ayes y cantares bellos,  
y seres impalpables se confunden  
revolviendo en mi frente los cabellos!

Y á su tacto se agolpan á mi mente  
escuadrones de altivos pensamientos,  
y arde como volcán mi joven frente,  
y ondulan como el mar mis sentimientos.

Y cayendo en raudal celeste riego  
sobre mi herida fantasía inquieta,  
escribo con febril desasosiego  
y soy bueno, y sé amar, y soy poeta.

Bendición sobre ti, del alma mía  
madre sensible y del amor y el canto:  
¡Ay! quién pudiera detener el día  
bajo las orlas de tu negro manto.

## II

Adonde del impío que con blasfemo pecho  
de su Hacedor reniega por renegar de sí  
id, Genios de la noche, y del impuro lecho,  
atónito arrastradlo para que tiemble aquí.

Aquí, donde perdido desaparece el mundo  
llevando hasta la nada la humanidad en pos,

y en medio de las sombras y el piélago profundo  
se encuentran con el alma la Eternidad y Dios.

Aquí, donde es un hombre lo que átomo invisible  
movido en estas ondas, dentro esta inmensidad;  
sintiendo estos abismos en su inquietud terrible,  
y el silbo de los vientos, bajo esta obscuridad.

Y aquí donde es un hombre, porque su Dios lo manda,  
como su Dios potente, como su Dios, un Dios;  
y en medio de los mares y de las sombras anda  
burlando de los vientos el ímpetu veloz.

¡La sombra solamente! ¡la que anunció el diluvio;  
la que vendrá á los mundos con el clarín final!  
No vaga en el espacio ni fugitivo efluvio  
que anuncie la existencia del lampo universal.

¡Las sombras y las olas! fantasmas y vestiglos  
los ojos y la mente por el espacio ven.  
¿Son estos los abismos do los errantes siglos  
del tiempo desprendidos al caducar caen?

¿Acaso los ruidos gigantes que me aterran,  
en el caos de siglos los alaridos son  
de las generaciones que entre la nada encierran  
con su virtud, su crimen, su tiempo y su misión?

¿Y las que ayer cayeron se agolpan y preguntan  
si de la herencia suya se conservó la fe,  
y las que se despeñan su vanidad insultan  
sardónicas gritando: «vuestro legado fué?»

¿Acaso es de su reino la lóbrega caverna  
que habitan los etéreos espíritus del mal

después que han apagado la mágica linterna  
que alumbra de su paso la huella funeral?

¿De aquí salen, acaso, para el desierto campo  
á convertirse en lenguas de fugitiva luz,  
y en medio á los sepulcros, al oscilar el lampo,  
en lívidas visiones en torno de la Cruz?

¿Acaso ese ronquido que por las ondas vibra  
se escapa bruscamente del pecho de Satán,  
que al sueño, entre las sombras, impávido se libra  
mientras las ondas rudas sobre su frente dan?

¿Acaso de estas ondas bajo la mole inmensa  
de ese ángel maldecido se esconde la mansión,  
y con su lecho de olas el renegado piensa  
burlar hasta en los rayos su eterna maldición?

¿Incierta peregrina por tan oscuras salas  
de los antiguos bardos el ánima tal vez,  
y agita por el Eter sus vaporosas alas  
en medio de la densa tranquila lobreguez?

¿Acaso todavía la humanidad contemplan  
y cuando de las nubes á saludarla van,  
se miran y en su mano las liras se destemplan?  
¡Homero! ¿Entre las sombras, suspiras con Ossian?

Pasad del pensamiento; pasad, pasad, delirios,  
que al desplegar mis alas entre ilusiones vi...  
Pasad, abismos, genios, fantasmas y martirios...  
No hay más que la grandeza del Hacedor aquí.

Señor, yo te comprendo: tu espíritu divino  
por la creación derramas en hálitos de amor:

la luz, la noche, el viento, la mar, la rosa, el pino,  
y el hombre y el insecto, todo eres tú, Señor.

Señor, yo te comprendo; te siento entre mí mismo;  
te miro en una gota del llanto matinal;  
te encuentro de estos mares en el obscuro abismo;  
te gozo en las delicias del beso maternal.

Te siento en mi conciencia; te toco entre las flores;  
te escucho cuando ruge la ronca tempestad;  
te veo cuando asoman los plácidos albores;  
y ante tu faz me postro bajo esta obscuridad.

Que vengan donde pulso las cuerdas de mi lira  
para saber qué es eso que apellidamos Dios;  
para adorar su risa, para temblar su ira,  
para postrar el alma y enmudecer la voz.

Noche, misterio, soledad del alma,  
yo venero tu obscuro sacro manto,  
porque siento con él nacer mi calma  
y la sublime inspiración del canto.

Por los mares atlánticos mecido,  
y al arrullo del viento y de las ondas,  
pulso mi triste lira conmovido  
bajo tus negras cavidades hondas.

Mañana en otras tierras peregrino,  
la yerta tumba extinguirá mi canto;  
pero, atraído de tu imán divino,  
mi sombra se alzaré bajo tu manto.

## CANTO QUINTO

La tarde era tranquila. Silenciosas  
las olas con placer se deslizaban  
por los flancos del *Fénix*, que impelían  
del grato Abril las auras de la Pampa.  
Olas teñidas con azul celeste  
y como el cielo que las cubre, claras;  
que todo el mar de la templada zona  
no tiene de cruel sino la fama  
que pregonan los tímidos viajeros,  
cuando se ofusca de pavor su alma  
al mirarse en las ondas que atropellan  
del Patagón las solitarias playas.

El cielo estaba limpio. Majestuoso  
el sol para su ocaso caminaba  
dorando con su luz los horizontes  
y de la mar el manto de esmeralda.  
Multitudes de pájaros gigantes  
negros como la noche, ó como el alba  
blancas, sus plumas, sobre el mar caían  
y á la popa del *Fénix* se agolpaban.  
Seguíanlo un instante, y de repente  
levantando del mar sus grandes alas

volaban al Oeste fugitivos  
para alcanzar el sol sobre la Pampa,  
donde el cañón del Plata, todavía  
no ha violado la paz de sus moradas (1).

Todo era triste, religioso, dulce;  
es la hora en el mar que más nos habla  
en mudo melancólico lenguaje,  
el idioma benéfico del alma.  
Es la hora en el mar, del *sentimiento*;  
hora en que desfallece la esperanza  
como el sol en su ocaso: tristemente;  
como la luz crepuscular que exhala.  
En que sólo se avivan los recuerdos  
tristes de lo pasado. En que las almas  
en los brazos caen de la memoria  
sin valor y sin fuerzas desmayadas.

Hora en que el navegante retraído,  
reclinando la sien sobre las tablas,  
tiene fijos los ojos en el cielo  
y conversa tranquilo con el alma;  
ó con secreta voz, para sí mismo,  
algún romance de su patria canta;  
palabras que aprendió de su querida  
ó de los tiernos años de su infancia (2).  
Es la hora del mar. Por sólo ella,  
bien se puede arrastrar la dura saña  
de las bravías ondas y los vientos,  
cuando las recias tempestades braman.

Es la hora de amar (3). ¿Quién navegando  
bajo nubes de armiño, derramadas  
sobre infinito manto de zafiro,  
cuando del sol el horizonte guarda  
sus postrimeros pálidos fulgores,  
no suspiró por la mujer amada?



¿No oyó á su corazón decir latiendo:  
 «¡Si *ella* estuviera aquí!» y entusiasta  
 la fantasía con pensarlo sólo,  
 al par del corazón soñó mirarla,  
 los rizos agitados por la brisa  
 en los amantes brazos reclinada?

Son misterios del alma indefinibles,  
 ese imán, esos lazos que nos atan,  
 cuando ama el corazón, á ciertas horas  
 á ciertas perspectivas encantadas.

Las horas indecisas de la tarde  
 en que la Naturaleza arrodillada  
 ruega al Dios de los mundos que la vuelva  
 esa luz bienhechora que se apaga,  
 y en dulces, melancólicos suspiros  
 parece que en el éter se derraman  
 sus místicas plegarias, difundiendo  
 paz y consolación para las almas,  
 ¡sólo el amor y religión inspiran;  
 sólo de amor y religión nos hablan!

Esas tranquilas horas de la noche,  
 cuando la luna en el cenit descansa  
 sobre plumas de cisne su cabeza  
 y bella y melancólica derrama  
 espirales de luz pálida y débil,  
 cual suele una mujer abandonada  
 ir noche á noche á reposar la frente  
 sobre el mármol que cubre de su falta  
 la yerta cifra y de su amante el crimen  
 y solitaria y lívida suspira,  
 ¡sólo el amor y religión inspiran;  
 sólo de amor y religión nos hablan!

Las colinas, las aguas del arroyo,

los prados con sus mares de esmeralda  
y los anchos océanos, cuando apenas  
sus olas muellemente se levantan,  
¡sólo el amor y religión inspiran;  
sólo de amor y religión nos hablan!

¡Bello y grande es correr sobre las ondas  
donde el alma sin límites se explaya!  
y ver la luna, el sol, y las dudosas  
horas de los crepúsculos, que bañan  
con sus pálidas luces tristemente  
del Océano la ondulante espalda!  
¡Y sentir de las olas el murmullo  
tranquilo y misterioso, como el alma  
en esas horas lánguidas, que late  
con las luces y el mar armonizada:  
y sentir por la frente deslizarse  
los hálitos del mar en tiernas auras  
refrescando la sien enardecida,  
como el aliento de mujer amada  
cuando duerme y suspira en nuestros brazos  
al mundo criminal y al cielo casta!

¡Cómo entonces se afinan en el pecho  
las cuerdas del amor! ¡Cómo en el alma,  
vive la fe de un Dios que la examina!  
¡Cómo la Eternidad se muestra y habla!  
¡Cómo entonces se eleva el pensamiento  
más allá de la vida y de los vanos  
fantasmas de la mente; y las pasiones  
cómo en vez de crueles se hacen blandas!

Todas las concepciones de la mente  
son grandes en el mar y son cristianas.  
Las más ricas creaciones de los genios  
son debidas á él. Byron es nada  
despojado de Harold, y necesita

surcar los mares de la Europa y Así!  
 para crear sus seres inmortales  
 entre los brazos de las ondas bravas.  
 La voz de Chateaubriand se olvidaría  
 puede ser, sin sus *Mártires* ni *Atala*  
 y sólo los cantó, después que dijo:  
 ¡Adiós! del mar á su adorada Francia,  
 y las olas atlánticas mojaron  
 de ese Cóndor francés las blancas alas.

Es grande Ulises por el mar vagando;  
 y el latino cantor su Eneas lanza  
 al valladar inmenso de los mares,  
*de tierra en tierra mendigando patria.*

Todo es grande en el mar, todo sublime  
 como las hondas de su hinchada espalda,  
 como el rugido de sus hondos senos,  
 como su inmensidad, como su saña.

Y es fuerza que así sea. No se mira  
 en redor sino á Dios, en las más altas  
 ideas de su mente; y ante ellas,  
 en la contemplación reposa el alma.  
 La humanidad y el mundo se divisan  
 por el prisma que forja la distancia,  
 como á la gota de agua y sus insectos  
 por el vidrio que el físico prepara.  
 Lo individual se olvida ó desvanece  
 y sólo en abstracciones se levantan  
 los vuelos de la mente, comparando  
 la grandeza de Dios que la anonada,  
 y el átomo que olvida su miseria  
 y osa volar sin fuerzas y sin alas.

Tan sólo el corazón descende al mundo—  
 al mundo del recuerdo y de las ansias—  
 y tierno y melancólico suspira  
 por su Dios, por su amor y por su patria.

Y CARLOS ¡ay!, mi joven PEGEGRINO,  
alma por excelencia infortunada,  
mezcla de león y tórtola que abriga,  
hombre que si en titán se trasmutara  
y de lo alto del trópico mirase  
la tierra por sus mares inundada,  
y rodando á sus polos en las ondas  
los montes, las naciones y las razas,  
como el padre del Arca se hincaría  
en un místico canto á dar las gracias  
al dueño de la luz, diciendo ledo:  
«Así sea, Señor, aquí está mi alma.»  
¡Y hombre que sin querer empalidece,  
conmovido al aliento de las auras;  
que una lágrima empaña su mejilla  
cuando débil la luz del sol se apaga,  
y vaga una sonrisa por sus labios  
así que asoma (como virgen casta  
con su pálida tez y ojos brillantes,  
que mueve apenas la indecisa planta  
á encontrar á su amante, y su mejilla  
más se colora cuanto más avanza)  
la blanca luz del alba en el oriente  
y en pos de ella la aurora iluminada!

Y á CARLOS, ¡cuántos pensamientos bellos  
no le ha inspirado el mar! ¡Cómo su alma  
se ha gozado con él! ¡Cómo han caído  
lágrimas de sus ojos, solitarias,  
á perderse en las ondas, cual se pierde  
en un mar de rigores su esperanza,  
que tantos años suspiró á la orilla  
de la felicidad que ambicionaba,  
como un ángel sin alas sollozando  
junto á las puertas del Edén cerradas!  
¡Cuántos otros como él sobre los mares  
al mismo tiempo su infortunio cantan! (4)

Laureado cantor de nuestro Mayo (5),  
Varela, Alberdi, que la suerte ingrata  
por diferentes mares os conduce  
en igual tiempo, con igual desgracia  
como arrastra también al PEREGRINO  
lejos, muy lejos de la dulce patria.  
Hermanos en virtud y en sufrimientos,  
hermanos en valor y en esperanzas,  
también alguna lágrima ha caído  
de vuestros ojos por la patria amada,  
al cruzar solitarios los océanos  
en busca siempre de extranjeras playas.  
¡También inspiraciones atrevidas  
habréis debido al mar, cuando calladas  
las horas de la tarde hayan movido  
de vuestro genio las hermosas alas!

Guardadlas dentro del alma,  
guardadlas, que vendrá un día  
en que á la fortuna impía  
la postre su mismo afán;  
y nuestra sien levantemos  
más orgullosa y más noble,  
como se levantó el roble  
que lo inclinó el huracán.

¡Día eterno de venganza!  
¿De venganza? de justicia  
en que la mano propicia  
de Dios escriba la ley;  
y en que del labio de un pueblo,  
con la balanza en la mano  
la escuche hincado un tirano,  
en medio á su sierva grey.

Hemos visto, los proscritos,  
nuestros juveniles años,  
bajo los cielos extraños

deslizarse á la vejez;  
hemos perdido las claras  
horas de nuestra existencia,  
batallando sin clemencia  
la miseria y la altivez.

Hemos visto uno por uno,  
como en otoño las hojas,  
caer al plomo ó las congojas  
nuestros hermanos doquier:  
hemos cubierto su tumba  
con tierra del extranjero,  
sin lápida ni madero  
para el polvo guarecer.

Hemos visto á nuestros padres,  
más de dolor que de viejos,  
decirnos: «Ya no más lejos,  
me falta la fuerza ya»;  
y bendiciendo á sus hijos  
pasar su alma á otras mansiones  
como el sol á otras regiones  
cuando en la tarde se va.

Hemos visto al infortunio,  
en cuanta faz el destino  
puede lanzarlo al camino  
del hombre en la adversidad;  
que hasta la fuente del llanto  
agotando en sus enojos,  
arrebato á nuestros ojos  
la postrer felicidad.

Hemos hecho—es menos fuerte,  
infierno, el tormento tuyo,—  
abnegación del orgullo  
si el honor supo quedar.

Que luchando brazo á brazo  
con la miseria la vida,  
cuando se cierra una herida  
queda otra para cerrar.

Y la Esperanza ¡ay! de todos  
astro de aureola esplendente,  
nunca nos mostró su frente  
sino en incierto trasluz:  
cual estrella que á la tarde  
en oriente se divisa,  
resplandeciendo indecisa  
entre la sombra y la luz.

---

Patria, reina del Plata. Aguila fuerte  
que ayer en el plumaje de tus alas  
de la España y de Albión viste las balas  
anvolverse y caer sin ofenderte.

Y bien, madre de glorias, hemos visto  
arrancar de tu sien palma por palma,  
con más espinas traspasada el alma  
que en la sangrienta cruz la sien de Cristo.

Hemos visto, triunfante tu Tirano,  
al carro atar tu frente sin guirnalda,  
y á los golpes del látigo tu espalda  
sangre brotar para teñir su mano.

Hemos visto sumirte embrutecida  
en un abismo de ignorancia y crimen,  
y al son de las cadenas que te oprimen  
sin osarlas quebrar dormir tu vida.

Y hemos visto también del continente  
los pueblos por doquier tender las alas



á recibir las prometidas galas  
del rico porvenir que alza su frente.

Y de la libertad la trompa de oro  
anunciar en la choza y los palacios,  
que de hoy más en su trono de topacios  
el labrador y el rey forman su coro.

Y hemos visto también que no limita  
en el siglo la vida de tu llanto,  
pues esos niños que acaricias tanto  
la sangre llevan de la grey maldita.

Y una generación, como una madre,  
cuando el alma y el cuerpo tiene impuros,  
nunca se reproduce en hijos puros  
aun cuando el tiempo á mejorarlos cuadre.

Mas si no de salud, pueblo argentino,  
el día vengador no está distante,  
en que se embote el golpe de diamante  
que descarga en tus sienes el destino.

En que fulmine de venganza un rayo  
el dueño de la luz desde su trono,  
y de rodillas al vibrar su tono,  
se postren los apóstatas de Mayo.

Y tus proscriptos la justicia eterna  
venguen más que tus penas y tu yugo,  
cuando al cortar el cuello á tu verdugo  
laven la mancha de tu frente tierna.

Y ante la ley á compasión ajenos,  
porque es alguna vez tal virtud crimen,  
en cuantos hoy tu libertad oprimen  
el fallo de la ley cumplan serenos.



No desconfíes, no; vendrá esa hora;  
 como tras largo estío, al suelo en llama,  
 en fuentes de relámpagos derrama  
 la tempestad su lluvia bienhechora.

Hombres de nuestro tiempo, conocemos  
 que el bálsamo eficaz para tu herida,  
 está en la sangre de tu propia vida,  
 y con tu mismo humor te curaremos.

Y habrá en tu cénit tempestad y rayo  
 que purifique al aire y limpie el cielo,  
 para que en blanco y azulado velo  
 se extienda el iris con la luz de Mayo.

Ese día vendrá; lo espero. Entonce  
 vosotros que en los brazos del destino  
 váis doquier, cual mi joven PEREGRINO  
 oponiendo al dolor pecho de bronce,

á quienes desde el mar he dirigido  
 estas palabras huérfanas de nombre,  
 pero hijas, sí, del corazón de un hombre  
 el más infortunado y ofendido;

de quien sólo á su patria llanto debe  
 y le da con amor sus bellos años;  
 de quien sólo á los hombres desengaños  
 y del dolor sin odio el cáliz bebe,

vosotros hallaréis al PEREGRINO  
 cuando la libertad os llame al Plata;  
 y de esas horas en que el mar retrata  
 la vaga incertidumbre del destino,

cuando al límite el sol de dos regiones  
 medio oculto en el mar, para una expira

y á punto de naçer otra lo mira,  
 todos os contaréis las impresiones,

ya del ansiado río en las arenas  
 al claro de la luna en noche hermosa,  
 ya en el hogar junto á la tierna esposa  
 con la amistad de las comunes penas.

Y una lágrima acaso... Basta... ignoro  
 cómo he dejado deslizar mi pluma,  
 y de penas pintar tan larga suma  
 queriendo hacer llorar porque yo lloro.

Quise sólo de un mar dar un saludo  
 á vosotros que véis mares diversos,  
 y he escrito ¡vive Dios! doscientos versos  
 en cosas que mejor es estar mudo.

¡Episodios! manía de mi musa  
 que enlazada anda siempre á mi manía  
 de libertad para la patria mía,  
 cosa que ni la entiende ni la usa.

Sabe hoy de ella, como sabe el necio  
 de los autores que ignorante cita,  
 ¡oh Corneille! ¡oh Voltaire! ¡oh Byron! grita  
 y al oirse silbar grita más recio.

Su nombre, ¡oh, eso sí! de gente en gente,  
 cual de champagne en líquidos cristales  
 se deleitan los labios virginales  
 en la aromada espuma solamente.

Y vaya esta figura en verso tierno  
 porque al fin es mi patria de quien hablo,  
 que si no habría dicho: «Como el Diabolo  
 nombrando á Jesucristo en el infierno».

Mas de mis episodios insufribles

tiene la culpa mi adorada rima,  
que caprichosa mis caprichos mima  
con encantos á mi alma irresistibles.

En la noche jamás tomé la pluma  
habiendo antes pensado, y con la aurora  
no la dejé jamás sin que sonora  
la rima me embriagara en buena suma.

De deliciosos versos los oídos,  
son para mí la dulce melodía  
con que Platón al despuntar el día  
llamaba á sus discípulos dormidos.

Un verso dulce, espirituoso, terso;  
si ser dueño de todo yo pudiera,  
quiero decir, si *Soberano* fuera,  
cambiaría dos hombres por un verso.

Por amor á la rima es que amo tanto  
á todas las mujeres que son bellas;  
porque una de la otra y todas ellas  
los consonantes son de un solo canto.

No te rías, lector, todo consueña:  
una hermosa mujer no es otra cosa  
que el consonante puro de otra hermosa  
cual la palabra *ajena* con la *buena*.

Diversas nada más las iniciales.  
Negros, azules, tiernos, brillantinos,  
¡qué diablo! todos son ojos divinos  
con un mismo poder en sus finales.

Unos hieren el alma poco á poco.  
otros con más poder súbitamente,  
pero todos acaban igualmente  
por nos dejar el pensamiento loco.

Y por ella también en este canto  
la estricta regla de unidad se olvida,  
que á imitación de viuda condolidada  
he soltado la risa en pos del llanto.

¡Ah! tengo dos razones; y es la una,  
que de todas las reglas más en regla,  
la única que poseo es la que arregla  
mi vida y mis poemas sin ninguna.

Y á fe que es la mejor por todos lados,  
y es la mejor porque la siguen todos,  
desde el diluvio hasta los viejos godos  
señores bien en regla desreglados.

Mas ¡las reglas! ¡ah! ya. Cosas del mundo,  
un poema un poema, hombres los hombres,  
y todo lo demás nombres y nombres  
más estéril, al fin, el más fecundo.

Más allá de la muerte, los rigores  
de Nerón, Roma maldecir debía,  
pues bien, murió Nerón y al otro día  
sobre su tumba se encontraron flores.

Mi segunda razón (razón y media)  
que quise hacer lo que en Madrid se estila,  
que dan por si se anubla la pupila,  
un sainete después de una tragedia.

Mas diré mi creencia llana y lisa:  
la digestión del Español es buena,  
y antes de divertirse con la cena,  
su estómago preparan con la risa.

¿Y dónde hemos dejado el PEREGRINO?  
Contemplando en el mar la luz sombría  
que deja el claro luminar del día  
al terminar su espléndido camino.

Mentira pasajera de una llama  
que se ha extinguido ya... así una risa  
en un pálido rostro se divisa  
rota ya del placer la frágil trama.

¿Mas, por qué asoma al contemplar la tarde  
una gota á su lánguida pupila,  
que en el párpado trémula vacila  
de sensibilidad haciendo alarde?

¿Por qué? porque las horas  
de CARLOS son aquellas  
en que la tarde vierte  
su parda claridad,  
y aquellas en que bañan  
la luna y las estrellas  
de pálidos colores  
la quieta inmensidad:

Con ellas enlazada  
la historia de su vida,  
suspira al contemplarlas  
su triste corazón;  
y escucha por el éter  
la voz de su querida  
en la primer palabra  
de su primer pasión.

De aquella criatura  
destello de los cielos  
aurora que asomaba  
con la postrera luz;  
á repetir temblando  
su amor y sus recelos,  
ante la faz sagrada  
de misteriosa cruz (6).

Y todo cuanto bello  
lo encadenó á la vida,  
las horas de la tarde  
le traen al corazón...  
La luz se desvanece,  
y pulsa conmovida  
la lira, de las ondas  
al misterioso son.

## CANTO DEL PEREGRINO

---

### CREPÚSCULO

Con el color de la torcaz y el lirio  
tranquillas nubes el espacio pueblan,  
y allá el confin del horizonte inundan  
ondas de fuego que en la mar reflejan.

Guardado el rostro en azulados velos  
cae á su ocaso la vital lumbrera,  
pero el cabello destrenzado, flotan  
en sierpes de oro sus brillantes hebras.

Púrpura y oro en el ocaso brillan  
entre celajes de enlutada niebla,  
como entre el manto de la negra duda  
los bellos sueños de la edad primera.

Púrpura y oro en el ocaso brillan;  
y frente á frente de la luz postrera  
paso tras paso con semblante adusto  
la obscura noche al firmamento trepa.

Así las esperanzas alumbraron  
mi joven corazón; así con ellas  
la gloria y el amor se reflejaban  
sobre las flores de mi incierta huella.

Así vino después, como la noche,  
el desencanto á obscurecer la senda;  
y de gloria y de amor y de esperanzas  
un crepúsculo vago se conserva.

## CANTO DEL PEREGRINO

---

### DESENCANTO.

#### I

    Mi sueño de oro  
en noche ingrata,  
¡ay! fué del Plata  
la libertad;  
y de mis ansias  
el paraíso,  
¡ay! fué el hechizo  
de la beldad.

#### II

    Mas ¡ay! mi patria  
recuerda apenas  
que entre cadenas  
su cuello está;  
y acostumbrada  
la sien al yugo,  
ni á su verdugo  
maldice ya!

## III

Mas ¡ay! el astro  
de mis amores  
sus resplandores  
obscureció;  
y entre las sombras  
del desencanto,  
mi postrer llanto  
se deslizó.

## IV

El alma tibia,  
hoja la mente  
indiferente  
muevo mi pie;  
que en lo más hondo  
del pecho mío,  
dejó un vacío  
mi yerta fe.

## V

Cual verde rama  
que el viento quiebra  
y en débil hebra  
cayendo está,  
así mi vida  
se tiene leve,  
en soplo breve  
que vuela ya.

## VI

Y no del Plata  
la luna hermosa,  
dará en mi losa  
pálida luz;



y no en mi pobre  
tumba extranjera  
habrá siquiera  
benigna cruz.

## VII

Bello es el mundo,  
bello es el día,  
y el alma mía  
la eternidad:  
alma que late  
desencantada,  
en su rosada  
temprana edad.

---

Y el arpa del PEREGRINO  
enmudeció el *desencanto*,  
interrumpido su canto  
por un ¡ay! del corazón...  
Descansó el rostro en su manos  
y desagotado el seno,  
alzó la sien más sereno  
y cantó en lúgubre son.

Canto sentido—del alma—  
imagen fiel y sombría  
de la palidez del día  
que vió morir en el mar;  
canto del que todo ha visto  
desparecer paso á paso,  
como se ve en el ocaso  
la lumbre crepuscular.

---

## CANTO DEL PEREGRINO

## A EMILIA

En cada instante de la triste vida  
hemos dicho un ¡adiós! á una esperanza;  
todo es ¡adiós! ¡adiós! y no se alcanza  
sino en la tumba el postrimer ¡adiós!

Esta palabra en el dintel del cielo,  
nos la sentencia el Dios que nos destierra,  
y la vamos diciendo por la tierra  
en cada paso con oculta voz.

Todo es ¡adiós! en el presente, todo;  
y la vida, vasalla del pasado,  
no tiene más derecho consagrado  
que el del *recuerdo* para más llorar.

¡Emilia! ¿Dónde estás? Tu pobre hermano  
ya no parte contigo su destino  
y huérfano, infeliz y peregrino  
suspira solo sobre el ancho mar

Voláronse los plácidos momentos  
de nuestra infancia y juventud tranquila  
y el llanto nos empaña la pupila  
sin que uno al otro consolando esté.

¡Ay, cómo te preciso! Más que nunca  
pesa en mis hombros mi cansada frente,

y sólo en torno mío extraña gente  
mi alma do quiera suspirando ve!

¡Cómo he sufrido, Emilia! ¡Cómo sufrí  
con ese desamor amargo y frío,  
que contemplo doquier en redor mío  
sin ver mis lares ni escuchar tu voz!

¡Cuán amargos, injustos desengaños!  
¡Cuánto mi corazón ha suspirado!  
Y tú no lo sabrás, pero ha llorado  
con agrio llanto tu postrer adiós.

Y más y más la fortuna  
siempre ensañada conmigo  
vame llevando consigo  
¿adónde, hermana? no sé.  
Hoy por el mar batallando  
con viento y olas bravías,  
mañana con cerranías,  
por los desiertos después.

¡Ah, hermana mía! ¡Si vieras  
qué pálida está mi frente,  
cómo enseña transparente  
la llaga del corazón!  
¡Qué marchito mi semblante,  
qué blancos ya mis cabellos!  
¡Ah, hermana! ¿Qué es de aquellos  
dulces instantes de amor?

Pasaron ya. ¿Los recuerdas?  
pobres nacimos: ninguna  
sonrisa de la fortuna  
nos acarició jamás.  
Pero el pan de nuestra madre  
con su desvelo comprado,

comíamos á su lado  
sin lágrimas que enjugar.

Pronto llevónosla al cielo  
pura, santa, idolatrada,  
y en orfandad desgraciada  
quedamos niños los dos.  
¡Cómo era buena! lloremos,  
lloremos siempre, mi hermana,  
aquella madre tan sana  
tan pura de corazón.

¡Aquella madre que al vernos  
pasar tan pobres la vida.  
iba á llorar escondida  
por no causarnos pesar!  
¡Ay, cuántas veces dormidos  
nos besaría en el lecho,  
hinchado de llanto el pecho  
y el labio sin murmurar!

Solos quedamos, y vimos  
nuestros juveniles años,  
siempre en medio á los extraños  
vivienda para los dos.  
Pero á lo menos tu risa  
con otra risa se hallaba,  
y mi lágrima encontraba  
otra lágrima de amor.

Perdí mi patria. La vida  
comencé del peregrino;  
vida errante sin destino,  
sin horizonte, sin fin.  
Y en ese infortunio santo  
de los proscritos, ¡cuán bella  
resplandecía mi estrella  
desterrado junto á ti!



ni manchas mi pura frente  
con la calumnia ¿es verdad?  
¡Oh! nunca, nunca. En el mundo  
donde lloro desvalido,  
tú sola me has comprendido  
y tú me quedas no más. (7)

Como yo nadie presentó á los hombres  
un corazón más cándido ni puro,  
ni más limpio de mancha en tiempo impuro  
nadie tampoco mostrará la sien.

Con raudales de amor el pecho mío  
del corazón las fuentes inundaba  
y del polvo hasta el sol se derramaba,  
siendo mi gloria y religión, querer.

Mas ¡ay! hermana, me avergüenzo acaso  
del excesivo amor del alma mía.  
No puede aborrecer; pero está fría,  
desencantada, sin poder amar.

Esos hombres que claman entusiastas  
el fraternal amor que en su alma sienten,  
todos mienten, hermana, todos mienten;  
cálculo siempre, pero amor, jamás.

Nunca mi corazón buscó los hombres  
sin encontrar ingratos; un amigo  
tuve de la niñez; yo le bendigo,  
y no recuerdo su inconstancia, no.

Ni un hálito de amor debo á mi patria  
y todo cuanto soy debo á mí mismo:  
tué de grillos mi cívico bautismo  
y solamente mi esperanza, Dios.

Seguiré los reflejos de mi estrella  
sin referir á nadie mi destino,  
y el que quiera alcanzarme en mi camino  
las flores coja que dejando iré.

Si no me inspira el hombre, ¿qué me importa?  
Yo tengo el mar, las nubes y los vientos  
y un eterno jardín de pensamientos,  
rica corona de mi joven sien.

Ahí está Dios y América la virgen;  
el Andes y su cóndor y su hielo;  
imágenes poéticas del cielo  
con que á la bella Libertad pintó.

Ahí está el porvenir; en él mi patria,  
la patria rica de opulenta gloria,  
no ese rincón ingrato á la memoria  
que baña el Plata con vergüenza hoy.

Pues hay inspiración, venga la lira,  
yo viviré burlando mi destino,  
y el que quiera alcanzarme en mi camino  
las flores coja que dejando voy.

¡Adiós! mi adorada, mi sincera hermana;  
¡adiós! y á tu amigo no olvides jamás;  
¡quién sabe si acaso te cuentan mañana  
que sólo en el cielo mirarme podrás!

Yo sé que mi vida se exhala marchita  
cual flor en desierto que el sol abrasó,  
yo sé que la llama que el alma me irrita  
las fuentes de vida temprano secó.

¡Quién sabe qué tierra me cubre extranjera!  
¡quién sabe si tiene mi tumba una cruz  
que en medio á la noche la parda lumbrera

alumbre tranquila con pálida luz!

¡Feliz si entibiara la cruz de mi fosa  
el sol que en mi cuna doraba mi sien!  
¡Feliz si á su lado creciera una rosa  
del agua del Plata regada también!

No olvides, Emilia, jamás á tu amigo  
y ten si le nombras orgullo de ti.  
¡Ay! ¡si alguien llevara mi nombre consigo  
no herede mi suerte pero mi alma sí!

¡Adiós! mi querida, mi sincera hermana,  
de en medio á las ondas te envió mi ¡adiós!  
si nunca nos une la suerte tirana,  
que el mundo te quiera, bendígate Dios.





## CANTO SEXTO

---

*Al Sr. Dr. D. Diógenes Urquiza*

*dedica el*

SEXTO CANTO DEL PEREGRINO.

*Su amigo*

JOSÉ MÁRMOL



## CANTO SEXTO

---

### Á LA LUNA

Duerme tranquilo el mar sueño profundo  
sin que agite su sien brisa importuna,  
y se levanta la redonda luna,  
como el ojo de Dios mirando al mundo.

Un finísimo rayo de su frente  
llega trémulo al borde del navío,  
y en la espalda del líquido sombrío  
se mueve cual bellísima serpiente.

Al astro envuelve cenicienta nube,  
y de la lumbre de su frente luego,  
más el reflejo que la sombra sube  
y el linde dora en espiral de fuego.

Sigue trepando en carro de diamantes  
al cenit de la bóveda azulada,  
y la sierpe se expande, y transformada  
queda en lago de chispas rutilantes.

¿Qué mágico pincel pintar podría  
un solo rayo de su luz hermosa?

¿En qué tinta el color encontraría  
de un arrebol entre una nube umbrosa?

Si el dulce ruiseñor de LOS CONSUELOS  
pisara este bajel, él te cantara,  
tímida virgen, en los altos cielos  
de suspiros y lágrimas avara.

Y á su voz de letal melancolía  
murmurara de amor el mar sombrío,  
y en torno se agolparan del navío  
los peces á la dulce melodía.

-----

¿A quién buscas viajera de la noche,  
sobre este llano de aridez eterna,  
do nunca al rayo de tu luz tan tierna  
abre una flor su perfumado broche;

do nunca una beldad triste suspira  
de su balcón en las heladas rejas,  
y al dar al viento sus sentidas quejas  
alza sus ojos y tu rostro mira;

do nunca una mujer junto á una losa  
hincada llora su perdido fruto,  
pagando el triste maternal tributo  
bajo tu luz tranquila y misteriosa;

donde no hay sino espacios infinitos,  
brisas que corren las llanuras solas,  
y el lúgubre quejido de las olas  
bajo los rayos de tu luz benditos?

Gracias, ángel que velas los pesares,  
casta beldad de adormecidos ojos,

tú calmas dulcemente los enojos  
del viajador errante de los mares.

El conmovido mar se magnetiza  
tocado apenas por tu blanco rayo,  
y al contemplar su lánguido desmayo  
pliega sus alas con temor la brisa.

Como genio del mar el bajel vuela,  
murmurando las olas mansamente,  
y el triste marinero alza la frente  
á ver tus rayos en la blanca vela.

¡Bendita, entonces, tu tranquila lumbre,  
del sol ardiente pálida memoria!  
Ella trae de nuestra misma historia  
recuerdos mil en grata muchedumbre

Uno derrama silencioso llanto,  
otro canciones de su patria canta;  
pero todos *recuerdan*, virgen santa  
en el bajel bajo tu dulce encanto.

---

Ya estás en el cenit; bendita seas.  
Ya iluminas la sien del PEREGRINO;  
ya escucharás su amor y su destino  
cuando en tu rostro sus miradas veas.

Oye, casta beldad, perla del cielo.  
el ¡ay! de un corazón que Dios no quiso  
que el molde original en que lo hizo  
diese otro semejante al triste suelo.

Oye de su dolor las justas quejas  
en el albor de su infelice vida,  
y toque y cierre su profunda herida  
el dulce rayo que de Dios reflejas.

Aquí desde un bajel perdidos llora  
amor y patria y juventud temprano,  
y al arrullo del viento y del Oceano  
pulsa su lira y la esperanza implora.

Es benigna tu luz, cual la mirada  
de tierna madre á desgraciado hijo,  
ven, y en su pecho su dolor prolijo  
cálmale con tu luz immaculada.

Su amante madre le robó la muerte:  
á su tierra natal la tiranía;  
y del mundo también la hipocresía  
robó su amor y su temprana suerte.

Huérfano como el lirio del desierto  
lo abrasa el sol y el viento lo deshoja;  
ven, blanca luna, ven, y su congoja  
hable y suspire con tu rayo incierto.

## A LAS ESTRELLAS

---

### EN EL MAR

Sobre la mar tranquila  
suavemente vacila.  
la blanca luz de la lumbrera hermosa  
Rutilan las estrellas  
y el mar á todas ellas  
las duplica en su frente majestuosa.

Allí están chispeantes  
los fúlgidos diamantes

del manto azul del César de los cielos.  
Con quienes los querubes  
juegan entre las nubes  
sus luces apagando con sus velos.

Allí está ese misterio  
del eternal imperio  
en todo su esplendor y poesía:  
allí están los puñados  
de mundos inflamados  
que tiró Dios sobre la noche umbría.  
Allí están, como fueran,  
cuando juntos cayeran  
á la urna sin fin del Universo;  
cual serán en la hora,  
en que anuncie sonora  
la trompeta final el día adverso.

Allí están sin asiento,  
por el divino aliento  
suspendidos en medio del espacio,  
y con magia encantada  
arrastrando imantada  
á la mente sus rayos de topacio,

¿Qué magnético encanto  
irresistible y santo  
hay en vosotras, tremulas estrellas,  
que robáis con cariño  
las sonrisas al niño,  
y al anciano recuerdos y querellas?

¿Qué relación existe  
entre este mundo triste  
y vosotras, alegres y radiantes?  
¿Qué tiene vuestro rayo



con el mortal desmayo,  
con las penas del hombre palpitantes?

Decidme: vuestra lumbre  
de grata mansedumbre  
¿tiene algo de común con los mortales?  
¿Vuestros rayos supremos  
acercan los extremos  
del hombre y de los seres divinales?

¿O, cual dicen las fablas  
de las antiguas hablas,  
sois de todos clarísimos destinos,  
y cuando nace un hombre  
lleva un astro su nombre  
y le marca en la tierra su camino?

Si lo sois, descubridme  
el misterio, y decidme:  
cuáles los astros son de los tiranos,  
y podré aunque de lejos  
maldecir sus reflejos,  
ya que no sofocarlos con mis manos.

Y señaladme, cuáles  
con rayos virginales  
son los que alumbran la virtud sagrada,  
para poner mis sienes  
á recibir los bienes  
de su divina lumbre inmaculada.

Enseñadme cuál fuera,  
quien á mi patria hiciera  
surgir brillante de su noche umbría;  
para clavar mis ojos  
en su rayo, y de hinojos  
veneración rendirle el alma mía.

Y cual la roja estrella  
 que sus rayos destella  
 en su senda de lágrimas ingrata;  
 para pisar contento  
 sus rayos un momento  
 en el agua ó cristal que los retrata.

Y del triste destino  
 del pobre PEREGRINO  
 ¿cuál es, decid, la inapiadada estrella?  
 ¡Ay! ¿será aquella acaso  
 que se hunde en el ocaso,  
 las ondas de la mar tocando en ella?

¡Cuántas veces al lado  
 de su ídolo adorado,  
 allá en las noches de su patria hermosa,  
 «esa es nuestra, » decía,  
 enseñando á MARÍA  
 en el cenit azul la más preciosa!

Y fijando, la bella,  
 sus ojos en la estrella,  
 «que velen nuestro amor sus resplandores»  
 decía en embeleso,  
 recibiendo en un beso  
 el premio á sus angélicos amores.

¿Dónde están las dulzuras  
 de esas horas tan puras  
 deslizadas en tiempo cristalino?  
 ¿Dónde el bello tesoro  
 de los delirios de oro?  
 ¿dónde la juventud del PEREGRINO?

¿Dónde está la querida

de su temprana vida?  
¿Dónde en el cielo la preciosa estrella?  
¡Ay! ¿será aquella acaso  
que se hunde en el ocaso  
las ondas de la mar tocando en ella?

---

Viene el día  
quieto el cielo,  
no hay un velo  
ni un indicio  
de impropicio  
vendaval.

Fresca brisa  
mueve el pino  
en camino,  
balanceando,  
coqueteando  
con el mar.

Olas leves  
con espumas  
como plumas  
de rizada  
nacarada  
redondez,

á los bordes  
de la nave  
en suave  
curso llegan,  
y se pliegan  
á su pie.

Y del barco  
por las huellas  
cantan ellas

dulce canto,  
como llanto  
de torcaz,

ó mormuran  
de que aliente  
quien valiente  
turbe el sueño  
halagüeño  
de la mar.

---

Ya vese  
que sube  
la nube  
que forman,  
de pardos  
colores,  
vapores  
del mar.

Y hendiendo  
á la fina  
neblina  
la vista,  
se puede  
la frente  
de oriente  
mirar.

Un tenue  
rosado  
pintado  
se mira,  
al borde  
lejano  
del llano  
del mar.

Y un arco  
de plata  
dilata  
sus luces  
en débil  
anillo  
de brillo  
fugaz.

---

Aun en tinieblas  
tristes y solas,  
sobre las olas  
corre el bajel.  
Un día nuevo  
ya se divisa  
y fresca brisa  
viene con él.

Es la paloma  
que se despierta  
y corre incierta  
por ver el sol:  
es el jilguero  
del Oceano,  
que canta ufano  
el arrebol.

En el velamen  
y los cordajes,  
forma paisajes  
la media luz;  
son la arboleda  
del mar desierto,  
do asoma incierto  
débil trasluz.

Sobre la popa  
el PEREGRINO,

ve el matutino  
suave color;  
su mies el alma,  
su hoz los pesares,  
y es de los mares  
el labrador.

---

El alba una por una  
apaga las estrellas,  
y pálida la luna  
desmáyase con ellas.

Y al borde de occidente  
corre á ocultarse fría,  
por no mirar la frente  
del que ilumina el día.

El que la da un tesoro  
de pura luz preciosa,  
llega en su carro de oro  
para mirar su hermosa;

pero es mujer la luna,  
y es como tal, ingrata,  
sin compasión alguna  
con quien mejor la trata.

Cual de virgínea frente  
la juvenil tersura,  
se esparce en el oriente  
bellísima blancura.

Un rayo de la aurora  
la nitidez esmalta,  
y el cielo se colora  
y el agua se esmeralta.

La nave está plateada  
con un reflejo vago,  
y muellemente nada  
cual cisne sobre un lago.

Y el joven PEREGRINO  
contempla indiferente  
un día sin destino,  
un alba sin oriente.

Sus ojos al ocaso  
de vez en cuando gira,  
pero aun el tardo paso  
de la tiniebla mira.

¿Qué quiere tras las solas,  
las únicas tinieblas?  
¿Qué maga de las olas  
procura entre las nieblas?

¿Qué inspiración creadora  
su ojo en el-mar procura,  
que no está de la aurora  
bajo la luz tan pura?

¡Ay! que en la ciencia sabe,  
y en el latir del pecho,  
que no pasó la nave  
la altura del Estrecho;

y que la mar quebrada  
que al occidente viera,  
bien cerca y bien amada  
le anuncia una ribera!!

Mudo su labio tuego  
y hablando el corazón,

reza en secreto un ruego  
en tímida oración.

## ORACIÓN DEL PEREGRINO

---

Gloria, Dios, que de tu boca  
á los hálitos fecundos,  
la nada brotara mundos  
y las tinieblas la luz!  
¡Gloria á ti, gloria á tu hijo,  
que en horas de sed y muerte  
vino á darnos agua y suerte  
con la sangre de la cruz!

Bajo las bóvedas puras  
del templo de la mañana,  
postrada mi alma cristiana  
sube á tí mi corazón.  
Y en medio á los valladares  
solísimos de un oceano,  
escucha, Dios Soberano,  
mi purísima oración.

Perdón, Señor, para aquellos  
que olvidan tu santo nombre,  
y tu bendición al hombre  
que te busca en su orfandad.  
Tus ojos vuelve á este mundo  
que rueda en tiniebla umbría,  
y llegue á la patria mía  
un rayo de claridad.



Luz á mi patria, Dios bueno,  
y el fuego de tu mirada  
sobre la tierra yermada  
seque la sangre infeliz.  
Paz y amor en mis hermanos;  
odio y penas al olvido;  
abrazo al que fué vencido;  
abrazo al que fué feliz.

En sola una sien fulmina  
el rayo de tu venganza,  
pues si tu perdón alcanza  
fuera un crimen tu perdón.  
Los árboles lloran sangre,  
las rocas del Plata gimen.  
Señor, por tan negro crimen  
no ruega mi corazón.

Y mientras llegan los días  
de paz y de amor benditos,  
vela, Señor, los proscritos  
en su santo padecer.  
Que unos al hielo del tiempo,  
y otros al de sus congojas,  
todos van viendo las hojas  
de la esperanza caer.

Niños dejamos la patria,  
y vamos llegando á viejos,  
siempre en borrasca y más lejos  
del puerto de salvación.  
Nos va cubriendo uno á uno  
la tierra del extranjero.  
¡Ay! ¡que la fe no es de acero!  
Tennos, Señor, compasión.

Queremos paz y justicia,

¿no somos, Señor, cristianos?  
Maldecimos los tiranos,  
¿no os complacemos, Señor?  
Gloria ¡Dios! pues si el destino  
todo á mi patria ha robado,  
tu bondad le ha conservado  
en nosotros el honor.

Y á mí que en batirme se place el destino  
cual baten la nave los vientos y el mar;  
á mí que me cansa mi errante camino  
sintiendo la fuerza de mi alma cesar;

A mí, Dios bendito, tus justos enojos,  
ya sé que no es mucha mi humana virtud.  
Castiga mi vida, mas no mis despojos,  
te pido en mi patria mi pobre ataúd.

Abrió el alba sus puertas de plata  
sobre goznes de perla y topacio,  
y mostró de la aurora el palacio  
sosténido en las olas del mar.  
Sus jardines de luces esparcen  
muchedumbre de rayos por flores  
que matizan con tenues colores  
de los cielos el limpio cendal.

Olas y olas y espacio do quiera,  
y en el centro del mar una pira  
cuya llama en boreales expira,  
en el cenit y al fondo del mar.  
Salve, espléndida virgen del día;  
maravilla que el mar atesora;  
¡ay, si el genio del mar se enamora  
en su amante tu rara beldad!

**Eres bella mirada en los campos**

entre cuna de bosques y lomas,  
 mas, ¡cómo eres sublime si asomas  
 sostenida en las olas del mar!  
 ¿Quién os pinta las mil espirales  
 de esos juegos de luz diferente,  
 cual las aguas de artística fuente  
 que se escapan en giro fugaz?

Allí están los colores del iris;  
 allí brillan del ópalo aquellos,  
 reflejando su luz todos ellos  
 en la hermosa esmeralda del mar.  
 Te descubres y el alma se alegra,  
 y en secreto se expande la vida,  
 pues en ti y en las flores se anida  
 misterioso un aliento vital.

¡Ay, de aquel que al mirarte no siente  
 de esperanzas y amor un destello  
 y de Dios no comprende lo bello  
 cuando doras los cielos y el mar!  
 Son los lazos del hombre y el ángel,  
 de la aurora los bellos colores,  
 la armonía, la tarde, las flores  
 y la casta y risueña beldad.

¡Salve, salve, magnífica aurora,  
 cabellera de alado querube  
 que esparrama sus rizos, y sube  
 de bañarse en el centro del mar!  
 Allí está un laberinto de rosas;  
 allí cisnes en lago azulado,  
 salve, salve, bosquejo alumbrado  
 del jardín primitivo de Adán!

Que no invada tu plácido alcázar  
 el soberbio monarca del día,

¡ay! que entonces la bella arquera  
cae deshecha en las olas del mar!  
Que sus rojas oleadas de rayos  
no derrame en tus suaves jardines  
¡ay! que entonces los blancos jazmines  
y las rosas quemadas serán!

Sí, conserva tu ramo de luces  
en su hermoso jarrón de esmeralda,  
y una flor llevará á su guirnalda  
quien recoge las flores del mar.  
Quien con alma y con ojos cansados  
teme al sol y las sombras adora,  
y la luz la procura en la aurora  
ó en la tarde, la noche al llegar.

---

Ya la cándida luz de la mañana  
despareció en los límites de oriente,  
y en su pomposo pabellón de grana  
descubrió el sol su poderosa frente.

Ya perdióse la plácida y tranquila  
cambiante luz de la risueña aurora,  
y al fijarse en oriente la pupila,  
herida por el sol trémula llora.

Así se desvanece al puro y tierne  
primer albor del corazón humano,  
cuando de las pasiones el infierno  
alza en el alma su poder mundano.

Eres creador, ¡oh sol! en tu camino  
hombres y mundos con placer te miran;  
gracias por los demás. EL PEREGRINO  
sólo canta tus rayos cuando expira.

Ama la tarde como busca y ama  
en pudorosa virgen la tristeza,  
y á su alma choca tu radiante llama  
como mujer de lúbrica belleza.

Foco eterno de luz, padre del día,  
el mundo adora tu esplendente huella,  
gracias por los demás: CARLOS daría  
cien soles como tú por una estrella.

Ostenta el genio sus lujosas galas  
en el tranquilo reino de la noche;  
el amor y la fe baten sus alas,  
y abre la flor su delicado broche.

CARLOS contempla en tu brillante imperio  
la inspiración de su alma sin colores,  
llorar su amor la ausencia del misterio,  
y heridas por tu luz morir las flores.

Es un hombre no más bajo tu lumbre,  
y en medio de la noche es un poeta:  
lo arrastra con tu luz la muchedumbre,  
y es sólo y ángel en la noche inquieta.

Jamás le diste inspiración ninguna  
ni hojas de mirto á su secreta historia,  
y debe al rayo de la blanca luna  
muchoa felicidad y mucha gloria.

Pasa sobre el cenit, rey de los astros,  
baña de luz tu espléndido camino,  
que no hecha flores en los claros rastros  
el obscuro y altivo PEREGRINO.

## CANTO DEL PEREGRINO

## SÚPLICA

Espíritus del alma que conducís la mente  
con misteriosas alas más lejos del presente,  
más lejos de las cosas que nuestros ojos ven;  
y donde ya la lumbre del porvenir vacila,  
y donde con su rayo no alcanza la pupila,  
llegáis y con vosotros el ánima también:

Venid, y arrebatada mi herida fantasía,  
que llegue en vuestras alas hasta la patria mía  
tras las oscuras rocas que miro en confusión.  
Son ellas de mi patria la poderosa mano  
que en el confín detiene las ondas del Oceano  
para escudar los prados que habita el patagón.

Arrebatadme el alma para poder de hinojos,  
reverenciar la tierra que niegan á mis ojos,  
empero que es mi patria, la dicha de mirar.  
Y pueda con la mente palpar esos parajes,  
de virgen poesía magníficos paisajes,  
que están tras de las rocas que miro desde el mar.

Y pueda con la mente mirar en sus regiones  
aquellos colosales soberbios patagones,  
sin freno dominando su indómito corcel;  
y cual la rauda flecha de su carcax de cuero,  
y cual las raudas alas del silbador pampero,  
pasar de los desiertos el último dintel.

En su tostada frente las coloradas plumas  
y piedras cristalinas que cubren las espumas  
del mar que se derrama por el Estrecho allí:  
en el nervoso brazo la desmedida lanza;  
y en los desnudos hombros el ancho *quillapí*.

Y verlos en la tarde, cuando la tribu acampa  
de soledad rodeada sobre la inmensa pampa,  
huyendo á su presencia los potros y el yajá  
y verlos sin cuidarse de huella ni de rastro,  
confiados en su marcha, del brillo de algún astro  
que asoma y con su rayo la brújula les da.

Y verlos levantarse, con su salvaje calma,  
y al lomo de sus potros cual á segura jalma,  
saltar y estar el hombre clavado al animal.  
Y luego como el viento cruzar rápidamente  
su patria—los desiertos,—do queda solamente  
de América su madre la forma original.

Su patria—los desiertos,—de cuya vasta orilla  
no osó ir más adelante la gente de Castilla  
para matar sus hijos en nombre de la cruz.  
O acaso para darles la lengua que no escucho  
ni el arte ni las ciencias, y que dejó por mucho,  
por único recuerdo de bienes y de luz.

Y pueda con la mente llegar hasta la roca  
donde se quiebra el Andes y en el Estrecho toca  
de su cadena inmensa como último eslabón.  
Y ver sobre la tierra donde nació la vida  
la frente de los Andes quebrada y abatida,  
rindiendo á los desiertos honor y admiración.

Y pueda de una en otra por las montañas largas  
que el rayo de la aurora reciben en sus bargas

correr las cordilleras que por mi patria van;  
hasta que llegue al pico soberbio de Aconcagua  
donde fermenta eterno, dentro profunda fragua,  
para quemar las nubes el sin igual volcán.

Y cerca de los cielos, del cráter á la orilla,  
sobre la eterna nieve doblada la rodilla,  
saludaré entusiasta la patria en que nació.  
Y lleno de recuerdos é inspiración entonce,  
pulsando las bordonas de mi laúd de bronce,  
la gloria de sus armas le cantaré de allí.

La gloria, que al reflejo de sus fulgentes brillos  
deslumbrará en diez siglos el león y los castillos  
que el godo levantara por símbolo español,  
cuando al brillar el oro del estandarte ibero  
los otros apagaban su brillo pasajero,  
cual hacen las estrellas al asomar el sol.

Que porque son doradas las hojas de su historia  
mostrando en cada letra de su opulenta gloria  
que en españolas venas no hay sangre sin valor,  
fué grande de mi patria la coronada hazaña  
de haber hecho pedazos el pabellón de España,  
cercada de adalides del castellano honor.

Mirad de ese Aconcagua sobre el cristal de hielo,  
do paran sin aliento los cóndores el vuelo,  
la conocida huella del argentino pie.  
Corred para mirarla también en Uspallata,  
que no es el argentino la cordillera, ingrata,  
como los anchos valles que el occidente ve.

Sobre ella palpitaron valientes corazones  
marchando por la nieve soldados y cañones,  
haciendo entre las nubes el pabellón lucir.



Y encima de los Andes—con hecho sin segundo,—  
jugando iba mi patria, del porvenir de un mundo,  
los dados que debieran la suerte decidir.

Afronten mis pupilas, el descubierto rayo  
que se quebró algún día sobre el fusil de Mayo  
que hería de los cielos el transparente tul;  
y atónitas contemplan los hondos precipicios]  
por do bajó al impulso de santos sacrificios,  
para cubrir ingratos; el pabellón azul.

Desde Aconcagua puedan los ecos de mi lira,  
á Chile que grandezas y libertad respira  
de Chacabuco hablarle y hablarle de Maipú;  
y un eco discurriendo del Andes por la cima  
repita entre cien otras las de Ayacucho y Lima,  
mezclando entre victorias Colombia y el Perú.

¡Mas, eh, la patria mía se paga con su gloria!  
Fué sola en otros tiempos, y sola en la victoria,  
mañana á sus tiranos abatirá la sien...  
Yo cantaré en la cumbre de los altivos Andes,  
la fe que sostuviera los corazones grandes  
de los que ya á sus plantas los luminares ven.

Yo cantaré victorias sin pronunciar enojos;  
yo miraré los pueblos, sin fluminar mis ojos,  
que tras la Cordillera sobre la mar están,  
y el porvenir de todos saludaré en la cumbre,  
bañado de otros tiempos en la fulgente lumbré,  
mientras despido aquellos que túrbidos se van.

Y en tanto que mi lira sobre Aconcagua loa  
los pueblos que salpican las ondas de Balboa,  
por el clivoso hielo mi espíritu escurrid;  
y baje la montaña por la argentina grieta

que toca con sus valles Mendoza la coqueta  
bajo el dosel dormida de su frondosa vid.

Y allí sobre los campos por bendición opimos,  
cubriendo mi cabeza dulcísimos racimos  
y oyendo de las fuentes la armónica inquietud;  
mirando por el Andes bajar la caravana,  
y entrando por el llano la tropa tucumana,  
con cuerdas de mi patria rasonará el laúd.

Y acaso á sus sonidos la esbelta mendocina  
con sus cabellos negros y tez alabastrina,  
del trovador al lado se acercara gentil;  
y juntos, á la sombra de perfumada parra,  
se pierda entre las hojas el son de una guitarra  
pulsada dulcemente por manos de marfil...

Espíritus del alma, llevadme todavía  
más lejos, sí, más lejos, que hoy quiere el alma mía  
correr sobre mi patria y en ella respirar.  
Llevadme, que son muchos mis años de proscrito;  
los años que las playas del extranjero habito,  
las puertas de mi patria rondando sin entrar.

Llevadme, que es amarga la miel del extranjero;  
sus días no son claros ni el aura lisonjero;  
sus frutas son muy agrias y pálida su flor.  
Llevadme, que en su aurora mi vida se acongoja  
perdiendo cada día su flor hoja por hoja  
que se las lleva el soplo del frío desamor.

Paseadme por los valles, y al claro de algun astro  
mostradme esas lagunas, cual platos de alabastro  
con aguas que se entibian al pie del Limarí;  
llevadme hasta la Arauca sin miedo que peligre;  
que el *tigre de la pampa* mató al *llanero tigre* (1)  
hiriéndole, dormido, con rudo frenesí.

De Catamarca rica, de Salta la gloriosa  
llevadme hasta los bosques donde la luz se embosa;  
bañadme en esos ríos que incógnitos están;  
con flores de cien prados tejedme una guirnalda,  
y pues estoy dormido con sueños de esmeralda,  
bajadme á los jardines del fértil Tucumán.

Del naranjal espeso bajo la fresca sombra  
dormido reclinadme sobre la blanda alfombra  
de nardos que codician las jarras del Edén;  
y cuando me despierten las aves bacanales,  
cubierto me contemple por dulipán y chales  
de azahares que cual lluvia del naranjal caen.

Y en tanto que en las ramas murmuran las palomas,  
y los jilgueros trinan en las doradas pomas,  
y están las mariposas besando el alhelí,  
presenten á mis labios la perfumada mora,  
de la colmena blanca las mieles que atesora,  
jugosos arrayanes y el dulce piquillí.

Y vibrará mi lira dulcísimos sonidos,  
que embriaguen cual embriaga los ávidos sentidos  
la lúbrica belleza que ostenta Tucumán;  
jardín con laberintos de luces y de grutas  
donde se guardan flores y pájaros y frutas  
en mesas de esmeralda que las praderas dan.

Llevadme; que yo pueda gozar en la belleza  
del único tesoro de la naturaleza  
que al suelo de mi patria le regalara Dios,  
y allí bajo tan dulces y suaves impresiones  
olvide mis pesares, y sienta mis pasiones  
hablar al pecho mío sin tan pujante voz.

Un poco más de vuelo y en vuestras raudas alas,  
y revestida el alma de flores y de galas,

por compasión llevadme donde mi cuna fué,  
y cual se olvidan quejas á la mujer querida  
de sus amantes ojos bajo la luz de vida,  
mis años de destierro, mi llanto olvidaré.

Bajad por las corrientes que el Paraná desata,  
y la hallaréis á orillas del caudaloso Plata  
la música escuchando de su gigante voz.  
Allí do se contemplan los claros horizontes  
y la mirada hiende sin tropezar con montes  
que tuerzan á los vientos en su ímpetu veloz.

Allí donde levanta su frente descubierta,  
como águila parada sobre extensión desierta  
que mide con sus ojos el circular confín;  
como de extensa plaza sobre el marcado centro,  
para mirar si llega quien le vendrá al encuentro  
pasea sus miradas el noble paladín.

Del alto San Isidro sobre las verdes lomas,  
do llegan de sus bosques rodando las aromas  
y del jazmín del aire la esencia virginal,  
sus diecinueve torres descubriréis sombrías  
como fantasmas negros que de las ondas frías  
levantan de improviso su cuerpo colosal.

Allí está Buenos Aires; el vaso de esmeralda  
que guarda transparente las joyas y guirnalda  
que relumbraron antes en la Argentina sien;  
allí está más hermosa con su desgracia misma  
la inconsolable viuda que en su dolor abisma,  
el ángel que ha dejado las puertos del Edén.

De allí se levantara la estrella que siguieron  
por montes y desiertos los pueblos que salieron  
á ver el nuevo Cristo del mundo de Colón.

Y siempre caminando tras su fulgente rayo  
 el Cristo descubrieron que les predijo Mayo,  
 en cuna de banderas, al lado del cañón.

Y todos el bautismo tomaron en la fuente  
 que el Plata les llenara con rápida corriente,  
 y toda fué bendita la americana grey;  
 y fuera para todos su religión segunda  
 la LIBERTAD del Plata, benéfica y fecunda,  
 su nuevo Jesucristo, su prometido Rey.

Velando de la patria la sacrosanta pira,  
 los triunfos del guerrero cantaban en la lira  
 los bardos inspirados bajo la patria luz.  
 Y allí está el primer templo que al porvenir recuerda  
 donde vibró primero la americana cuerda  
 los verdaderos nombres de LIBERTAD y CRUZ.

Con blancas vestiduras y celestinos lazos  
 las madres levantaban sus niños en los brazos  
 para cantar á Mayo cuando naciera el sol,  
 y allí fué la primera generación que toma  
 de Libertad y Glorias americano idioma,  
 su corazón pasando por límpido crisol.

Ahí venid conmigo, bellísimos delirios,  
 yo quiero iluminarme con su millar de cirios  
 en medio de la santa grandiosa catedral.  
 Yo quiero, pues que vuelvo junto á mi tierna madre  
 dar gracias de rodillas al justiciero Padre,  
 donde mojé mis sienes el agua bautismal.

Salid de la memoria, recuerdos punzadores,  
 yo quiero dentro el alma fraternidad y amores  
 cuando hoy toca mi planta la tierra en que nació.  
 Al pie de la columna de nuestro Mayo santo,  
 de paz y de esperanzas elevaré mi Canto...  
 ¡Señor, mi pecho late, la inspiración en mí!

Venid en torno mío, bellísimas mujeres,  
 en cuya boca juegan la risa y los placeres,  
 en tanto que en el pecho cobijase el pudor.  
 De quienes la cintura las sílfides envidian,  
 y cuyo pie las gracias por conquistarle lidian,  
 y cuya tez da celos al matinal albor.

Venid é iluminadme con la pupila negra  
 á cuyos dulces rayos el corazón se alegra  
 como á la luz que vierte la luna sobre el mar;  
 venid, hijas del Plata, con ramos de jazmines  
 y rosas que en la tarde tomáis de los jardines  
 que vuestras lindas manos se esmeran en regar.

Venid y coronadme.—Yo soy el PEREGRINO  
 que andando en otras tierras en pos de su destino  
 cantó de Buenos Aires las glorias y el honor;  
 venid y vuestros ojos con su apacible lumbre  
 inspiren á mi lira preciosa muchedumbre  
 de acentos perfumados con ámbar del amor.

Yo he visto en mi destierro mujeres hechiceras;  
 mas recordando luego del Plata las riberas  
 he dicho entusiasmado: «Más lindas son ALLI».  
 Las rosas he tenido de espíritu el más blando;  
 llevarlas quise al pecho, y el pecho suspirando  
 me ha dicho «de ALLI» quiero más tarde un alhelí

Contadme sin misterio vuestra pasión secreta  
 y os formará romances mi mente de poeta,  
 y encontraré en vosotras lo que perdiera yo;  
 que, apenas de mis años en la estación florida,  
 al sol del infortunio se acongojó mi vida,  
 como silvestre lirio que el huracán dobló.

Y luego al separarnos os pediré una rosa  
 cuando mi sien descansa bajo temprana losa

á orillas de ese Plata que heló mi juventud.  
Mas no de vuestros ojos os pediré una perla,  
creeríame infelice dentro mi tumba al verla,  
y yo pido á mi patria siquiera mi ataúd.

Espíritus del alma que conducís la mente  
con misteriosas alas más lejos del presente,  
más lejos de las cosas que nuestros ojos ven  
venid y con mis sueños de lirios y amapolas  
llevadme hasta esas rocas que miro tras las olas;  
son rocas de mi patria: la patria es el Edén.



## CANTO UNDÉCIMO

—

### AL BRASIL

#### I

En medio de la bóveda celeste,  
como globo de fuego chispeante,  
vierte océanos de lumbre rutilante  
el sol enrojecido del Brasil.

La nube con estambres carmesíes  
diáfano forma y vaporoso velo,  
que vaga muellemente por el cielo  
en un día magnífico de Abril.

La frente del Janeiro, iluminada,  
parece que se eleva con los montes  
á contemplar los rubios horizontes  
que circundan las sierras y la mar.

Cual asamblea extraña de gigantes  
con fibras de metal, piel de esmeralda,  
las montañas contemplan en su falda  
la señora imperial velada estar.

La brisa con el ámbar perfumada  
de una vegetación que en ser eterno



no le importa de estío ni de invierno,  
los perfumes esparce del jazmín.

Y la inmensa bahía—la primera  
en bellezas, en lujo, en mansedumbre,—  
como un cristal la enrojecida lumbre  
refleja por su líquido sin fin.

Sobre ese mar sin ondas, muellemente  
una graciosa nave se desliza,  
á quien la tibia perezosa brisa  
va llevando á las puertas de la mar.

Y en el mástil los linos suspirando,  
ora se hinchan al viento, ora se abaten,  
y en el rebelde lienzo libres baten  
la flámula y las cuerdas sin cesar.

Parece que la nave amedrentada  
al rumor de las ondas del Oceano,  
en ese de cristal dormido llano,  
quisiese su carrera detener,

o que Dios á la brisa adormeciendo,  
dijese al navegante que suspira:  
«Sal paso á paso y contemplando admira  
»esta magnificencia de mi ser;

»esta bella guirnalda americana,  
»hipérbole de lujo y fantasía  
»que en mi pasmosa creación un día  
»reveló mi entusiasta inspiración.»

Y es en verdad la hipérbole del cielo  
cuanto el Brasil en su Janeiro encierra,  
desde la luz del sol hasta en la tierra  
la eterna colosal vegetación.

Y ¿quién va en esa nave que tranquila  
surca el límpido arroyo de cristales,  
para luego quebrar las colosales  
soberbias ondas del pujante mar,

como al salir de la niñez la vida  
por el canal de mansas afecciones,  
surca luego en el mar de las pasiones  
nafragando y luchando sin cesar?

¿Quién dice adiós al paraíso bello  
del mundo americano? EL PEREGRINO,  
el hijo predilecto del destino,  
el arista que lleva el huracán.

El que ha dos años sobre el mar dejamos  
arrullado por roncadas tempestades,  
y que hoy vuelve al altar de sus deidades  
que en viento y olas con su mente van.

Ya está sobre los mares; ya habita en su elemento;  
ya marca en las arenas sus garras el león;  
ya el águila recorre, mecida por el viento,  
y atropellando nubes, su cóncava región.

Su corazón salvaje se expande dentro el pecho  
por respirar la brisa veliente de la mar.  
Sus ojos se dilatan para salvar el trecho  
que puede un horizonte del otro separar.

A su alma en el oído reconcentrada afina  
para del mar el rudo concierto percibir;  
su frente descubierta sobre la borda inclina  
para la blanca espuma de la onda recibir.

Ya está sobre los mares. Ya envuelven su camino  
los vientos, los abismos, las tempestades—bien,—

Salud, benigna estrella; ya puede EL PEREGRINO  
bajo tus dulces rayos adormecer la sien.

Ya puede—desprendidos sus lazos con el mundo—  
volar á los espacios su espíritu hasta Dios:  
ya bátenle los vientos, y sobre el mar profundo,  
ya mira de una nube la tempestad en pos.

¡Salud, obras gigantes de la naturaleza!  
¡Salud, de los océanos tranquila soledad!  
El hombre ante vosotros inclina la cabeza  
y al genio reverencia de la divinidad.

Y el mundo desaparece, la humanidad se abisma,  
se borran los recuerdos, extingüese el dolor,  
y solamente vagan los ojos en un prisma  
de eternidad y calma, felicidad y amor.

Al viajador errante ¡oh mar! de tu desierto  
sin que lo sepa su alma, le sirve de crisol,  
y ante la fe se inclina, purificado y cierto,  
al claro de los astros ó al descender el sol.

El hombre, ese rebelde proscrito sobre el mundo,  
que aun no ha reconciliado la sangre de la cruz,  
se sublimiza, si ama, y en nuevo ser fecundo  
se torna á las regiones de su primera luz.

Pues bien; en tus espacios, sobre tu blando llano,  
de tu silencio eterno bajo el extraño imán  
es fuente de afecciones el corazón humano,  
y los recuerdos dulces en primavera están.

Allí ve entre nubes, bajo la triste luna,  
la fugitiva sombra de su primer amor;  
y el maternal acento que le arrulló en la cuna  
percibe de las olas y el céfiro al clamor.

Allí llevan suspiros las alas de la brisa;  
allí ven las estrellas la lágrima brotar;  
allí tranquilos ojos en éxtasis divisa  
la tarde que desmaya sus luces en el mar.

Es ese amor del alma dulce, tranquilo, santo,  
que mezcla en la memoria la tierra y el Edén;  
que sublimando al hombre con su divino encanto  
la culpa de profano le borra de la sien.

¡Oh mar! También el hombre se eleva hasta los cielos  
cuando en gigantes alas el pensamiento va,  
y en medio á tus desiertos das pábulo á los vuelos  
del genio que en su cárcel por caducar está.

Las roncadas tempestades vibrando por tus ondas  
cuando revienta el trueno del huracán en pos;  
las olas que vomitan tus cavidades hondas  
para apagar los rayos en su ímpetu veloz;

tu inmensidad desierta, sin luz, sin horizontes,  
do al brillo de imprevisto relámpago fugaz  
se miran solamente los movedizos montes  
que ruedan al empuje del huracán tenaz;

todo esto es para el alma, lo que es para el acero  
la misteriosa magia del poderoso imán;  
lo que es el cañonazo para leal guerrero  
que descuidado duerme cuando la seña dan.

En altas concepciones, vagando en los espacios  
el alma se levanta como la mar, sin ley,  
del trueno y de los rayos recorre los palacios  
y se hace, como el viento, de los espacios rey.

¡Ah, pueda el Peregrino de nuevo sus pasiones  
y el temple de su mente sobre la mar medir!

¿Dos años los agostaron? ¡Eh! no; hay corazones que acaso en el sepulcro se escuchará latir.

Ya está sobre los mares; y ahabita en su elemento;  
ya marca en las arenas sus garras el león.  
¡Qué bellos son los astros y el ancho firmamento  
mirados de la nave que impele el aquilón!

Adiós, Janeiro hermoso... del bardo PEREGRINO  
te lleguen en las olas los ecos de su voz...  
La página más bella te debe su destino...  
Adiós, Río Janeiro, CINCO DE ENERO, adiós.

Cuando ha dos años, dijo: «Janeiro, yo te dejo»  
y se lanzó á los mares, sin fe en su porvenir,  
por ti de amor sentía ni un pálido reflejo,  
y tibio cual tu brisa te saludó al partir. (1)

Empero, no fué injusto con tu sin par grandeza  
y saludó entusiasta tu cielo tropical;  
cantó lo portentoso de tu naturaleza  
y veneró en tu suelo la mano celestial. (2)

Los mares le cerraron su caprichoso paso  
y el hado entre los vientos lo recondujo á ti.  
¡Ay, cuántas impresiones á este hombre del acaso,  
Janeiro, reservabas para hospedarlo así!

## II

En vosotras montañas,  
que con un sol de llamas en la frente  
y el fuego del metal en las entrañas,  
parece que del suelo de repente  
os escapáis, para pedir á prisa

á los cielos un hálito de brisa,  
alguna vez, oculta por las yedras,  
una letra hallarán en vuestras piedras.

El pie del PEREGRINO  
ha tocado la sien de vuestras moles,  
y más arriba de las densas nubes  
ha dormido á la sombra de algún pino  
bajo un cielo bordado de arboles.

Su sueño acariciando  
el plácido murmullo  
de la brisa en las palmas resbalando;

ó el armónico arrullo  
de las fuentes corriendo cristalinas  
con bulliciosa voz por mil canales.

Y en hebras serpentinas  
por entre los sahumados vegetales,  
ó al tocante y agudo  
silbido de las sierpes escondidas  
bajo el leve dosel de hojas caídas  
que al rodar turban el silencio mudo.

¡Y al llegar á su oído  
de montaña en montaña el ronco trueno,  
rodando en compasadas vibraciones,  
cuántas veces ha visto conmovido  
sin mancha el cielo iluminar sereno,  
y cual negras visiones  
que velan de los montes la cintura,  
rodar las nubes destilando el agua,  
y entre los velos de su niebla obscura  
prender los rayos en etérea fragua!

¡Volar desde la falda  
las espantadas aves á la cumbre,  
y sobre las coronas de esmeralda

beber del sol la brillantina lumbre,  
 mientras que al pie de la montaña quedan  
 obscuras nubes que tronando ruedan!  
 Muchas veces, así, llena de espanto;  
 en sublime abstracción se escapa el alma,  
 y en un cielo sereno  
 vaga la mente en religiosa calma.  
 Por no escuchar del seno  
 en rudas vibraciones  
 la tormenta infeliz de las pasiones...

Arqueras de espléndidos torrentes  
 que coronáis la sien de la Thijuca (3);  
 pintoresca cascada,  
 fuente de cien arroyos y cien fuentes:  
 reverencia y loor á tu grandeza,  
 y á tu sublime bello  
 que hace inclinar del hombre la cabeza  
 enseñando de Dios el sacro sello.

¡Oh! si en rápidas ondas,  
 ese arco colosal de agua y colores,  
 que formas al lanzar tu torbellino,  
 no se precipitara en las montañas,  
 y de una en otra cavidades hondas  
 no corriese apagando los rigores  
 del fuego tropical en las campañas,  
 y dando vida en la caldeada roca  
 al rudo vegetal y al yermo suelo,  
 como el soplo de Dios baña la esfera  
 de mundo en mundo, y cuanto rauda toca  
 vive y forma la eterna primavera  
 de la pasmosa creación del cielo.

¡Ese arco cristalino  
 reflejaría, acaso,  
 la descubierta sien del PEREGRINO  
 cuando la vez primera lo admiraba,  
 en momentos que el sol desde el ocaso



sus postrimeros rayos apagaba,  
y el lánguido color de los topacios,  
matizaba el zafir de los espacios,  
y en el arco ruidoso y movedizo  
relumbraba del ópalo el hechizo!

Allí, y en esa hora  
melancólica y dulce de la tarde,  
viendo lánguidamente  
morir del sol el amarillo rayo;  
viendo en el tronco de la ausente aurora  
mostrar la noche su severa frente,  
en medio de ese tímido desmayo  
de la naturaleza cuando mira  
nacer la noche y que la tarde expira:

Allí, la alma embriagada,  
respirando una brisa perfumada  
con los dulces alientos de las flores,  
que no ha tocado el ¡ay! de los dolores  
y que parece cuando el rostro toca,  
en vez de brisa, el aliento de las puras  
seráficas criaturas  
que en las nubes de perlas y zafiro  
exhalan tiernas de su dulce boca;  
allí, sobre la cumbre de esa tierra  
que ha visto deslizarse uno por uno  
los siglos de la tierra,  
sin conservar el rastro de ninguno;

sobre aquesas montañas  
que cual fibras de vida los metales  
en mineros sin fin forman su entraña,  
como forman las venas  
de su pecho y sus miembros colosales  
los ríos desprendidos  
que llevan confundidos  
el oro y los diamantes por arenas;



allí, sobre su frente  
 ese arco estrepitoso del torrente,  
 y al poder de tan fuertes impresiones,  
 el joven PEREGRINO  
 ha sentido tal vez revelaciones—  
 mezcla de mundanal y de divino,—  
 pero sublimes cual sublimes viera  
 la cascada, los montes y la esfera!

El comprendió quizá que sobre el mundo  
 no se ha perdido todo, cuando queda  
 dentro del corazón rayo fecundo  
 de inmaculada fe... fuente do pueda  
 tomar el corazón dentro sí mismo  
 de la conciencia espiritual bautismo.

Se abrigó el recuerdo en su memoria;  
 sintió el eco de Dios en la conciencia,  
 y patria y madre y religión y gloria  
 dibujaron un prisma en su presencia.

Y al rumor del torrente  
 y á la postrera luz del tibio día  
 sintió que le decía  
 el corazón latiendo dulcemente:  
 «Aun necesito AMAR»...; ¡palabra santa!  
 ósculo que se dan reconciliadas  
 la humanidad y el alma entusiasmadas!

Mas ¡ay! esa palabra dentro el seno  
 vierte oculta la vida y el veneno;  
 es la revelación indefinible  
 de esas almas que viven de armonía  
 por su secreta condición sensible,  
 y es ¡ay! para la humana criatura,  
 en su misión de llanto y de agonía,  
 su sensibilidad, su desventura.

¡Insondables misterios  
 de eso que llaman corazón del hombre!  
 ¿Por qué esos espectáculos salvajes  
 de la naturaleza en sus imperios;  
     esos cuadros sin nombre,  
 panorama de luces y paisajes;  
 ciertas horas, los montes, el Oceano,  
 todo lo que sorprende en la natura,  
 hace amar y temer al pecho humano  
 levantando hasta Dios su criatura?

Ello es así; parece que la vida  
 de su materia débil asustada  
 á la faz de las grandes creaciones,  
     corre á buscar guarida  
 al centro de los otros corazones,  
 ó ante el Supremo Ser desalentada,  
 como tímida virgen, sorprendida  
 en medio á su jardín por la tormenta,  
     de otra niña hasta el brazo,  
 ó al amoroso maternal regazo  
 corre, y temblando sus temores cuenta.

Ello es así; marchad en el desierto,  
 contemplad la grandeza de los mares  
 ó paraos en la sien de una montaña,  
     y un místico concierto  
 de recuerdos, de afectos y pesares,  
 os toca el corazón con voz extraña.  
 Contemplad un cadáver;  
 ó escuchad la fatídica campana  
     que al expirar el día,  
 llama al templo de Dios la alma cristiana  
 para el lleno de amor *Ave María*;  
 y vuestro corazón en lo profundo  
 de su ser misterioso, ama y padece,  
     porque nada en el mundo

ante los ojos del mortal perece,  
 sin robar un suspiro; sin que triste  
     perezca repitiendo  
 que morirá también cuanto hoy existe.

Espléndida cascada, en el estruendo  
 de vuestro torrentoso torbellino  
 que magnetiza el corazón del hombre,  
 escapado en la voz del PEREGRINO  
 para siempre jamás perdióse un nombre...  
 pero al menos mezclóse la armonía  
     de tu grandiosa orquesta,  
 en los palacios que abrillanta el día,  
 donde vése de Dios la eterna fiesta.

Mas de ese nombre vivirá una letra  
 oculta por ti misma entre las rocas,  
 que ni en tu raudo torbellino tocas,  
 ni sin quebrar su rayo el sol penetra.  
 Como bajo las bóvedas del templo,  
 á la luz de los pardos luminares,  
     viven en los altares  
 palabras santas de amoroso ejemplo

¡Ah, no llamen profano  
 el labio mío, no, cuando confundo  
 un recuerdo de Dios y otro mundano!  
 Esa mezcla de barro y de divino  
 que apellidamos HOMBRE sobre el mundo,  
 magnífica en el lodo su destino,  
 cuando en medio á la espléndida grandeza  
 de las obras de Dios, tierno se inflama  
 á esa chispa vital que amor se llama,  
 y que al aliento del Señor prendida,  
     velar por su pureza  
 es la misión celeste de la vida!

¡Ay, quien no sabe amar, de Dios no sabe  
ni en su pecho glacial la virtud cabe!

¡Y, cómo el pensamiento arde y delira,  
y, cómo el corazón enamorado  
al palpar suspira  
bajo esa luz del trópico tostado!

¡Y, cómo esa ciudad que hora me inspira,  
contiene entre sus límites de cerros  
cuanto el trópico ostenta por belleza  
en su fértil gentil naturaleza!

Quien no ha visto la luna levantarse  
sobre la aguda sien del *Corcobado*,  
y con su luz de plata iluminarse  
esa llanura de cristal bruñido  
que un pedazo del mar forma escondido,  
acariciando apenas  
del bello Botafogo las arénas (4);  
quien de ese lago la tranquila brisa  
impregnada de esencias, no ha gozado  
al claro de la luna, que matiza  
con sus pálidos rayos las extrañas  
sombras y media luz de las montañas  
ese no ha visto en la natura el sello  
de la melancolía y de lo bello.

Era una noche plácida y serena  
como frente de virgen adormida.  
La luna en el cenit pálida y llena  
alumbraba el espacio  
con el pajizo rayo del topacio,  
con no sé qué de animación y vida  
sobre sumelancólico semblante,  
y entre el iris boreal de órbitas bellas,  
lanzaban rutilante

las trémulas estrellas  
el rayo azul del fúlgido diamante.

Una leve barquilla sobre el lago  
se deslizaba al cariñoso halago  
de la aromada brisa;  
como en finos cristales  
la gota del rocío se desliza  
tocada por las auras matinales,  
ó, en más dulce cariño,  
por el aliento angelical de un niño.

En ella el PEREGRINO, y á su lado,  
á la argentada claridad se vía  
una mujer en cuya frente pura  
reflejábase el rayo de una estrella;  
ó más bien, de su célica hermosura  
una luz celestial se desprendía.

Desde la sien más pálida y más bella,  
con el color del ébano, el cabello  
caía en rizos espléndidos al cuello,  
do el aura suave á conmovérlos llega;  
y en el hombro de CARLOS se inclinaba,  
cual una flor que el céfiro doblaba,  
una cabeza de moldura griega,  
mientras sus negros y rasgados ojos,  
do brillaba una lánguida pupila,  
clavaba su mirada en las estrellas,  
en contienda tranquila  
cambiando el rayo de sus luces bellas;  
mientras de amor y de suspiros lleno  
blando latía su redondo seno,  
velado por la blanca vestidura  
que cual diáfana niebla lo cubría  
y entre una negra cinta se escurría  
en torno á su finísima cintura.



Y en el hombro de Carlos se inclinaba,





Pero ¿en esa visita misteriosa  
del amor á la hermosa  
Naturaleza tropical, venía  
de la felicidad la clara estrella?  
¡Se puede ser feliz con ser amado,  
y por el mismo amor ser desgraciado!

Una nube importuna,  
de misteriosa huella,  
eclipsó el rayo de la parda luna;  
y al virar la barquilla  
para la opuesta orilla,  
se apartaron dos rostros y cayeron  
lágrimas que en el lago se perdieron.

### III

Desde la altura tropical admira  
¡oh, Janeiro! la espléndida grandeza  
que bajo el arco ecuatorial empieza,  
y acaba en el confín del Uruguay.

Y tú, reina opulenta de ese vasto  
jardín de luces, pájaros y fuentes,  
selvas, montañas, flores y vertientes  
donde bullen diamantes y metal.

Luego con vanidad gira los ojos  
de un polo al otro, para ver que el mundo  
nada tiene más rico ni fecundo  
que tú, bello y magnífico Brasil:

Guirnalda de mil flores que corona  
de la virgen América la frente,  
y á que no ha dado precio esta inocente  
heredera feliz del porvenir.



Eres, Brasil, el Indo Americano  
sin el soplo maléfico de Java,  
y en lo que Italia su belleza acaba  
comenzar puedes la belleza tú.

Puedes, sin miedo, desafiar á Europa,  
cuadros midiendo con los cuadros tuyos,  
y cuando se hable de los grados suyos,  
parte cuarenta de distinta luz;

puedes, Janeiro—miniatura bellá  
de cuanto ostenta el Brasiliano suelo—  
hablar de los encantos, sin recelo,  
que pintó ufana la Natura en ti.

Puedes llamarte la primera joya  
en la Corona de tu rico Imperio,  
y llamarte también, de un hemisferio  
el lujoso y espléndido jardín.

Si de la vida la materia ruda  
se queja de su sol enrojecido,  
el espíritu, ajeno del sentido,  
en vez de quejas, alabanzas da.

Al paraíso si volviera el hombre,  
algo de qué quejarse encontraría,  
y esclavo de su inercia llamaría  
moliciosa la tierra celestial.

Bajo tu sol y al soplo de tu brisa  
es verdad que la vida se esparrama,  
pero si el alma con tesón la llama  
vuelve llena de hechizos y de amor;

cual agua de un arroyo desbordada  
sobre los planos valles y las selvas,  
vuelve otra vez sahumada en madre selvas

al canal del arroyo que dejó.

CARLOS ha respirado entre la nieve  
bajo el día sin sol del yerto Polo,  
y ha meditado en él tranquilo y solo,  
concentrado en el alma su existir.

Pero nunca su espíritu ha sentido  
la actividad febril, la poesía,  
que sintió al rayo del rosado día  
que abrasa las arenas del Brasil.

Puedes, Janeiro, hablar de tus encantos;  
mas cuando, ufano, tu retrato hicieres  
no olvides el contar que tus mujeres,  
mujeres nuevas en el mundo son.

Que es el tipo, más puro, americano;  
su corazón, la hechura de su clima;  
y su pupila que al mirar lastima,  
una llama espiral del corazón.

Mujeres de tez morena  
y ojos de negra pupila  
que con azul aureola  
cual negro diamante brilla;  
y cuando mira, parece  
que la mirada suspira,  
diciendo que está en el alma  
la tentación escondida.  
Ondas de negro cabello  
abultan su sien altiva,  
y la espiral de los rizos  
por los hombros se desliza.  
Ancho y derramado el seno,  
late contando que abriga  
un manantial de deseos

en voluptuosa armonía;  
y en él, veladas por nubes  
de encajes y muselinas,  
dos ondas de un mar de leche  
si no se ven se adivinan.  
Gasas como niebla leve  
que al solo aliento se agitan,  
ciñen su fina cintura  
con tanta coquetería,  
que de las ocultas formas  
la redondez se adivina;  
y la mirada se excurre  
por esas nubes malditas  
que nunca el viento se lleva  
y que á un suspiro se agitan;  
mirada que bien comprenden  
las hadas, y en su sonrisa  
y en un nuevo movimiento,  
su curiosidad castigan.  
Posadas en sus divanes  
de plumas y sedería  
haciendo burla del aire  
con abanicos de la India;  
y embriagadas con la esencia  
de rosas y clavellinas  
que en la atmósfera impregnada  
ni un débil soplo aniquila.  
En palabra y movimiento  
perezosas y aburridas  
teniendo miel en el labio  
y en las posturas malicia,  
como si á mengua tuvieran  
emplear la palabrería;  
mujeres que á su albedrío  
con los ojos magnetizan.  
Mujeres así, en el mundo,  
al extraño que las mira,

si ellas dicen: «Brasilianas»  
él las presume Odaliscas,  
que del Oriente escapadas,  
llenas de encanto y de vida  
corrieron al nuevo mundo  
tras su libertad querida,  
dejando entre los serrallos  
cadenas y cachemiras,  
mas trayendo su belleza,  
su amor y su poesía.

Que los rayos del genio de la Europa  
penetren la tiniebla americana,  
mas la mujer que nazca brasiliana  
no la toquen jamás.

Cuando ella sus costumbres aniquile,  
cuando se haga europea, en ese día  
para siempre perdió su poesía  
el sello original.

Perdió también su corazón la fuerza;  
perdió sus llamas de pasión el alma,  
que en esa fría y aparente calma  
quemar su corazón.

En su abandono y soledad secreta, (5)  
la brasiliana, en apariencia esquiva,  
goza jugando con la llama activa  
de misterioso amor.

Por celosías escondida pierde  
del extranjero la fugaz sonrisa,  
y no en sus ojos al pasar divisa  
tributo á su beldad.

Pero tras ellas, de su pecho cuenta  
por los latidos el feliz instante,

en que los pasos de su tierno amante  
dichosa escuchará.

Si á ese momento la costumbre veda,  
ella con cintas y pintadas flores  
tiene en secreto para hablar de amores  
idioma que formó.

Y el amor siente, como siente el rostro  
el sol que rojo hasta la tierra quema;  
y cambia sólo en ambición suprema  
la vida por amor.

Se muestra poco, mas se muestra nueva,  
valor al mismo retraimiento dando;  
es una estrella que de vez en cuando  
aparece y se va.

Que los rayos del genio de la Europa  
penetren la tiniebla americana,  
mas la mujer que nazca brasiliana  
no la toquen jamás.

— — —

Luces vagas y sombrías  
un salón iluminaban,  
mientras los rayos estaban  
quemando las celosías.

Y entre la luz y la sombra,  
el lujo, el gusto y la gracia,  
respiraba aristocracia  
desde el techo hasta la alfombra.

En un diván amarillo  
se reclinaba una hermosa,  
trabajando primorosa  
con plumas un canastillo;

y acariciaba tranquila  
de vez en cuando los ojos,  
cual si hubiese algo de enojos  
en su lánguida pupila.

Suelto el cabello á la espalda,  
desnudos sus lindos brazos,  
y atando celestes lazos  
el blanco tul de la falda.

La celosía sombreaba,  
su aroma daba una rosa,  
y trabajaba la hermosa,  
y al canastillo mojaba.

Cuando el salón pisó, y al lado de ella,  
un caballero saludó á la bella.

—¿Luisa, llorabas quizá?

—¿Yo? No, Eduardo, yo no lloro.

—Tú, tienes algo.

—Un tesoro.

¿No ves? Plumas del Pará.

—Tú te burlas.

—Tú también.

--¿Estás quejosa de mí?

—No puedo decirte sí.

—¡Cuán pálida está tu sien!

—Más el alma.

—Sales poco.

—¡Para qué!

—Para gozar,

para ver, para danzar.

—Gracias.

—¿Y el piano?

—No toco.

—Qué, ¿no bajas al salón?

—¿Vienes tú á él?

—No he podido.

—Bien, el piano me ha aburrido.

—¿Y el canto?

—¿Y nuestra canción?

—¿Sabes que me ausento, Luisa?

—¿Tú?

—Sí.

—¿Y á dónde?

—A viajar.

--Bien.

—Pero en ti he de pensar.

—Bien.

—Mas, ¿por qué esa sonrisa?

—Es de placer, ¿no lo crees?

¡Tú vas á ser tan dichoso!

(Y enrojeci6se su semblante hermoso.  
y el canastillo resbal6 á sus pies.)

—Luisa, tu mandato aguardo.

—¿Ya?

—Me apuran los momentos.

—Eduardo, ¿y tus juramentos?

—Adi6s, Luisa.

—Adi6s, Eduardo.

Y 6l se fu6, y Luisa qued6se  
con los ojos en la alfombra;  
fuese aumentando la sombra,  
y la rosa marchit6se.

Un d6a á la puerta toca  
Eduardo, y pregunta, ¿y Luisa?  
y le responden sin prisas,  
«¿Qui6n?»—Luisa.—«Luisa est6 Loca.»

Cuenta, pues, ¡oh Janeiro! tus mujeres  
en el rico jardín de tus encantos,  
que ellas son las primeras entre tantos,  
y ellas lo fueran aunque más tuvieres.

Muchas veces, plebeyos y señores,  
manchan ó niegan al contar tu historia,  
de tu primer Emperador la gloria,  
llamándolo liviano en sus amores.

Mas ¿qué eran sus amores? el destino  
natural entre un hombre y unas bellas,  
si está el hechizo y el amor en ellas,  
y él es hermoso, rey, valiente y fino.

Su primera virtud—yo escribiría,—  
fué el querer como quiso á la belleza.  
Pláceme un rey que por amar empieza  
y se jacta, como hombre, de hidalguía.

Para dar á su Amelia su pañuelo,  
de sus reales manos desprendido,  
ante un inmenso pueblo sorprendido,  
su rodilla juntaba con el suelo.

Era un astro ese rey que en otra estera,  
y en derredor girando de otro anillo,  
al resplandor de su fulgente brillo  
al mundo todo iluminado hubiera.

De su acusada liviandad al lado,  
sabrían todos repetir prolijos,  
que abdicó dos coronas en sus hijos  
para ponerse un casco de soldado.

Al contar sus nocturnas aventuras,  
dirían: «Desde el trono brasiliano  
fué á restaurar el trono lusitano  
con un puñado de hombres y armaduras.»



Al referir sus citas y estocadas,  
 academias y leyes mostrarían,  
 y envanecidos de su rey dirían:  
 son obras por su genio improvisadas.

El rey, dictaba leyes justiciero  
 y velaba la gloria brasiliana;  
 el caballero, al pie de una ventana,  
 se confiaba en el temple de su acero.

Rey, conquistó la gloria y la grandeza;  
 Hombre, ante una mujer se descubría...  
 Su primera virtud—yo escribiría,—  
 fué el querer como quiso á la belleza.

Mas no fué rey de Europa, y son ajenas  
 á la gloria, por tanto, sus acciones  
 pero pueden ser glorias y blasones  
 de Versalles los bailes y las cenas.

Rey de veinte años, con rosario al seno  
 y que huye y teme el femenil encanto  
 puede la iglesia al fin llamarle *santo*,  
 pero el pueblo jamás llamarle *bueno*.

El tiempo que se empeña con locura  
 en cambiarnos las cosas y los nombres,  
 hoy apellida hechura de los hombres,  
 lo que llamaba ayer del cielo hechura.

Y era bien se educase entre los frailes,  
 ayer el niño rey, hijo del cielo;  
 hoy que el tiempo lo llama hijo del suelo,  
 es mejor que se eduque entre los bailes.

Hay mucho de esperanza y garantía  
 en las almas vivísimas y abiertas;  
 pero en aquellas que se esconden, yertas,  
 hay no sé qué de ingrata profecía.

Cuenta, pues, ¡oh Janeiro! en tus bellezas  
esas mujeres de tu rey queridas.  
y si tus bellas y tu rey olvidas  
háblanos de tu genio y tus riquezas.

Cuenta tus acueductos y castillos,  
tus templos, tus jardines y arsenales,  
tus fuentes, y palacios imperiales  
llenos de novedad y á par sencillos.

Cuenta que tu progreso se descubre  
al través de la sombra lusitana;  
como vése la luz de la mañana  
entre la sombra que el espacio cubre.

## IV

Esos pasados siglos de ignorancia  
en que á la España y Portugal les plugo,  
de sus Colonias educar la infancia  
con duro azote y afrentoso yugo,  
conteniendo del genio la arrogancia  
con el hacha ó la soga del verdugo,  
apocaban la mente americana  
y la flor se agostaba en su mañana.

Era un mar sin rumor ni movimiento  
dormido en su extensión lángidamente;  
pero que al soplo de improviso viento  
alzaría sus ondas prepotente,  
y vino el vendabal, y fué violento,  
el choque de las ondas en la frente  
de las soberbias rocas, conmovidas  
y quebradas al fin y sumergidas.

El castellano león enfurecido  
sus garras con valor clavó en la tierra,  
es mía, dijo, pero al fin vencido

dejó la arena de sangrienta guerra,  
 El eco del cañón fué repetido  
 por los llanos, los ríos y la sierra,  
 y despertó la mente americana  
 en lo que antes fué inercia castellana.

Más débil Portugal, ó generoso,  
 no osó clavar con lanzas tus cadenas,  
 y compraste, Brasil, tu ser hermoso  
 sin derramar la sangre de tus venas.  
 Te falta el brillo militar, glorioso,  
 que abrillanta del Plata las arenas,  
 pero á la sombra de tu paz bendita  
 tu genio al porvenir te precipita.

Puede ser que en los giros de tu vida  
 levantas alguna vez no haber crecido,  
 sobre tierra con sangre humedecida,  
 por las revoluciones sacudido;  
 que esa lucha violenta, envejecida,  
 que escandaliza al mundo sorprendido,  
 es, empero, el crisol que la futura  
 existencia del Plata nos depura.

Pero hoy levantas tu tranquila frente  
 medio siglo adelante en tu camino,  
 y al soplo bienhechor de tu presente  
 florece para el mundo tu destino.  
 Del brillo de la Europa refulgente.  
 ha visto, entusiasmado el PEREGRINO,  
 reflejar los destellos en tus sienas,  
 en dulce agüero presagiando bienes.

De las leyes en la órbita sagrada,  
 do el pueblo tiene sus derechos fijos,  
 ha visto la justicia respetada  
 campear el pensamiento de tus hijos;

y á tu querida libertad, velada  
por los esfuerzos y valor prolijos  
del venerable anciano, y del que empieza  
á mostrar el poder de su cabeza.

Ha visto de las ciencias y del arte  
amaneciendo en ti la hermosa aurora, (6)  
y de tu juventud la mejor parte  
que del arte y la ciencia se enamora;  
y á la mente afanada en coronarte,  
que agita en sí la inspiración creadora,  
brotando nueva flor y nuevos gajos  
en cada sol que alumbra sus trabajos.

En justo empeño y pensamiento sano,  
con la Europa, sin celos ni querella,  
extendidos ha visto en el oceano  
los brazos tuyos y los brazos de ella,  
llegarte frutos del saber humano,  
frutos mandarle de tu industria bella,  
y en esos cambios de progreso, leales,  
dentro tus pueblos, pulular caudales.

Ganar tus hijos sin perder aquéllos,  
y la industria llegar á tus arenas  
á enriquecer y mejorar los bellos  
frutos de bendición de que están llenas,  
y más altiva levantar por ellos,  
¡oh Brasil! tu bandera en las almenas,  
que bajo el sol del siglo en que vivimos  
sólo en el genio y la virtud subimos.

Un poco más, y en su constante anhelo,  
la industria de la Europa habrá podido  
victoriosa alcanzar sobre tu suelo  
lo que la libertad no ha conseguido.  
Mañana, sí, por bendición del cielo,

no será ya tu fruto humedecido  
en su flor, en su tallo, en su simiente.  
con el sudor de la africana frente.

Esa palanca del poder humano  
que hoy suple al hombre y avasalla al mundo,  
dará su libertad al africano  
con más provecho que el saber profundo.  
Do había cien esclavos, una mano  
basta sola, y basta un segundo  
en lo que antes el negro consumía  
de fuerza ruda y de dolor un día.

El hombre libre rasgará la tierra  
para echar la simiente perfumada,  
y con la industria y libertad en guerra  
será aquella por éstas conquistada;  
y cuanto jugo y cuanto savia encierra  
le será por el arte arrebatada,  
y en tus opimos y sabrosos frutos  
darás al arte y libertad tributos.

Con este nuevo cauce de riqueza,  
con la industria de Europa entre tu mano,  
adiós, Brasil, te pierdo en la grandeza  
del porvenir del mundo americano...  
No diviso en los siglos tu cabeza.  
¿Imperio? ¿Estados? me pregunto en vano;  
no sé qué serás t́; sé solamente  
que alzarás, grande, tu soberbia frente.

¿Quién divisa de América la estrella?  
¿Quién no ve en el futuro su reflejo?  
¿Quién no la mira iluminando bella  
con torrentes de luz al mundo viejo?  
Lánzate en pos de su fulgente huella,  
lánzate al porvenir, y allí te dejo;

que allí la vista del mortal deslumbra  
el mar de luz que fúlgido relumbra.

## V

Sobre aquese fecundo  
suelo de vida que se ofrece al mundo  
como flor en pimpollo todavía,  
amortiguar sabía  
ese dolor que lo consume lento,  
el héroe de mis versos un momento.

Una naturaleza  
la más rica y variada en su belleza  
encontraba doquier—bien; de su vida  
la primera querida  
fué la naturaleza, y hasta ahora  
él no puede decir: «fuéme traidora».

Ella siempre le guarda una sonrisa;  
renueva sus encantos á sus ojos;  
anima la expresión de su semblante,  
y siempre la divisa,  
sin fingida alegría y sin enojos;  
mostrarse bella, y cariñosa amante

Ella conoce bien lo más sensible  
del corazón de CARLOS, y su mano  
pulsa diestra las cuerdas de esa lira  
que responde apacible  
al amor, á la gloria, á cuanto humano  
y celestial el corazón aspira.

Ella toca su mente,  
y la chispa impaciente  
del genio, salta y resplandece el alma,  
que siente vida, inspiración y fuego  
sacudiéndose luego  
del peso rudo de su estoica calma

Ella tiende su diestra,  
 y orgullosa, le muestra  
 el libro azul y verde que contiene  
 la profunda y primer filosofía  
 que desde el primer día  
 escrita por su Dios el hombre tiene.

Si; CARLOS, como Byron, bien pudiera  
 decir, que unas montañas, un desierto,  
 un mar, una pradera,  
 la han enseñado más que todo cuanto  
 en los libros ha visto y descubierto  
 por más que fueran su primer encanto.

Un libro lo envanece; una montaña  
 lo humilla y lo confunde á su presencia  
 ¿cuál de los dos engaña?  
 No sé.—Yo me presumo en armonía  
 con mi tenue tejido de existencia,  
 cuando humillo ante el sol la mente mía.

Newton y Galileo  
 hacen á CARLOS Dios sobre la tierra;  
 y luego á la manera del caldeo,  
 sube á la cresta de empinada sierra  
 para medir en su órbita algún astro;  
 pero al seguir su luminoso rastro  
 cree ver seis caracteres en el cielo;  
 dos palabras: ¿POR QUÉ? y fría y muda  
 en su perenne duda  
 su alma cae sin alas sobre el suelo.

En su mano la frente,  
 él se abisma en los libros de la ciencia,  
 y al misterio vital baja su mente  
 en pos de las lumbreras de experiencia.  
 Todo ha visto, tocado y comprendido;  
 mas su mano á la vez siente un latido



en la frente sobre ella descansada;  
 es una arteria—bien;—mas ¿POR QUÉ late?  
 y la mente se abate  
 entre el caos de su insondable nada.

Pero ¡ay! tras el ¿POR QUÉ? que le aniquila  
 en la naturaleza,  
 ve de su alma, la fúlgida pupila  
 otra palabra—Dios:—y á su grandeza,  
 ni teme, ni pregunta, ni vacila.

¡Lee por doquiera Dios! y lo respeta;  
 y este es el gran secreto  
 de las inspiraciones del poeta,  
 que va á buscar en la Natura, inquieto,  
 la concepción del cuadro y la paleta.

Es Dios el entusiasmo que le anima;  
 es la abstracción de su constante duda;  
 es la verdad que con su luz lastima  
 y hace dar un gemido á la conciencia.

De vanidad y de ficción desnuda  
 dice el alma—*no sé*;—*sé* solamente  
 que ruge una tormenta con violencia  
 y que voy yo tras ella con la mente,

—

Luces, montañas, bosques y llanuras  
 que bajo el arco tropical formando  
 laberintos sin orden y en montones  
 parecéis las inmensas miniaturas  
 del infinito bando  
 de las bellas gigantes creaciones;  
 tempestades del trópico, que raudas  
 venís, pasáis, y aparecéis más luego,  
 Mármol.—14



en el curso de un día ó de una hora,  
ya con el brillo de inflamadas caudas  
ya sin su mar de fuego,  
ya mudas, ya con lengua tronadora:

salud, todos, salud. El PEREGRINO  
es demasiado diestro en vuestro idioma  
para no haber gozado de su gracia...  
Ese idioma se aprende del destino  
si de niños nos toma  
y nos hace marchar con la desgracia

CARLOS ha padecido demasiado,  
para dar á su vida un alto precio;  
y cuanto brinda de placer el mundo  
de verlo y de gozarlo está cansado;  
para no sentir ya cierto desprecio  
por toda flor de su pantano inmundo.

Y joven todavía  
ya de su juventud se acabó el día.

Trébol marchito, el delicado aroma—  
su sensibilidad—conserva apenas.  
Pero ella es lo bastante.—Es en el hombre  
el oído que escucha vuestro idioma  
dulce, de amor, consolador de penas...  
Gracias, Naturaleza, ¡ay! vuestro nombre,  
es el nombre divino  
de la querida leal del PEREGRINO.

---

Al contemplaros él radiante y bella  
en vuestro rico y fúlgido palacio,  
do el crucero destella  
rayos de oro que alumbran el espacio,  
no solamente religiosa calma

y un hálito de Dios sintiera su alma;  
también bello y ufano,  
sintió hablar á su orgullo americano.

Bajo el crucero, CARLOS no ha podido  
preguntar á Venecia, qué se hicieron  
de su tiempo florido  
los trece siglos que al león oyeron  
rugir con libertad, dejando al mundo  
desde San Marcos en pavor profundo,  
como en cien barcarolas  
el gondolero en sus canales solas.

Ni como Harold, á la augusta Atenas  
preguntar por los sabios ciudadanos  
con almas puras, de coraje llenas,  
al contemplar las manos  
de la Grecia infeliz entre cadenas.

Ni ha visto en Waterlloo desparramada  
la ceniza del águila francesa,  
que ayer sobre las nubes remontada  
al peso descendió de su grandeza.

Ni como Chateaubriand, quebrando yedras  
ha examinado las ocultas piedras  
del romanesco Oriente,  
para encontrar los héroes de la historia  
en las perdidas tumbas de su gloria.

Ni en fragmentos de mármol, encubierto  
por el crecido musgo ha descubierto  
en la Roma presente  
de la pasada Roma los ejemplos,  
en rotos dioses y arruinados templos.

Ningún lugar ha traído á su memoria  
un recuerdo brillante  
de la pasada gloria  
que ha llevado del mundo el tiempo errante.

Ningún lugar como á su fantasía,  
 en las antiguas hablas  
 de la Mitología,  
 guerras y amores, religión y fablas.

En ningunas arenas  
 bañadas por las olas,  
 ha visto aquellas que escuchaban solas  
 de Penelope las sentidas penas.

El no ha reconocido  
 la peña de Vulcano,  
 ni á la Musa de Lesbos percibido,  
 en los montes á orillas del Oceano.

Sobre la cima de ninguna sierra.  
 ha visto de los dioses el asiento,  
 do á su potente voz el rayo, el viento,  
 se despeñaban en tronante guerra.

En ningún monte el célebre Parnaso,  
 en ningún mar bañarse la Mañana;  
 en ningún bosque de la hermosa Diana  
 la huella ha visto del ligero paso.

Nada de esto ha tocado de repente  
 la memoria una vez del PEREGRINO;  
 pero ¿acaso lo siente?  
 No; que cosa más bella en su camino  
 ha visto entusiasmado,  
 y al mirarla su frente ha descubierto.  
 El, sus brazos al pecho, no ha mirado  
 á un noble anciano en el sepulcro, yerto;  
 ha contemplado un niño  
 de riente faz y virginal cariño.

---

Genios sublimes del antiguo mundo,  
 abrid sepulcros y cabad cimientos,

y con saber profundo  
habladnos de los viejos monumentos.

Levantad los sudarios  
que cubren del pasado la grandeza  
y en la misión tan útil de *anticuarios*  
gane palmas sin fin vuestra cabeza:  
en la América mía  
vuestra misión muy poco ganaría.

Perdón—de gloria os mostraré diez siglos  
habidos en diez años solamente.  
¡Oh, no penséis que la irritada mente  
se imagina fantasmas y vestiglos,  
es todo realidad—sólo un cartucho  
quemado sobre el campo de Ayacucho,  
vale algo más que toda la metralla  
que gastó Francia en su mejor batalla!

Si la grandeza militar se estima  
por lo que de ella al porvenir le toca,  
cabe bien Austerlitz dentro la boca  
de un cañón de Junín ó Maypo y Lima.  
Cualquier bala del campo americano  
le vale más al porvenir humano  
que de este siglo todas las medallas  
que recuerden de Europa cien batallas.

En nuestro mundo el monte y la pradera  
tocan árido, pobre é infecundo  
el antiguo pasado con su mano,  
que de este siglo todas las medallas  
que recuerden de Europa cien batallas.

En nuestro mundo el monte y la pradera  
tocan árido, pobre é infecundo  
el antiguo pasado con su mano,  
pero, ¿cuánto daría vuestro mundo

por un poco siquiera  
del porvenir del mundo americano?

Aquí si se contempla una llanura  
no se cree oír un canto de victoria,  
ni ver de Jerges la sangrienta huella:  
mas se adivina una época futura  
en que al aliento de la humana gloria  
veránse pueblos levantarse en ella.

Al contemplar un monte  
se piensa escuchar dioses ni amante,  
pero se piensa ver el horizonte  
á través de su cuerpo de gigante,  
cuando el arte y la industria con sus brazos  
partan las cordilleras en pedazos.

El río, el monte, el llano,  
la piedra; las arenas, cuanto existe,  
son aquí joyas del futuro humano:  
joyas con que la América se viste,  
y virgen y radiante y poderosa  
presenta al porvenir su mano hermosa.

---

¡Salud, joya del mundo! EL PEREGRINO  
siente demasiado alta su cabeza  
cuando á los pies de tu sin par belleza  
te ofrece de rodillas su destino.

Bastante se ennoblece y abrillanta,  
bajo la lumbre suave de tus ojos,  
para envidiar del Asia los despojos  
ni cuanto Europa envanecida canta.

Al pintar tu hermosura  
lo inspira y alza lo sublime de ella,  
y con sólo seguirte, virgen pura,  
él se baña en los rayos de tu estrella.



## CANTO DEL PEREGRINO

---

### ADIOS AL JANEIRO

Adiós, Río Janeiro; del bardo PEREGRINO  
 escucha, va en las ondas, el eco de su voz:  
 La página más bella te debe mi destino;  
 adiós, Río Janeiro; CINCO DE ENERO, adiós

. . . . .

No tengo yo ni patria, ni amigos en el mundo,  
 y allí donde palpita mi corazón feliz,  
 mi pecho de recuerdos y gratitud fecundo,  
 al despedirse deja su bendición allí.

No tengo por riqueza sino mi triste lira,  
 que canta cuando llora mi triste corazón;  
 llevad, brisas del Norte, los tonos que suspira;  
 adiós, Río Janeiro; CINCO DE ENERO, adiós.

La patria en que he nacido cantando sus victorias,  
 se levantó en los brazos del genio militar;  
 bajo la paz mañana la esperan otras glorias  
 y las orladas sienas elevará inmortal.

Su abrazo es el más noble, su mano la más fuerte,  
 que marchen abrazados, el águila y el sol.  
 La paz es para entrambos la egida de su suerte;  
 adiós, Río Janeiro; CINCO DE ENERO, adiós.

---



## CANTO DUODÉCIMO

---

*Al Sr. Dr. D. Francisco Pico:*

*El amor á la patria—el infortunio del proscrito, la esperanza en el porvenir—son flores y espinas que ha brotado el corazón de usted desde su más temprana juventud.*

*Una amistad la más pura y desinteresada hace mucho tiempo que nos une.*

*En este CANTO hablo de patria, de infortunio, de porvenir; ¿guerrá el proscrito y el amigo aceptar este homenaje pobre de una amistad rica de cariño y consideración?*

JOSÉ MÁRMOL

*Montevideo, Julio 19 de 1846.*

15





## CANTO DUODÉCIMO

---

En muda soledad duerme tranquila  
cual postrado león, la mar sonora,  
y allá en el horizonte su pupila,  
cual risueña beldad, muestra la aurora.  
El primer rayo de su luz vacila  
y apenas de la mar la espalda dora;  
pero llegan en pos y en muchedumbre  
rayos y rayos de brillante lumbre.

Huye la obscuridad y huye el sosiego  
de la ofendida mar que hincha su espalda,  
y allá en el horizonte ondas de fuego  
disputan á la mar las de esmeralda;  
Hasta que bordan opulentas luego  
del astro rey la fúlgida guirnalda,  
que en su llama inmortal al mundo absorbe  
como la luz de Dios absorbió al orbe.

Con la brisa del Norte hinchado el lino  
se desliza el bajel rápidamente,  
como la vida al soplo del destino  
en el mar de las cosas y la mente.

En la popa, su vista el PEREGRINO  
 tiene fija en las nubes de Occidente;  
 baja sus ojos y las ondas mira,  
 y como lleno de dolor suspira.

¡Un suspiro!... ¿y por qué? ¿CARLOS, acaso  
 tiene algo de común con los dolores  
 ni la felicidad? ¿Ya en el ocaso  
 su estrella no apagó sus resplandores?  
 ¿Indiferente al infortunio, el paso  
 no mueve por doquiera, sin amores,  
 sin dar al ruido mundanal un eco  
 su corazón desencantado y seco?

¡Ay, ese corazón fué tan aprisa  
 despeñado en los piélagos del mundo,  
 que si mira el pasado, en él divisa  
 un largo siglo de dolor fecundo!  
 Se acabó para CARLOS la sonrisa  
 y, escondido del alma en lo profundo,  
 coge allí la raíz de sus dolores  
 y la pone en su lira en vez de flores.

El fué para los hombres, franco y bueno,  
 noble su corazón cual la nobleza;  
 pero existía un cáliz en su seno  
 y una chispa del genio en su cabeza.  
 Le llenaron el cáliz de veneno,  
 la chispa hirió del mundo la corteza  
 y él dijo al contemplarlo, friamente:  
 «nos miraremos, mundo frente á frente».

Y después, desatando sin recelo  
 del mundo y del espíritu los nudos,  
 cual noble Caballero, que en el duelo  
 deja su brazo y corazón desnudos,  
 tras de la tempestad remontó el vuelo

del infortunio al ¡Ay! sus labios mudos,  
comenzando esa vida, ese romance  
que ojalá nadie á comprender alcance.

Esa vida, ese cúmulo de escenas,  
donde el drama del mundo ha conocido  
y donde todo, sin excluir las penas,  
á excepción del honor, ha consumido.  
¿Cuáles dichas de amor le son ajenas?  
¿Qué hiel del infortunio no ha bebido?  
¿Qué lágrima ha quedado en su pupila?  
¿A qué se lanza ya, ni en qué vacila?

¿Acaso los recuerdos todavía  
arrebatan á su alma ese suspiro?  
¿Del cielo tropical el claro día  
viene á su mente á perturbar el giro  
de las negras ideas? ¿Su alma umbría  
se alumbra con el rayo de zafiro  
que el Crucero en su espléndido palacio  
vierte en hebras de luz sobre el espacio?

¿Acaso su inmortal CINCO DE ENERO (1)  
ese suspiro lánguido arrebató,  
y recuerda con él su amor primero,  
y esa mujer hasta con Dios ingrata,  
para entregarle el corazón entero;  
esa mujer cuyo recuerdo mata,  
porque, al verla una vez, el alma expira,  
si lejos de ella y de su amor suspira?

Aquella á quien un día el PEREGRINO  
dijo: «¡Adiós! yo te he amado hasta el exceso,  
mi amor primero te guardó el destino,  
toma, guarda también mi último beso;  
si te hallare otra vez en mi camino,  
entonces te diré con embeleso,  
si conoces el sello de tu boca

ven, y mi labio con tu labio toca.»

No, no es esa quien hora de su pecho  
 arranca ese suspiro; la ama tanto,  
 que el corazón en lágrimas deshecho,  
 ó sueños de placer, en vez de llanto,  
 nunca á su imagen y á su amor estrecho  
 nunca suspira, pues su dulce encanto  
 es guardar cuanto fué y es de su bella  
 sin que robe un suspiro el nombre della.

Esas ondas que mira el PEREGRINO  
 ¿no sabéis cuáles son? Son las del Plata;  
 y esas nubes que el rayo matutino  
 sobre el cenit azul blancas delata,  
 le descubren el Cabo Cisplatino  
 cuya sombra en las olas se retrata.  
 ¿Comprendéis el suspiro? Al sur, la nube  
 de las riberas de su patria sube.

Si al extranjero que aprendió la historia  
 de estos pueblos, las ondas de su río  
 inspiran un recuerdo en su memoria,  
 triste como el crepúsculo del día,  
 al que en ellas nació, cuando la gloria,  
 que al nacer expiró, también nacía,  
 ¡oh, que no inspirarán si acaso siente  
 sensible el corazón y alta la mente!

El PEREGRINO sus miradas gira:  
 á su izquierda la patria. *Allí está ella,*  
 dice, y las nubes y las ondas mira,  
 por distraer el alma de la huella  
 que labra la vergüenza... El aura aspira  
 de la patria oriental... Sus rocas, bella  
 baña la luz del sol... mas ¡ay! le muestra  
 que también hay tiranos á su diestra. (2)

¡De un hombre que en el Plata fué su cuna,  
sus esperanzas y su fe primeras,  
es por cierto, gran Dios, bella fortuna  
estar del río entre las dos riberas,  
y saber que á la vez en cada una  
la barbarie despliega sus banderas;  
y que en aquella ó en aquesta orilla  
á su garganta espera la cuchilla!

Es cierto, sí; mi pobre PEREGRINO  
bien habrá de mover su mundo interno,  
al contemplarse sobre débil pino  
navegando á la entrada de un infierno;  
bien puede meditar sobre el destino,  
los fallos de Satán ó del Eterno,  
á la vista de pueblos y señores  
que dejó malos y los ve peores.

Su *madre* patria allí, y allí su hermana...  
hay parientes, por Dios, que más valiera  
llorarlos muertos en su edad temprana.  
Y esa madre de hermosa primavera  
y esa joven tan pura en su mañana,  
el triste viajador verlas quisiera  
en aqueso que llaman en la historia  
no tumba, sino templo de la gloria.

¡Argentino! Por Dios y por mi vida,  
que este mundo no es hoy una gran cosa;  
si no se llama cosa desmedida  
siervo vivir de tiranía odiosa,  
ó arrastrar vagabunda y desvalida  
una existencia obscura, fatigosa;  
dos extremos, los únicos al hombre  
que lleva de Argentino el triste nombre.

Antes era otra cosa; antes valía  
la pena de llevar una estocada

el decir con orgullo y bizarría:  
nacé argentino y en mi patria amada  
no hay ya ni esclavitud ni tiranía,  
y en la frente del hombre inmaculada,  
donde la libertad graba su sello  
deslumbra un rayo de esperanzas bello.

Pero antes esa patria, en vez de yugo,  
laurel tenía y palmas en la frente;  
en vez de miserables y verdugo  
hombre de honor y corazón valiente;  
y en vez del vicio cuyo amargo jugo  
hoy nutre sus entrañas torpemente,  
la miel de la virtud nutría el seno  
de amor, nobleza y esperanzas lleno

Entonces á la luz del claro día  
se conquistaban glorias inmortales,  
y el corazón en ecos repetía  
las voces de los cánticos triunfales;  
entonces por la patria se moría,  
y eran templos las urnas sepulcrales;  
entonces ¡ay! las madres envidiaban  
la suerte de los hijos que espiraban.

Entonces en la lid nuestros guerreros  
dirigían al pecho castellano,  
como leales y nobles caballeros,  
la punta de su sable americano;  
entonces se envainaban los aceros  
y al vencido infeliz, la propia mano  
del vencedor cuidaba de su herida,  
al que no quiso matar, dándole vida (3).

Entonces el anciano, cuya noble  
frente, al peso del tiempo ya se abate,  
cual viejo y fuerte deshojado roble,

que resiste del viento el duro embate.  
escribía la ley, cuando el redoble  
convocaba sus hijos al combate,  
y ellos le daban *patria* con la guerra,  
y el viejo á ellos, *ley* para su tierra.

Entonces en las bóvedas del templo  
la palabra de Dios repercutía;  
y la virtud de Cristo era el ejemplo  
que el sacerdote al pueblo descubría;  
entonces esta lira que yo templo  
á la voz de mortal melancolía,  
otros templaban á la dulce y bella  
voz de la libertad, en redor della.

Entonces el labrador, cuando el arado  
volvía á levantar dejando el sable,  
de su esposa y sus hijos rodeado  
á la puerta del rancho miserable,  
ricas cosas contaba entusiasmado,  
todas de patria y gloria memorable,  
sin miedo de negar ó dar renombres,  
porque entonces los hombres eran hombres.

Entonces eras tú, pueblo argentino,  
grande como los Andes y el Oceano;  
y á la luz de tu fúlgido destino  
alumbrabas el mundo americano,  
derramando en tu espléndido camino,  
como Dios las estrellas con su mano,  
chispas de libertad, rayos de gloria,  
desde el carro veloz de la victoria.

Rodaban de los Andes de repente  
torrentes de guerreros á su acento,  
para caer cual rayos en la frente



de un trono con dos mundos por cimiento;  
como al eco de Dios, en llama ardiente,  
cayeran en raudal del firmamento  
nubes y nubes que el cenit desploma  
en la réproba frente de Sodoma.

Y á sus plantas tiraba hecha pedazos  
la cadena de fierro de dos mundos,  
que cayeran del cielo sin más lazos  
que aquellos del amor, y los profundos  
mares que los estrechan con sus brazos,  
por más que sus desiertos infecundos  
donde todo se pierde ante los ojos,  
parezcan separarlos con enojos.

Y cambiaba del hombre los destinos  
levantando una virgen de esperanza,  
como alza Dios los rayos matutinos  
y cambia el huracán por la bonanza;  
y abría de un futuro los caminos  
donde una nueva humanidad se lanza,  
como hizo Dios al presentar la oliva  
dentro del Arca á la familia viva.

Entonces al sepulcro caminaba  
paso á paso el guerrero, y de su frente  
la aureola el sepulcro iluminaba  
y el más allá de la futura gente.  
El sol así, cuando su marcha acaba  
lleno de majestad en occidente,  
de su tumba los bordes ilumina  
mientras á otra región su luz camina.

En fin, la vida y aun la misma muerte  
en los pueblos del Plata, para el hombre  
eran entonces envidiable suerte;  
vida era gloria, y muerte era renombre.

Pero á esa patria, valerosa, fuerte,  
llena de gloria y opulencia y nombre,  
rica de corazón, rica de espada,  
¿sabéis ahora lo que resta?... ¡Nada!

Parece que su frente hubiera sido  
por la vara de un mágico tocada,  
ó la trompeta de Josué sentido,  
al mirarla tan rápido postrada.  
Parece que algún soplo desprendido  
de las egipcias playas, abrasada  
su atmósfera dejase, y de repente  
postrado hubiera la marchita frente.

Todo, todo pasó; gloria, opulencia,  
la virtud misma del hogar no existe,  
y las horas las cuenta la existencia  
por los golpes del fierro que resiste.  
La propia flor de la beldad su esencia  
ha perdido y su brillo, mustia y triste  
encerrada con hálitos impuros  
de la barbarie entre los altos muros.

Apenas esa patria que derrumba,  
más y más cada día el despotismo,  
y besa más la mano que la tumba,  
cuanto más la despeña en el abismo;  
apenas, como el polvo de una tumba  
tiene flores que brota de sí mismo,  
tiene ella por el mundo algunos hombres  
celosos de sus glorias y sus nombres,

que han bebido la hez de la amargura  
pajo el pálido sol del extranjero,  
y consuelan su misma desventura  
con hablar á su patria dulce agüero;  
que bajo suelo extraño sepultura

dan á sus viejos padres y al guerrero;  
y les dicen: «Quedad hasta que un día  
lloremos ¡ay! vuestra ceniza fría».

Que ven nacer sus inocentes hijos  
sin nacer en la patria de su padre;  
y en vez de maldecir, hacen prolijos  
que al empezar á hablar la llamen MADRE:  
y siempre en Dios y en la esperanza fijos,  
cuando á su patria la bonanza cuadre,  
ven que el dolor y la vejez los labra  
sin decir de Scipión la cruel palabra. (4)

Aquesto y nada más, patria argentina,  
queda de tu pasado y tu grandeza;  
es el último rayo que ilumina  
del sol que brillantaba tu cabeza.  
Pero lejos de ti su luz camina  
sin animar tu lívida belleza;  
esa que abrigas torpe muchedumbre  
nada conserva de tu antigua lumbre.

¿Nada?... ¡Oh, es mucho *nada!* Tiene menos  
esa gente en el vicio embrutecida;  
tiene acreedores de piedad ajenos,  
tiene la humanidad, que sorprendida,  
y los cielos también de pasmo llenos  
le piden cuenta, y en rigor debida,  
de esos largos escándalos salvajes,  
con que al mundo y á Dios comete ultrajes.

Cuenta que has de pagar, redil de esclavos,  
pueblo sumido en lodazal del crimen,  
espúrea raza de los hombres bravos  
que hoy en la tumba de vergüenza gimen.  
¡Ah, bien la pagas ya!... Sientes los clavos  
y el son de las cadonas que te oprimen;

dentro del corazón la verdad sientes,  
y nuevo Galileo, crees y mientes.

Diputados, ministros, generales,  
¿Qué hacéis? Corred; el bruto tiene fiebre;  
arrastrad vuestras hijas virginales  
como manjar nitroso á su pesebre.  
Corred hasta las santas catedrales;  
á vuestros pies la lápida se quiebre;  
y llevad en el cráneo de Belgrano  
sangre de vuestros hijos al tirano.

Que su carro triunfal vuestras esposas  
arrastran otra vez, dadlas al bruto,  
para que os honre, si las halla hermosas,  
con daros de su raza un noble fruto.  
¿De qué no es amo y digno vuestro Rosas  
si le disteis la patria por tributo?  
Gracias, señores, gracias por la gloria  
que dejáis de nuestra época en la historia. (5)

Envidiasteis tal vez á los campeones  
que llamáronse *célebres* un día,  
y al nivel de esos ínclitos varones  
os quiso levantar vuestra osadía.  
Y en efecto, tan altas ambiciones  
se os han llenado ya, y en demasía;  
pues la fama, con nombres y apellidos,  
os llama los más *célebres bandidos*.

Generales, ministros, diputados,  
grande es vuestra misión en vuestra era;  
y, si por buena ley morís ahorcados,  
ni admirable tal vez, ni extraño fuera  
que allí vuestros cadáveres colgados  
quedasen, como ejemplo al que los viera  
del modo cómo se hacen inmortales  
los célebres, los altos criminales.

¡Oh Rosas! No la prensa y la tribuna  
del brasilerero, GRANDE solamente  
te llamará, eso no; también hay una  
joven y noble y argentina frente,  
que hoy se levanta, y sin temor ninguna  
te llama GRANDE, FUERTE, OMNIPOTENTE,  
y así te llama ante la luz del día,  
que es frente sin doblez, porque es la mía.

Y así te llamo, para orlar de gloria  
esa patria infeliz á quien adoro;  
que destinada en su naciente historia  
á escribir con valor páginas de oro,  
primero la grandeza en la victoria,  
después de inteligencia un gran tesoro  
y á ti después te levantó en sus manos,  
el más grande de todos los tiranos.

¿Quién más que tú fué grande en osadía?  
Escupes en la frente de la Europa;  
y ese mundo de regia jerarquía  
te brinda luego de amistad la copa,  
y pisas del bajel en que la envía  
el pabellón de la soberbia popa.  
Gracias, Rosas: mi nombre de argentino  
que el de enemigo tuyo antes me vino.

Ese nieto imperial de veinte abuelos,  
hijo pigmeo de gigante padre,  
manda tender del águila los velos,  
luego que al potro de la Pampa cuadre;  
y tú, rama del pasto de los suelos,  
gaucho sin Dios ni ley—de obscura madre;  
haces que lleve un puntapie consigo,  
y te llame el monarca *Grande Amigo* (6).

Uno que es más que tú, transformó un día

en estatua de sal una belleza;  
 y tú, mayor que él en fantasía,  
 has tenido el capricho en tu cabeza  
 de hacer de una nación de nombradía  
 un pantano cubierto de maleza,  
 y de un millón de seres racionales  
 número igual de estatuas animales.

Estatuas con resortes; tú las tocas  
 y ellas corren, se paran, lloran, cantan,  
 les das de latigazos, y más locas  
 saltan, gritan, te aplauden y se encantan;  
 y al ruido el infierno abre sus bocas  
 y hasta Satán y el Tártaro se espantan,  
 que á tantos á la vez ni Satán mismo  
 enloqueció jamás en el abismo.

Gracias, Rosas; mi mente de poeta  
 busca la novedad, y cada fibra  
 siento del corazón latir inquieta  
 por toda voz que de ignorancia libra;  
 y tú eres á mi oído una trompeta,  
 que en ecos claros me repite y vibra:  
 que si tú no eres *grande*, pocos reyes  
 y pocos hombres hay que no son bueyes:

¡Ah, Rosas, si mi joven PEREGRINO  
 á quien haces viajar pobre y errante,  
 te encuentra alguna vez en su camino  
 habréis de ser amigos al instante.  
 Puede ser que se canse el argentino—  
 Tú apuestas á que no y—¡ay! su gigante,  
 viaje por el Brasil ó por la Europa...  
 si te halla CARLOS tocaréis la copa.

Y gran cosa por Dios mirar sería  
 conversando el demonio y un poeta,  
 en una noche de tormenta, umbría,



con voz pausada, con pupila inquieta,  
 á la pálida luz de una bujía,  
 entre misterio y soledad secreta,  
 acariciando cada cual á solas  
 el oculto puñal ó las pistolas.

Y descubriendo de tu mundo interno  
 esos cóncavos senos del delito  
 que abrió en tu corazón el mismo infierno  
 para vaciar la rabia del precito;  
 y mostrando el POR QUÉ del odio eterno  
 que fulminó tu corazón maldito,  
 saber CARLOS entonces el enigma  
 para cantar su horrible paradigma.

Y al oscilar la luz sobre tu frente,  
 las sombras de tus víctimas pasando  
 contemplase el poeta, y de repente,  
 el trueno en los espacios retumbando,  
 y de cien rayos á la llama ardiente,  
 ver con arpas de fiero negro bando  
 de bardos de Luzbel, á roncós gritos  
 cantar tu maldición y tus delitos.

Todo esto, para CARLOS, bien sería  
 espectáculo ameno—escena rara  
 del drama de su vida,—y bebería  
 contigo dos botellas cara á cara,  
 sin miedo y con placer. ¡Cuánto sabría!  
 ¡Tú que enseñas tan bien, con voz tan clara!  
 Mas ¡ay! no te he de hallar; y Grande y Fuerte  
 seguirás en tu cátedra de muerte.

¡Cuánto no has enseñado y puesto en duda!  
 ¡Cuánta filosofía no has dictado  
 de ficción y oropel siempre desnuda!  
 Las cosas como son has enseñado:  
 la ley de Dios para la tierra, muda;

bajo el látigo el hombre arrodillado;  
y que todo es ficción cuanto decimos  
del palabrero siglo en que vivimos.

Una cosa más práctica la mente  
te debe todavía; y es el modo  
de comprender de América el presente  
y su modo de ser y sufrir todo;  
pues, libre un poco más, toda su gente  
cual la que mandas tu, duerme en el lodo;  
erial de los alcaldes y virreyes  
do plantaron el bosque de sus leyes.

Hay coincidencias raras en la vida  
de los célebres pueblos. Cuantos males  
ha sufrido la España en su caída,  
los debe á esos magníficos caudales  
que le enviaba la América oprimida;  
y esta debe de llantos sus raudales  
á las manos que España le mandaba  
para coger el oro que encerraba.

Yo miro levantarse soberana  
de Washington la patria, como el astro  
que del pálido oriente en la mañana  
se alza dejando iluminado rastro:  
miro su libertad virgen y ufana  
despeñarse en su carro de alabastro,  
atravesar los piélagos profundos  
y en sus hombros después volver con mundos.

Yo miro del Brasil brotando lumbre  
la razón y la industria palpitantes,  
como brotan en rica muchedumbre  
sus arenas el oro y los diamantes:  
y allí su libertad en regia cumbre  
fascinar con sus ojos rutilantes,  
cual fascina su monte y su pradera



con su eterna y lujosa primavera.

Y yo miro también que donde el carro  
de la España rodó, sobre la tierra  
inmensa de Cortés y de Pizarro,  
hay solamente esclavitud y guerra,  
pueblos sumidos en inmundo barro  
que estremecen los llanos y la tierra,  
recibiendo en la punta de las lanzas  
de la alma libertad las esperanzas.

Salud, Duque de Rivas. Eres hombre  
que dijiste verdad en ecos llanos,  
cuando dijiste, por negarnos nombre:  
*Españoles seréis, no americanos...*  
Hé aquí la verdad por más que asombre:  
la verdad que descubre cien arcanos;  
el prolijo compendio de una historia  
que ya cuenta más lágrimas que gloria.

Aquí hay España, sí; pero no aquella  
España de los ínclitos varones,  
que por su Dios y por su patria bella,  
de Cristo y de Castilla los pendones  
al rayo divinal de clara estrella  
y al soplo de sus nobles ambiciones,  
desplegaban doquier, y el mundo todo  
seguía el carro del triunfante godo.

Mas no la España que de su alta frente  
el dulce rayo del saber fecundo,  
llena de majestad su luz fulgente  
brillaba por el ámbito del mundo;  
y cual fuera en las lides imponente  
de sus armas al golpe furibundo,  
fuera después, al golpe de su acento,  
bizarro paladín del pensamiento.

Esa España su gloria nos daría,  
y el alma de Colón al vernos *grandes*,  
nuestra madre inmortal bendeciría  
desde la sien de los soberbios Andes;  
y á su virgen espléndida diría:  
«Para que al mundo en lo futuro mandes,  
»cuando te hallé desnuda entre las olas;  
»te cubrí con banderas españolas».

Mas era su poder, poder del suelo,  
humana creación que al fin perece,  
y debía brillar como en el cielo  
exalación que brilla y desaparece;  
y cuando tras del mar alzóse un velo  
y á sus ojos la América se ofrece,  
sobre los campos de Rocroy caía (7)  
la última luz de su rosado día.

Y sumergiósese luego en el torrente  
de las edades, y dejó en la historia  
las huellas de sus pasos solamente,  
que también pasarán con su memoria;  
hasta que al fin la venidera gente  
pierda hasta el nombre de su antigua gloria,  
yerta en el panteón de las edades  
con sus hombres, sus siglos, sus ciudades.

Y en el Tajo, el Sena, el Rhin, en cuyas olas  
al son guerrero de su trompa un día,  
ó al eco de las liras españolas,  
el nombre de la España se aplaudía,  
perdidas de su sien las aureolas,  
y las lluvias de luz y de armonía,  
no sabrán de sus liras ni su trompa,  
ni que hubo España de envidiable pompa.

De su caos los siglos se desprenden,

llegan, ruedan, levantan en sus manos  
generaciones, mundos, y descienden  
de la honda eternidad á los arcanos.  
Así del hombre las pasiones hienden  
por esos del placer goces mundanos;  
roban la aroma de la flor, y luego  
vuelven al corazón marchito el fuego.

Tienen y nada más sobre este mundo  
una nación, un siglo—un hombre, un día;  
y el antes y el después es infecundo  
tiempo que habita entre la nada umbría,  
y es la memoria en su caos profundo  
al Partenón y al Capitolio frío;  
y de Venecia apenas los canales  
hablan de Bucentauro y Carnavales.

Y la grande misión, el siglo bello  
terminaban de España; á su cabeza  
había orlado ya con todo aquello  
que puede dar de grande la grandeza,  
y sobre el viejo mundo puesto el sello  
de su genio, su lanza y su nobleza,  
cuando un hombre, en los siglos sin segundo,  
pidióla un barco para darla un mundo.

Suele haber en la suerte un mal sentido  
que no sabe dar precio á los momentos;  
antes un siglo el genovés nacido,  
la España hubiera puesto los cimientos.  
Á un nuevo porvenir; habría sido  
el orbe avasallado á sus acentos,  
y el cataclismo que tumbó su frente  
deshecho por su mano omnipotente.

Y si un siglo después nace y le muestra  
este mundo Colón, ya no lo toca:

el galo y el bretón ponen la diestra  
y sus muros de bronce en nuestra roca...  
¡Ay! la fortuna de hoy menos siniestra  
fuera para nosotros, y más poca  
servidumbre á la España costaría  
este mundo encontrado en fatal día.

No habrían derrámado al suelo hispano  
esas brillantes lluvias de tesoros  
las nubes del cenit americano  
para agostar la flor de sus decoros;  
para embriagarlo y enervar su mano,  
para hacer que brotara de sus poros,  
desde Felipe hasta Fernando, males,  
en tres siglos á España tan mortales.

Eso es lo que hay aquí. La España muda,  
la que tres siglos de fatal memoria  
bajo el peso gimió de ambición ruda;  
llorando apenas su perdida gloria  
alguna lira de temor desnuda,  
lágrima santa que guardó la historia;  
ó la voz de alguna alma sin mancilla  
junto al fuego ó al pie de la cuchilla.

La España con que luchan todavía  
de sus hijos de ahora el genio y brazos,  
sin poderla vencer en su porfía,  
ni con rayos del genio ni á balazos;  
en la que el *fraile* pertinaz porfía;  
la que ese *Rey* con cetro hecho pedazos  
en tenaz ambición mueve y ensaña  
contra la nueva floreciente España.

Eso tiene este mundo americano,  
como fibras de vida dentro el pecho,  
desde el florido suelo mexicano

Hasta la estéril roca del Estrecho;  
 absolutismo, siervos y tiranos,  
 farsas de libertad y de derecho,  
 pueblo ignorante, envanecido y mudo;  
 superstición y fanatismo rudo.

Eso tienes, América; responde:  
 ¿cuál es tu porvenir? quita un instante  
 tus ojos de la urna en que se esconde  
 de tus glorias el tiempo de diamante;  
 deja tu noble vanidad, y ¿dónde,  
 dime, se aclara el *más allá*, que errante  
 busca inquieta y tenaz la mente mía  
 entre las nubes de tu noche umbría?

Deja tu gloria en la nevada cumbre  
 de los altivos Andes, frente á frente  
 con la posteridad brotando lumbre,  
 de mar á mar, en fúlgido torrente;  
 deja también la rica muchedumbre  
 de las verdes promesas de tu mente,  
 y mirando tus *hombres*, lo que ignoro  
 revélame, por Dios, que yo te adoro.

¿Cuál es tu porvenir? ¿Por qué camino  
 despeñada mi mente en lo futuro  
 encontrará de América el destino,  
 atravesando siglos, como el puro  
 rayo de sol nadando brillantino  
 de nube en nube en el cenit obscuro?  
 Habla: los Andes, y la mar, y el viento—  
 ¿no ves?—se postran á esperar tu acento.

Yo só que serás tú la flor más blanca  
 en el jardín del porvenir humano;  
 y que en tu cielo el Hacedor estanca  
 las lluvias que abrirán puro y lozano

tu cáliz virginal; y al orbe, franca,  
olas darás de tu ámbar soberano;  
yo sé que tus destinos son estrellas,  
¿más cómo, madre, dí, rodarán ellas?

¿Habrá sobre tus hombros, algún día,  
el manto azul de Césares acaso,  
y espléndido y brillante, madre mía,  
en tapiz regio marcarás el paso;  
y tu primera estrella mustia y fría,  
llevada por el tiempo hasta el ocaso,  
habrá dejado apenas por memoria  
el nombre de *República* en la historia?

Pero silencio... la tormenta ruge,  
y á los golpes del rayo de repente  
en su cimiento de oro el Andes cruje...  
tú sabrás qué poner sobre tu frente  
cuando en el cielo el iris se dibuje...  
entre tanto, esta chispa que mi mente  
acaba de arrojar, hoy no se mire;  
que en la posteridad luzca ó expire.

Entre tanto, también con tus cadenas  
queda, ¡oh Plata! y tus crímenes prolijos,  
como Saturno, de sus propias venas  
tragándote voraz los tiernos hijos;  
tendido en tus bellísimas arenas  
queda en sangre no más tus ojos fijos,  
como el boa del Indo harto de entrañas  
postrado queda entre aromadas cañas.

Queda por medio siglo todavía  
pobre patria argentina, sin guirnalda,  
sin luz, sin genio, aletargada y fría,  
brotando las heridas de tu espalda  
la sangre que nutrió tu tiranía;

y cuyo rastro el monte hasta la falda,  
 las piedras, los desiertos, cuanto existe,  
 conservarán enrojecido y triste.

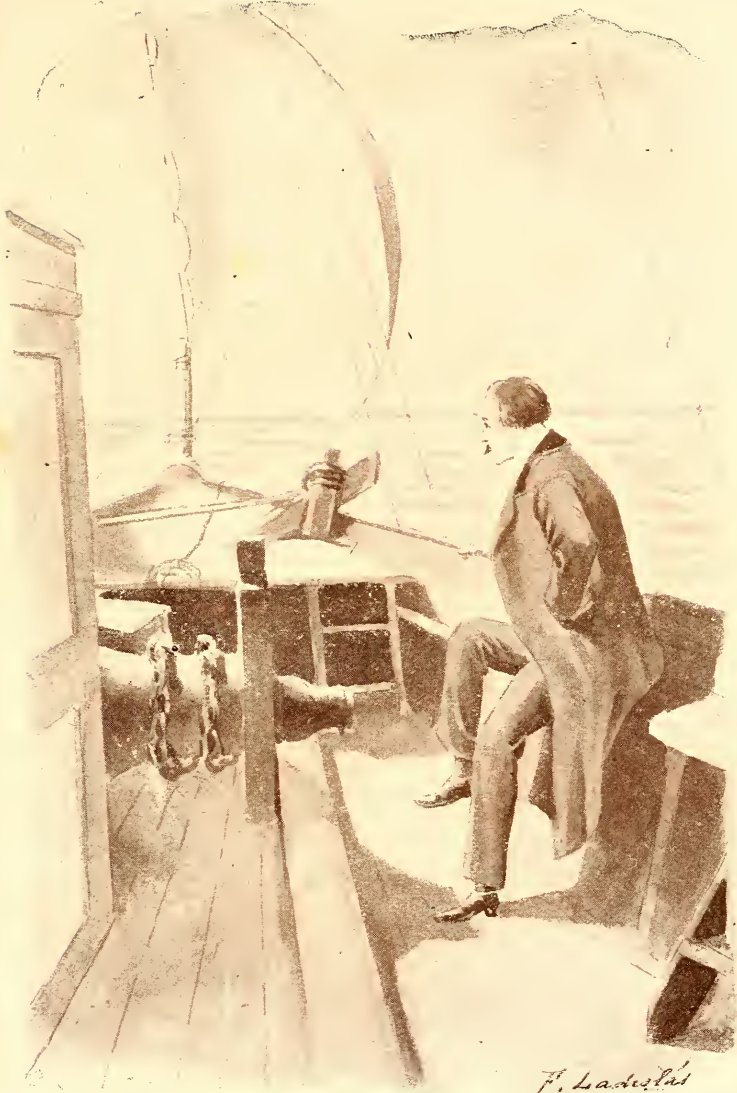
Queda hasta el *más allá*, donde el destino  
 de América revele los arcanos,  
 y con ellos también, suelo argentino,  
 los tuyos que el futuro entre sus manos  
 conserva todavía; y el camino  
 porque transitas hoy, y esos tiranos,  
 sean en colosales dimensiones  
 cuadro de novedad é inspiraciones.

—  
 Suspira el PEREGRINO y de la nave  
 vuelve del Sur la vista conmovida.  
 ¿Cómo no suspirar, cuando no cabe  
 dentro del pecho tan ingrata vida;  
 cuando pasan los años y no sabe  
 sino que pasan sin curar la herida;  
 cuando en su mente ¡ay! *todo* concentra,  
 y á *nada* y *nadie* su memoria encuentra?

Quando á los hijos del honor divisa  
 condenados de Tántalo al suplicio;  
 y mira en el tirano la sonrisa  
 y á ellos ahondar su propio precipicio;  
 trabajar con valor, y más á prisa  
 que el ariete se alzó, ser el desquicio;  
 cuando ve por doquier tiempos y lanzas  
 y por do quier perdidas esperanzas!

¡Y siempre bajo el sol del extranjero  
 y siempre el pan de la miseria amargo!  
 CARLOS ¡ay! tiene el corazón de acero  
 para llorar por él; pero ¡es tan largo  
 el tiempo que ha corrido lastimero  
 sobre tanto infeliz; y el triste cargo  
 de llorar su dolor, es tan sagrada,  
 tan hermosa misión de alma inspirada!





Suspira el peregrino, y el de la nave





Allí están unas rocas—¡Sufre tanto  
al volver á mirarlas de este río,  
regadas por la sangre y por el llanto,  
bajo un cielo tan lúgubre y tan frío!...  
Allí donde otra vez su primer canto,  
como al alba del ave el primer trío,  
saludó el porvenir, fija su frente  
en las rosadas nubes del Oriente!...

Allí donde en el alba de su vida  
se abrió la flor de sus afectos pura,  
y vió la primer hoja desprendida  
al primer temporal de desventura...  
Allí cononoció su alma sorprendida  
su luz vital y su misión futura...  
Allí vió descubierto su camino,  
allí dió el primer paso EL PEREGRINO.

Allí están esas rocas orientales  
do le arrojaron de su patria bella  
esos raudos furiosos temporales  
que deshojaran la guirnalda en ella!  
¿Y cuándo? Cuando apenas virginales  
veía CARLOS los rayos de su estrella;  
cuando daban apenas entre amores  
sus dieciocho años las primeras flores!

Y ya cárcel, cadenas y destierro,  
amor, placeres, juventud perdida;  
y ya la sin piedad mano de hierro  
del infortunio taladrar la vida;  
y ya el primer dolor, el primer yerro,  
la primer falta, la primer caída,  
y ya, en cuerpo infantil, alma enlutada,  
de pasión en pasión ir despeñada!...

Y ya saber odiar... y entre despojos  
dejar la patria por la vez primera  
sin brotar una lágrima sus ojos!...  
¡Y ya con alma noble y altanera  
soportar desengaños y sonrojos,  
pisando sin hogar patria extranjera!...  
Pasad tristes recuerdos de la mente—  
allí están esas costas del Oriente.

Bellas como su nombre, allí su falda  
besan del río y de la mar las olas,  
y las cumbres bordadas de esmeralda  
el ámbar de la flor esparcen solas,  
cual si el aura que agita su guirnalda  
impregnada de esencia de amapolas  
adormeciera desmayado al hombre  
dentro de ese jardín bello hasta en nombre.

En esos campos el corcel de CARLOS  
cien veces estampó sus herraduras,  
cuando quiso el poeta contemplarlos,  
lleno por tradición de su hermosura;  
y pudo en sus bellezas admirarlos  
y más que su belleza en su ventura,  
que eran felices ¡ay! pues más que flores  
brotaban libertad y paz y amores.

¡Oh! esos campos son fértiles y bellos  
cual corazón de quince primaveras!  
De la alta bendición vense los sellos  
en la vegetación de sus praderas:  
en el millar de arroyos que por ellos  
serpean entre blancas primaveras,  
como arterias de un cuerpo derramando  
vital licor en movimiento blando.

Y en esas mil espléndidas cuchillas

ricas de gracia y aromadas flores,  
 que en medio de las mies son amarillas  
 nubes que flotan ricas de colores;  
 y cuando hiela Julio sus orillas  
 y el Pampero desata sus rigores,  
 son las obscuras y robustas ondas  
 que en el centro del mar se alzan redondas.

¡Ay! en ellas la brisa era tan pura,  
 tan grata para el alma del proscrito,  
 que al ver su patria bajo nube obscura—  
 atmósfera de sangre y de delito—  
 ciudadano del mundo, á la aventura,  
 salió á buscar el hálito bendito,  
 soplo puro de Dios, dulce, sin nombre,  
 de la suprema libertad del hombre!

¡Ay! entonces ese hálito de vida  
 refrescaba la sien del uruguayo,  
 y esa patria, esa rosa desprendida  
 de la corona virginal de Mayo,  
 desplegaba sus hojas engreída  
 del alma libertad al dulce rayo;  
 y en la más joven de sus tiernas hijas  
 tenía Mayo sus miradas fijas.

. . . . .  
 Llena de fuerza y de temor desnuda,  
 arrebatada al Plata parecía  
 todo su porvenir en sólo un día.

La industria de la Europa en raudas alas  
 miraba la infeliz Montevideo  
 llegar para cubrirla con sus galas.  
 Era el bello festín de su himeneo  
 con el progreso, en las brillantes salas  
 del arte, de la ciencia y del deseo;

pues cuanto pudo ambicionar su mente  
allí tenía para orlar su frente.

Atropellando las soberbias olas  
del Plata, dilataba sus cimientos;  
y en las rocas estériles y solas  
improvisaba ricos monumentos;  
y en ellos y doquier las aureolas  
de las artes burlaban los momentos;  
y eran, al contemplarla, recordadas  
las fabulosas grutas encantadas.

La Libertad cubría su cabeza  
con su manto de luces, y atraídos  
por el tocante imán de su belleza  
los hijos del honor, los escogidos  
paladines de la última nobleza  
de la argentina patria, conmovidos  
llegan á guardar bajo ese manto  
sus bellas esperanzas y su llanto.

Un coro de poetas esparcía  
su música inefable para el alma,  
regalando en su dulce melodía  
para el inquieto corazón la calma;  
porque es lluvia de Dios la poesía  
que al pecho del mortal la fiebre calma.  
irresistible y santa, cual la pura  
lágrima virginal de la hermosura.

Ellos, con arpas de marfil, el lloro  
del proscrito calmaban y sus penas;  
ellos la libertad con trompa de oro  
anunciaban al pueblo entre cadenas;  
y sus almas de fúlgido tesoro  
de inspiración y de armonía llenas,  
saludaban también el primer rayo  
que anunciaba en Oriente al sol de Mayo.

Y la felicidad lluvia de flores  
derramaba también sobre la frente  
de esa ciudad, que, rebosando amores,  
era, en verdad, belleza del *Oriente*;  
un tulipán de espléndidos colores,  
que á la orilla del Plata de repente  
se levantaba á seducir los ojos  
y á dar al corazón goces y enojos.

Pues era un carnaval de mil placeres,  
que por primer imán de todos ellos  
tenía sus bellísimas mujeres  
con seno de jazmín, negros cabellos  
y ojos que procuraban por quehaceres  
quemar al corazón con sus destellos.  
¡Clima frío, salud; salud, hermosas!  
Sois lo que hay de ese tiempo y esas cosas.

La sangre ha enrojecido las campañas  
de esa patria que fióse en la fortuna;  
los hijos han rasgado las entrañas  
de la madre infeliz, y en cada una  
levantan el laurel de sus hazañas.  
Pueblo del Plata, al fin; fuerte en la cuna  
y. apenas joven, en vejez de males,  
no deja de su fuerza ni señales.

Esa patria tan bella en su regazo  
ahogó su tierna libertad querida;  
como madre inexperta, que en su brazo  
su primer hijo sofocó dormida.  
En un solo momento ha roto el lazo  
con su prosperidad, y en larga vida  
el yermado jardín no tendrá flores  
ni el tulipán espléndidos colores.

Una lluvia de lágrimas la tierra  
 ha bebido, mezclada con torrentes  
 de la sangre vertida en torpe guerra;  
 y rotas del dolor todas las fuentes,  
 esa patria oriental ahora no encierra  
 sino del mal los fúnebres cimientos,  
 que esa lluvia de llanto es esperanza  
 de una flor que se llama la *venjanza*.

¡Ah! cuando á ese miserable plugo,  
 moderno don Julián, con rabia extraña (8)  
 vender la patria al extranjero yugo,  
 no adivinó que él mismo su anatema,  
 su nombre de traidor y de verdugo,  
 entregaba también como el emblema  
 con que habrá de indicarlo á la memoria  
 de la futura gente nuestra historia.

Y que una maldición sobre su nombre  
 en la posteridad se grabaría,  
 y que al pasar junto á su tumba el hombre  
 sus ojos con horror apartaría.  
 no habrá, no, quien mirándola se asombre  
 de hallar en derredor flores un día,  
 que el alma tigre de Nerón le cupo,  
 mas sus caprichos de virtud no supo. (9)

Pero esa patria en su dolor aun halla  
 almas de libertad y valor llenas,  
 como en sangriento campo de batalla  
 suelen verse silvestres azucenas,  
 que no ofendió el rigor de la metralla  
 ni salpicó el torrente de las venas...  
 y el heroísmo de D'Assas tuvieron (10)  
 y á su alma los pueblos respondieron.

Mas ¡ah! la herida es honda: muchas veces

verá al ombú reverdecer sus hojas,  
y las praderas renacer las mieses,  
antes que veas tú las manchas rojas  
desaparecer del suelo, antes que ceses  
en la recordación de tus congojas;  
antes que bebas del placer la almíbar  
sin que tenga una lágrima de acíbar.

He aquí el Plata con sus dos riberas;  
he aquí alzado el velo del presente,  
y á la vista las horas lastimeras  
que ruedan de sus pueblos en la frente,  
como sombras que pasan agoreras  
de un tiempo cada vez más inclemente;  
he aquí la verdad, amarga y dura,  
mas la verdad, al fin, sagrada y pura.

No hay misterios al ojo del poeta,  
dueño del corazón, donde la vida  
guarda de todo la raíz secreta.  
La dulce rosa que al amor convida  
y la amarga cicuta que la inquieta  
pasión del odio y la venganza anida,  
nacen del corazón: ¡ah! ¡no hay arcanos  
á quien lo tiene entre sus propias manos!

El mal está en el hombre, no en las cosas;  
y eso que llaman en el mundo estrellas,  
hado, fortuna, suertes veleidosas,  
son invenciones de la mente bellas  
con que las almas cubren afanosas  
los errores y vicios de sus huellas.  
La fortuna es el hombre, y el abismo  
de sus males, también el hombre mismo.

No hay fortuna ni estrella para el Plata,  
son sus hombres, no más, sus propios males,



está en su alma la llaga que los mata.  
 Ausentes de sus rayos divinales  
 de la fe y la virtud, en noche ingrata  
 se piesden de las sendas fraternales,  
 y todos marchan de distinto modo:  
 falta la religión y falta todo.

Quando el tiempo en su mano poderosa  
 haya llevado al fondo de su abismo  
 una generación ya cancerosa,  
 y que el tiempo á la vez traiga en sí mismo  
 otra que sienta en su alma la preciosa  
 y purísima luz del cristianismo,  
 no habrá un astro de más sobre los cielos  
 y paz de Dios habitará estos suelos.

He aquí el Plata; SU PASADO hermoso  
 es de eterno valor rica simiente;  
 SU FUTURO es el árbol majestuoso  
 que alzará della su verdosa frente;  
 ¿no conocéis la tierra que el valioso  
 germen de ese árbol guarda? Es el PRESENTE;  
 y aunque es verdad que la semilla encierra,  
 es nuestro tiempo de hoy tan sólo tierra...

No son del corazón ocultas penas  
 que vibran en las cuerdas de la lira,  
 cuando estas voces de congoja llenas  
 bajo del patrio sol triste suspira;  
 es que un rumor escucha de cadenas,  
 trüenos del cañón, gritos de ira,  
 cuando al dejar el mar siente las olas  
 bramar del Plata en las arenas solas.

Es que hay un no sé qué de pesadumbre  
 en las auras que vagan sobre el Plata;  
 un no sé qué fatídico en la lumbre  
 que en el cenit azul el sol dilata;

un no sé qué de vaga muchedumbre  
de ideas, que en el alma la más grata,  
la más bella esperanza desvanecen  
y los dorados sueños obscurecen.

No es el alma, es el tiempo en que vivimos  
el que vibra en la lira sus rigores.  
¿Si hasta la luz que alumbra maldecimos  
cómo cantar el ámbar de las flores?  
¡Si el mismo porvenir que bendecimos  
no nos guarda su luz ni sus amores;  
si hasta la fe en el alma se aniquila,  
y hasta el llanto se agota en la pupila!

Ved á CARLOS; el tipo, historia pura  
del alma de mil otros peregrinos,  
él no canta su propia desventura,  
él cruza de su tiempo los caminos  
y es el ángel que espía la amargura,  
los ayes y los sueños cristalinos  
de sus hermanos, y en su triste lira  
hace á todos hablar cuando suspira.

Y bien ¿qué tiene aquí? Dejó este río  
huyendo de su atmósfera pesada;  
ha sufrido dos años el hastío  
de una existencia lánguida, cansada;  
de la orfandad y desamor el frío  
su alma por las pasiones abrasada,  
y surcado la mar errante y solo  
desde el sol tropical al yerto polo.

Ha sorprendido al mar en su misterio,  
la luna, las estrellas, los albores,  
la obscuridad entre su mismo imperio,  
la tempestad y el rayo en sus rigores  
la luz, la nube en su palacio eterio,  
en todos sus secretos y esplendores

ha visto y ha cantado la grandeza  
de una virgen feliz naturaleza.

Ha cantado al arrullo de los mares  
á su Dios, á su patria, á su querida.  
Nuevo Harold en alma y en pesares, (11)  
ha comprado con fibras de su vida  
una bella corona de azahares.  
Y bien, ¿cesó el dolor? Brota la herida  
más y más sangre, y al volver al Plata  
el agudo dolor más lo maltrata.

Planta exótica en su época maldita  
con la posteridad vive su mente,  
y allá en la luz del porvenir bendita  
un rayo busca su abatida frente.  
Escuchad, ¿no le veis? Su sien marchita  
se anima y se colora de repente;  
sobre las ondas sus miradas gira  
y, volando el bajel, pulsa la lira.

## CANTO DEL PEREGRINO

---

### AL PLATA

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante  
y atropellen tus ondas el pino;  
es un hijo del suelo argentino  
el que vuelve tus ondas á ver.

Que el pampero sacuda sus alas,  
que las nubes fulminen el rayo;  
una hoja del árbol de Mayo  
es quien pasa rociando tu sien.

Brazo hercúleo del cuerpo argentino  
 á la saña del alma responde,  
 si el rigor en el alma se esconde,  
 no desmienta su brazo el rigor.

Sé la imagen del tiempo presente  
 y alborota tus ondas ¡oh Plata!  
 Mira mi alma cuán bien lo retrata  
 desafiando tus ondas mi voz.

¿No escucháis ese ronco bramido  
 que estremece el desierto y la sierra?  
 ¿No sentís que se rasga la tierra?  
 ¿No sentís un torrente bramar?  
 ¿En un mar de pasiones y sangre,  
 sin orillas, ni luz ni horizontes,  
 donde absorta la sien, de los montes  
 mira rayos y pueblos rodar?

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante,  
 no desmientas tu tiempo inclemente,  
 y salpiquen tus ondas mi frente  
 conmoviendo la nave á mis pies.

Ese mar de pasiones y sangre  
 mi barquilla también arrebató.  
 ¿Qué me importan tus ondas, ¡oh Plata!  
 si aun aquéllas no abaten mi sien?

De ola en ola mi frágil barquilla  
 bogará por el mar iracundo;  
 si me cupo esta suerte en el mundo.  
 adelante, surquemos el mar.

Mi alma tiene la fe del poeta,  
 la esperanza me templó la lira,  
 ese mar con su furia me inspira,  
 y á su estruendo mi voz se alzaré.

De mi frente las nítidas flores

por los vientos verá desprendidas,  
y hasta el fondo del mar sumergidas,  
sin llorar al decirles adiós.

Turbarán mi barquilla las olas  
y caeré dentro del mar sin enojos,  
pues yo sé que al cerrarse mis ojos  
queda abierta en mi nombre otra flor.

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante;  
que fulminen las nubes el rayo,  
una hoja del árbol de Mayo  
es quien pasa rozando tu sien.

¿La borrasca me espera en la orilla?  
pues no duerman tus olas en calma.  
¿Tempestades esperan á mi alma?  
pues sacude también mi bajel.

No me asustan la orilla ni el río;  
yo me voy más allá de mis años,  
y entre cielos y mundos extraños  
vivo tiempos que están por venir.

Que haya sangre también en tus olas;  
que salpique su espuma mi frente;  
mira ¡oh Plata! cual vuela mi mente;  
oye ¡oh Plata! tu tiempo feliz.



El ángel del futuro de hinojos en Oriente  
espera el primer rayo del venidero sol,  
para decir al hombre del viejo continente:  
«*La aurora se levanta del mundo de Colón.*»

Mañana de esa aurora los rayos en el monte,  
los rayos en las ondas, los rayos á doquier,  
harán sobre los cielos, magnífico horizonte  
que bañará radiante de América la sien.

Mañana en esos rayos ¡oh Plata! de repente  
descenderá del cielo la bendición á ti,  
y entonces el viejo mundo te gritará: «Detente  
mis razas arrebatas, mi genio y porvenir.»

Y seguirán tus ondas tirando en las arenas  
las ciencias y las artes cual perlas de la mar,  
y de hombres y de industria y de virtudes llenas  
salpicarás el árbol frondoso de la paz.

Y al empinar tu planta sobre tu propio abismo  
podrás girar altivo los ojos en redor,  
sin encontrar esclavos ni rudo fanatismo  
ni enrojecida huella de bárbara ambición.

¡Ay triste del que osare sobre Argentina frente  
alzar de los tiranos el latigo otra vez!  
Sacudirás tus ondas y al eco solamente  
el hacha del verdugo le abatirá la sien.

Cargado de recuerdos y vanidad entonces,  
ofertas y amenazas y naves burlarás,  
y ¡ay! triste para siempre del extranjero bronce  
que osare en las riberas del Plata retumbar.

La libertad hermosa se bañará en tus olas  
el aire de su vida lo aspirará de ti,  
y en tus riberas, antes tan áridas y solas,  
tendrá para dormirse su célico jardín.

Y enamorado el hombre de su sin par belleza,  
el labrador sus flores derramará á sus pies;  
y el alto pensamiento mirando su cabeza,  
del genio en la batalla le buscará laurel.

Y poderoso entonces y entusiasmado y libre,  
¿qué mano entre las nubes eclipsará tu sol?

¿Quién alzará la frente cuando tu acento vibre,  
y cien ciudades hagan el eco de tu voz?

Cuando á tu ¡alerta! grite la Patagonia ¡alerta!  
¡alerta! el viejo Chaco y ¡alerta! el Paraná;  
y la nación levante su frente descubierta,  
diciendo con sus bronces al enemigo: ¡Atrás!

---

Gozaos en la tumba, héroes de Mayo,  
el árbol que plantasteis dará fruto,  
cuando asome en Oriente el primer rayo  
y huya la noche con su triste luto.

¡Oh! ese tiempo vendrá. Semeja ¡oh Plata!  
los temporales de mi tiempo yerto...  
mi voz, con tus bramidos arrebatada...  
adelante, bajel; vamos al puerto.



# NOTAS

DE LOS

## CANTOS DEL PEREGRINO

---

### INTRODUCCIÓN

- (1) Verso del PEREGRINO.
- (2) Verso de un poeta español antiguo.
- (3) Berro y Balcarce.
- (4) Informe de la comisión clasificadora de las composiciones que han concurrido al primer certamen poético á Mayo.
- (5) Nombre del PEREGRINO.
- (6) Verso de una composición muy conocida á Mayo de 1843.
- (7) Canto del PEREGRINO: *Las Nubes*.

### CANTO PRIMERO

(1) A costa de nuestro orgullo nacional, diremos al extranjero una palabra sobre ese mes de Mayo, que sirve de tema á todos los cantos argentinos. Mayo es para los argentinos, y me atrevo á decir para la América Meridional, un monumento perdurable para marcar á las generaciones futuras la época gloriosa en que una generación de héroes osó trozar con el sable la cadena de fierro que unía un mundo á otro mundo.



El 25 de Mayo de 1809 la Capital de Chuquisaca dió, por primera vez, la voz de *Libertad* en el Virreinato de Buenos Aires; y los delegados del poder español se rindieron al amago solo de un puñado de animosos chuquisaqueños, que arrebatados por el instinto de la justicia, no se detuvieron á medir los peligros de su noble pero arriesgada empresa. La fortuna los abandonó en medio de su grandiosa tentativa; porque los pueblos dormían aún y sus destinos no estaban cumplidos.

El 25 de Mayo de 1810 fué el día señalado por la Providencia para la victoria de la razón y de la humanidad en Sud América; y en él empieza la historia gloriosa de la República Argentina, y de la existencia política de un continente capaz de abrazar, al andar de los siglos, toda la población, la sabiduría y poder de las naciones que hoy nos asombran con su opulencia y su cultura.

En este día se cerró para siempre el libro en que se registraba la sumisión y dependencia secular de los vastos imperios ofrecidos al Rey de Castilla por el más intrépido y afortunado viajero que la historia presenta.

¡Prodigio misterioso de la libertad! Los ecos de Mayo, desde las orillas del Plata atravesaron como el rayo por el soplo del Ser Supremo, hasta los confines de la América meridional; y en el mismo día repercutieron en los pechos varoniles de Santa Fe y Caracas!

Unos y otros dijeron en Mayo: «No más esclavitud y coloniaje. No más ignorancia y superstición. No más patrimonio de individualidades. Demos independencia y libertad á nuestra tierra; Dios y sus virtudes darán el porvenir á nuestros hijos». Y Dios oyó y acogió estas palabras.

Los que las pronunciaron las cumplieron fielmente y las sellaron con sangre. Las generaciones que les suceden repiten con ardor el mismo voto, y reciben el legado de Mayo para transmitirlo á sus hijos.

¡Cuán inmensas fueron ya las adquisiciones derivadas del santo juramento de aquel día, tanto mayores cuanto que no son exclusivas á la América! Es un suceso universal por excelencia, aquel que ha presentado al género humano un mundo nuevo á la libertad y al pensamiento, sofocado por el peso de los siglos entre los límites estrechos del mundo viejo.

(2) El 20 de Enero de 1817, el Ejército Argentino, al

mando del General San Martín, salió de Mendoza hacia las cordilleras de Uspallata, Aconcagua y Planchón; y el 11 de Febrero cayó al valle de Aconcagua en el territorio de Chile, esta empresa gigante como el terreno en que se había ejecutado, debía ser coronada por la victoria, como un homenaje debido al genio audaz del General San Martín; y el 12 del mismo mes, las cuevas de Chacabuco sintieron marchar los escuadrones argentinos por una vertiente de sangre enemiga, derramada con denuedo en una de las más hermosas de nuestras batallas.

Pero mucha sangre argentina debía derramarse por la independencia del Nuevo Mundo; y aun no se habían recogido los frutos de la jornada de Chacabuco, cuando Cancha Rayada dió al ejército del rey una completa victoria. Todo entonces parecía perdido. Derrotado ese ejército argentino, y dueños de Chile los españoles, los americanos perdían repentinamente la ofensiva en la cuestión de su independencia. El Perú quedaba inconquistable: las Provincias Unidas, amagadas por el Occidente y por el Norte, habrían tenido que reconcentrar sus medios de acción en su territorio únicamente; y la Colombia se habría limitado apenas á una guerra parcial. Toda la América se presentaba en detall á los ejércitos realistas, y tal situación podía serle funesta en poco tiempo.

Pero se peleaba por la causa más santa de los pueblos, y una derrota fué siempre para los patriotas el preludio de una victoria.

El ejército derrotado en Cancha Rayada, fué pocos días después vencedor á las orillas del Maypú. Los chilenos han acusado al General San Martín de haber ejercido actos de despotismo sobre el pueblo, para la reorganización de su ejército. Entre tanto, una batalla era entonces una necesidad de vida ó muerte, y la de Maypú afianzó para siempre la independencia chilena, y volvió la cuestión americana á su verdadero equilibrio.

Libre Chile, ese mismo ejército que había escalado los Andes, atravesó el Mar Pacífico para libertar al Perú, defendido por los más hábiles generales y por los mejores soldados españoles que ha tenido la América. La empresa rayaba casi en la temeridad, y la guerra se hizo larga y sangrien-

ta. Pero el ejército argentino fué saludado al cabo con el título de LIBERTADOR DEL PERÚ.

No hay un palmo de terreno en la América del Sur antes española que no haya sido sombreado por la bandera azul y blanca; y—¡cosa original!—no hay un solo Estado que haya auxiliado al pueblo argentino, cuando, fatigado con los esfuerzos que hizo por la libertad de todos ellos, cayó bajo la mano de fierro del despotismo. Entre tanto, es más desgraciado Buenos Aires bajo la dictadura de Rosas, que lo eran aquellos bajo el dominio español, cuando Buenos Aires fué en su auxilio.

«Es una cuestión de libertad civil, dicen: y no tenemos derecho de intervenir.» Pero, ¿en qué código público se encuentra el derecho que tuvo Buenos Aires para intervenir en la cuestión política de la independencia de los otros Estados? El resultado vino á justificar esa intervención; y el beneficio que Buenos Aires habría reportado del auxilio de sus hermanos, habría justificado del mismo modo, y convertido en derecho, la intervención de ellos en su lamentable situación presente.

Mas todo esto es el resultado de la época de transición en que vivimos. Los pueblos de la América conocerán más tarde la necesidad vital de defender y proteger mutuamente sus derechos; y que los principios públicos de la Europa, no son aplicables en muchos sentidos á la América. Esta es una de las razones que han hecho nacer en el autor del PEREGRINO, esa fe robusta en el porvenir americano, que respiran sus Cantos.

## CANTO SEGUNDO

- (1)        ¡Bello, bello, vive Cristo!  
 mil veces bello es tu canto —  
 déjame secar el llanto  
 que me arrancaste, cantor;  
 deja que vuelva á estas hojas,  
 y á leer en cada una de ellas  
 la historia de mis congojas,  
 los recuerdos de mi amor.

¡Aquí hay verdad, aquí hay fuego!  
 ¡Por Dios, que esto es *poesía!*  
 Esto es lo que yo querría  
 de todo poeta oír.

Parece que estas palabras  
 del alma mismo han nacido.  
 Dichoso tú que has sabido  
 así al *hombre* traducir.

Al acabar la primera lectura que he hecho del segundo canto del PEREGRINO, de Mármol, he escrito estos versos.

LUIS L. DOMÍNGUEZ

*Montevideo, Abril 23 de 1847.*

### CANTO TERCERO

(1) Acabamos de ver en la entrega tercera de la *América Poética* algunos fragmentos de este Canto que, en el Janeiro dimos en manuscrito al distinguido editor de esa obra. Después hemos hecho algunas ligeras alteraciones en el texto, que no hemos tenido tiempo de transmitir al editor de la *América*; y de aquí resulta la diferencia que se hallará entre algunos de nuestros versos que él nos ha hecho el honor de publicar, y los que aparecen en esta edición.—EL AUTOR.

*Montevideo, Junio, 1847.*

(2) Constelación del Sur.

(3) ¡Y qué! Creéis que él hiciera  
 ríos cual mares, y mineros de oro,  
 y llanos de verdura deliciosa,  
 y las brisas fragantes del desierto,  
 y ese risueño azul de nuestro día,  
 y esas mujeres del amor tesoro,  
 para sólo saciar la codiciosa

sed de un imperio á las virtudes muerto,  
pero vivo el placer y altanería?

No, que cuando la mano  
se abrió del Dios bondadoso y soberano,  
y puso entre las nubes de Occidente  
á su América, pura é inocente;

dijo: «Bendito suelo,  
tú del mundo caduco y envidiado,  
serás la primavera y el consuelo,  
cual es el hijo al padre ya cansado.»

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

*(Canto premiado en el certamen á Mayo.)*

#### CANTO CUARTO

(1) Personaje de Alejandro Dumas.

(2) EL DIVINO INFIERNO: nombre de un poema escrito por el autor del PEREGRINO, que aun no se ha publicado.

(3) Les nuits passées au milieu des vagues, sur un vaisseau battu de la tempête, ne sont point stériles pour l'âme, car les nobles pensées naissent des grands spectacles. Les étoiles qui se montrent fugitives entre les nuages brisés, les flots étincelants autour de vous, les coups de la lame qui font so tir un bruit sourd des flancs du navire, gémissément du vent dans les mâts, tout vous annonce que vous êtes hors de la puissance de l'homme, et que vous ne dépendez plus que de la volonté de Dieu. L'incertitude de votre avenir donne aux objets leur véritable prix: et la terre, contemplée du milieu d'une mer orageuse, ressemble á la vie considérée par un homme qui va mourir.

CHATEAUBRIAND.



## CANTO QUINTO

(1) Le bruit des combats n'a point encore epouvanté notre solitude.—(TASSO.—*Jerusalem delivrée.*)

(2) Horas tan dulces de la tarde, que despertáis los recuerdos y enternecéis el corazón de aquellos que recorren los mares, el primer día de sus tiernos adioses; que bañáis de amor al peregrino, temblando al son de la campana de vísperas, de quien la voz parece llorar el día que expira. ¿Es una ilusión acaso, que la razón rechaza con desdén? No, ciertamente; nada muere sin excitar algunos recuerdos melancólicos.—(BYRON.—*Don Juan.*)

(3) *Ave María*, es la hora de la plegaria; *Ave María*, es la hora del amor; *Ave María*, puedan nuestras almas elevarse hasta ti y hasta tu hijo.—(BYRON.—*Don Juan.*)

(4) Nosotros nos embarcamos para Chile el día 17 de Febrero de 1843; y días antes supimos que nuestro amigo el señor Gutiérrez debía salir de Marsella para Montevideo en el mes de Marzo. Nuestro querido Alberdi había salido del Janeiro para Chile pocos días antes que nosotros; y cuando escribíamos este Canto á principios de Abril, enfrente á las costas patagónicas, suponíamos al señor Varela en viaje de Europa para Montevideo, como lo estaba efectivamente.

(5) En los primeros días de Mayo de 1841, el Jefe Político de Montevideo invitó á los poetas á solemnizar el gran día de la América, con una de esas lisas espléndidas con que los griegos immortalizaban sus genios y sus glorias.

Una comisión crítica debía laurear con el premio acordado, aquel canto que más correspondiese al programa y á las reglas de crítica que la comisión se impusiese á sí misma.

Llegó el día inmortal y se immortalizó un joven.

Nuestro distinguido amigo el doctor don Juan María Gutiérrez recibió el premio del vencedor; los aplausos del pueblo, y los abrazos de sus amigos que desde una tierra ex-

tranjera le dieron las gracias á nombre de su patria por la página de oro que acababa de regalar á su naciente literatura.

La Comisión acordó el premio al que más lo merecía. No conocemos en toda la poesía española una obra que, considerada por su mérito artístico, presente la perfección y el gusto que el *Canto á Mayo* del señor Gutiérrez; y á excepción de algunas estancias del *Olmedo* no hay en la lira Americana una inspiración patriótica que se le parezca, ni un cuadro filosófico que le rivalice.

Es lo más acabado que en poesía ha presentado hasta hoy la literatura americana en español.

(6) Esta estrofa bien puede pasar en calidad de *enigma* para el lector; yo me contento de ello, pues debo hacerlo así. Sin embargo, si hay en el mundo una sola persona que la comprenda, mi deber y mi corazón habrán cumplido sus deseos.

(7) Ma sœur au nom des dieux ne m'abandonnez pas.—  
(CORNEILLE.—*Ariane*.)

## CANTO SEXTO

(1) Quiroga: era llamado vulgarmente en las Provincias *tigre de los llanos*.

## CANTO UNDECIMO

(1) . . . . .

Tibio su pecho cual su tibia brisa  
ni un suspiro de amor ni una sonrisa  
al dejar tus riberas te regala.  
Nadie tampoco de dolor exhala  
un suspiro por él... Miró tus flores  
y no sabe contar de sus olores...

(CANTO PRIMERO.)

(9) Descripción de la naturaleza tropical.—(CANTO TERCERO.)

(3) *Que coronáis la sien de la Thijuca.* La Thijuca es la montaña más elevada de las que están á la vista del Río Janeiro. Pertenece á la *Serra do Mar*, cadena de montañas del litoral del Brasil que corre casi paralelamente á la costa del Imperio, al N. E. de Río Janeiro inclinándose hacia el *Río Doce* y terminando cerca de Bahía por los 12° 58' de L.

Es de esta montaña que se precipita la cascada de su nombre, cuyas aguas son recogidas en el *Corcobado* por el costoso acueducto del Janeiro que las lleva á las fuentes de la ciudad.

Yo conozco bien el flanco vulnerable que presentará á la crítica la parte descriptiva de este CANTO. Sé que se acusará de excesivo el entusiasmo con que pinto las bellezas de algunos cuadros de la naturaleza en el Brasil. ¿Cómo hablar de la Thijuca cuando existen los Andes; de la cascada de aquélla, cuando existe la del Niágara?

En efecto, considerada por su tamaño, la Thijuca con sus 2.300 pies ingleses sobre el nivel del mar, está en proporción de 1 á 10 con la montaña de Aconcagua, por ejemplo, en los Andes argentinos, que tiene 23.000 pies sobre el nivel del mar; el más alto volcán que existe sobre el globo.

Y la Cascada de la Thijuca desaparece al recuerdo de la del Niágara, cuyo estruendo, como dice Heredia, es una tormenta para muchas leguas en derredor, y cuyo arco, como dice Chateaubriand, es un cielo de agua para el que se coloca bajo de él.

Pero la imaginación no mide las bellezas por el tamaño de los objetos, ni la novedad por la superioridad de ellos sobre otros de su rango. La belleza de los objetos físicos de la naturaleza, y aun la sublimidad misma, nace de cualidades bien distintas de las proporciones del tamaño, y una belleza trae siempre en sí misma el sello indefinible de una grandeza superior á todas—la grandeza de la creación.—La novedad de los objetos no está tampoco en su originalidad propia: está en la imaginación del que los contempla. Sobre la corteza de la tierra nada hay nuevo, nada superior, sino comparativamente. La novedad nace para el hombre, á la contemplación de un objeto, de la no recordación de otros iguales. Y para un hijo de Buenos Aires, cuya mirada está habituada á sumergirse en los horizontes, atravesando la inmensidad de los desiertos sin encontrar más obstáculos que los accidentes de la atmósfera, son una novedad, sin du-



da, las montañas que hacen alzar su cabeza sobre los valles del Brasil, no importa que no lo alcen tanto como las de Pihincha, de Cayambé ó de Chimborazo.

Y si la belleza puede entusiasmar la imaginación de un hombre, hasta el extremo que él saque á los objetos de su orden natural para engrandecerlos, esa Thijuca, esa cascada que parece un chiche de mujeres si se recuerda las descripciones de las vertientes del Atlas, los torrentes de Escocia, ó del Niágara y Tequendama, en América, son acreedoras al más alto grado de aquel entusiasmo. Ninguno de los viajeros europeos que ha visitado el Janeiro, ni aún aquellos que se han empeñado más, por ese prurito de despreciar á la América que respira tanto en las obras de sus visitantes de Europa, en presentar bajo feos colores la fisonomía del Brasil, se han atrevido á negar el bello sorprendente de la naturaleza del Janeiro.

Los mismos William Guthrie y después Hyacinthe Langlois, que corrigió la obra de geografía de aquél, que contiene lo peor que se ha escrito sobre la América Meridional en geografía física descriptiva, como en Política é Historia, no puede menos de hacer la declaración siguiente:

«Se sale apenas del laberinto perpetuo de la capital de este joven imperio (el Brasil) y cuando los cuadros más seductores vienen á herir nuestras miradas, la naturaleza, embellecida con todos sus tesoros, parece enriquecerse más todavía á medida que se avanza en el país. De cualquier punto elevado se descubre en todo su esplendor la bahía sembrada de islas esmeraltadas, el puerto cubierto de un bosque de mástiles, la ciudad y sus alrededores. El aspecto verdaderamente mágico de tantos objetos bellos y variados, dan origen de sensaciones tan dulces y deliciosas, que el hombre se encadena á pesar suyo como clavado al lugar que ocupa; ¡tan grande es y magnífico el cuadro brillante que se desenvuelve á sus miradas sorprendidas!»

No es el tamaño, pues, es la belleza de esas montañas, la variedad de sus formas ligeras y graciosas, su pintoresca vegetación que no cede jamás al influjo de las estaciones y que como un manto de flores cubre esas montañas que á cada giro del ojo ofrecen un panorama diferente y poético; es esa abundancia de la Naturaleza que rebosa vida y opulencia por

doquiera; es esa animación constante que rodea la naturaleza del Janeiro, lo que ha movido el entusiasmo del PEREGRINO. Y es sobre esas montañas, á la contemplación de esa poesía de la Naturaleza, y al arrullo de esa armonía eterna de fuentes y de hojas que ruedan de monte en monte sobre las alas de la brisa, que él ha escrito muchos de sus versos y que ha repetido más de una vez estas palabras de Lord Byron:

«En momentos como estos es cuando nos encontramos  
 »menos solos que nunca; es entonces que se despierta en nosotros la conciencia íntima de lo infinito. Este sentimiento  
 »purifica y enmudece todo nuestro ser. Es, á la vez, el alma  
 »y la fuente de una melodía que nos recuerda la armonía  
 »eterna y reparte un encanto nuevo sobre cada objeto; encanto que hiere á los hombres con una arma material. ¡Cuán  
 »bella era la idea de los primeros Persas, de elevar sus altares sobre las cimas de las montañas, y de rogar al Eterno  
 »en un templo sin aparato y sin murallas, mirando como indignos de él los monumentos religiosos que la mano de los  
 »hombres construyera!

»Comparad la tierra y el aire, esos templos de la Naturaleza, á vuestras columnas, á vuestros templos griegos ó góticos, y ya no encerraréis vuestras plegarias en lugares tan limitados.»

*Montevideo, Noviembre de 1846.*

(4) *Del bello Botafogo las arenas.* La bahía de Río Janeiro divide esta ciudad de la de Nictheroy (ó Playa Grande) capital de la Provincia, con una anchura de 3 á 3 1/2 millas. Las montañas del Janeiro y de Nictheroy, que no son sino eslabones de la *Serra do Mar*, están, pues, cortadas por el canal de la bahía. El cerro llamado *Pán de Azúcar* y los últimos declives del *Corcobado*, son los que, de la parte del Janeiro entran más hacia aquélla, y desde el plantel de la ciudad váse prolongando hasta ellos un semicírculo, sobre el valle natural de las montañas. En él se encajona un remanso de las aguas de la bahía más tranquilas aún en este segundo receptáculo.

Este lugar es el que tiene el nombre de *Botafogo* (lanza fuego). Nombre que se comunica también á su playa, donde

están los más bellos edificios de la ciudad y en que hacen su residencia habitual los individuos del Cuerpo Diplomático.

Pero ¿por qué al lugar más pintoresco que tiene allí la Naturaleza, se ha bautizado con un nombre tan antipático y tan poco análogo, sobre todo? No es extraño que yo no pueda determinar su origen, cuando de los mismos brasileños no hay ninguno que lo conozca, como sucede con casi todos los nombres de sus localidades, de quienes la tradición portuguesa no les ha dejado el por qué de sus nombres.

Veamos lo único que hemos hallado escrito respecto al de *Botafogo*.

«Doblando la fortaleza de San Juan, encuéntrase el seno  
 »de agua que se engolfa en la tierra y forma una playa circular, que vemos hoy toda guarnecida de casas habitadas.  
 »Llamóse primero de *Francisco-Viejo*, nombre del colono que  
 »allí tenía su habitación, y después mudó su nombre por el  
 »de *Botafogo*, que igualmente sería tal vez el nombre de algún otro habitante de ese lugar ó de algún heredero del  
 »mismo Francisco Viejo, que quién sabe si tenía también  
 »aquel otro nombre.»

Por lo que se vé que con esta historia no quedamos más ilustrados que sin ella.

La poesía quiso hacer su historia á su manera y la hizo de este modo:

Esta penha redonda, alta, é pontada,  
 soster parece á Capricornea zona:  
 a pyramide Egypcia mais aguda  
 d'elle á vista se abate, é desabona.  
 Ou he de madre terra á lingua muda,  
 do Mundo antigo maravilha nona,  
 ou foi, segundo os Gregos e Romanos,  
 pao de Assucar do Chá dos Centimanos.

Tomando sim os monstruosos Brontes  
 de Baccho ó Chá na Liparea cópa,  
 bicaram contra ó Ceo soberbas frontes,  
 e qualquer joga as armas com que topa;

com as chcaras lhe atiram de ocos montes,  
cahe na Asia o Tauro, e os Pyrineos na Europa  
e o Pao de Assucar, como mais ligeiro,  
na faz cahio do Río de Janeiro.

Seu cume excelso sempre fumegante  
apparece por vezes inflamado;  
raios trisulcos lanca-lhe ó Tonante,  
Neptuno ó tem bramindo rodeade.  
E, ou por jazer debaixo algú gigante,  
qu'inda chammas vomita exasperado,  
ou dos relampos peloa ssiduo jogo,  
chama-se á curva praia *Bota-Fogo*.

La poesía, pues, ha tenido que valerse de una extravagancia para interpretar el nombre de *Bota-Fogo*; pero esa alegoría nos deja tan en tinieblas respecto al origen de aquél como la historia de Francisco Viejo.

Del cerro de Pan de Azúcar, de que tanto partido saca el poeta en esa alegoría para hacer un nombre de situación el de *Botafogo* y que á la puerta misma del Janeiro parece el centinela que vigila la corona imperial, un ingeniero ofreció á don Pedro I hacer una estatua que representase un gigante armado. Al principio la idea hubo de adoptarse, pero desechóse luego por los gastos que la empresa exigía.

Una tarde paseaba yo á caballo en la *Playa Bermeja* que está al pie de este cerro y por la primera vez se me refirió allí ese pensamiento; y confieso que ese atrevimiento del arte me dejó aturdido, fuese porque la inmediación á que yo me encontraba del cerro aumentaba su magnitud á mis ojos, fuese porque no tuve el tiempo suficiente para meditar sobre los medios que hacen posible tal empresa. Bien, esto fué á la tarde; pero á la noche reíame de mi aturdimiento y del gigante armado, cuando en su volumen leía lo siguiente:

«Strasicrates, ingeniero al servicio de Alejandro, ofreció á éste hacer del monte Athos una estatua que lo representase. Esta enorme figura debería tener en su mano izquierda una ciudad con diez mil almas de población, y en la derecha

un vaso donde los diversos torrentes de la montaña, se reunirían para formar un río majestuoso.»

Si en ofrecer no hay inconveniente ni atrevimiento, es preciso confesar que Strasicerates ha sido el hombre más generosamente pródigo del mundo.

*Montevideo, Noviembre de 1846.*

(5) *En su abandono y soledad secreta.* Se ha escrito algo y se ha hablado mucho sobre la clausura en que viven las brasileras; sobre la dependencia casi de esclavas en que están de sus maridos; y últimamente sobre el espíritu de su sociedad.

Los que han escrito no se han tomado el trabajo de averiguar la parte de apariencia y la parte de verdad que hay en las costumbres brasileras; su origen primitivo, las causas locales que contribuyen á ellas y las modificaciones que han sufrido por el tiempo y el progreso incesante del Brasil, y últimamente por la nueva existencia política de éste que ha contribuído á modificar y á ir desligando poco poco la tradición portuguesa. Y desde las ventanas de un hotel y en veinte días de residencia han juzgado y sentenciado la mujer brasilerá sin más datos que su ausencia de las calles y celosías de sus balcones. Los que hablan solamente, no hacen sino repetir lo que han oído con algo más que agregan de su derecho irresponsable

Hago al lector la justicia de creerlo instruído del grado de civilización de Portugal desde los tiempos en que se hizo dueño del Brasil, hasta aquellos en que vióse obligado á entregarlo á su existencia propia y á la civilización del siglo xix, para ahorrarme el trabajo y el disgusto de indicarle el rango social y la cultura á que pudo elevar á la mujer brasilerá, esa Metrópoli que por una ley aprobada en el consejo de la Corona, obligaba á pasar á Lisboa todos los brasileros que llegasen á adquirir en su país una fortuna que pudiera exonerarlos de su trabajo personal. Pero me detendré un poco á examinar las causas de aquellas costumbres que en la mujer chocan más al extranjero y que nace de las localidades y del carácter mismo brasileró.

Es cierto que en el Brasil la mujer es menos espectable que en cualquier otra parte del mundo civilizado. Es cierto también que la apariencia de sus casas indica algo de clau-



sura y encerramiento; es cierto también que el carácter de la brasilera tiene poco de comunicativo; y por último, es cierto también que el extranjero transeunte goza bien poco de los placeres inocentes que nacen en otras partes del trato franco de la sociedad.

Pero está muy lejos de ser verdad, que el retraimiento de la brasilera sea una imposición despótica de los hombres, que sus ventanas cerradas, que originan tantas críticas, sea un resultado de aquella imposición; que lo poco comunicativo de su carácter nazca de un espíritu agreste é incivilizado, y que los pocos goces del extranjero en la sociedad brasilera, sea el resultado de la falta de atractivos en ella.

La brasilera se presenta pocas veces en los paseos públicos ó en las calles de la ciudad. ¿Luego sus maridos las encierran? no; luego ellas son las hijas bien disciplinadas de su clima; este es el verdadero *luego*.

En las ocho ó diez horas del riguroso calor del día nada prefiere, la mujer brasilera, á la sombra de sus habitaciones y á la levedad de sus trajes caseros; y en aquélla y con éstos ella evita la poca galantería de su clima, y defendiendo de él la suavidad de su cutis, ella se ocupa en su educación de labor ó en su educación de inteligencia. Durante las dos únicas horas de la tarde, en que puede, sin el inconveniente del sol, presentarse en los paseos públicos; ella se ocupa en preparar nueva *toilet* para hacer en su salón los honores de una sociedad de la cultura más aristocrática y refinada que puede darse.

Ella es poco comunicativa; cuesta mucho para ganarse su confianza; generalmente se le observa circunspecta y si se quiere hasta desdeñosa. Estas mujeres entonces no son amables, tienen hasta miedo de conversar con los hombres, dice el extranjero, que se roza apenas media docena de veces con ellas. Pero esas mujeres son amables y á nadie temen, sin embargo. Sea efecto del retraimiento en que viven como resultado siguiente de su clima, ó sea por uno de esos rasgos característicos que se notan en la fisonomía de cada pueblo, la especialidad del espíritu en la brasilera, es la melancolía, ó si es demasiado fuerte esta palabra, una especie de suave reconcentración. Hay también en ella, y que le hace mucho honor un alto grado de desconfianza en el atractivo de su sociedad, originado por las críticas constantes, y la mayor parte inmerecidas, que de ella hace el viajero europeo, que lue-

go se las manda de europa como un galante recuerdo, de las distinciones que mereció ó más bien que no mereció.

Desengaños continuos de esta especie han hecho á la brasilera justamente desconfiada del extranjero.

Pero uno llega, él trae una carta respetable de recomendación para una familia notable en el Janeiro, ó es presentado á ella por una persona de la relación de esa casa. El marido ó la esposa, reciben al caballero con afabilidad: preséntanlo en seguida á todas las personas de la familia, y al despedirse le dicen: todas las noches a tal hora tomamos nuestro té, ó en tal noche de la semana recibimos á nuestros amigos.» Este caballero ya tiene entrada franca en esa casa á las horas ó en el día en que se ha prescripto. El puede venir á ese salón donde gozará de los encantos de la música, de la conversación *general*, y de una sociedad escogida y de buen tono, pero por mucho tiempo, debe repugnarle cierta circunspección que parece exclusiva para con él. Se le está observando: se están clasificando por sus acciones, por sus palabras, su origen, su educación y sus aptitudes. Al cabo de ese tiempo si esa observación da un resultado desfavorable al caballero, aquella circunspección se aumentará y él se verá en la necesidad de abandonar esa relación, y en este caso la culpa será de él. Si por el contrario, él ha ofrecido con su comportación una garantía de sus condiciones morales, el retraimiento desaparece y él viene á ser casi un miembro de la familia, y en todo cuanto constituye el solazamiento de ésta, su familiaridad entre los hombres de buena educación y de buena moral, nunca pasa con las señoras los límites de la urbanidad y de la decencia.

No hay entonces nada más ameno que el trato de la brasilera. Su belleza es reanimada por una imaginación fecundísima, y los caprichos de su imaginación, siempre son acompañados de esa timidez que nace de la suavidad ó melancolía de su espíritu.

Su educación es más de labor que de inteligencia. Ellas no ofrecen la amenidad literaria de la mujer francesa; pero ofrecen con su gesto y habilidad sorprendente en la música, el hechizo de la italiana.

Si el filósofo las contempla, él halla grandes vacíos todavía en el ser social de la mujer brasilera; si las observa el poeta, él halla un bellissimo tipo de mujer. El halla sobre todo el pábulo más activo á las fuertes pasiones y al ejer-



cicio de la sensibilidad en ese mismo modo de ser y de vivir de la mujer brasilera.

Yo, por mi parte, no sólo he hallado reprochables las críticas que de ella se han hecho, porque no aplaudo jamás lo que carece de justicia y de verdad, sino que he sentido algo de compasión por aquellos á cuya imaginación nada ha hablado la mujer brasilera.

*Montevideo, Noviembre de 1846.*

(6) *Amaneciendo en ti la hermosa aurora.* En efecto el sol de la civilización es anunciado en el Brasil por los albos más risueños. Tres ó cuatro años no bastan muchas veces para conocer con exactitud la índole, la moral, las costumbres y las interioridades de la vida doméstica en un pueblo; cuyo estudio sirve después para justipreciar la relación entre él y sus instituciones, su política, y el carácter de transición ó de aplomo de su existencia moral y de su civilización. Pero tres ó cuatro semanas pueden bastar muchas veces para adquirir un conocimiento casi perfecto de su cultura y de su progreso en sus manifestaciones visibles.

Un hombre un poco familiarizado con la sociedad, dos minutos después de haber pisado el umbral de una casa, comprende la clase, la educación de sus dueños, por el simple examen de lo que se le presenta á la vista. Del mismo modo cuando un viajero se desembarca en una capital, ya está bajo el imperio de sus ojos la civilización de sus habitantes en sus manifestaciones materiales.

Yo tendré el gusto de transcribir aquí lo que ha escrito bajo este mismo pensamiento el señor don M. de A. Porto Alegre, una de las capacidades más distinguidas que hoy tiene el Brasil como prosista y como poeta; y al cual, en esta última dote, se puede considerar en primer rango, por su fuerza descriptiva, por la valentía de sus imágenes, y más que todo por el tinte de localidad y expresión brasilera de que abundan sus obras. El dice así:

«La primera cosa que el viajero encara, es el terreno en que pisa y los edificios que lo circulan; y en este primer paso encuentra ya un documento que prueba exuberantemente el estado del gobierno de aquel país; y la suerte y condición de sus súbditos: si los caminos y las calzadas son buenas, el gobierno vigila y entretiene la prosperidad ma-

»terial, y ya ve el viajero una realidad de civilización en el  
 »pensamiento que lo domina y rige, y una señal de prosperidad  
 »incontestable, pues que hay más dificultad en juntar  
 »y nivelar las piedras, que en amontonar palabras y discursos  
 »que alucinan á veces una generación entera, sin que ella  
 »pueda entretanto legar un sólo monumento de progreso á las  
 »generaciones que la suceden.

»El mayor ó menor grado de urbanidad en los empleados públicos,  
 algo indica del régimen gubernativo del país; y su mayor ó menor  
 diligencia, el estado de la marcha del gobierno en los negocios  
 públicos.

»Si luego concurre al teatro, el viajero tiene á sus ojos todas  
 las clases de la sociedad, en una arena donde se aprueban ó  
 reprueban ideas con señales estrepitosas, que no dejan duda  
 sobre la impresión que ellas hacen. Si oye el viajero, por ejemplo,  
 que el público tributa aplausos á un cantor desafinado, sabe  
 de improviso que ese público no está educado para la música,  
 que no siente todavía la perfección en la combinación de los  
 sonidos, que las leyes de la armonía y melodía no son conocidas  
 aún de la mejor parte de esa sociedad.

»Las decoraciones y todo el mecanismo del escenario, le muestran  
 el grado de las artes y la mayor ó menor inteligencia en ellas.

»En los siguientes días el viajero continúa sus pesquisas visitando  
 los monumentos, los edificios públicos y establecimientos de  
 instrucción. Si los halla en perfecto estado y sin un carácter  
 melancólico propio á la decadencia; si sus paredes y pavimentos  
 denotan aseo y reparos frescos, si hay actividad en los empleados,  
 si hay vestigios de aumento, coge entonces un testimonio irrefragable  
 de prosperidad intelectual y del celo del gobierno por el progreso  
 de las luces.

»La visita á los templos le dará cuenta del estado moral de la  
 sociedad; y el examen de ellos, en su carácter arquitectónico,  
 pauta segura para apreciar las artes, la riqueza y el mayor ó  
 menor entusiasmo por las ideas religiosas. Y aun la música que  
 escucha en el templo, puede servirle de clave por el carácter  
 artístico de su composición, para conocer el grado de creencia  
 y el espiritualismo de esa sociedad. Porque una música sensual  
 no puede ser acogida por un pueblo delicado en su espiritualismo  
 religioso; y por-

» que hay entre las melodías y las ideas de los himnos sagra-  
» dos, aquella ligazón y armonía, que existe en las obras del  
» arte, á que llamamos carácter dominante, y que es siempre  
» el denunciador del pensamiento íntimo que le produjo  
» etcétera.»

Bien, pues, yo encuentro en la capital del Brasil todas las manifestaciones externas de una sociedad en progreso y que ya tiene acumulados gran parte de los elementos que servirán en adelante á su completa civilización.

Yo miro la actividad material abriéndose paso por en medio á los inconvenientes de la Naturaleza misma. Las montañas se desmoronan; el hacha las hiende y abre calles á través de ellas para facilitar el comercio; los caminos se extienden, se ramifican y se mejoran por todas partes; los edificios se multiplican; se abandona la vieja y pesada forma arquitectónica, introducida por los portugueses, y se adopta para ellos la forma ligera y graciosa de la arquitectura moderna.

Yo miro en una ciudad que no puede decirse propiamente que tiene pasado, monumentos de arte de buen gusto y de suma utilidad pública. Un acueducto que podría honrar á cualesquiera de las capitales europeas, por el inmenso trabajo y los cuantiosos gastos que ha demandado. Fuentes públicas en todas las plazas y calles de la ciudad (a). Un jardín botánico primorosamente atendido y cultivado. Tres teatros, uno de los cuales podría ser una buena sala de ópera

---

(a) Ya no existe uno de los trabajos hidráulicos más útiles que ha tenido el Río de Janeiro; un conductor que desde la orilla del mar en la Plaza del Carmen llevaba á los navegantes las aguas de un abundante Chafariz por espacio de algunas toesas hacia el mar, para impedir el trabajo de desembarcar las pipas. El Chafariz y el conductor fueron mandados construir por don Luis de Vasconcellos y Souza que con patente de 4.º Virrey llegó al Janeiro y tomó posesión de la Capitanía, el 5 de Abril de 1779.

Todo el Janeiro está lleno de monumentos que recuerdan la memoria de este hombre, el mejor de sus virreyes. Fué el fundador del Paseo Público; hizo abrir la linda calle que hoy se llama *das Carrecas* y á quien dió entonces el

en París ó en Londres. Veinte y tantos templos (b) que se mejoran y se enriquecen artísticamente cada día.

Tomo otro camino de estudio, y me encuentro con una Universidad en cuyos bancos se cuentan anualmente de 800 á 1000 estudiantes: con una Academia de Medicina y ciencias naturales, donde una juventud entusiasta hace brillantes progresos, en la medicina especialmente: con una Academia de Bellas Artes, que al fin de cada año pone en pública espectación las obras de sus alumnos, de los cuales manda el Gobierno á estudiar tres años en Europa, á aquellos que hayan al fin de cada año llenado las condiciones de los estatutos académicos; con un Instituto Histórico Geográfico, que con una laboriosidad constante, hace al Brasil y á la ciencia los más importantes descubrimientos: con una

nombre de *Rua das Bellas Noites*: la fuente que existe hoy en esa calle es también obra suya como muchas otras.

Era tal el entusiasmo del Virrey Vasconcellos por los edificios públicos, que hizo construir una hermosísima casa para cuidar y disecar en ella los pájaros del Brasil, que, por orden de la Corte, se enviaban al Gabinete de Historia Natural de Lisboa. Esta casa sirve desde 1814 de Erario y Casa de Moneda.

El nieto suyo, actual Encargado de Negocios de Portugal en el Janeiro, debe pasear con cierto orgullo las calles de esta ciudad.

(b) No hay, sin embargo, en el Janeiro una catedral digna de la ciudad. En 1737 se hizo catedral la iglesia de Nuestra Señora del Rosario; pero por quejas elevadas á don Juan V. por la Hermandad de San Benito, S. M. ordenó al Obispo que se escogiese un lugar para construirse *huma cathedral digna de tao vasto imperio*. En 1747 se escogió el terreno en que debía alzarse el templo de San Sebastián, y en 1749 púsose la piedra fundamental de ese edificio. En 1752 paráronse los trabajos y no continuaron hasta 1796. Al año siguiente suspendiéronse de nuevo, y lo que debió ser las naves de la catedral, hoy son las aulas de la Escuela militar.

Se determinó por catedral, en orden regia de 1818 la iglesia llamada antes de los Carmelitas calzados, Capilla Real durante el reinado de don Juan VI y conocida hoy con el nombre de Capilla Imperial.



Academia militar (c) y otra de Marina, en las cuales, y con especialidad en ésta última, la juventud tiene un entusiasmo remarcable por sus estudios. Cuando, en fin, yo miro bibliotecas con cien mil volúmenes, museos públicos y gabinetes particulares de física, de mineralogía, etc., y que todo esto se mueve y se investiga diariamente por las manos de la juventud, yo puedo decir entonces al Janeiro, sin temor de ser desmentido, y con el sólo examen de cuanto acabo de bosquejar apenas:

HE VISTO DE LAS CIENCIAS Y DEL ARTE  
AMANECIENDO EN TI LA HERMOSA AURORA.

Cuando en un examen más serio y detenido quiero estudiar la sociabilidad brasilera en su más alta expresión, y veo en ella un orden constitucional bien sostenido, si no puedo decir bien experimentado; una monarquía representativa, la más democrática del mundo, defendida por un partido de orden é interesado á todo precio en la conservación de la paz; una constitución que determina con precisión los deberes y los derechos del Gobierno y del pueblo, y una libertad que es, sin disputa, un hecho positivo y no una teoría de escritores; cuando veo á un gobierno que se empeña en abrir á la industria nacional todos los canales posibles de su mejora, y que facilita con las garantías y la equidad la introducción de la industria, del comercio y del capital extranjero; cuando veo en esa sociedad la actividad mercantil é industrial creciendo por días y derramando en todas las clases el bienestar y la abundancia; cuando miro, en fin, el orden, el trabajo y la libertad esparcidos sobre los hombres y empeñados todos en la conservación de estos elementos que hacen la felicidad individual y el engrandecimiento de una nación, puedo decir entonces al Brasil, sin temor de ser desmentido:

---

(c) La Academia Militar fué creada por carta regia de 4 de Diciembre de 1810, gobernando todavía don Juan VI como príncipe regente, y siendo su ministro el Conde de Linhares.

En 1832 fué reunida la Academia de Marina á la Militar, más en el año 34 fué nuevamente separada, como existe hoy.—(Véase el *Ostensor Brasileiro*).

SÉ QUE Á LA SOMBRA DE TU PAZ BENDITA  
TU GENIO AL PORVENIR SE PRECIPITA.

Esta ligera enumeración de los elementos de civilización y de progreso con que cuenta el Brasil, y que no puedo desenvolver en la estrechez de este trabajo, da á conocer de parte mía, que no ignoro los continuos reproches que se hacen al Brasil sobre el atraso de su sociedad, y que he querido prevenir la censura de mis versos, en aquellas personas que toman una página francesa como un capítulo de las escrituras.

Si en vez de un cuadro descriptivo de un poema, hubiese querido escribir una obra crítica sobre la sociedad brasilera, hallaría en ella, de cierto, un campo vasto para la censura, y ¿qué mucho que me ofreciera ese campo una sociedad que no cuenta treinta años de existencia política, y que ha vivido más de dos siglos en la vida de las colonias? ¿qué mucho, cuando las naciones europeas mismas, en el vuelco de las revoluciones y los siglos no han acabado de depurarse todavía en el crisol de tres rangos de civilizaciones distintas? y ¿qué mucho, sobre todo, si para medir la civilización brasilera, tomaba por pauta la civilización de Francia ó de Inglaterra, como hacen desacordadamente los escritores europeos que transitan por la América?

Mucho tiene la sociedad brasilera de criticable, mucho en las costumbres de sus hijos especialmente; muchos son los trabajos y trastornos por que tiene que pasar todavía para purificarse; puede que hasta un riego de sangre sea necesario algún día para que el árbol de su civilización dé en última sazón sus frutos exquisitos; pero mucho tiene ya de adelantado; mucho de civilización y mucho más adelante marcha de lo que equivocadamente creen algunos. En América es de los primeros en la escala de las naciones, y en la América del Sur él será, antes que ningún otro Estado, el emporio de la riqueza y del comercio.

Por otra parte, yo, por sistema, he querido en este cuadro de mi poema, presentar, aunque á grandes rasgos, lo que he hallado de bello y aplaudible en el Brasil. La ingrata misión de descubrir á la censura sus lados vulnerables, la dejo con gusto y sin esfuerzo á los escritores europeos.

Es el tributo de gratitud que pago al Brasil por los dos años que he residido en él, en mi ya tan larga proscricción, y que no he tenido embarazo de confesar otra vez, que ellos han sido los dos años menos azarosos de mi vida, después que el suelo de la patria me fué vedado, por una política que aun no ha perdido el derecho de excomulgar.

Ajeno de toda pretensión, he esperado decir adiós al Brasil para pagarle aquel tributo.

Escritor de un periódico literario del Janeiro, no sacrificué á consideración ninguna la independecia de mis opiniones, y más de una vez afronté sin temor la susceptibilidad nacional. Ausente del Brasil, yo le envió hoy este canto de mi PEREGRINO.

Y no doy á los brasileros esta ligera explicación porque ni un instante haya puesto en duda ni su liberalidad, ni su respeto por la emisión del pensamiento: no; yo le cedo de buen grado este honor al señor Capitán de mar y guerra don Pedro Ferreyra de Oliveira, ex Comandante de la Estación Naval Brasileira en el Río de la Plata.

A este caballero le cupo la honra, hace tres meses, de venir por su propia cuenta á poner en problema la liberalidad brasileira en un país extranjero. Desconociendo que en su posición tan espectable, sus acciones reflúan más ó menos en honra ó en perjuicio del crédito de su Nación, desconociendo el espíritu de libertad y tolerancia de que con tanta justicia blasonan sus compatriotas; desconociendo, en fin, hasta los derechos que en ese caso le correspondían, él dió orden para que no fuese transportado al Janeiro en embarcación brasileira el autor del PEREGRINO; sólo porque en el canto anteriormente publicado yo atribuía menos talento al actual monarca brasilerero que el que atribuía á su ilustre padre.

El señor Ferreyra se imaginó acaso algún ascenso ó alguna sonrisa de favor por su injustificable celo; pero olvidó que hay defensas tan intempestivas é hiperbólicas, que más ridiculizan que defienden; que estaba en presencia de una población extranjera que no tenía obligación de no creer más ilustrados á los brasileros, que lo que era quien al frente de su escuadra los representaba en parte sobre las aguas del Plata: y olvidó también que el autor del PEREGRINO no pasaría en silencio un hecho que, si bien no podía calificarlo como una ofensa personal, era un desmentido, á lo menos, á



cuanto ofrecía hablar en honor de los brasileros en el canto mismo que dió origen al proceder del señor Ferreyra, que ha servido sólo para el ridículo y la mofa de la población de Montevideo, y de los mismos marinos de las estaciones extranjeras. ¿Qué afán no tendrían los Almirantes franceses ó ingleses si hubieran de estar leyendo las obras de los viajeros para permitirles ó negarles pasaje en los paquetes de sus respectivas naciones?

*Montevideo, Noviembre de 1846;*

## CANTO DUODÉCIMO

(1) Después de su viaje al mar del Sur, volvió el PEREGRINO á la ciudad del Río Janeiro, donde permaneció dos años; los más tranquilos, y aun podemos decir, los más felices de su vida. El canto undécimo del poema está consagrado á sus recuerdos del Brasil, y á arrebatár, en cierto modo, algunas ideas falsas y desfavorables que existen en general sobre la sociedad brasilerá; como también, á revelar esa naturaleza magnífica, rica en novedad y poesía, con que ha engalanado Dios ese pedazo de suelo americano.

Entre aquellos recuerdos, hay un día que á menudo se nombra en ese canto—el cinco de Enero, á quien llama el PEREGRINO, «su día de oro»—un recuerdo individual,—pobre para los otros, si se quiere; pero rico tesoro para el corazón del PEREGRINO, á quien es preciso perdonar que se ocupe de algunos recuerdos propios de él, por lo mucho que se ocupa y sufre por los recuerdos ajenos.

(2) El PEREGRINO entraba al Río de la Plata el 17 de Abril de este mismo año, tiempo en que el General Oribe era dueño de casi todos los Departamentos de la República.

Por esta fecha vése también que el PEREGRINO no tiene el don de la oportunidad para hacer sus viajes.

(3) Hemos dejado en el Janeiro muchos de nuestros papeles, y sentimos no tenerlos presentes para ilustrar esta nota con algunos hechos históricos de la guerra de la Independencia, notables por su nobleza.

Pocas guerras han existido más encarnizadas, más de

conciencia, que la que, por espacio de quince años, han sostenido sobre nuestro continente los españoles y americanos; pero pocas también más llenas de actos bizarros y generosos.

Por ejemplo—durante el sitio de los castillos del Callao, el General San Martín ofrecía los hospitales de la ciudad de Lima á los heridos y enfermos de la plaza, inhabilitada para atenderlos, y muchos españoles, no menos generosos que su enemigo, aceptaban la oferta; pasaban á Lima; y, restablecidos, pasaban á sus filas, si así lo querían.

Pero no se crea que solamente con enemigos comunes se tenían estas consideraciones. Uno de los Generales españoles, gravemente enfermo, aceptó del General argentino la oferta de pasar á curarse á Lima, donde se le arregló una casa, y donde asistido por oficiales del ejército patriota, se restableció; y pidió y obtuvo su pasaporte para España, después que los castillos fueron tomados.

Las crueles, pero imperiosas exigencias de la guerra obligaron, por más de una vez, á la adopción de medidas rigurosas; pero este era el resultado de las circunstancias más ó menos premiosas, pero no de la índole de la guerra ni del carácter de los americanos.

El cuchillo, la traición y todos esos medios bárbaros y reprobados que hoy se emplean en nuestras guerras civiles, son la invención exclusiva, y por consiguiente moderna entre los argentinos, del General Rosas; son su obra, y aunque somos sus enemigos, jamás desconoceremos en él, como en nadie, lo que sea parto de su genio.

(4) «Ingrata Patria, no tendrás tú ni mis cenizas.» (Inscripción hallada sobre la tumba de Escipción el Africano).

(5) En mil ochocientos treinta y nueve, un carro triunfal, donde iba colocado un retrato de don Juan Manuel Rosas, ha paseado las calles de Buenos Aires. Las guarniciones de ese carro eran unas cintas blancas y punzoes, y cuatro señoras, que se mudaban de cuadra en cuadra, tiraban de ellas. Estas señoras eran las esposas de los generales, de

los ministros, de todos los principales magnates del General Rosas.

Dos hileras de hombres cerraban los flancos de la comitiva de damas; los unos con su espada de soldado á su cintura; los otros con su bastón de Magistrado en la mano. Estos hombres eran los maridos de esas damas.

A estos hombres nos hemos dirigido: ¿son demasiado acres nuestras palabras?

Empezaron por envilecer la patria, después se envilecieron y prostituyeron ellos—esto era lógico.—Envilecidos, esclavos, llenos de zozobras y de miedo, para mejor adular á su señor, envilecieron á sus esposas—esto era lógico.—¿Será mucho que por miedo también, las conviertan en Mesalinas quienes las convirtieron en mulas? No, no habría de qué sorprenderse.

Por otra parte; si nuestras palabras son agrias, téngase presente que los hombres de conciencia, que por convicciones, hacemos la guerra á Rosas y á sus amigos, se la hacemos de frente, de muerte, como nos la hacen á nosotros, mientras seamos enemigos—y así es como se sostiene, á lo menos, como se ha debido sostener, nuestra guerra. Cuando alguno de esos hombres ha vuelto en sí, y se ha alistado en nuestras banderas para trabajar por la libertad de la patria de todos, ninguno de los enemigos del tirano le hemos cerrado nuestros brazos.—Cuando los que le quedan le abandonen, olvidaremos todo, porque ninguno entonces tendrá el derecho de fiscalizar su pasado, si trabajan por el porvenir. No es, pues, el rencor, sino el espíritu de la guerra actual el que dirige las palabras y las acciones de los enemigos de Rosas. Espíritu que han marcado primero Rosas y sus amigos.

(6) «S. M. el Emperador del Brasil y el Gobierno encargado de las R. E. de la Confederación Argentina se unen en alianza ofensiva y defensiva contra el poder y autoridad que ejerce Fructuoso Rivera en la República del Uruguay y contra los rebeldes de la provincia de Río Grande del Sud, y contra los partidarios del dicho caudillo y de los mencionados rebeldes». (Art. 1.º del Tratado de 24 de Marzo de 1843). «... Las tropas imperiales que entrasen al territorio de la República Oriental del Uruguay se pondrán á las órdenes del General de las fuerzas confederadas». (Período del artículo 6.º)

Este tratado, presentado en proyecto por el Plenipoten-

ciario argentino en la Corte del Brasil el 5 de Febrero y celebrado el 24 de Marzo, se envió á Buenos Aires, ratificado por S. M. á recibir la competente ratificación del Gobierno Argentino, como se previene en el artículo 13 del Tratado. Rosas *no quiso* ratificarlo.

Este notable asunto, que es ya propiedad del público, no lo queremos comentar, tanto porque nos llevaría á consideraciones bien detenidas como él lo merece, cuanto porque muy poco podríamos decir después de los ilustrados artículos del *Comercio del Plata* en los números de 6, 8, 11 y 14 de Noviembre de 1845, á que nos referimos.

(7) Oú sont les vieilles bandes espagnoles qui avaient mis la main dans tous les grands événements des siècles précédents, qui avaient fait les destinées de l'Europe? elles son mortes á Rocroy. (Coussin, Histoire de la Philosophie.)

(8) Respetamos la historia española; queremos creer con ella que el conde D. Julián entregó su patria á los moros. Pero, ¿quién sabe si este desgraciado, cuya traición fué revelada primeramente por los historiadores moriscos, que han podido escribir bajo inspiraciones de su odio á España, fué arrastrado á ese crimen por el despecho de una ofensa la más acre al corazón de un hombre, como lo cuentan las crónicas españolas; y como tan noblemente, tan lleno de generosidad, el señor D. Miguel Agustín Príncipe lo ha proclamado á la faz de la historia y de la tradición española; y entonces hacemos nosotros una ofensa al soldado español escribiendo al lado de su nombre el nombre de Oribe, que para entregar su patria á Rosas, no ha tenido otra causa que una miserable ambición de caudillo y una sed implacable de sangre?

(9) Al siguiente día de la muerte de Nerón se hallaron algunas flores esparcidas sobre su tumba; y los comentadores de este fenómeno, lo han explicado por algunos rasgos del carácter individual del tirano, que lo hacía algunas veces prodigar oro y beneficios sobre aquellos de sus esclavos que menos podían esperar su recuerdo, por su nulidad ó por su clase—eran puramente *caprichos* del tirano.—Alguno de esos beneficiados derramó esas flores. ¿Quién derramará flores sobre la tumba de Oribe?

(10) El Coronel D'Assas, en ocasión de hallarse de jefe de avanzadas del ejército francés, fué en la noche sorprendido solo, al reconocer las centinelas. Algunos enemigos le pusieron las armas al pecho diciéndole que comprase su vida con el silencio:—«¡A las armas!», gritó D'Assas—fué asesinado, pero libró al ejército de la sorpresa. La historia francesa perpetúa este nombre benemérito.

(11) *Childe-Harold*, Poema de Byron.

FIN DE LOS CANTOS DEL PEREGRINO

# POESÍAS DIVERSAS





## INTRODUCCIÓN

Dos generaciones, puede decirse, han surcado el mar de la revolución argentina; y como si ambas hubiesen querido fijar hondamente su destino en la memoria de los tiempos cada una de ellas ha tenido su coro de poetas, que ha historiado su época y sus hombres con la pluma de la verdad y el sentimiento, abriantada por la imaginación.

Enérgica, espléndida, orgullosa, como los triunfos militares, como las glorias patrias que cantaba, la Musa de la Independencia es la historia rimada de su tiempo.

Triste, pensadora, melancólica como la suerte de la patria al son de cuyas cadenas se inspiraba, la Musa de la Libertad, proscrita y desgraciada como ella, ha puesto también sobre las sienas de la patria la corona de su época salpicada de lágrimas y sangre.

Las poesías de que hoy hacemos una edición completa pertenecen al reino de esa última; pertenecen á esos suspiros

del corazón enviados desde el extranjero hasta las playas argentinas en el ala del céfiro, ó en el rayo tierno y melancólico de la luna; á esas armonías del sentimiento con que nuestros poetas revelaban la desgracia de la patria, y esperanzaban en el porvenir, durante la larga noche de la esclavitud.

Peregrinos siempre, hoy en unas playas mañana en otras; pobres, desesperados hoy, mañana chispeantes de contentamiento y de esperanzas; sujetos siempre á lo que el destino frío como un cálculo quería hacer de su suerte, los poetas y los escritores emigrados no han podido, ni posible fuera, traer á su patria obras completas y perfectas. Trabajando con los estímulos del corazón, hijos de una época tormentosa de suyo, y sujetos á una fortuna personal incierta, no han traído y dispuesto á los pies de su amante común sino un puñado de flores de todos los climas y de todos los tiempos, plantadas por la esperanza, combatidas por el martirio, y recogidas por la fe y el amor.

Todos, pues, han cumplido con su misión.

Huérfanas y descoloridas; sin más unidad que en el sentimiento, ahí van las mías. Flores silvestres para todos, yo las amo mucho, sin embargo, porque cada una me recuerda lágrimas ó esperanzas que cayeron en mi corazón, en aquellos tiempos en que la vida era una lucha perpetua entre el presente y el porvenir, y de cuyo choque brotaba esa luz esplendente de poesía y de grandeza, que hoy nos falta.

De esos tiempos de ayer no más y que hoy parecen tan lejanos, tan pasados para el corazón del poeta.

El poeta se agita hoy dentro de sí mismo; se busca, se interroga y no se encuentra.

Sacerdote de una sublime religión, está de rodillas en el

templo con la mano sobre el corazón; pero el fuego sagrado se ha extinguido en la pira, y el ídolo ha desaparecido del altar!

¡Los poetas argentinos han encontrado á su país después de una penosa peregrinación, pero buscan su patria y no la encuentran!

La Musa que les inspiraba giró siempre sus ojos por un horizonte donde el genio de la desgracia ponía, sin embargo, el sello de la sublimidad, en todo y acostumbrada á la grandeza aún en el infortunio, hoy baja sus ojos y se desmaya en presencia de la vulgaridad y el desencanto.

Sobre las ruinas del despotismo ella pensó ver elevarse el trono de la patria con la aureola de su libertad y de sus glorias, y en los rayos de lumbre de su frente beber la inspiración de nueva grandeza, de una nueva época digna de suceder á la época pasada tan dramática y tan imponente.

Pero el polvo del torreón caído se ha levantado en remolino, y no vemos ni el trono de la patria ni el templo de la libertad, ni á donde vuela el genio de nuestro porvenir, ni donde nace el sol de nuestras viejas glorias, ni á donde ha de ponerse el sol encapotado y cobrizo que hoy miramos.

Situación indecisa, de transición, en que la vulgaridad se enseorea; porque ella sola puede representarla candorosamente; la Musa argentina sin hallar una desgracia ni una gloria que esté á la altura de sus inspiraciones, se ha velado y un eco solo de su lira no se ha oído, para saludar una libertad incompleta, y un triunfo más incompleto aún.

A lo menos, pues, que cada uno de nuestros poetas recoja hoy las hojas secas de las que fueron ayer flores de esperanzas y de vida.

JOSÉ MÁRMOL

*Octubre de 1854.*





*F. Landis's*

La admiré eual á un ángel divino



# POESÍAS DIVERSAS

---

## LAMENTOS (1)

Sólo faltaba á la enemiga suerte,  
que en duelo y llanto mi existir anida  
entre cadenas convertir inerte  
la primavera de mi triste vida.

Y entre los muros de prisión odiosa,  
y entre los hierros que forjó el rigor,  
hasta del aire y de la luz celosa  
me lanza ingrata á respirar horror.

Cúal bestia fiera, en el inmundo suelo  
tiendo mi cuerpo, de dolor pasado;  
y palpitando reclinar anhelo  
la sien hirviente sobre el brazo helado.

De infamia ajeno, de maldad exento,  
hago al descanso de mis penas dueño;

---

(1) Estos versos fueron escritos la misma noche que fuí conducido á la cárcel. Estoy bien convencido que ellos no merecen ni el nombre de medianos, pero fueron producidos cuando el infortunio acabó de enlazarse á mi destino y es fuerza recordarlos con respeto.—JOSÉ MÁRMOL.



pero ¡ay! es breve, que en el alma siento,  
llanto de fuego que destierra el sueño.

Pasan las horas y tan sólo veo  
terror y espanto al derredor de mí...  
¡Abrid, por Dios, que ponzoñado creo  
hasta el aliento que respiro aquí!

Pero, ¿á quién llamo, si tan sólo esconden  
estas moradas de rigor eterno,  
pechos de bronce que al dolor responden  
con risa amarga que dictó el infierno?

Gózate en la obra de tu saña impía  
destino, ó monstruo para mí nacido,  
pero no espere tu tenaz porfía  
gozarse oyendo mujeril gemido.

Muestra á mis ojos espantosa muerte,  
llévame al lado de la tumba helada,  
letal veneno entre mi sangre vierte,  
desciende á mi alma y la verás osada!

Muestra á mis ojos espantosa muerte,  
mis miembros todos en cadenas pon,  
¡bárbaro! nunca matarás el alma  
ni pondrás grillos á mi mente, no!

*En la Cárcel, Abril de 1839.*

---

## LA TARDE

Una tarde de Enero apacible  
cuando el sol á su ocaso bajaba  
miré absorto de gozo y sensible  
otro sol que en la tierra brillaba.

En su eléctrico fuego al momento  
mi alma toda sintióse abrasar  
y este fuego sutil y violento  
nunca, nunca, se habrá de apagar.

Del delirio á la calma volvióse  
mi alma llenā de extraño dulzor,  
y una bella porteña mostróse  
á mis ojos absortos de amor.

La admiré cual á un ángel divino  
de esplendores celestes rodeado  
y confiando á su luz mi destino  
mi destino dejólo enlutado.

Cada aliento que el alma suspira  
ser el nombre del ángel se siente  
y entre nubes de hechizo lo mira  
cada idea que alberga mi mente.

Entre duda y temor oprimida  
cada instante se ve mi existencia  
y cual flor por el sol abatida  
va marchita exhalando su esencia.

*Montevideo, Diciembre de 1839.*

---

## DESTELLOS DEL DOLOR

Cuando la noche su manto,  
presagiando negro espanto,  
sobre la tierra despliega  
y á la obscuridad entrega  
aire, cielo, tierra y mar,  
y va el alto firmamento  
guardando el rico ornamento  
de refulgentes estrellas,  
que suelen sus luces bellas  
al mismo sol eclipsar;

cuando con aspecto fiero  
el relámpago ligero  
cruza el aire, desaparece,  
y más súbito aparece  
con brillante luz furtiva,  
y se va viendo la esfera,  
en instante, como hoguera  
símil del infierno mismo,  
en instantes como abismo  
de tiniebla aún más esquiva;

cuando mil nubes rodando  
fugitivas y tronando  
van siguiendo airado al viento,  
que hace crujir en su asiento  
al sólido negro mundo;  
y roto el preñado seno  
de aquellas se siente el trueno  
retumbando sordamente,  
y aterrador de repente  
vomitar rayo iracundo;

cuando, en fin, naturaleza  
velozmente su belleza  
cambia, como por encanto,  
en lúgubre horror y espanto  
próximo fin anunciando:  
entonces, ¡oh, cuál se goza  
toda mi alma que rebosa  
en el mar de la alegría:  
la triste melancolía  
se va de mí suspirando!

Los fatales sufrimientos,  
los crueles presentimientos,  
el destino que á mi lado  
siempre en llanto y enlutado  
me señala el porvenir,  
por hechizo desaparecen  
al instante que aparecen  
sobré el cielo las señales  
que los tímidos mortales  
miran pálidos gemir.

A su aspecto ellos sus pechos  
de temor sienten deshechos,  
se concentran, se resienten,  
se conmueven, se arrepienten,  
todo es luto y confusión,  
miran sólo en los horrores  
al Eterno en sus rigores,  
y al lucir fugaz el rayo  
presagiar ven en desmayo  
la celeste maldición.

No así siéntese mi alma,  
que embriagada en dulce calma,  
al crujir los elementos

la conmueven sentimientos  
de simpático dulzor;  
y mi mente enardecida  
sin volar al cielo herida,  
se recrea en su presencia,  
*son, me dice, tu evidencia*  
*esos piélagos de horror.*

¡Oh, cuán cierto! ¿Qué es mi vida  
sino sombra confundida  
entre un éter que enlutado  
lo dejó impropicio el hado  
al lucir mi juventud?  
Mis pensamientos, ¿que abortan  
sino chispas que confortan  
un instante mi ardimiento,  
y en el caos del sufrimiento  
pierden luego su virtud?

¿Qué es mi alma sino el seno,  
do se agolpan cual el trueno  
mis violentas afecciones,  
que enlazando mis pasiones  
con el genio del pesar,  
las enconan, las alientan,  
más violentas las presentan,  
cual los vientos que encontrados  
mil alientos inflamados  
lanzan fieros al chocar?

En la edad en que el destino  
lleva al hombre por camino  
donde sólo sus sosiegos  
ve turbados por los fuegos  
del engaño y el amor,  
ya mi vida, cual un fluído  
de mil vientos combatido,

ha vagado sin ventura  
por un valle de amargura  
bajo un cielo de rigor.

Así sólo cuando el mundo  
aterrado y gemebundo  
llora envuelto en los horrores  
de esos signos destructores,  
de esa noche enardecida;  
por oculta simpatía  
lo venera el alma mía,  
y de tanto mal rodeado  
balbuceó enajenado:  
«Es el mundo de mi vida.»

*Montevideo, Noviembre de 1848.*

## A TERESA

### I

Alma del alma mía,  
ya en tu labio los hálitos no aspiro  
del aire de mi frágil existencia,  
y ya en tus ojos lánguidos no miro  
la clara luz de mi risueño día.

¡Mas ay! si de la esencia  
del cáliz de tu alma tu suspiro  
el nombre lleva de tu triste amante,  
si tu mano al pasar sobre tu frente  
la imagen mía en tu memoria siente,  
qué me importa de tí, llorar distante.

## II

Teresa, ya el destino  
nos separó ¿es verdad? pues bien; escucha:  
Cuando ya no he de hallarte en el camino  
de mi vida quizá; cuando aun es mucha  
la juventud que á mi existencia queda;  
cuando todo el aroma de sus flores  
arreaté ambicioso á tus amores,  
antes, bien mío, que olvidarte pueda  
la fuerza de olvidar muera conmigo.

Que en supremo embeleso,  
para siempre jamás dejé contigo  
con mi primer amor mi último beso.

## III

Sí, Teresa, es verdad, el pecho mío  
dijo adiós al placer cuando mi mano  
tocó la tuya por la vez postrera,  
mientras el labio  
se negaba al rigor de la palabra;  
y sólo el llanto del dolor tirano  
que barrenaba mi alma y ahora labra  
con agudo puñal tu nombre en ella  
te dijo *adiós* para seguir la estrella  
sin lumbre, sin destino,  
que colocó el infierno en mi camino.

## IV

Y si al amor no dije  
¡ay! otro adiós también, mi tierna amiga,  
es porque mi alma para siempre elige  
este amor celestial que por ti abriga.



## V

Vivirá enamorada  
de tus dulces recuerdos mi memoria;  
vivirá iluminada  
por un rayo de amor, la hermosa historia  
de mi primer amor y mis placeres,  
en el fondo del alma que te adora;  
y entonces ¡ay! ¿qué pueden las mujeres  
y las pintadas flores,  
la blanca luna y la radiante aurora,  
qué pueden ¡ay! si pienso en tus amores?

## VI

Cinco de Enero ven; ven á mi mente  
y vive en medio á mis amargas penas,  
como la clara fuente  
del desierto abrasado en las arenas;  
cual la perla escondida entre las olas  
del irritado mar, cual la esperanza  
en el obscuro abismo de la vida,  
coronando de bellas aureolas  
esa cumbre fingida  
do el inexperto corazón se lanza.

## VII

Ven á mi mente, ven; vengan contigo  
sus encantos, su amor, sus juramentos  
su dulce acento al suspirar cõnmigo,  
sus rizos por su sien y la sien mía,  
su temblor virginal y los alientos  
abrasados de amor, y los sonrojos  
en su pálida tez, y los desmayos  
de su abrasada frente, y, como el día  
del cielo tropical, aquellos rayos  
que amor brotaban de sus tiernos ojos.

## VIII

Ven á mi mente, ven; vengan contigo  
 las palabras aquellas que ninguna  
 ¡ay! ninguna mujer pronunciar pudo:  
 «Hoy, más libre que nunca, tierno amigo,  
 »queda tu corazón; si mi fortuna  
 »te ligó á mi existencia en dulce nudo  
     »el amor solamente  
 »y no el deber y compasión inspiren  
 »tu beso abrasador sobre mi frente,  
 »cuando mis ojos con placer te miren.»

## IX

¿Quién fué jamás tan noble y generosa  
 quién más abnegación hizo y más pura  
     que la que esos acentos  
 revelan tan sencilla y tan hermosa,  
 de la más bella y tierna criatura,  
     en los mismos momentos  
 de sostener la sien de su querido  
 con vértigos de amor desfallecido?  
 ¡Mas, qué mucho, mi Dios, si todo en ella  
 es la dulce expresión de la más bella  
     y tierna poesía  
 que inspirada brotó tu fantasía!

## X

Mujer de filigrana que al mirarla  
 parece que los hálitos del aire  
 ó los rayos de luz pueden matarla;  
 yo no sé si á la blanca flor del aire  
 la podré comparar, si al esmaltado  
 tímido picaflor sobre la rosa,  
     ó la opulenta en galas

sensible mariposa  
sobre un jazmín su pecho esmaltado,  
y oro vertiendo sus celestes alas.

## XI

Llegad, horas tan dulces de la tarde  
donde se esconden de la historia mía,  
mi universo, mi Dios, mi poesía,  
y la suprema gloria  
de que hace el corazón altivo alarde.  
Llegad á mi memoria,  
horas en que posaba mi cabeza  
desmayada de amor sobre aquel seno  
rebosando de encantos y belleza,  
vacío de doblez y de amor lleno.

## XII

Allí la suavidad de los jazmines  
mi rostro acariciaba;  
allí el olor del sándalo embriagaba,  
mi sien que se adormía  
y al despertar volvía  
del tierno corazón á los latidos;  
y á las auras con hálitos de rosas  
que en vez de alientos por mi sien corrían  
y de sus dulces labios encendidos  
derramaba mi hermosa,  
en besos que á mis ansias respondían.  
Cuando al mirarme tierna, poco á poco  
su cabeza inclinaba, y con sus rizos  
cubriéndome el semblante, confundía  
al fin su ardiente boca con la mía.  
Y de deleite loco,  
y loco con su amor y sus hechizos,  
mi corazón la sangre que encerraba

á mi apagada tez precipitaba.

Así el sol en la tarde

á medida que baja su alta frente,  
va enrojeciendo el pálido occidente  
hasta que en llamas purpurinas ardo.

### XIII

¡¡Embriaguez celestial!!—Llegad tranquilas  
como la dulce luz de sus pupilas,  
horas de la oración á mi memoria.  
Yo he gozado en vosotras todo cuanto  
puede á un mortal envanecer de gloria,  
gloria del corazón, placer sin llanto.

### XIV

¿Qué caricias me son desconocidas  
bajo del pardo velo  
con que cubris tan lánguidos el cielo?  
¿Qué palabras sentidas  
no llegaron al fondo de mi alma,  
puras y religiosas cual la calma  
en que absorbéis el pálido universo?  
¿Qué tierno melancólico suspiro  
no enlutó mi alegría,  
como en vosotras, al morir el terso  
rayo del sol en perlas y zafiro,  
la primer sombra de la noche umbría.  
Cuando con ella conversando á solas  
hasta el *adiós* postrer iba la mente,  
hasta el cruel *más allá* de lo presente  
y hasta mi nave en medio de las olas?  
Y ella, dando valor al alma mía  
con sus mismas palabras más sufría;  
así una débil lámpara derrama  
roja luz que deslumbra una pupila,

y cuando brilla más, más se aniquila  
y se consume con su propia llama.

## XV

Sufría, sí, porque su rostro bello,  
su célica hermosura,  
tienen menos que Dios el claro sello  
que de su alma la cándida dulzura.  
Mujer que amando vive y moriría  
si á su vida el amor faltara un día.

## XVI

¡Misterios del Eterno! Aquese pecho  
que guarda sus más dulces afecciones,  
puede sentirse de repente estrecho  
al raudo temporal de las pasiones;  
así en el Paraná, linfa del Plata,  
y entre sus islas de aromadas flores  
la corriente sus ímpetus desata,  
y las ondas estallan sus furores.

## XVII

Sí, Teresa, tú en medio del embate  
de la vida y el mal en torpe guerra,  
eras cual blanca flor en yerma y ancha  
arena de un combate  
que enrojeció la tierra,  
sin tener en las hojas ni una mancha,  
y sin que el ámbar agostarle pueda  
el vapor de la sangre ó la humareda...  
¡Oh, y no te olvidaré! y no el cederte  
siento, mi corazón hasta la muerte;  
¿sabes, sí, lo que siento hasta el exceso?  
No haberte dado á ti mi primer beso.

## XVIII

Mas ¡ay! mi bien, no envidies la fortuna,  
en mi primera edad de otras mujeres;  
en los brazos de cien no amé á ninguna,  
amaba solamente los placeres,  
las fuertes emociones,  
las romanescas verdes ilusiones.  
Para mi joven pensamiento loco,  
era, por Dios, el Universo estrecho,  
y toda novedad era bien poco  
á la ambición de mi agitado pecho.

## XIX

Seguía por doquiera  
de mi destino el fallo,  
y asistir á la cita de una hermosa  
ó domar un indómito caballo  
fué siempre para mí la misma cosa.  
No envidiéis, pues, Teresa, otras mujeres;  
yo no amé la mujer, sí los placeres.

## XX

Era sólo la fiebre de la mente  
quemando de mi ser la primer fibra;  
era la tempestad que en el oriente  
de mi vida se alzaba, y que en mi seno  
estallaba furioso el primer trueno  
que apenas hoy en mis oídos vibra.  
Ese tiempo pasó, vino la calma,  
vino el amor en su pureza al alma,  
y te he dado, mujer, en mi embeleso  
con mi primer amor mi último beso.

*Montevideo, Junio de 1846.*

## AL 25 DE MAYO

EN 1841

Where Chimborazo, over air, earth, wave,  
Glares, with his Titan eye and sees no slave  
BYRON.

## I

Cada generación un día tiene  
que la deja en los siglos señalada,  
y con ella también un hombre viene,  
que le deja su frente coronada.

Mis padres en un Mayo levantaron  
eterno un monumento á sus anales  
y los labios de un hombre revelaron  
sus luchas y sus lauros inmortales.

Un sol se muestra y el cañón retumba;  
es el sol de aquel día... El sol de Mayo.  
Si es preciso cantar su primer rayo  
levántese Varela de la tumba.

Caliéntese de nuevo el cráneo altivo  
do su espíritu á Mayo iluminaba,  
donde inmenso cual es, allí cautivo  
le estudiaba, veía y le cantaba.

Ya su espíritu armónico suspira  
sobre el sol de su Mayo sacrosanto..  
Si alguno intenta preludiar su lira  
mire ese sol y púlsela con llanto.

---



Mire ese sol que aparece  
y al ánima nuestra ofrece  
letrero que resplandece  
diciéndonos divinal:  
«Hable el alma y calle el labio,  
»que el hablarme es un agravio,  
»con acento mundanal.

»Soy el astro que previno  
»se mudase repentino  
»forma, espíritu y destino  
»de la vieja humanidad;  
»y que el futuro ante ella  
»reflejase cual estrella,  
»de sublime claridad.

»Soy el astro cuya llama  
»dió la luz al grande drama,  
»de quien el fin y la trama,  
»se improvisaba al rodar  
»tronos y reyes al suelo;  
»mientras se alzaban al cielo  
»los pueblos en libertad.

»Y ante dellos cien naciones  
»de viejos nobles blasones,  
»inclinaron sus pendones  
»repitiéndoles... ¡Loor!  
»Y con iras mal veladas  
»se sintieron obligadas  
»á brindar por su valor.

»He mirado, en fin, del seno  
»que brotaba, siempre lleno  
»agrias raíces de veneno  
»de una madre sin amor.

» separarse el joven puro  
 » condenado al yugo duro  
 » de bendecir su rigor.

» Y esa madre fué la España;  
 » terca, ciega y siempre extraña,  
 » á los frutos que su entraña  
 » con su sangre alimentó.  
 » Y ese joven es el mundo  
 » que en un día sin segundo  
 » el genio le presentó.

« No hay pueblo, no hay humano  
 » de los que, en eterno arcano,  
 » brota súbita la mano  
 » de Dios en la inmensidad,  
 » que no tenga su destino,  
 » su existencia y su camino,  
 » distinto en la humanidad.

» Y si vi con inclemencia,  
 de la España la insistencia  
 en desoir esa sentencia  
 de la eterna majestad,  
 también la vi prosternarse,  
 cuando el cáliz vi quebrarse  
 de la infinita bondad.

» Eso escribo en los cielos con mi lumbre  
 cuando á Mayo recuerdo en el Oriente;  
 si queréis coronar mi excelsa frente  
 pedid al cielo que la vuestra alumbre.

» Mayo es obra justísima del cielo;  
 cansado, al fin, de la injusticia humana

y á inspiración de idea soberana,  
los hombres la activaron en el suelo.

»Los hombres y las glorias argentinas,  
que desde el Plata al Chimborazo he visto,  
no son más que las joyas brillantinas  
del rozagante traje que revisto.

»De Mayo son sobre sus sienes bellas  
lo que son en el cielo las estrellas....  
Sus glorias alabad, y en sacra pompa  
que rueden, sí, por la sonora trompa.»

## II

¡Oh! sí, que mi lira con cuerdas de bronce  
se siente altanera si á Mayo nombró;  
si nombra arrogante la gloria que entonce  
con sólo tres lustros mi gloria alcanzó.

Un grito fué sólo de Mayo el portento;  
un grito, y mi patria, cual Etna que abrasa,  
se alzó de sus bases y roto el cimiento  
lanzóse enal rauda torrente que arrasa.

Y eterna en un día, remonta guerrera  
del Andes helado la sien de gigante;  
y en él reclinada, con mano altanera,  
le arroja á la España su nítido guante.

Mal plugo España á tu estrella  
aceptar el desafío;  
más valiera que en desvío  
la seña dejaras, sí,  
pues estaba escrito en ella  
con lemas enrojecidos

que fueran los oprimidos  
los vencedores de ti.

Pero terca y orgullosa  
con tus godos y tus moros,  
tu ambición y tus decoros  
te hicieron la sangre arder;  
y al momento poderosa,  
y mi patria gigantea,  
sable en mano á la pelea  
se arrojaron con placer.

Y el ángel de la muerte en negro carro,  
su rápida carrera reteniendo,  
estuvo con placer el duelo viendo  
en el inmenso mundo de Pizarro.

Sobre Salta comenzaron,  
y en los suelos tucumanos,  
los aceros en las manos  
á blandirse con furor;  
y allí fué donde empezaron  
nuestros suelos á lavarse  
¡Pobre España! al derramarse  
de tus venas el humor.

Mas cual tigre, enfurecida,  
que más brama y más valiente  
cuando agudo dardo siente  
que en el pecho se clavó;  
con la noble y honda herida  
que te abrió la patria mía,  
con más saña y más porfía  
frente á frente te dejó.

Y luchando brazo á brazo

ya señora, ya vencida,  
ya sin fuerzas y sin vida,  
ya con fuerza colosal,  
hasta el pie del Chimborazo  
fuiste atónita rodando,  
palmo á palmo guerreando  
con tu indómita rival.

Y el ángel de la muerte en negro carro,  
su rápida carrera reteniendo,  
estuvo con placer el duelo viendo  
en el inmenso mundo de Pizarro.

Y no bien de los guerreros  
se oye horrisona la lucha,  
cuando Chile que la escucha  
arde en bélica inquietud;  
y á do estaban los aceros  
que templaba el sol de Mayo  
vuela súbita cual rayo  
á romper su esclavitud.

Y la rompe, mal tu suerte,  
cuando al sable de su hermana  
une altiva y soberana  
de sus hijos el valor;  
á ese sable noble y fuerte  
de la joven patria mía  
que á tus ojos relucía  
cual del ángel vengador.

Y ya entonces todo un mundo  
que en tres siglos dominaste,  
¡Ay, España! le miraste  
despeñarse contra ti;  
cual del Andes iracundo  
ronco y rápido torrente,

que arrastrara en su corriente  
cuanto España hubiera en sí.

Y fué en vano que valiente,  
porque lo eres por mi vida,  
defendieras aguerrida  
tu conquista secular;  
Chacabuco dió elocuente  
la inmortal lección patricia,  
donde viste la justicia  
de la América brillar.

Chacabuco cuya cumbre  
miró absorta por los llanos,  
caer tus viejos veteranos  
cuyo nombre era un blasón.  
Como el sol cuando su lumbré  
dore en Maipo la corriente,  
verá siempre transparente  
algún fúnebre padrón.

De ese Maipo que parece  
te arrojara hecha pedazos  
á caer entre los brazos  
de Ayacucho y de Junín;  
allí donde resplandece  
el sello de nuestra gloria,  
y-donde fué tu memoria  
sepulta por siempre al fin.

¡¡Que el ángel de la muerte en negro carro,  
su rápida carrera acelerando  
el cadáver de España fué arrastrando  
sobre el inmenso mundo de Pizarro!!

Así España domeñaron  
tus esfuerzos sobrehumanos

los que tus reyes tiranos  
por tres siglos engrillaron.

Tanto oprimir criaturas,  
tanto su industria negarles.  
tanto el alma sofocarles  
y hasta sus lágrimas puras;

tanto llenar de mancuella  
pueblos fuertes y lejanos,  
porque exótica semilla  
no prendía entre sus manos;

tanto, en fin, ambicionar  
oro y sangre de infelices  
con tus hondas cicatrices  
lo tuviste que pagar.

Y á ti, tanto lidiar, patria del alma,  
tanta sangre verter en la palestra,  
te vale de los cielos una palma  
que alza orgullosa tu robusta diestra.

Y al mirar por alfombra de tu silla  
pieles de los Leones de Castilla,  
un porvenir tan vasto el cielo os cede  
que apenas en los siglos caber puede.

### III

De Mayo la corona está tejida;  
lo está ya con sus hechos y sus hombres;  
de los grandes sucesos de la vida,  
mueren los tiempos pero no los nombres.

Pero Mayo es volcán estrepitoso  
que agita la gigante cordillera;



y á nosotros el cráter ardoroso  
con su inflamada lava nos cubriera.

Es de un siglo simiente delicada,  
cuyo fruto es muy tarde recogido;  
nuestros nietos, apenas que ha prendido  
la verán, en la tierra preparada.

Nosotros hoy, ambicionar de Mayo  
el resultado inmenso que prepara,  
es querer de la flor recién en tallo  
aspirar el aroma que encerrara.

Si rompimos de España las cadenas  
y libres elevamos nuestra frente,  
conservamos, empero, en nuestras venas  
los restos de la ibérica simiente.

Y la sórdida lucha en que vivimos,  
sin saber el *por qué* de los errores,  
no es más que las tinieblas sacudimos  
para ver de ese Mayo los albores.

Nosotros nos mecemos borrascosos  
sobre él fuerte Titán aún sin asiento;  
quien quisiere gozar tiempos hermosos  
transporte al porvenir su pensamiento.

Y en él, sobre la sien del Chimborazo  
verá un ángel midiendo con su brazo  
de los remotos mares la distancia,  
y al ángel que mira  
pregunte: ¿qué aspira?  
Y el ángel le dirá con arrogancia:  
«*Me traigo las regiones de la Europa  
á domeñar su frente en esta roca.*»

Montevideo, Mayo de 1841.

## ADIOS

En unos versos, fuera ¿lo recuerdas?  
Que te hablé de mi amor el primer día  
y hoy que está yerta la esperanza mía,  
recibe en otros mi postrer adiós.

Quede así el desconcierto de dos almas  
entre dos armonías encerrado,  
y legando al misterio lo pasado  
cual te bendigo, te bendiga Dios.

Yo nací para amarte, y recibiendo  
tan suprema misión con embeleso  
te he amado criatura hasta el exceso  
si exceso cabe en mi pasión por ti.  
Te di mi corazón: lo has desdeñado;  
¿debo culparte? no; ¿qué lazo estrecho  
puede ligar tu amor al de mi pecho,  
si en ti es la dicha y la desgracia en mí?

¿Qué hacer? adiós. El mundo ó el Eterno  
marca de los mortales el destino;  
el tuyo es un arroyo cristalino  
que sobre flores discurriendo está;  
el mío es el reverso sobre el mundo;  
nuevo Mazepa mi alma dolorida,  
amarrada en el potro de la vida,  
hecha pedazos desangrando va.

A tu pureza angelical responde  
toda naturaleza con sonrisa,  
y corre el mundo á derramar aprisa  
sus flores en redor de tu beldad;  
á mí, silencio y soledad me cercan;  
y opresa el alma de glacial fastidio,  
por extinguir en mi cabeza lilio,

una idea terrible en mi orfandad.

La copa del placer rota en mi mano  
deshecho el prisma que forjó mi mente,  
há mucho tiempo que mi pecho siente  
calma extraña en mi fuerte corazón.  
Há mucho tiempo que mi frente baña  
en el Leteo del placer mundano,  
como Manfredo—procurando en vano,  
*olvido*, nada más, en la ilusión.

¿Cómo ligar nuestros destinos, dime?  
¿Cómo prender en mí tan yerma vida  
tú, blanca rosa del Edén caída,  
que conservas tu aroma celestial?  
¿Cómo cambiar tu suerte—ángel que juegas  
en el jardín de tu primera aurora,—  
por el amor que en mi alma se atesora  
si en ese amor hay lágrimas quizá?

Dios inspiró tu resistencia, ¡oh virgen!  
y el llanto que ha caído de mis ojos,  
revelaba de mi alma los enojos,  
no contra ti, contra mi propio sér.  
Tú no has hecho en el mundo mi desgracia,  
porque esta enfermedad de mi destino,  
antes, mucho antes que mi amor le vino;  
pero ¡ay! ¡pudiste mi ventura hacer!

¡Por siempre adiós! Prosigue tu camino.  
tórtola de las selvas argentinas,  
y en agua de las fuentes cristalinas  
la sed apaga de tu tierno amor.  
Agite apenas tus endebles alas  
el soplo de los céfiros ligeros,  
y duerme entre los verdes naranjeros  
embriagada en el ámbar de su flor.

Yo seguiré también—cóndor salvaje—  
entre la ronca tempestañ mi vuelo,  
y en las vertientes del pedroso hielo  
mi sangre hirviente refrescar podré;  
y entre la nube do fermenta el rayo  
por el trueno y los vientos sacudido,  
sobre mis propias alas suspendido  
en medio á las tormentas dormiré.

Olvidame también. Mi amor fué puro  
como á ti de tu madre el primer beso;  
mas, porque fué tan puro mi embeleso  
hasta mi nombre olvídale por ti.  
Tú no sabes ¡oh virgen! lo que cuesta  
hallar un corazón sobre este mundo,  
que siquiera en el giro de un segundo  
haga por otro abnegación de sí.

Yo no te olvidaré. Será tu imagen  
cuanto más gire el tiempo más querida;  
y al terminar mi viaje de la vida  
en las puertas del cielo diré así:  
«Traigo conmigo mundanal memoria;  
»pero es tan pura sobre el mundo y bella  
»que yo pensaba en Dios pensando en ella  
»y vengo á Dios con su recuerdo en mí.»

*Montevideo, Abril de 1847.*

---

## DESPEDIDA

Otra vez por mi suerte inhumana  
una bella esperanza pierdo  
y en el alma clavado un recuerdo  
bella virgen me alejo de ti.

Sabr  pronto tu nombre y tus gracias  
de los mares remotos la onda:  
cuando el sol en su ocaso se esconda  
 ay, Amalia, suspira por m !

Yo no llevo de ti dentro el alma  
ni una dulce palabra siquiera,  
para un d a en la roca extranjera  
escribirla llorando   su pie.  
Que es el  ltimo instante de vernos  
el primero tambi n en que digo  
 ay, Amalia!  Yo dejo contigo  
la m s bella mujer que ador !

*R o Janeiro, Septiembre de 1844.*

---

A ROSAL

EL 25 DE MAYO DE 1843

 Miradlo, s , miradlo!  No v is en el oriente  
ti ndose los cielos con oro y arrebol?  
Alzad, americanos, la coronada frente;  
ya viene   nuestros cielos el venerado sol.

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo,  
que nuestros viejos padres desde la tumba ven;  
aquellos que la ense a de Mayo, con su brazo  
clavaron de los Andes en la nevada sien.

 Veneraci n! las olas del Plata le proclaman,  
y al Ecuador el eco dil tase veloz;

los hijos de los héroes ¡veneración! exclaman,  
y abiertos los sepulcros responden á su voz.

## II

¡Sus hijos! ¿por qué huyeron de sus paternos lares  
cual hojas que se lleva sin rumbo el huracán?  
¿Por qué corren proscritos, sin patria y sin hogares,  
á tierras extranjeras á mendigar el pan?

Y al asomar de Mayo las luces divinales  
¿por qué ya no se escucha la salva del cañón,  
los ¡vivas! de los libres, los cánticos triunfales,  
el aire entre las ondas del patrio pabellón?

La cuna de los libres, la Emperatriz del Plata  
¿por qué está de rodillas, sin victoriarte ¡oh sol!?  
¿Por qué como otros días, sus ecos no dilata  
cuando los cielos tiñes con oro y arrebol?

## III

Emboza ¡oh sol de Mayo! tus rayos en la esfera,  
que hay manchas en el suelo donde tu luz brilló.  
suspende, sí, suspende tu espléndida carrera;  
no es esa Buenos Aires la de tu gloria, no.

La luz de los recuerdos con que á mis ojos brillas,  
para evitar su mengua, sepúltala ¡por Dios!  
¡la Emperatriz del Plata te espera de rodillas  
ahogada entre gemidos su dolorida voz!

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno,  
robando de tus hijos la herencia de laurel;  
¡salvaje de la Pampa que vomitó el infierno  
para vengar acaso su maldición con él!

## IV

¡Ah, Rosas! No se puede reverenciar á Mayo  
sin arrojarte eterna, terrible maldición;  
sin demandar de hinojos un justiciero rayo  
que súbito y ardiente te parta el corazón.

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento  
que has hecho de la patria que te guardaba en sí;  
contempla lo que viene cruzando el firmamento  
y dinos de sus glorias la que te debe á ti.

La mancha que en el suelo no borrarán los años  
porque la tierra en sangre la convertiste ya,  
contempla, y un instante responde sin engaños,  
quien la arrojó, y gozando de contemplarla está.

## V

Contempla lo que viene cruzando el firmamento  
con rayos que indelebles en la memoria están,  
y dinos si conservan memoria de tu aliento,  
los inmortales campos de Salta y Tucumán.

Si el sello de tu planta se mirará en los Andes,  
ó acaso en Chacabuco, ó en Maipo, ó en Junin;  
ó si marcando hazañas más célebres y grandes,  
habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fin.

Enséñanos, siquiera, la herida que te abrumba  
pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,  
y dinos que lidiando la hubistes en Ayuma,  
ó acaso en Vilcapujio, Torata, ó Moqueguá.



## VI

¡Ah, Rosas! Nada hiciste por el eterno y santo sublime juramento que Mayo pronunció; por eso vilipendias y le abominas tanto, y hasta en tus tiernos hijos tu maldición cayó.

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente bordando de victorias el mundo de Colón, salvaje, tú dormías tranquilo solamente sin entreabrir tus ojos al trueno del cañón.

Y cuando tus hermanos al pie del Chimborazo sus altaneras sienas vestían de laurel, al viento la melena, jugando con tu lazo por la desierta pampa llevabas tu corcel.

## VII

¡Ah! Nada te debemos los argentinos, nada, sino miseria, sangre, desolación sin fin; jamás en las batallas se divisó tu espada, pero mostraste pronto la daga de Caín.

Cuando á tu patria viste debilitado el brazo dejaste satisfecho la sombra del ombú, y, al viento la melena, jugando con tu lazo, las hordas sublevaste, salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo fué abrir con tu cuchillo su virgen corazón, y atar ante tus hordas al pie de tu caballo sus códigos, sus palmas y el rico pabellón.

## VIII

Tan sólo, sangre y cráneos tus ojos anhelaron,  
y sangre, sangre á ríos se derramó doquier,  
y de partidos cráneos los campos se cuajaron  
donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

¿Qué sed hay en tu alma? ¿Qué hiel en cada fibra?  
¿Qué espíritu ó demonio su inspiración te da  
cuando en tu rudo labio tu pensamiento vibra,  
y en pos de la palabra la puñalada va?

¿Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida  
nutriéndote las venas su ponzoñosa hiel?  
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida  
para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

## IX

¿Qué ser velado tienes que te resguarda el paso,  
para poder buscarlo con el puñal en pos?  
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra, acaso,  
para pedir sobre ella la maldición de Dios?

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho  
para evocar visiones que su pavor te den?  
¿En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,  
para llamar los muertos á sacudir tu sien?

Prestadme tempestades, vuestro rugir violento  
cuando revienta el trueno bramando el aquilón;  
cascadas y torrentes, prestadme vuestro acentó  
para arrojarle eterna tremenda MALDICIÓN...

## X

Quando á los pueblos postra la bárbara inclemencia  
de un déspota que abriga sangriento frenesí,

el corazón rechaza la bíblica indulgencia;  
de tigres nada dijo la voz del Sinaí.

El bueno de los buenos, desde su trono santo  
la renegada frente maldijo de Luzbel;  
la humanidad, entonces, cuando la vejan tanto  
también tiene derecho de maldecir como él.

¡Sí, Rosas, te maldigo! Jamás dentro de mis venas  
la hiel de la venganza mis horas agitó:  
como hombre te perdono mi cárcel y cadenas;  
pero como argentino las de mi patria, NO

## XI

Por ti esa Buenos Aires que alzaba y oprimía  
sobre su espalda un mundo, bajo su pie un león,  
hoy, débil y postrada, no puede en su agonía  
ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por ti esa Buenos Aires más crímenes ha visto  
que hay vientos en la Pampa y arenas en el mar;  
pues, de los hombres harto, para ofender á Cristo  
tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

¡Por ti sus buenos hijos, acongojado el pecho  
la frente doblegamos bajo glacial dolor,  
y hasta en la tierra extraña que nos ofrece un techo  
nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor!...

## XII

Mas ¡ay! de la tormenta los enlutados velos  
se cambian en celajes de nácar y zafir,  
y el sol de los recuerdos nos grita de los cielos,  
que en pos de la desgracia nos viene el porvenir.

HAY MÁS ALLÁ, es el lema de su divina frente  
grabado por la mano purísima de Dios,  
y el Chimborazo al verlo lucir en el oriente:  
HAY MÁS ALLÁ, responde con su gigante voz.

Al espirar los héroes, HAY MÁS ALLÁ exclamaron,  
su acento conmoviendo de América el confín;  
y, al trueno de los bronces, HAY MÁS ALLÁ gritaron  
los campos de Ayacucho, de Maipo, y de Junín.

## XIII

Sí, Rosas, vilipendia con tu mirar siniestro  
el sol de las victorias que iluminando está;  
disfruta del presente, que el porvenir es nuestro,  
y entonces ni tus huesos la América tendrá.

Sí, Rosas, vendrá un día terrible de venganza  
que temblará en el pecho tu espíritu infernal;  
cuando tu trono tumben los botes de la lanza,  
ó el corazón te rasgue la punta del puñal.

Como revienta el Etna tremendo de repente,  
reventarán los pueblos que oprime tu ambición;  
y, cual vomita nubes de su ceniza hirviente  
vomitarán los pueblos el humo del cañón.

## XIV

Entonces, sol de Mayo, los días inmortales  
sobre mi libre patria recordarán en ti;  
y te dirán entonces los cánticos triunfales,  
que es esa Buenos Aires la de tu gloria, sí.

Entonces, desde el Plata, sin negra pesadumbre  
te mirarán tus hijos latiendo el corazón,

pues opulenta entonces reflejará tu lumbre  
en códigos y palmas y noble pabellón.

Y al extenderse hermoso tu brillantino manto,  
ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá;  
que entonces de ese Rosas que te abomina tanto,  
ni el polvo de sus huesos la América tendrá.



## MONTEVIDEO

Á MI AMIGO JUAN CARLOS GÓMEZ

Era de noche—y la una,  
mudo silencio reinaba  
y entre celajes la luna  
muy débil luz derramaba.

Esa ciudad que en el mundo  
la llaman Montevideo,  
dormía en sueño profundo  
como niña sin deseo.

Besaba el mar su cintura  
como una fuente serena  
que tiene en su linfa pura  
bañándose una sirena.

A poco trecho delante  
se veía la negra planta  
de encapotado gigante  
que con su tamaño espanta.

Y como tan alto estaba,  
bien sabe Dios, parecía  
que con los vientos hablaba,  
y á las nubes les decía:

—Chito, duerme la señora,  
y estoy yo de centinela.  
—Dejadla que goce ahora  
que harto sufre cuando vela.

—Si de batallar con ella  
vuestra voz la señal da  
—aquí estoy yo á defendella;  
pugnad, mi pecho aquí está.

Y era verdad, que los vientos  
muy tímidos se alejaban,  
pues eran suaves alientos  
los que en el mar deslizaban.

Brisas que se perfumaron  
con margaritas y aromas,  
cuando felices jugaron  
de San Isidro en las lomas.

Unica pobre primicia  
que le regalan los aires.  
al que hasta el aire acaricia  
si pasa por Buenos Aires.

Así la ciudad dormía,  
sin viento ni recia mar,  
y en sus calles no se vía  
ni un lampo encendido estar.

Y tan mustia, tan secreta,  
tan libre de agitación,  
se parecía al poeta  
cuando llega la oración.

Hay alguien que está velando...  
Parece un ánima en pena...  
Va por las calles vagando...  
Su leve planta no suena.

Se para, sus ojos gira...  
Anda tal vez al ocaso...  
De cuando en cuando suspira,  
y vuelve á andar paso á paso.

Parece sombra sin vida,  
ó demonio disfrazado  
que anda buscando guarida  
y encuentra todo cerrado.

O espía de los abismos  
que en medio á la obscuridad  
viene lleno de embolismos  
á endemoniar la ciudad.

¿O es ánima con zozobra  
que deja la cordillera  
para mirar una obra  
de la sangre que vertiera?

Bien puede ser, por Dios Santo.  
Esos esqueletos yertos,  
de vivos se alzaron tanto  
que temo se alcen de muertos.

Pero ese ser que camina  
no es demonio ni soldado;  
bien por su voz se adivina  
que es un hombre y desgraciado.

Junto á elevado palacie  
de tres hermosos balcones  
so ha parado—y al espacio



da sentidas expresiones:—

«Eres muy linda ciudad,  
en verdad...

Pimpollo en noche lluviosa  
que cuando venga el albor  
será rosa,  
llena de vida y olor.

»Veneciana seductora  
que enamora  
con su pecho de azucena;  
y al más tímido mortal  
lo enajena  
con palabras de panal.

»Y por eso te admiraron  
y robaron,  
tres piratas que los tres  
á cuál más quiso tu mano,  
y á la vez  
á cuál más fué tu tirano.

»Mas de todos el primero;  
que el acero  
de su viejo guante duro  
dejó largo y hondo rastro  
en tu puro  
joven seno de alabastro.

»Pero viejo era el navío  
que en desvío  
te llevaba prisionera...  
Nave nueva lo siguió  
y ligera  
le dió caza y te salvó.

»Así estás libre risueña,

y halagüeña  
como paloma en el mar;  
tus hijos duermen en flores  
de azahar  
y sueñan dichas y amores.

»Y cuando viene la aurora  
seductora  
los ve levantar contentos,  
cual las ebrias mariposas  
que momentos  
han dormido entre las rosas.

»Que el alba no tiene tintas  
tan distintas  
para matizar el cielo:  
como tú tienes riquezas  
de bellezas  
para engalanar tu suelo.

»Que son tus hijas hermosas  
como rosas;  
y como la flor del aire  
graciosas, cuando la brisa  
con donaire  
sube á la peña y la riza.

»Con el seno en tus celajes  
de encajes,  
y llenos de seda y blondas,  
se muestran más voluptuosas  
que las ondas  
cuando juegan espumosas.

»¡Quién tuviese una siquiera  
hechicera,  
para olvidar en sus brazos

tantas penas tan amargas:  
 tantos lazos  
 y horas de vivir tan largas!...

»Tú tienes, ciudad preciosa,  
 más bellezas que un harém,  
 dame siquiera una hermosa  
 para reclinar mi sien.

»Diamantes entre ellos vi  
 perlas también admiré;  
 dame siquiera un rubí  
 que yo diamante lo haré.

»Dame... pero ¿qué me importa  
 tus encantos ni tus bellas?  
 ¡si ya mi alma no soporta  
 ni el contemplarlas á ellas!

»¿Qué me importa si tu mano  
 no puede sin ser delito  
 mostrarme el ángel tirano  
 de mi corazón marchito...?

»Haz que Dios dé maldiciones  
 que el infierno brinde amor,  
 y saldrá de estos balcones  
 un suspiro de favor.

»Y no seré ya un ciprés  
 levantado en un jardín,  
 ó un esqueleto de pie  
 dentro de alegre festín.»

Y huyó repentino  
 siguiendo el camino  
 de extraño lugar...  
 Tal vez á la muerte

quisiera por suerte  
ligero llegar.

Y era de noche—y la una,  
mudo silencio reinaba  
y entre celajes la luna  
muy débil luz derramaba

*Montevideo, Enero de 1842.*

---

## A BUENOS AIRES

DECLARADA LA INTERVENCIÓN ANGLO-FRANCESA

*Al Sr. Dr. Don Valentín Alsina.*

Otra vez, patria mía,  
las naves de la Europa sobre el Plata  
hacen la onda gemir, y de sus reyes  
otra vez por tus playas se dilata  
el eco de su voz dictando leyes.

Se obscureció aquel día,  
radiante luz de ti, sombra de Europa  
en que al huir las naves de Inglaterra,  
dando á tus playas con pavor la popa  
dejaban sus pendones  
de alfombra ensangrentada de tu tierra,  
y en sus rendidas armas  
el símbolo primer de tus blasones.

Se obscureció aquel día,  
sin noche en sus anales,  
en que del Plata las gigantes olas

sorbiéndose á las naves españolas,  
 lanzaban á tus manos,  
 para adornar tus santas catedrales  
 la enseña de los héroes castellanos.

¿Qué ha sido de tus tiempos, patria mía?  
 ¿Qué ha sido de tus glorias y tus hombres?  
 ¡No eres más que una lápida bordada  
 de emblemas y de nombres  
 sobre cenizas descansando fría,  
 de polvo y de malezas rodeada!

¡Buenos Aires! ¿Recuerdas aquel tiempo  
 de libertad, de glorias? Pues el mundo  
 que cuando grande tú, batió las manos,  
 ¡desprecio siente ó desamor profundo  
 cuando esclava te ve de los tiranos!

Y yo, yo que te debo  
 la vida que respiro, si prolijo  
 á nombrarte me atrevo,  
 es porque yo respeto la grandeza  
 de tus pasados días... Como al hijo  
 en cenegal de vicios degradado,  
 le dóblamos de paso la cabeza  
 ¡en homenaje de su padre honrado!

Te insultan ¿y por qué? ¿Lo ignoras? Habla.  
 Pregúntalo al gaucho que consientes  
 jugar con tus destinos, cual un día  
 jugaba á degollar los impotentes  
 toros prendidos al certero lazo,  
 y en salvaje alegría  
 mostraba tinto de su sangre el brazo,  
 cuando allá entre las hordas de la Pampa  
 era de Satanás alma y estampa.

Ante la luz del siglo en que vivimos,

ante la religión y paz del mundo,  
 la sangre con que empaña nuestro suelo  
 y su sed de delitos insaciable,  
 son un sarcasmo bárbaro, execrable  
 á su siglo, á la paz, al mundo, al cielo.

El linde de los pueblos  
 ya no marcan sangrientos los aceros,  
 ni su poder levanta  
 cristiano pueblo en cráneos extranjeros  
 pisando de otros pueblos la garganta.

Y Rosas, la primera  
 reputación del siglo, iluminada  
 con las llamas del Tártaro; pigmeo,  
 gigante en lo atrevido:— «Donde quiera,  
 dijo, alcance mi mano ensangrentada,  
 soy yo quien lo deseo,  
 brote sangre la tierra, y sangre y sangre».

Y las olas del Plata  
 y el Uruguay, salvando sus legiones,  
 de un pueblo joven, desgraciado, hermano,  
 hizo teñir sus campos de escarlata;  
 borrando con la ley de sus cañones  
 la cara independenciam que le dieron  
 generosos los viejos campeones.

Los ecos del cañón vibrando fueron  
 por las olas atlánticas á Europa  
 y la Europa escuchó... cansada dijo  
 como Dios á la mar: «tu linde fijo,  
 de aquí no pasarás»... y ved la popa  
 de las guerreras naves de repente  
 desplegar en el Plata las banderas  
 de la Francia y de Albión...

¡Triste destino  
 es el tuyo, infeliz pueblo argentino!  
 ¡Por la ambición de un déspota insolente,  
 tienes que soportar las extranjeras  
 penas de justa ley, siendo inocente!  
 Así para estirpar hierba dañina  
 si caba el labrador profunda huella  
 sienten herir sus raíces por aquellas  
 el nardo y la inocente clavelina.

El nada más. Su loco desvarío  
 su sed de sangre, su ignorancia terca  
 labra tu esclavitud, tu yugo impío,  
 y de ignominia y de baldón te cerca.  
 ¿Te pesa ver el pabellón de Mayo  
 por la primera vez escarnecido?

Pues sacude el desmayo  
 pronto del corazón. En el momento  
 un cadalso levanta y suspendido  
 amanezca el salvaje  
 con la melena ensangrentada al viento.

Un cadalso, dos, cien ó mil cadalsos  
 ¿qué importa? Son cuenta del verdugo.  
 Mas por librarse de extranjero ultraje  
 si es necesario que sacuda el yugo  
 al fin, un pueblo uncido, mil gargantas  
 cortadas por la ley ya no son tantas,  
 y el pueblo que las corta con sus manos  
 se libra de la afrenta y de tiranos.

El nada más. Astuto y sin coraje,  
 no le acompaña al crimen la osadía  
 y culpa á los proscritos de ese ultraje.

¡Mentira, patria mía!  
 Mentira, como su alma, emponzoñada,  
 negra, como la sangre de su seno,



torpe, como su estirpe renegada,  
agria, como la leche con veneno  
que nutrió sus entrañas, cuando al mundo,  
en vez de madre le abortó el profundo.

¡Mentira, patria mía!  
Argentino y traidor no alumbró el día;  
y tus proscritos por do quier errantes  
sin hogar y sin pan y peregrinos,  
son desgraciados, sí, pero argentinos.

En campo abierto, con desnuda frente,  
á los esclavos del mandón buscaron  
y á par del brazo el corazón valiente  
quebraron lanzas donde lanza hallaron.

Y sólo al pie de la bandera nuestra,  
y mandados en lengua de Castilla,  
centellaron los sables en su diestra,  
para lavar con sangre tu mancilla.

Pero jamás bajo pendón ajeno  
un proscrito lidió... hay en su seno  
tanto orgullo como odio á tu tirano.

Ni en su fortuna ingrata  
atravesaron nunca el Océano,  
á rogar *eso* que domeña al Plata.

Si á la faz otra vez de las naciones  
la Europa huye la guerra,  
alzando á Dios el alma esperanzada,  
¡oh, Rosas! otra vez te probaremos  
que cañones y ejércitos tenemos  
mientras tengamos corazón y tierra.

Mientras haya proscritos  
que lleven, como yo, sobre su frente

libertad y el patriotismo escritos,  
y dentro el corazón la fiebre ardiente  
del odio por tu nombre y tus delitos.

Hombres que, como yo, ni desesperan  
cuando te halaga la fortuna un día,  
ni la victoria esperan  
más que de su tesón y su osadía.

Como yo, que mi credo es la victoria,  
mi fe, la libertad, y mi esperanza,  
el porvenir, de cuyo sol hermoso  
un destello doquier mi mente alcanza.

Destello bendécido por mi lira  
hoy bajo el arco tropical radioso  
donde el cielo, la luz y el campo inspira:  
ayer sobre las ondas del Oceano  
bajo el día sin sol del yerto polo,  
cuando perdido y solo,  
á las fraguas del rayo alcé la mente  
con la lira de bronce entre mi mano  
y al son de las tormentas y los vientos,  
rugiendo mis acentos,  
lancé una *maldición* sobre tu frente.  
*Río Janeiro, Agosto de 1845.*

---

## A D I O S

Señor, no te profana  
ál hablarte de amor mi voz mundana,  
porque yo sé que con tu mismo aliento  
el fuego enciendes que en mi pecho siento.  
La cristalina gota

del llanto matinal sobre las flores;  
el pequeñuelo arbusto  
besando el mar desde la peña rota;  
al expirar el sol, los mil colores  
que huyen la noche con su ceño adusto:  
de los niños la risa y las congojas;  
de las palomas el sentido arrullo;  
la música del céfiro en las hojas,  
y el cristal de una fuente y su murmullo,  
fueran siempre, Señor, al alma mía  
el terso espejo de tu imagen vía:  
dormis ojos, Señor, te contemplaran  
en tu esencia de amor y de pureza,  
como el trueno y el sol me revelaran  
tu eminente poder y tu gradeza.

Pero nunca jamás te hallé tan bueno,  
ni más sublime en débil criatura,  
que al sentir en mi seno  
este mar de inquietudes y ternura.  
Hoy no vivo por mí—vivo en la vida  
de una mujer que á revelarme vino  
la esencia celestial que hay escondida  
en cuanto es obra de tu ser divino.

Hoy sé que puede un corazón humano  
en otro corazón sentir sus penas,  
y en la leve presión que hace una mano  
transmitirse la savia de las venas.  
Hoy sé que puede la abrasada boca  
ceder el agua en medio del desierto,  
por evitar un ¡ay! darse una vida,  
y adorar cuanto mira y cuanto toca  
bella y amante la mujer querida.

Esa tu mente fué, Dios generoso,  
cuando ese imán pusiste dentro el seno,

que arrastra misterioso  
un ser hacia otro ser, de encantos lleno.  
Y eso es, mi Dios, lo que en mi pecho siento:  
el calor mismo de tu mismo aliento;  
y no á tu grave Majestad profana  
al hablarte de amor mi voz mundana.

Si tú me has dado lo que siente mi alma,  
si tú me has dado la mujer que adoro,  
haz que yo goce en calma  
su dulce amor, mi celestial tesoro.

En plácido sosiego  
hazla mía no más — solo con ella,  
más te veré, Señor, cuanto más bella  
la halle á la luz de mi amoroso fuego

Una cabaña en las desiertas islas  
del alto Paraná, será un Edén,  
si allí, en mi seno su cabeza hermosa,  
tiernos mis ojos contemplarla pueden.

Sentada en mis rodillas,  
coronada de flores,  
en la tarde tranquila y silenciosa,  
del río en las orillas,  
tú escucharás, Señor, nuestros amores  
en las voces sentidas  
de dos almas en una confundidas.

Ella no inspira sino amor del cielo,  
porque tanto de cielo representa,  
que á veces creo que remonta el vuelo  
y en ángel ó en perfume se me ausenta.

Ella no exalta, no, mi fantasía;  
ella hiere, Señor, con magio encanto  
la sensibilidad del alma mía,

como la luna sobre el mar sin olas,  
como en el templo el religioso canto,  
como en lo espeso de las selvas solas  
la música del viento,  
el quejido de amor de las palomas  
y el penetrante aliento  
de las auras besando las aromas.

Ella es la imagen que formó mi mente  
allá en mis creaciones de poeta,  
cuando de mi alma ardiente  
la inspiración secreta  
me hiciera imaginar lo que no veía,  
en mi ambición de amor y poesía.  
Ella no siente sino amor del alma,  
y pudorosa y tímida y amante  
á mi sensible voz pierde su calma,  
pero en su virgen seno,  
de sueños de ángel y suspiros lleno,  
la flor de su virtud queda fragante.

Mujer de corazón, ama y padece,  
y en su mismo sufrir su amor se excita  
como abre y enrojece  
la rosa con el sol que la marchita.

Mujer en su belleza,  
y ángel en su bondad y en su pureza,  
aun no comprendo si en mi amor profundo  
me vence el cielo, ó si me vence el mundo  
Sólo sé que contento,  
cuando á su lado estoy, más pienso en ella  
que en los ardores que en mi pecho siento,  
aun cuando la amo tanto y es tan bella.

Dame dicha, Señor, en mis amores,  
dame paz y sosiego,  
que á tanto amor son tantos los rigores  
que á ti levanto mi sentido ruego.

A ti á quien no profana  
 al hablarte de amor mi voz mundana,  
 porque yo sé que con tu mismo aliento  
 el fuego enciendes que en mi pecho siento.

---

## AL SOL DE MAYO

1847.

AL POETA ARGENTINO DON JUAN CRUZ VARELA

---

De aquel tiempo bendito  
 no han muerto los recuerdos con la gloria,  
 pues hay, cantando á Mayo, algún proscrito  
 que dedica su canto á tu memoria.

JUAN MÁRMOL.

Gracias ¡oh Sol de venerando Mayo!  
 astro de vida y esperanzas lleno;  
 gracias y bendición porque en mi seno  
 calientas la esperanza con tu rayo.

Bajo tu luz no hay duda ni desmayo,  
 ni ajena libertad, ni pueblo ajeno;  
 sonríe el Ecuador y el mar chileno,  
 el Plata se alza, y brilla el Pilcomayo.

Todos hoy te saludan de rodillas,  
 dios de los Incas, genio de sus hijos,  
 cuando en las puertas del Oriente brillas.

Y en las promesas de tu gloria fijos  
 los libres sienten, como siento en mi alma,  
 caer con tus rayos esperanza y calma.

Naciste de las ondas del caudaloso Plata,  
y al mundo que á la falda del Andes se dilata  
tocaste con tu rayo la adormecida sien.  
Y tras tu hermosa lumbre se despeñó en su carro,  
las bases conmoviendo del mundo de Pizarro,  
de la argentina patria la libertad también.

Y contemplaste luego la americana guerra;  
la sangre más hermosa que humedeció la tierra;  
el duelo más gracioso que vió la humanidad.  
Dos siglos, dos creencias, dos mundos se retaron;  
y en campo de gigantes quince años batallaron,  
teniendo por testigos la venidera edad.

Que entonces este mundo perdido entre las olas,  
dormido entre las sombras de nubes españolas,  
esclavo á lo pasado y ajeno al porvenir,  
se levantó rasgando la niebla de su Oriente,  
mostrando á los tiranos su poderosa frente  
y osando con el sable la tradición partir.

Entonces cada golpe de sable americano  
vibraba en los confines del porvenir humano,  
y en la cadena regia quebraba un eslabón.  
Y cual nacieran mundos de luz immaculada  
cuando el divino acento fecundizó la nada,  
los llanos dieron pueblos al eco del cañón.

Entonces los aceros santificados eran;  
la sangre era rocío cuya virtud bebieran  
los árboles en broto para la libertad.  
Las tumbas eran raíces del mundo que nacía  
y al héroe que á los botes del español caía,  
la mano lo tomaba de la inmortalidad.

Entonces como lanzan los senos de Aconcagua  
las rocas inflamadas en su profunda fragua,



la América lanzaba sus pueblos á lidiar.  
Desparecieron ríos, montañas y desiertos,  
y los nacientes pueblos de la victoria ciertos,  
cantando la victoria volaban á triunfar.

Poblábanse los templos de cirios y cantares,  
y vírgenes y ancianos al pie de los altares,  
rogaban por los *Libres* al Justiciero Ser.  
Y las altivas madres lloraban cuando vían,  
que á sus hermanos hombres, los niños no seguían  
ó que por fruto el cielo les daba una mujer.

Entonces, Sol de Mayo, la guerra era una vida  
vaciada por las venas y en ellas difundida,  
que las entrañas todas de América filtró,  
de todos el esfuerzo, de todos la victoria;  
los reyes solamente lloraban, nuestra gloria,  
los reyes la lloraban, pero los pueblos no.

Los pueblos sonreían en triunfo y en derrota,  
pisando los fragmentos de la cadena rota,  
y oyendo los aplausos de la posteridad;  
y se cumplió en tres lustros tu profecía extraña;  
perdiendo unas *Colonias* la imprevisora España  
y amaneciendo un *Mundo* para la humanidad.

Y la Argentina Patria—tu Patria, Sol de Mayo—  
que do clavó tu enseña glorificó tu rayo,  
por Salta comenzando lo que acabó en Junín,  
por siempre te bendijo, y en la muralla el bronce,  
y el órgano en el templo; y el corazón entonces  
tu rayo victoreaban al verlo en el confín.

---

Nada faltó á tu gloria  
tierra de bendición, Patria del alma;

recogiste el laurel de la victoria,  
y, extinto el odio al terminar la hazaña,  
velaste con las bóvedas del templo  
la rendidas banderas de la España;  
y buscaste después, por digno ejemplo,  
de la virtud y del saber la palma.

Nada faltó á tu gloria  
ni á tu prosperidad, Patria Argentina,  
bajo manos tan puras y gloriosas.—  
¡Echa tu bendición á su memoria...!  
¡Nada falta á tu ruina,  
bajo la mano bárbara de Rosas!

---

Este hombre sin raza, que lleva en sus venas  
veneno del áspid en sangre de hienas,  
hipérbole ruda del genio del mal,  
su planta manchando la tierra que toca  
maldijo, rugiendo de envidia su boca.  
¡Oh sol de mis padres, tu luz inmortal!

¿Recuerdas los días de gloria y bonanza  
que en himnos de triunfo, tu luz de esperanza  
los niños cantaban, tu rayo al nacer?  
¿Recuerdas del viejo las lágrimas tiernas  
contando á sus hijos las glorias eternas  
y el júbilo puro del Mayo primer?

¿Recuerdas la orquesta, los órganos santos,  
el púlpito, el pueblo, la almena y los cantos  
cual libres loaban tus glorias ¡oh sol!?  
¿Recuerdas aquella tan sabia y guerrera  
feliz Buenos Aires, que en ciencias creciera  
después que hizo trizas del yugo español?

¿Recuerdas la mente forjando esperanzas,  
y el pueblo entusiasta, tirando las lanzas,  
buscar el arado, la paz y el hogar?  
¿Recuerdas los sabios dictando las leyes,  
y en vez del capricho de impávidos reyes,  
al pueblo bisoño, justicia enseñar?

Pues mira si encuentras un vástago apenas  
de tantos jardines, sobre esas arenas  
que hoy oyen desiertas del Plata la voz.  
La mano de Rosas pasara sobre ellas  
cegando con ríos de sangre sus huellas...  
¿y no hay algún rayo, justicia de Dios?

Astuto tirano, tu vida es la guerra;  
la guerra del crimen que mancha la tierra  
sin dar otro fruto que el fruto del mal.  
¿No miras los pueblos volar á encontrarse,  
y en sangre de hermanos la espada bañarse  
dejando en la patria clavado el puñal?

¿No miras sin alas, esclava la mente,  
y el pueblo en cadenas saber solamente  
que el dolo es justicia y el odio virtud?  
¿No miras al padre temblar de los hijos,  
y amigos y hermanos guardarse prolijos,  
sintiendo en el pecho cobarde inquietud?

¿No miras los pueblos postrarse al embate  
de tanto sañudo continuo combate,  
moviendo sin fuerzas el brazo después?  
Es esa la astucia del gaucho pampino:  
secar las entrañas del Pueblo Argentino  
v luego sin fuerzas tenderlo á sus pies.

Por él se han perdido tus días de gloria,  
 que odiando de *Mayo* la sacra memoria,  
 ni libres, ni leyes, ni enseña dejó.  
 Alzó la canalla de la orgía y fango  
 y al sabio, al guerrero, al brillo y al rango,  
 salvaje ignorante, de polvo cubrió.

¡Eh! ¿Qué haces, bandido? Si el pueblo ya has muerto,  
 si son las ciudades sepulcro entreabierto  
 que el eco repite del son de tu pie,  
 decreten el fuego tus labios malditos,  
 y el fuego, espantado de tantos delitos,  
 cadáver y tumba devore á la vez.

Sí, bárbaro, á tragos le diste el veneno,  
 y toda esa patria ya tiene en el seno  
 por años muy largos el germen del mal.  
 Los hijos de tu hija, vaciarse las venas  
 querrán de vergüenza, mirando las penas,  
 los males que brota tu escuela infernal.

Mas éranle pocos los pueblos que gimen,  
 y quiso más lejos, ese hijo del crimen,  
 llevar los ultrajes al hombre y á Dios.  
 Y dijo: «Pues odio la patria bandera,  
 que venga á ultrajarla la saña extranjera,  
 »y en olas de sangre que vibre mi voz

»Así, despertando los patrios enojos,  
 »tan sólo *extranjeros* verán á sus ojos,  
 »sin ver, mis esclavos, su yugo servil.»  
 Y escupe— miradlo—con ruda jactancia,  
 la fuerza y las leyes de Albión y de Francia  
 y el pueblo y el trono del joven Brasil.

¡Ay, cuán triste destino  
 fuera el tuyo, infeliz, pueblo argentino,  
 si hoy no fuesen *los reyes y sus pueblos*  
 reyes de paz y pueblos mercaderes!

¡Cuánta sangre tuvieres,  
 contra tantos vertieras inocente,  
 uncido como estás al férreo yugo  
 del déspota verdugo,  
 que á tantos á la vez reta insolente!

---

Mas esa paciencia de Job en los reyes,  
 ¿Será porque guardas ¡oh Sol! en tus leyes  
 la ley de que el Plata se vengue por sí?  
 Entonces, bendita su estoica paciencia,  
 su paz de cristianos y toda su ciencia,  
 que arrastran al lazo sus gauchos aquí.

¡Oh, Sol de mis Padres, de eterna memoria!  
 Consérvanos, solos, la fuerza y la gloria  
 de alzar un cadalso y á Rosas en él.  
 Y en hecho en los siglos quizá sin segundo,  
 así vengaremos la patria y el mundo,  
 sin ser la balanza desviada en su fiel.

Caliente tu rayo la sangre en las venas  
 del pueblo entumido por torpes cadenas,  
 y entonces ¡ay Rosas! su fin llegará.  
 No sabe del pueblo que oprime y ultraja:  
 será entre sus manos gigante de paja  
 que á un golpe en el polvo deshecho caerá.

Entonces, ¡oh Mayo! tus días benditos  
 verán en su patria los nobles proscritos  
 volver derramando brillante fulgor;  
 y tú cuando el rayo primero nos vibres,

verás *sin recuerdos* un pueblo de libres  
que en sólo una tumba guardó su rencor.

---

Y entonces yo, que tu gloria  
tantas veces he cantado,  
sin ser ninguna escuchado  
de la tierra en que nací;  
yo, que en el destierro he visto  
encanecer mis cabellos,  
perdiendo mis años bellos  
por la tierra en que nací,  
yo haré vibrar en mi lira  
cantos eternos al verte,  
y después... después, la muerte  
en la tierra en que nací.

---

## UNA TARDE EN EL DACÁ

---

Aquí el genio se siente libre,  
y se complace, porque aquí es  
dulce la meditación; si él agita,  
ella calma.

MAD. STAEL.

### I

De una ligera barquilla  
la sutil y leve quilla  
presto va,  
deslizándose en la fina  
superficie cristalina  
del Dacá.

No arroyos de aguas serenas  
sino de sierpes amenas  
de cristal,  
do se mira retratada  
la bóveda dilatada  
celestial.

Y en la barca navegando  
con el alma palpitando  
vengo á él,  
á derramar en el seno  
de mi espíritu sereno  
dulce miel.

Que esa súbita tormenta  
de pasiones que se alienta  
entre mí,  
no puede sino cual llama  
sin el aire que la inflama  
ser aquí.

Aquí do tanto evidencia  
se entrevé de la existencia  
del Señor;  
y donde sólo se apura  
la sutil esencia pura  
del amor...

.....

## II

El sol como globo de pálido fuego  
apenas destella lejano fulgor,  
y esconde en topacios y perlas y oro,  
su ya transparente marchito claror.

Sus débiles rayos que leves penetran  
cual finos encajes los bosques se ven;  
y llegan al agua dorando su linfa  
cual rubios cabellos que sueltos estén.



El suelo y el campo envidia se dan;  
 las nubes son de oro, y allá unas colinas  
 cual jóvenes novios con trajes bordados  
 de rica esmeralda coquetas están.

Y así que las nubes se apagan, del sol  
 parecen entonces matices manar;  
 y al céfiro blando que vida les dió  
 por premio les dejan el ámbar robar.

La aves que pasan jugando, cantando,  
 besando las flores que embriagan de olor  
 y en círculos varios se van delirantes  
 juntando sus picos al nido de amor.

¡Feliz quien pudiera cambiar su destino,  
 del ídolo amado cambiarlo á la par,  
 y en pos de esas aves volar á los bosques  
 á sólo entre amores la vida pasar!...

. . . . .

### III

Se ve todavía lucir en la esfera  
 el bello recuerdo del sol que se fué,  
 y aquí de las altas hojosas orillas  
 ya negra la sombra cundiendo se ve...

Que Sibila Eritrea pudiera un instante  
 venir inspirada y amiga al contarme  
 cual cosas pasadas los siglos que vienen,  
 aquestas orillas en ellos mostrarme.

Sin ella á los siglos mi espíritu vuela,  
 diviso los tiempos... ¡Qué bellos y amenos!  
 Los hombres diviso... ¡Qué suaves y nuevos!  
 Se oprimen las manos: se abrazan... ¡Qué buenos!

Y a estas orillas... ¡oh, ya las contemplo  
con casas lujosas que el arte alzará,  
y á vírgenes puras cogiendo las flores  
de bellos jardines que baña el Dacá!

Y en hora cuál ésta ya ver me parece  
surcando el arroyo barquilla de amor;  
barquilla que lleva cantando en su popa  
pareja de humanos que apura dulzor.

Que acerca á la orilla la barca veloz;  
que un joven rebata purpúrea una flor;  
que luego en un trono de nieve la pone  
y un beso por premio le paga el amor.

Que extraños que pasan también por su lado,  
en vez de zaherirlos con torpe rigor,  
sensibles los miran y dicen: «pasemos,  
»que gocen felices... la vida es amor.»

Tal vez en un tiempo... ¡ah quién lo gozara!  
feliz fantasía, te tornes verdad...  
Mas si hoy entre espinas la vida se pasa,  
que gocen los hombres siquiera esa edad...

#### IV

Apenas luz pasajera  
del crepúsculo quedó;  
y el dorado de la esfera  
ya la sombra amarilló,  
Sombra vaga y misteriosa  
que en su lánguido existir  
nos despierta religiosa  
los recuerdos del vivir.

A mi barca fugitiva  
 la detengo en su volar;  
 para suave y pensativa  
 quieta el alma suspirar.  
 Y á los mustios arrayanes  
 y á las aguas del Dacá  
 contemplar cual talismanes  
 en que Dios y amor está.

En que Dios... ¡y qué verdad!  
 ¿En qué mente de criatura  
 no ha brillado su luz pura,  
 si vagó en la soledad?...

Si admiró por un instante  
 algún prado, una colina,  
 una estrella peregrina,  
 ó á la luna vacilante?...

¿Y qué pecho, cual el mío  
 joven presa del dolor,  
 contemplando un manso río  
 no ha pensado en el amor?

¿No ha deseado que en su brazo  
 palpitase su querida  
 y olvidar en su regazo  
 los tormentos de la vida?

¡Ay! alguno tal vez goce  
 lo que apenas pienso yo...  
 que cual de ese sol que huyóse  
 ni un destello nos quedó.

Así he visto que volaba  
 para nunca más volver  
 la fazada que me ataba  
 con el mundo y el placer.

*Mercedes, Enero de 1841.*

---

## EL SUSPIRO

Detente, suspiro,  
no vuelas en vano,  
no hay pecho que humano  
morada te dé;  
detente, que miro  
burlar tu amargura,  
sonreír la perjura,  
que es sorda á tu fe.

No olvides que un día  
del alma saliste,  
que amor le pediste  
brindándole amor;  
y que ella más fría,  
más cruda que el hielo,  
burlaba tu anhelo  
con fiero rigor.

No olvides que fino  
de nuevo á su pecho  
volviste deshecho  
pidiendo piedad,  
y allí tu destino  
miraste sin vida,  
sintiendo adormida  
la negra impiedad...

Regresa, suspiro,  
y oculta tu llanto,  
que en él mi quebranto,

mis penas se ven.  
 Regresa y expira  
 contento en mi suerte;  
 más quiero la muerte  
 que frío desdén.

*Montevideo, Diciembre de 1839*

---

### EN LA LAPIDA

DE

FLORENCIO VARELA

*asesinado por orden de Manuel Oribe en la noche  
 del 20 de Marzo de 1848*

Muerto á la libertad, nació á la historia,  
 y es su sepulcro templo de su gloria

---

### EL JURAMENTO

No bien asoma en el Oriente el día,  
 cuando una idea por mi mente umbría  
 rueda y me dice:

En igual hora de tu bella Elvira  
 su brazo entre tu brazo se apoyaba,  
 y cuando el sol á columbrar aspira  
 tu patrio Plata vuestro pie regaba;  
 y allí, más puro que la blanda brisa,  
 era en tu pecho tu profundo amor;  
 y allí de Elvira la inocente risa  
 era más bella que el primer albor.

No bien el sol en el ocaso muere,  
cuando una voz mi pensamiento hiero  
que me recuerda:

En igual hora de su labio hubiste  
el primer beso de deleite lleno,  
y á su inocente conmovido seno  
veloz latiendo de pudor sentiste,  
y vuestras almas cual esencias leves  
que exhala en olas delicada flor,  
á vuestros labios asomando breves  
de un cuerpo al otro las cambió el amor.,

Pero fué en aquel instante  
en que se sepulta el día;  
hora de melancolía  
de luz mustia, agonizante,  
y de mi suerte expirante  
fué la muda profecía.

No bien la noche por la negra esfera  
la mitad corre de su fiel carrera  
cuando escucho otra voz:

En hora igual, encapotado el cielo,  
temblar hacía el conmovido suelo,  
y ella en tus brazos de dolor henchida  
ni era cadáver ni sentía vida.  
Y hasta su labio que febril latiera  
llegando el tuyo por la vez postrera,  
besaste á su alma que vagó en su voz  
cuando besaste su postrer adiós.

Oye, mi Elvira: Contra ti he mirado  
nacer el astro que á los seres cría;  
pues que enlutado  
cual noche umbría,  
me niegue airado  
la luz del día,

si otra mujer en tu lugar percibes  
acá en el alma do reinando vives.

He visto contra ti llegar la hora  
diosa de mis recuerdos y consuelos;  
pues que traidora  
lleve en su vuelo  
lo más amado  
de mi pasado;  
y ni recuerdo  
de dicha alguna  
desde mi cuna  
conserva yo,

si el corazón donde tu nombre habita  
de otra mujer por el amor palpita.

He visto á Dios estremecer la esfera  
al abrazarte por la vez postrera;  
pues que iracundo  
me forme un mundo  
de negro horror,  
y en él me lance  
para que alcance  
sólo rigor,

Si cuando el ángel de la muerte vea  
no eres, mi Elvira, mi postrer idea.

*Mayo 1841.*

---





Ya vírgenes puras cogiendo las flores



## A UNA SEÑORITA

Es presagio enlutado,  
ofrecerme volver lo que os he dado.

Si fuera en otros tiempos, os diría:  
No sé si es la verdad, pero parece  
que toda bella flor os pertenece;  
que el verso y la armonía  
son vuestra propia voz y poesía;  
y que si alguien dijera  
que os da su corazón enamorado,  
bien podríais decirle que mintiera  
con ingenio más diestro,  
pues el pobre cuitado  
os daba como suyo lo que es vuestro »  
Mas de tales colores  
en mis pinceles ni vestigios restan.  
Y os dire en el acento  
del fraternal intento,  
que el corazón, los versos y las horas  
se dan acaso, pero no se prestan.  
Y que al ponerlas en las manos bellas  
de alguna criatura,  
se les da lo que en raptos de ternura  
hizo la Providencia para ellas.

---

## BRINDIS

EL 25 DE MAYO DE 1852

*Contestando á otro del Dr. D. Juan M. Gutiérrez.*

Recojo de tus labios  
la inspiración, y brindo,  
por los amargos días  
de nuestra juventud:  
aquellos que perdidos  
en playas extranjeras  
pasaban en nosotros  
sin porvenir ni luz.

Los dos hemos cantado  
las glorias de la patria;  
los dos hemos llorado  
su bárbara opresión;  
los mares, el desierto  
y el llano y las montañas,  
conocen de nosotros  
la noble inspiración.

Los dos hemos rondado  
las puertas de la patria,  
besando los umbrales  
del suspirado Edén;  
los dos al fin nos vemos  
donde nos ver quisimos:  
en el sagrado templo  
de nuestra ardiente fe.

En brazos de la patria  
y en medio de la vida,  
Gutiérrez, aun tenemos  
un voto hecho ante Dios:  
tenemos que ser siempre  
para la tiranía  
proscriptos y poetas,  
tal es nuestra misión.

---

## EL POETA MÁRMOL AL POETA MITRE

### EL CANTO DE LA PATRIA

Ya las nubes del Plata al fin se doran  
tras larga noche de tiniebla umbría,  
y al alma luz del suspirado día  
los pueblos cantan, los tiranos lloran.

Ya la patria del genio y las victorias  
á su trono inmortal radiante sube,  
envuelta, como en blanca y azul nube,  
en la bandera de sus viejas glorias.

Madre ardiente de amor, yerta al encono,  
del Plata al Andes sus miradas gira,  
y á un sólo pueblo envanecida mira,  
que en su hombro de titán sostiene el trono.

El destino solícito levanta  
á sus ojos el velo del futuro,  
y ella, al través del horizonte obscuro,  
ve el porvenir y su grandeza canta:

«Allá está iluminada por el divino rayo  
que brota la mirada dulcísima de Dios,  
la interminable senda que me enseñara en Mayo  
cuando sonó á mi oído su omnipotente voz.

»Allá está atravesando del tiempo las regiones,  
surcada de los siglos por el gigante pie,  
cubierta con los restos de cien generaciones  
que vanse trasmitiendo la herencia de mi fe.

»Allá está la corona del genio americano  
y el libro del destino, bajo región de luz;  
regalos á la esposa del porvenir humano,  
á la heredera rica del mundo y de la cruz.

»El porvenir la espera. ¡Allá está y se levanta  
la lumbre que ilumina de América la faz;  
marchemos adelante de su atrevida planta;  
sobre el pasado ingrato resignación y paz!

»Aquí, dentro mis ríos que riegan las entrañas  
de un mundo y le difunden la vida y robustez,  
sobre mis anchos prados, al pie de mis montañas  
que dora de mis astros la clara brillantez;

»aquí no he respirado después que sonó ingrata  
de la vergüenza mía la bárbara señal;  
las olas no llevaron mi lágrima en el Plata,  
ni el viento de la Pampa mi queja maternal.

»Y errante peregrina, viví con el tesoro  
de los recuerdos bellos de mi rosado albor,  
cuando se abrió en la historia la página de oro  
que recibió mi nombre con su inmortal honor.

»En lágrimas bañada y ahogando en mi delirio

dentro del pecho mío la dolorida voz,  
de hinojos he pasado las horas del martirio  
pidiendo por mis hijos la caridad de Dios.

» Mi sed amortiguada en los torrentes fríos  
que de la sien del Andes espléndidos caen;  
y allí los pasos vía de los guerreros míos  
marmando sempiternos la empedernida sien.

» Mi lecho eran los campos que hubieron por alfombras  
las rotas armaduras del duelo colosal;  
y allí me rodeaban las impalpables sombras  
de los que al caer oyeron mi cántico triunfal.

» Para guardar mi sueño entre mortuoria pompa  
velaban silenciosas su inmenso panteón;  
pero soñando oía de la guerrera trompa  
los vibradores ecos, y el trueno del cañón.

» La noche fué muy larga, pero sonó la hora  
de la Justicia eterna, y el rayo descendió;  
iluminó la esfera su llama vengadora  
y la proterva frente del bárbaro rompió.

» Abriéronse los muros del templo maldecido;  
los ídolos cayeron de su sangriento altar;  
pero el espeso polvo por vientos sacudido  
encegueció á mis pueblos al procurarme hallar.

» Al fin nos encontramos, y cerco diamantino  
me forman con el alma que les tocara yo;  
nos vemos á los rayos del sol de mi destino;  
el polvo de ruinas se levantó y cayó.

» ¡Adiós para el pasado! ¡Allá está y se levanta  
la lumbre que ilumina de América la faz,



marchemos adelante de su atrevida planta,  
tras el pasado ingrato fraternidad y paz!

»¡Al porvenir seguidme! ¡la luz lleva en su mano,  
mostrándonos la senda, la hermosa libertad;  
si halláramos de paso que crece algún tirano,  
al águila en el huevo de paso reventad!»

» Octubre, 21 de 1860.

## A LA CONDESA DE WALEWSKI

EN 1847

Ya, señora, entre vos y los proscritos  
hay algo de común que os simpatiza;  
lazos cuanto más tristes más benditos;  
pila donde el mortal se fraterniza;

unión de que hace el corazón alarde;  
pura como el rocío de la aurora;  
triste como las sombras de la tarde;  
fraternidad de lágrimas, señora.

Ni en vos ni en ellos la memoria un día  
podrá olvidar á la argentina playa:  
ni el alma nunca suspirar podría  
sin que un suspiro á Buenos Aires vaya,

Parece que esa patria hubiera sido  
por el Genio del mal arrebatada  
de los brazos del Angel, descendido

á velarla en su cuna inmaculada.

Y que allí do no alcanzan los tiranos;  
naturaleza con su brazo alcanza,  
y en las obras más puras de sus manos  
se cumple alguna mágica venganza.

Vos, señora, nacida bajo un cielo  
do siempre el iris y la aurora víais,  
recién alzando el nacarado velo  
de vuestra juventud ¿llorar sabíais?

¡Ah! llegasteis allí! y en vuestra suerte  
las flores con el llanto descoloran;  
que en esa tierra de infortunio y muerte  
hasta las piedras insensibles lloran.

Disteis un ángel á la patria mía;  
pero al arrullo del materno anhelo  
la tempestad del Plata respondía,  
y asustado el querub volóse al cielo.

Llanto de madre vuestros ojos dieron;  
y, asida al corazón la suerte ingrata,  
lágrimas y gemidos se perdieron  
entre las brisas del salvaje Plata.

Ved ¡ay! señora, en vuestro propio llanto  
el llanto de mil madres argentinas.  
¿Dónde sus hijos son? ¡Ah! ¡cómo es santo  
el duelo de esas almas peregrinas!

Allí donde perdisteis vuestra hija,  
allí arrancados de sus brazos fueron;  
y allí donde llorasteis tan prolija,  
sobre *sangre* sus lágrimas corrieron.

Mas vos, al menos, lloraréis amores,  
libre, en la urna vuestros ojos fijos;

y ellas no pueden ni tejerles flores,  
ellas no pueden ni llorar sus hijos.

¡Ay, señora! tened en la memoria  
que esa patria infeliz que véis en luto,  
llorando siempre su perdida gloria,  
miró nacer á vuestro tierno fruto.

Que allí, en el labio maternal bebisteis  
su primer respirar, su primer grito:  
que allí, en el brazo maternal sentisteis  
el primer sueño de su ser bendito.

Que *allá* en los cielos Argentinos mora;  
que allí os la diera Dios, y á Dios entonces  
por su patria infeliz rogad, señora...  
súplica de mujer conmueve al bronce.

Ama una madre hasta la pobre lana  
que ha cubierto á sus hijos en la cuna,  
¿cómo no amar la patria donde ufana  
les vió nacer, por mal, ó por fortuna?

¿Cómo no amarla vos, si sois nacida—  
brillante flor del Alpes italiano—  
donde esa voz: *la patria*, es voz de vida  
con que abre y late el corazón temprano?

¡Oh!, y no el amarla vuestro pecho sienta;  
porque esa patria que en cadenas llora,  
es el diamante que en su sien ostenta  
esta virgen América, señora.

Mas, cual murió al nacer la flor preciosa  
que hoy llena de dolor vuestra memoria,  
de esa patria también, en noche umbrosa,  
murió al nacer el fruto de su gloria.

Mas, cual vendrán un día á vuestro seno

consolación y frutos venturosos,  
 á esa patria vendrá, limpio y sereno,  
 cielo de paz, y tiempos deliciosos.

Rogad, señora, por la patria aquella  
 do vuestra hija amaneció á la vida;  
 acaso un día, cuando os hablen de ella,  
 «fué su patria», diréis envanecida.

Si hoy todos la abandonan en su duelo,  
 quédele al menos la plegaria pura  
 de aquellos que conservan en el cielo  
 ángeles que comprenden su amargura.

Ellos á Dios le contarán de hinojos  
 el ¡ay! del mundo que á los cielos llega;  
 y allí á la luz de sus benignos ojos,  
 ya vuestra hija por su patria ruega.

---

## A BOLIVIA

EN 1846

### I

Divina inspiración, genio del canto,  
 tiende sobre mi sien tus blancas alas,  
 y de entusiasmo en la pupila el llanto,  
 suba la mente á las etéreas salas.

Postrada el alma ante el eterno trono  
 beba las auras que el Señor respira,  
 y de las arpas de marfil el trono  
 temple las cuerdas de mi dulce lira.

La luz de Dios, radiante á mi memoria;  
la voz de Dios, á mi mundano acento;  
y en un mar de esperanzas y de gloria  
se lance al porvenir mi pensamiento.

Tú grabaste, Señor, Dios de los mundos  
en la frente de América una estrella  
que al futuro en sus cóncavos profundos  
alcanza un rayo de su lumbre bella.

Yo seguiré ese rayo soberano  
á sorprender los siglos con mi mente,  
como la fe del corazón cristiano  
la lumbre sigue de tu regia frente.

Yo leeré nuestro tiempo con su rayo.  
Genio del canto, ¡ven, mi nombre imprime  
en la arena del río Pilcomayo  
dándole á mi alma inspiración sublime!

## II

Bolivia, tierno seno  
del corazón de América mi madre,  
de amor y vida, y esperanza lleno,  
como la luz del astro  
soñor del Inca que tu frente dora;  
verde promesa del futuro hermoso,  
virgen en cuyas sienes de alabastro  
la mirada de Dios refleja y brilla,  
al levantarse tu radiante aurora.  
Yo te saludo de la triste orilla  
que baña el Plata en su raudal undoso.

En la noche sombría  
que el humo del cañón formó en tu cielo,  
quebraste con tu espada  
de tres centurias la coyunda impía.  
El león de las Españas en tu suelo,

desde la sien nevada  
 miró al Cóndor del Andes boliviano  
 como flecha de Dios caer á su frente;  
 y su hercúlea pujanza de repente  
 con su airado rival luchara en vano.

De América el cimientó  
 se conmovió al estrépito gigante  
 de un torrente de lanzas que violento  
 invadió por las sierras y los llanos,  
 quebrando con sus puntas de diamante  
 la muralla de bronce,  
 do el pendón de los viejos castellanos  
 se desplegaba entonce  
 sobre acerada clava,  
 bajo el cielo de América su esclava.

Y en aqueste torrente,  
 allí, la patria de Belgrano estaba;  
 allí la paz y Cochabamba alzaron  
 ceñida de laurel su altiva frente,  
 y á los ecos del Plata se mezclaron,  
 bajo la luz de Mayo,  
 los ecos del Bermejo y Pilcomayo.

Allí estaba el desierto;  
 y en un mundo sin fin, sin horizonte,  
 allí la selva y empinado monte,  
 allí el mar que Balboa saludara,  
 y allí las rocas que Colón pisara.

Todos, todos allí, y allí la patria  
 del ancho Beni y Potosí opulento,  
 quebrando sus cadenas  
 en aquel día de sublime intento;  
 y con sangre copiosa de sus venas  
 bautizando la frente  
 del mundo que legaban  
 á la futura americana gente.

Sangre preciosa que Ayacucho viera  
 del pecho varonil como un rocío  
 de los cielos caer, para que un día  
 cada gota inmortal un pueblo fuera.

Animad, animad el cuerpo frío  
 de los héroes allí... La fosa umbría  
 su polvo esparcirá, y ELLOS, la frente  
 con aureola de mártir alumbrada,  
     y el descarnado brazo  
 en los hombros del ángel de la gloria  
 subirán á la sien del Chimborazo  
     por la huella esplendente  
 que hizo el carro veloz de la victoria.

¡Animad, animad! ELLOS sus ojos  
 en torno volverán... las cordilleras  
 inclinarán sus sienes altaneras;  
     callarán sus enojos  
 las irritadas olas de los mares,  
 y las Llamas y el Cóndor escondidos,  
 los valles y las selvas y los montes,  
 el sol y los ardientes luminares  
     sin ley, sin horizontes,  
 serán de santa admiración henchidos

### III

Mas tu misión, ¡oh Belívia!  
 no estaba solo en tu lanza,  
 que otra más alta esperanza  
 reservó Dios para ti;  
 tus héroes en los combates  
 no fueron más que tu aurora  
 que vino á anunciar la hora  
 en que habrá el sol de salir.

Esa misión del acero  
 la llenaron tus campeones,



pero á otras generaciones  
legaron otra misión;  
tan rica de gloria y nombre  
tan orlada de opulencia,  
que fué la más bella herencia  
de su paternal amor.

Tocas y admiras los Andes,  
¿no es verdad? pues tu cabeza  
con más poder y grandeza  
un día levantarás;  
que es América el emblema  
del Cóndor entre la nube  
de la ronca tempestad.

Pero la mano del cielo,  
entre misterio profundo  
pareció robarte al mundo,  
huérfana y oculta flor;  
y abandonada, perdida,  
cual un diamante entre rocas,  
lo que hoy tan posible tocas  
ayer pareció ilusión.

¡El mar! ¡sublime esperanza  
de tu ambición más sublime!  
Es tuyo, Bolivia, imprime  
sobre las ondas tu pie;  
es tuyo, vuela, te espera  
la brisa de los océanos,  
para mecer soberanos  
los laureles de tu sien.

Es tuyo, que de sus ondas  
tu porvenir al oriente,  
dora espléndido la frente  
de tu más bella región.

y el diamante entre las rocas,  
la huérfana flor perdida,  
sube con él á otra vida  
buscando un tiempo mejor.

No son tus minas, Bolivia,  
la fuente de tu existencia,  
ni tu futura opulencia  
la contiene el Potosí;  
los pueblos no se enriquecen  
pisando sobre metales:  
serán otros los canales  
de tu hermoso porvenir.

Serán tus ríos, señora,  
que de tu seno profundo,  
filtrando por todo un mundo,  
nacen y buscan el mar.  
Serán tus bosques, tus llanos,  
tus perfumadas praderas,  
y las extensas riberas  
del Beni y del Paraguay.

Serán tus manos quebrando  
los diques de la ignorancia,  
para decir con jactancia:  
*Europa, ven por aquí.*  
Y mirar en cada río,  
luchando con su corriente,  
llegar su industria, su gente  
á un mundo rico y feliz.

A un mundo donde la Europa  
tiene fija su esperanza,  
porque en el suyo no alcanza  
en el tiempo un *más allá*;  
á un mundo donde más tarde

en cada empinado monte,  
tendrán su luz, su horizonte,  
el genio y la libertad.

¡Ve adelante! los oceanos  
te esperan con impaciencia,  
y del cielo la clemencia,  
escribe tu *más allá*.

¡Ve adelante! tus hermanos  
que baña el potente Plata,  
te batiremos las manos  
al ver tu enseña pasar.

Ese tirano que rudo  
rasga á tu hermana las venas,  
pone, bárbaro, en cadenas  
lo que también es de ti;  
pero mañana su cuello  
será presa del verdugo,  
y el Paraná sin su yugo  
onreirá al verte feliz.

#### IV

Feliz en tu grandeza  
cual fuiste con tu lanza,  
lidiando con la saña  
del desdén español;  
feliz como los pueblos  
donde la mar alcanza  
dorados con la lumbre  
de americano sol.

Rasgando tu misterio,  
radiante de hermosura,  
descubrirás al mundo  
tu rostro virginal;

y el mundo entusiasmado,  
para la virgen pura,  
de joyas de la mente  
preparará un caudal.

Que por tus ríos llenos  
de vida y opulencia  
te invadirán torrentes  
de civilización;  
y vibrarán los ecos  
del arte y de la ciencia  
donde antes retumbaron  
los truenos del cañón.

En el grandioso Chaco  
las fértiles llanuras  
sorprenderá la industria  
del europeo al fin;  
y en cada sol que dore  
del Andes las alturas,  
de tu futuro hermoso  
se agrandará el confin.

Y como aspiras ámbar  
de tu jardín de selvas,  
la atmósfera del genio  
respirarás también;  
que á do tus manos lleguer,  
á do tu vista vuelvas,  
te bañarás en luces  
de boliviana sien.

No en vano en lo más alto  
de América blasonas,  
nutriendo de tu seno  
dos mares á la par;  
gigantes sin rivales.

el Plata y Amazonas  
que pueden del Océano  
las ondas desafiar.

No en vano se levanta  
sobre metal tu asiento,  
Bolivia, no hay arcanos,  
á tu destino, nó;  
la suerte de los pueblos,  
el Dios del firmamento  
sobre su suelo mismo  
grabada les dejó.

Mañana tus hermanos,  
desde el Estrecho al Istmo,  
á contemplar tu frente  
sus ojos alzarán;  
y con tus mismas alas,  
y con tu genio mismo,  
tu porvenir al mundo  
contigo mostrarán.

Que á los futuros siglos.  
del Andes se divisan  
precipitarse raudos  
al mundo de Colón,  
como al nacer el alba  
las luces que se aprisan  
á iluminar los cielos  
en fúlgida invasión.

Mañana el europeo  
cuando á buscar se lance,  
de América en la orilla  
la luz y libertad;  
Bolivia, quizá entonces

á comprender alcance  
que viertes la más bella  
radiante claridad.

Quien sabe si mañana  
conservarás tú sola  
lo que otros al presente  
destrozan con el pie;  
sobre el Perú y mi patria  
de sangre hay aureola,  
y un iris de bonanza  
sobre tu sien se ve...

## V

Bendición en la frente de tus hijos  
que en el hogar junto á la tierna esposa,  
hablan de paz y libertad prolijos,  
tejiendo palmas á su patria hermosa.

Calma en las sienes de tu jefe y gloria  
para su nombre que ennoblece el tuyo;  
sonó ayer ese nombre en la victoria,  
y el que hoy repite el mar también es suyo.

Por la tierra vagando sin destino,  
el sol desmaya ante mi sien su rayo;  
¡hay, si el nombre infeliz del PEREGRINO  
conservara tu rico Pilcomayo!

---

## A MIS AMIGOS DE COLEGIO

¡Cuán dulce es el recuerdo de los primeros años,  
tan libres de dolores y amargos desengaños,  
entre amistad sincera, bajo del patrio sol;  
cuando la vida se abre purísima y hermosa  
su aroma derramando, como la fresca rosa;  
cuando á pintar empieza del día el arrebol!

Cuando del alma ingenua la abillantada suerte  
hace dudar al niño si hay para el hombre muerte,  
y penas en el mundo para su corazón;  
y nuestro *ayer* se toca con el arrullo tierno  
de nuestra cuna de ángel; y el porvenir, eterno  
miramos por el prisma de la imaginación.

Y se cree mentira lo que contar oímos  
de humanas liviandades y males que no vimos,  
y amigos que se venden y amores con doblez;  
y á imaginar llegamos al contemplar los viejos,  
que casi es imposible llegar hasta tanlejos,  
ó que nos faltan siglos para sentir vejez.

Cuando en el pecho, inmenso para hospedar amores,  
no caben desconfianzas ni ingratos sinsabores,  
en medio de los sueños de música y solaz;  
ni caben en el Orbe las bellas profecías  
que al alma le diseñan los perfumados días  
que vienen sobre el ala de un céfiro de paz;



Cuando con fe creemos que nada hay en el mundo  
más bello que el paraje donde se abrió fecundo  
nuestro jardín de vida bajo la luz de Dios;  
donde nos dar no pueden, el cielo ni la vida,  
placer cual la mirada de la primer querida,  
ni música más dulce que la fraterna voz.

Cuando la vida ardiente con su ebriedad divina  
quiere apurar de nuevo la copa diamantina  
y su licor recoge del labio maternal;  
¡sublimidad del alma! ¡purísimo embeleso  
que baja de los cielos en el materno beso,  
y desde el labio al alma se escurre celestial!

¡Cuán dulce es el recuerdo feliz de esos instantes,  
en medio de la vida cuando los ve distantes  
la ya cansada vida del triste corazón;  
y allá de lo pasado los toma la memoria,  
como las flores secas de lápida mortuoria  
que cubre algunos restos de nuestra adoración!

Mis jóvenes amigos, vosotros los que un día  
con mi alma concertasteis la cándida armonía  
de vuestras bellas almas en la primer edad;  
jamás fué vuestra imagen á mi memoria, ingrata,  
y, cuanto más el tiempo mis esperanzas mata,  
más pienso en aquel otro de amor y de amistad.

Con mis primeros sueños; con las primeras flores  
que del jardín de mi alma vertieron sus olores,  
inmaculado vive nuestro recuerdo en mí;  
el tiempo es impotente para arrancar tirano  
raíces que bordaran el corazón humano,  
cuando las toma virgen y las ahonda en sí.

Mi vida es de recuerdos; yo vivo solamente cuando hasta lo pasado las alas de mi mente me llevan y me muestran mi rauda juventud: allí á mi Buenos Aires; la cuna de mi vida, de mis primeros sueños, de mi primer querida, de mi primera falta, de mi primer virtud.

Y en medio á esos recuerdos bellísimos de mi alma cuando mis ojos lloran en soledad y calma, os sabe, como entonces, mi corazón amar; vosotros que partiais conmigo la alegría, la ciencia y los desvelos; la dulce simpatía, las verdes esperanzas, la bolsa y el hogar.

En esta vida errante que en mis tempranos años arrastro con mis penas por medio á los extraños ¿en dónde, en qué momento los míos olvidé? las tropicales brisas, las ráfagas del polo, los montes y el desierto, donde he llorado solo, conocen vuestros nombres y mi sincera fe.

Sabedlo, sí, más nunca me agradezcáis tal cosa: pensando en la alborada de mi existencia hermosa, quizá me abrumba menos ni noche sepulcral. ¡Ah! ¿recordáis, amigos, lo que era á vuestro lado bajo mi patrio cielo? Pues bien; todo ha cambiado; de lo que yo era entonces no queda ni señal.

Aquel cabello negro cayendo en una frente donde brillaba tersa la juventud naciente, ¿no recordáis amigos, al recordarme á mí, mis atrevidos ojos, mi estrepitosa risa, cuando íbamõs contentos á respirar la brisa del Plata, no conserva vuestra memoria en sí?

Bien; mis cabellos negros están emblanquecidos;  
mi frente está marchita, mis ojos abatidos,  
y si mi labio ríe mi corazón ya no.  
Tanto he cambiado, tanto, que si á vosotros fuera,  
¡ay, cierto; al pobre Mármol ninguno conociera,  
si mi alma os ocultara que me acercaba yo!

¡Treinta años solamente! ¿mas dónde guarecida  
queda una flor siquiera de mi lozana vida,  
yermada por el ala de rauda-tempestad?  
¿Qué idea ha esperanzado mi pensamiento fuerte,  
que, al golpe de diamante de mi terrible suerte,  
no se haya hecho pedazos en mi temprana edad?

¡Oh, cuántas veces, cuántas, la sien he sacudido;  
y, cual salvaje potro que vuela perseguido,  
sin freno me he lanzado buscando no sé qué!  
¡Ay! sí, lo sé, OLVIDO:—buscando solamente  
cualquier Leteo humano donde bañar mi frente,  
donde alejar un poco lo que mi vista ve.

Mas, ¡eh! yo no he podido jamás con mi destino;  
luchamos brazo á brazo desde en mi busca vino,  
pero él es un demonio con nervios de metal;  
y por segar tan sólo de mi alma los deseos  
me aparta, si los busco, de locos devaneos,  
y soy dos veces bueno sufriendo doble mal.

Sí; para mí en el mundo labrada está una huella:  
venid, corazón mío, marchemos ¡ay! por ella,  
mientras mi mano lleva la copa del dolor.  
Y mientras vas regando con lágrimas tu historia,  
te irá dando en el mundo consuelos mi memoria,  
las horas recordando de mi rosado albor.

Venid por esa huella, mi vida será corta,  
 pues que la humana trama las penas no soporta  
 sino hasta cierto linde que determina Dios.  
 Yo sé que de mi vida la fuente se aniquila;  
 yo sé que lo conozco con ánimo tranquila,  
 sin lágrima en los ojos ni quejas en la voz.

Amigos de mi infancia; mis tiernos compañeros,  
 que miro recordando mis días placenteros,  
 acaso nunca, nunca me volveréis á ver.  
 Yo sé que en mi sepulcro no crecerá una rosa  
 que se abra y se matice bajo la luz hermosa  
 del sol que sorprendiera mis ojos al nacer.

Pero ¡ay! pagadme siempre recuerdo con recuerdo,  
 y si mis tristes días en suelo extraño pierdo,  
 los ecos no se pierdan de mi infeliz laud.  
 Reconquistad mis versos, en que hallaréis mi historia;  
 después... después, acaso, no muera mi memoria...  
 ¡Yo he visto algunas flores nacer de un ataúd.!

*Montevideo. 1849.*

---

## SUEÑOS

Venid, venid, ¡oh sueños! á mi abrasada frente;  
 cubridme con celajes de púrpura y zafir,  
 y siéntame bañado de lumbre refulgente,  
 soñando que no sueño para mejor fingir.

Venid, dorados sueños, y el plácido murmullo  
perciba de la fuente, cual amorosa voz,  
y en los espesos bosques el inocente arrullo  
del céfiro en las hojas, al discurrir veloz.

Venid, venid ¡oh sueños! transparentando cielos  
de donde lluevan palmas á mi inspirada sien,  
y mire recorridos los azulados velos  
en las doradas puertas del suspirado Edén.

Y vaporosas nubes de nítidos colores,  
apenas matizadas con oro y arrebol,  
desciendan, y con ellas, envuelto en sus vapores,  
me eleve á las regiones bellísimas del sol.

Acaso alguna de ellas me llevará en su seno  
del trono hasta las gradas magnífico de Dios;  
y pueda allí de hinojos adivinar el trueno  
al escuchar mi oído su prepotente voz.

Y pueda allí de hinojos adivinar mi mente  
cómo salió la lumbre del fúnebre capuz,  
al contemplar absorto sobre su santa frente  
raudales destellarse de brillantina luz.

Y aquel eterno, inmenso, impenetrable arcano  
del soplo que alimenta la vasta creación,  
comprenda cuando aspire su aliento soberano,  
sintiendo que reanima mi yerto corazón.

Comprenda esa tormenta que aturde los espacios  
convulsionando mundos con su potente voz,  
al ver su chispeante carroza de topacios  
rodando por las nubes con ímpetu veloz.

Y á comprender alcance, cuando sus santas huellas

los límites marcando del universo van,  
como su luz esconden la luna y las estrellas  
y de temor los cielos relampagueando están.

Y yo, quizá, las orlas del plateado manto  
siguiendo, y de su carro la rapidez doquier,  
mi corazón bañado de religioso llanto  
á comprender alcance su misterioso ser.

Y palpitando henchido de inspiración sublime,  
corriendo de su gloria mi corazón en pos,  
como la voz del viento cuando en la selva gime,  
se exhale melodiosa mi conmovida voz.

Y brote pensamientos de mi inspirada mente,  
sublimes y abrasados del fuego celestial  
que brilla en los espacios ya rojo y esplendente,  
ya en azulados mares de líquido cristal.

Venid, venid, ¡oh sueños! y el corazón sereno  
con vuestras nubes de oro se envolverá veloz;  
que acaso alguna de ellas me llevará en su seno  
del trono hasta las gradas magnífico de Dios.

Y olvidaré soñando lo que despierto miro  
y miraré durmiendo lo que despierto no...  
Yo vivo solamente cuando febril deliro  
que los terrenos lazos mi corazón rompió.

Conozco, sí, que gozo, que vivo solamente  
si pienso que he dejado la humanidad detrás,  
y que la mancha roja de su amarilla frente  
no volverán mis ojos á contemplar jamás.

¿Qué son ante la vida las realidades della  
si descornado el velo de la razón las ve?

¿Qué goce, qué momento, qué sensación aquella  
que alguna yerta gota de sinsabor no dé?

¿Qué fuera de la vida si le faltara un día  
de la florida mente la diamantina red  
que compasiva tiende sobre la fuente umbría  
do el corazón se arroja para apagar su sed?

¿Qué fuera de mi vida sin la dorada alfombra  
que sobre el mundo pone para correr veloz?  
¡Venid, hermosos sueños, y á vuestra dulce sombra  
me elevaré al alcázar magnífico de Dios!...

Venid, y cuando arroje de América la gente  
su grito de venganza con fratricida voz,  
yo soñaré que escucho la música inocente  
del céfiro en las hojas al discurrir veloz.

Venid, porque yo gozo, yo vivo solamente  
si pienso que he dejado la humanidad detrás,  
y que la mancha roja de su amarilla frente  
no volverán mis ojos á contemplar jamás.

Si la ilusión es farsa del alma delirante  
si le quitáis al alma su vaporoso tul,  
también quitad al orbe su velo rutilante,  
que es farsa en ese cielo la transparencia azul.

---



## DESENCANTO

A CARLOS

## I

Al bronco son de súbita tormenta  
colúmpiase el terráqueo pavimento;  
y el ronco trueno con fragor revienta,  
y estalla el rayo y se desata el viento.

Y, cuanto más el huracán da paso  
al trueno, al rayo y á la nube errante,  
el Atlas y los Andes y el Caucazo  
tiemblan sobre sus bases de diamante.

Mas, lanza del cenit luces la frente  
del astro rey que el universo dora,  
y la paz desde el trono de la aurora  
vuelve hasta los confines de Occidente.

Pasa la tempestad, pasan las olas,  
pasan los días del nevoso invierno,  
y renacen jacintos y amapolas  
bajo otro sol vivificante y tierno.

Cortamos con afán pasto que enerva  
en un sepulcro venerada rosa;  
pero pasa el dolor, crece la hierba,  
y el rosal muere en la desierta losa.

. . . . . , , , . . .

¡Todo pasa! ¡Gran Dios! todo trasmuda  
desde el grano de polvo hasta el cometa,

y solamente su dolor no muda  
el corazón del que nació poeta.

El canto del poeta es la armonía  
que del cisne la fábula revela,  
que comienza su canto en la agonía,  
y del dolor, cantando se consuela.

Su suerte es cual la suerte de la aroma  
en su árbol espinoso suspendida,  
que solamente con amor se toma  
si al pie del árbol se encontró caída.

Su fugitivo brillo es el que inflama  
lámpara que desvista la pupila,  
que de la lumbre que su sien derrama  
nace la sombra que á su planta oscila.

Ángel en proscrición sobre la tierra  
camina peregrino entre profanos,  
y dentro el corazón recuerdo encierra  
de otro ser, de otro amor, de otros hermanos.

Tibias reminiscencias de otra vida  
animada de Dios con los alientos,  
que antes de ser de lo alto desprendida  
vagaba en los celestes pavimentos.

Recuerdo de una dulce melodía  
que vibra en sus oídos hechicera;  
recuerdo de la luz de un claro día;  
recuerdo de una eterna primavera.

Por eso un mundo su memoria crea,  
íntimo, santo, espiritual y puro,  
donde su mente con valor campea  
lejos del bajo lodazal impuro.

Mezcla de sombra y luz, sueña la gloria,  
sueña mundos de dichas y de amores,

y luego al despertar toca la escoria  
de este prosaico mundo de dolores.

Mundo estéril en sí—grano de arena  
perdido en los desiertos del vacío,—  
y que un montón de insectos acolmena,  
grandes por su insensato desvarío.

Parodias de poder que alza las manos  
para medir la mente del poeta...  
Sacrílega intención!... ¡atrás profanos!...  
De rodillas caed... es el profeta.

Es la palabra del Señor caída;  
la que oyó el Sinaí sobre su cumbre;  
la que tocó la sien adormecida  
de Abrahám bajo mísera techumbre.

Es la palabra del Calvario Santo  
la que en el labio del poeta expira,  
cuando en medio á la noche entona el canto  
al blando son de la amorosa lira.

Cuando la tempestad bate sus alas  
y se apaga la luz de las estrellas,  
obscureciendo en las etéreas salas  
del Hacedor las veneradas huellas;

cuando la luna pálida desliza  
un rayo de su luz sobre las olas,  
ó al través de las hojas sublimiza  
el negro mármol de las tumbas solas;

cuando al nacer el sol canta las flores  
ó al mirar la mujer su mente inquieta  
canta su corazón y sus amores,  
de rodillas caed... es el profeta.

Su palabra es de Dios; su amor, profundo...  
 ¡Silencio! ¿Qué? ¿la humanidad suspira?  
 No... es la grito bacanal del mundo...  
 ¡Atrás la inspiración!... ¡atrás la lira!...

. . . . .  
 . . . . .

## II

Apaga, mi Carlos,  
 la fúlgida llama  
 que en tu ánima inflama  
 AQUEL que cuida  
 la sangre en la vida,  
 la aroma en la flor.  
 El joven y verde  
 retoño de palma  
 que crece en tu alma  
 sus raíces hundiendo,  
 y, apenas creciendo,  
 empaña su sombra  
 tu pálida tez,  
 arráncalo, amigo,  
 de lo hondo del seno,  
 que son de veneno  
 sus raíces malditas,  
 á par que benditas  
 las flores que brota  
 para otros después.

## III

¡Poeta! ¿aquí? ¿sobre la yerma arena  
 do la sombra del Andes se dilata?

¡Oh, Carlos, por piedad; aquí no suena  
sino el silbo del plomo que nos mata!

En los bosques de América mi madre  
no sonará en un siglo el arpa de oro:  
la lanza y el cañón y el triste lloro  
saludarán del Inca el regio padre.

Más allá de los ríos y la sierra;  
más allá de los llanos de la Pampa,  
donde en cuajos de sangre el callo estampa  
el adiestrado potro en torpe guerra.

Más allá de matar, el pensamiento  
no en la región de América se escucha,  
un siglo hay que lidiar; y de la lucha  
que conmueve del Andes el cimiento,

otros siglos saldrán. Sobre las olas  
y los montes de América y sus galas  
el ángel del futuro abre sus alas,  
y en las etéreas cavidades solas,

le canta el porvenir. Cuando las pliegue  
reposará en la sien del Chimborazo,  
y al mundo de Colón, tendido el brazo,  
benedicirá feliz.—Entonces llegue

á tus nietos la lira y la esperanza;  
que el genio entonces si á la gloria aspira,  
las leves cuerdas de la blanda lira  
no cortarán los filos de la lanza.

## IV

No cantes, Carlos mío; no cantes y tu mano  
desprenda de la lira las cuerdas al vibrar;  
por compasión, no cantes;—yo te amo como hermano,  
y al abrazarte quiero tus ojos sin llorar.

Tus primitivos cantos son puros y süaves  
como la luz del alba para anunciar el sol;  
tus pensamientos, tristes, como las tiernas aves  
cuando á morir empieza del día el arrebol.

No cantes, no; mi acento también era de amores;  
el trino de las aves, en mi primera edad —  
pero después mi labio se enmudeció á las flores,  
y hoy canto solamente la ronca tempestad.

El astro de mi vida, distante del ocaso,  
se obscureció entre nubes al irradiar mi sién;  
y en sempiterna noche, mi vida es el yerbazo  
que bate de las ondas el rápido vaivén.

Si hubiera ido con ellos y con la hoz filosa,  
cuando á segar las mieses los labradores van;  
tendría alguna patria, tendría alguna choza  
y un rato de sosiego para comer *mi pan*.

Oiría de mis padres los cándidos consejos,  
de los prendidos leños á la amarilla luz;  
y, cuando ya del mundo se despidieron, viejos,  
iría por las tardes á venerar su cruz.

Y el sitio de su lecho, más tarde con mi esposa  
del nuestro fuera sitio como heredado bien;  
y el mío ocuparía mi prole cariñosa,  
hasta llevar mis huesos junto á la cruz también.

Pero ¡ay! la luz del alma tan sólo alimentara,  
y vivo cual arista que lleva el aquilón;  
sintiendo, cual sarcasmo de mi fortuna rara,  
que si me falta suerte me sobra corazón.

¡Quién sabe si la copa que rebordó temprana  
me guarda todavía las heces de la hiel!  
¡Quién sabe, sí, quién sabe si llegaré mañana  
al pie de tus umbrales para dormir en él!

Y, en tanto que las playas del extranjero habito,  
¿qué pecho conmovido palpitará por mí?  
¿Qué aliento por mi frente discurrirá bendito  
para apagar acaso mi sufrimiento así?

¿Cuál voz me pertenece? ¿Cuál alma me adivina?  
¿En qué amoroso seno reclinaré mi sien?  
¿Quién es la que su rostro sobre mi rostro inclina  
y me habla misteriosa de sus amores, quién?

Ninguna, ¡ay! ¡Quién ama del pobre PEREGRINO  
su pálido presente, su obscuro porvenir!!

. . . . .  
Si encuentra alguna rosa perdida en su camino,  
la fiebre de su mano le secará el vivir.

No cantes, caro amigo. De la sensible lira  
mis fibras se ablandaron al inspirado son;  
y el hálito del viento que por mi sien suspira  
conmueve y estremece mi herido corazón.

Más joven que tu amigo no elevarás el canto;  
no aspirarás más joven el aura popular;  
y al descender los años habrás llorado tanto  
que se helará en tus ojos la lágrima al brotar



Y, tras los desengaños, el frío escepticismo  
te filtrará cual filtra la nieve por la flor,  
y dejará insensible dentro tu pecho mismo,  
como en la flor el ámbar, tu fraternal amor.

Y si ora te enamoras de la insensible piedra,  
del ave, de la hormiga, del huérfano alhelí,  
mañana de las tumbas arrancarás la yedra,  
indiferente el muerto y el vivo para ti.

Y *un día* de ventura, más tarde será vago  
recuerdo que los velos del tiempo cubrirán;  
como al nadar un cisne por agitado lago  
sus huellas poco á poco desapareciendo van.

No cantes, vulgariza tu sien entre los hombres,  
en medio al laberinto te mirarás feliz,  
pues con saber tan sólo sus rostros y sus nombres  
no perderán tan pronto tus flores el matiz.

## V

Mas si tu alma necesita  
romper los terrenos lazos,  
ven, dulce amigo, á mis brazos  
y conversemos los dos.

¡Que unísonos confundiendo  
tu corazón con el mío,  
cuando el mundo nos dé hastío  
conversaremos de Dios!

Y, al cesar nuestras palabras,  
tú te volverás al mundo;  
yo me volveré al profundo  
arcano del corazón;

de donde arranco, mi Carlos,  
pedazos de mi existencia,  
al sacar de la conciencia  
raíces de la inspiración.

*Río Janeiro, Noviembre de 1844.*

## EN UN ALBUM

AL PIE DE UNA PINTURA QUE REPRESENTA LA MELANCOLÍA

La imagen enlutada de la Melancolía,  
de tu Album, bella amiga, destiérala, por Dios;  
contempla que los cielos al despuntar el día  
despiden á la sombra para que brille el sol.

A todas estas hojas adórnalas de flores  
y versos armoniosos como tu dulce voz;  
y deja se deslice, soñando con amores,  
de tus amenos días el delicado albor.

Pero ¡ay! si conocieras que tu existencia un día  
es tal, que con lo triste consuelas tu dolor;  
no busques el retrato de la Melancolía;  
su original, si quieres, está en mi corazón.

## ROSAS

EL 25 DE MAYO DE 1850

¡Rosas! ¡Rosas! Un genio sin segundo  
formó á su antojo tu destino extraño;  
después de Satanás, nadie en el mundo,  
cual tú, hizo menos bien ni tanto daño.

Abortado de un crimen has querido  
que se hermanen tus obras con tu origen;  
y, jamás del delito arrepentido,  
sólo las horas de quietud te afligen.

Con las llamas del Tártaro encendida  
una nube de sangre te rodea;  
y en todo el horizonte de tu vida  
sangre ¡bárbaro! y sangre y sangre humea

Tu mano conmoviera como el rayo  
los cimientos de un templo; y, de repente,  
desde el altar los ídolos de Mayo  
vertieron sangre de su rota frente.

La justicia se acerca religiosa  
á llamar en la tumba de Belgrano;  
y ese muerto inmortal le abre su losa,  
alzando al cielo su impotente mano.

La libertad se escapa con la Gloria  
á esconderse en las grietas de los Andes,  
reclamando á los hielos la memoria  
de aquellos tiempos en que fueron grandes.

Los ídolos y el tiempo desaparecen;  
se apagan los radiantes luminares;  
y en sangre inmaculada se enrojecen  
los fragmentos de piras y de altares.

Gloria, nombre, virtud, patria argentina,  
todo perece do tu pie se estampa;  
todo hacen polvo, en tu ambición de ruina,  
bajo el casco los potros de tu pampa.

Y bien, Rosas ¿después? tal es—atiende—

la pregunta de Dios y de la historia:  
ese DESPUÉS que acusa ó que defiende  
en la ruina de un pueblo, ó en su gloria.

Ese DESPUÉS fatal á que te reta  
sobre el cadáver de la patria mía,  
en mi voz inspirada de poeta,  
la voz tremenda del que alumbra el día.

Habla: y, en pos la destrucción, responde:  
¿Dó están las obras que brotó tu mano?  
¿Dónde tu creación? ¿las bases dónde  
de grande idea ó pensamiento vano?

¿Qué mente hubiste en tu sangriento insomnio  
que á tanto crimen te impeliese tanto?  
¡Aparta, aparta, aborto del demonio  
que haces el mal para gozar del llanto!

La raza humana se horroriza al verte,  
hiena del Indo transformada en hombre;  
mas ¡ay de ti, que un día al comprenderte  
no te odiará, despreciará tu nombre!

El tiempo sus momentos te ha ofrecido;  
la fortuna ha rozado tu cabeza;  
y, bárbaro y no más, tú no has sabido  
ni ganar tiempo, ni ganar grandeza.

Tumbaste una república, y tu frente  
con diadema imperial no elevas ledo;  
murió la libertad, y, omnipotente,  
esclavo vives de tu propio miedo.

Quieres ser rey, y temes se convierta  
en la corona de Milán la tuya;

quieres ser grande y tu ánimo no acierta  
cómo elevarte de la esfera suya.

Tu reino es el imperio de la muerte;  
tu grandeza el terror por tus delitos;  
y tu ambición, tu libertad, tu suerte  
abrir sepulcros y formar proscritos.

Gaucha salvaje de la pampa ruda,  
eso, no es gloria ni valor ni vida;  
eso es sólo matar porque desnuda  
te dieron una espada fratricida.

Y, grande criminal en la memoria  
del mundo entero, de tu crimen lleno,  
serás reptil que pisará la historia  
con asco de tu forma y tu veneno.

Nerón da fuego á Roma y lo contempla,  
y hay no sé qué de heroico en tal delito;  
mas tú, con alma que el demonio templa,  
cuanto haces lleva tu miseria escrito.

Ningún Atrida al peligrar vacila,  
y tú, más que ellos para el mal temblaste;  
y, más sangriento que el sangriento Atila,  
jamás la sangre de la lid miraste.

En todas esas águilas que asieron  
la humanidad y, en fiebre carnícera,  
con sus garras metálicas la hirieron,  
cupó alguna virtud: valor siquiera.

Pero tu corazón sólo rebosa  
de miserias y crímenes y vicios,  
con una sed estúpida y rabiosa  
de hacer el mal y de inventar suplicios.

Ni siquiera te debes el destino  
con que tu sed de sangre has apagado;  
tigre que te encontraste en el camino  
un herido león que has devorado.

Espíritu del mal nacido al mundo,  
no has sido bueno ni contigo mismo,  
y sólo dejarás un nombre inmundo  
al descender á tu primer abismo.

Te nombrarán las madres á sus hijos,  
cuando asustarlos en la cuna quieran;  
y ellos temblando y en tu imagen fijos  
se dormirán soñando que te vieran.

Los trovadores pagarán tributo  
á los cuentos que invente tu memoria;  
y execrando tus crímenes sin fruto,  
rudo y vulgar te llamará la historia.

¡Ah!, que casi tus crímenes bendigo,  
ante el enojo de la patria mía,  
porque sufras tan bárbaro castigo  
mientras alumbre el luminar del día.

Porque mientras el sol brille en el Plata  
aquel castigo sufrirás eterno;  
nunca á tu nombre la memoria, ingrata:  
nunca á tu maldición el pecho, tierno;

Y por último azote de tu suerte,  
verás, al respirar, que se levanta  
bello y triunfante y poderoso y fuerte  
el pueblo que ultrajaste con tu planta.

Pues no habrá en él, de tus alevés manos,  
más que una mancha sobre el cuello apenas;  
que tú no sabes, vulgo de tiranos,  
ni dejar la señal de tus cadenas.

## ADIÓS A MONTEVIDEO

---

¡Adiós voluptuosa coqueta del Plata  
que lloras y cantas á orillas del mar;  
y el mar en sus brazos te besa, y retrata  
sobre olas azules tu nítida faz!

¡No en vano quisieron señores de antaño,  
robarte de niña, y esclava te hacer,  
mas ¡ay! que llegaron al Plata en su daño  
los regios piratas que huyeron después!

¡Yo sé que no es mucho tu amor á los míos,  
vejeces de Artigas, caprichos no más!  
Vendrán otros tiempos de menos desvíos  
y más reflexiva tu amor nos darás.

Un vértigo agita tu joven cabeza,  
y hoy vives con risas y llanto á la vez;  
beldad que en el mundo tus horas empieza,  
ingrata por gusto de verse querer.

Dejemos al tiempo... por mí, yo te quiero,  
y el alma me duele diciéndote ¡adiós!  
de amor y placeres copioso venero  
¿por qué no te llaman. *Oriente de amor?*

Si valen tus hombres, ni sé, ni me inquieta;  
mas ¡ay! lo que valen tus hijas lo sé;  
sus ojos me hirieron mi ser de poeta,  
jugando con mi alma su fe de mujer.

Mis bellos veinte años su jardín abrieron  
en medio á tus hijas de talle gentil,



¡nací tan sensible! ¡tan lindas nacieron:  
¿qué hacer? dí las flores de todo el jardín.

Las ví tan hermosas que la culpa es de ellas,  
si á todas no he dado recuerdos de amor;  
que es poco galante doncel que entre bellas  
ofende á las otras con una excepción.

Y sólo advirtiéndome que mi ofrenda pura  
no todas querían, ingratas, tomar,  
venguéme de todas, hasta la locura  
queriendo una sola de tanta beldad.

Verdad es que sola por todas valía,  
que es bien el llamarla belleza ORIENTAL;  
mas de aquel oriente do Mahoma envía  
huríes que sobran al jardín de Alá.

¡Qué noches! ¿recuerdas? la vían mis ojos  
más linda que miro la estrella y la flor;  
más llena de encantos de amor y sonrojos  
que asoma en verano la luz del albor.

Su esbelta figura, sus negros cabellos,  
sus ojos más negros, su pálida tez...  
¡por Dios, que pasaron momentos tan bellos!  
¡por Dios, que no pueden volver otra vez!

¡Adiós voluptuosa coqueta del Plata,  
de en medio á las ondas te envió mi adiós;  
el alma que abrigo jamás será ingrata,  
y pues fuí dichoso, bendígate Dios!

---

### AL SOL

Perque pasas ¡oh rey de los astros!  
de las puertas que te abre el oriente  
¿por qué deja más tarde tu frente

del ocaso los bordes también?

Dos momentos no más eres bello  
á los ojos del ánima mía:  
el momento en que anuncias el día,  
y el momento en que velas tu sien.

Esa lluvia de llamas que viertes  
en tu vasta y radiante carrera,  
da sublime esplendor á la esfera,  
mas no al alma ilusiones de amor.

Al mirarte en el cénit, mi alma  
se concentra ofendida y vacila,  
como tiembla la herida pupila  
á tu rojo y ardiente color.

En la luz hay misterios divinos  
que no alcanzan las almas de hielo;  
tú lo tienes, lumbreira del cielo,  
foco eterno de vida y de luz.

¡Gloria al bello momento en que asomas  
sobre cunas de nácar y rosas!  
gloria ¡oh sol! ¡cuando débil te embozas  
entre velos de leve capuz...!

Desde el cielo á este mísero mundo  
todo el orbe respira alegría  
cuando pintas las rosas del día  
de la aurora en la cándida tez.

Cual despliegan las flores su broche,  
abre el alma sus cálices, pura,  
y en amor y esperanza y ventura  
se armoniza y suspira á la vez.

De la aurora las lágrimas brillan;  
olas de ámbar y amor se esparraman;  
y, á la par de las aves, te aclaman  
bosque y prados, montañas y mar.

Allí copias la vida del hombre

cuando empieza sus horas de mundo,  
cuando todo es etéreo y fecundo,  
cuando es dulce hasta el mismo llorar.

¡Gloria, gloria, tesoro del cielo,  
cuando llegas también al ocaso,  
y con lento fatídico paso  
vas diciendo á los hombres ¡adiós!

Cuando cerca á tu pálida frente  
las estrellas asoman prolijas,  
como en torno á su padre las hijas  
¡cuando su alma se vuela hasta Dios!

Nada muere á los ojos del hombre  
sin robar á tu pecho un suspiro;  
y al bajar de tu espléndido giro  
viertes ¡ay! melancólico amor.

¿Quién mirando tu lumbre postrera,  
no ha llorado una vez en su vida,  
al influjo de pena escondida,  
sin poder definir su dolor?

Dios, la patria, destino y amada  
on recuerdos constantes del alma,  
en las horas de paz y de calma  
en que tocas del cielo el confín.

Y en el alma el amor te dilata  
con más dulce verdad en su esencia;  
porque todo es amor la existencia,  
cuando piensa un momento en su fin.

Y en la tumba de ocaso cayendo  
tu opulenta magnífica frente,  
para luego llegar al oriente  
de otra nueva lejana región,  
representas la vida del hombre  
descendiendo á la vida del suelo,

y á la vez remontando su vuelo  
fugitiva á otra nueva mansión.

Gloria ¡oh Sol! cuando pintas el alba  
con un tenue carmín de tu rayo.  
Gloria ¡oh Sol! al llegar en desmayo  
¡á la tumba de ocaso también!

Dos momentos sublimes te muestras  
á los ojos del ánima mía:  
el momento en que anuncias el día,  
y el momento en que guardas tu sien.

*Montevideo, 1848.*

---

## RECOGIMIENTO

Volad de mi memoria pensamientos  
del mundanal perpetuo desvarío,  
sarcasmos de grandeza y poderío  
que altanera la mente concibió;  
fosfóricos destellos que fulminan  
relámpagos de luz al pensamiento  
para dejar más negro el fingimiento  
luego que el brillo de su luz murió.

Volad, y en vuestras alas fugitivas  
arrebataed mi perdurable duda;  
dejad mi alma tenebrosa y muda,  
pero al menos dejadla esa verdad.  
Deshaced en mi ardiente fantasía  
ese que forma brillantino encaje  
para ver al través de su celaje  
mentida la enlutada realidad,

Hoy no quiero que brillen mis palabras  
al resplandor de mi abrasada mente,  
ni tampoco que exhale tristemente  
un tono melancólico mi voz,  
hoy siento que me abruma la existencia,  
me pesa el corazón, me duele el alma,  
y quiero, sólo en mi majestuosa calma  
salir del mundo para hablar con Dios!...

Perdóname, Señor, si tanto elevo  
mi orgullo de mortal:—hablo contigo  
cuando las huellas de tu gloria sigo  
remontado en las alas de la fe,  
y en ellas, religioso el pensamiento, ¶  
volando á las regiones de tu gloria,  
mas te veo, Señor, que en la memoria  
me hallo de hinojos á tu mismo pie.

Yo te miro, Señor, sobre tu trono  
rayos vertiendo de divina lumbre,  
que refleja la vasta muchedumbre  
de esos globos de fúlgido esplendor.  
Rayos que parten de tu frente hermosa  
para argentar los anchos universos,  
discurriendo sutiles y diversos,  
cambiando de sendero y de color

Yo percibo el aliento de tu boca  
para los mundos delicada brisa,  
y miro por tu rostro la sonrisa  
al ver los mundos respirar en él.  
Giras tus ojos y los astros giran;  
y, cada paso que tus plantas sellan  
los siglos y los siglos se atropellan  
gigantes que te siguen en tropel.

¡Veneración, Señor! el alma mía

se embriaga con los himnos de tu coro,  
 que en arpas de marfil y liras de oro  
 los tonos acompañan de tu voz.  
 Atónito mi espíritu les oye...  
 suavísima encantada melodía...  
 olas leves de mística armonía  
 cruzan la esfera repitiendo—¡Dios!

Son, Dios mío, tus ángeles divinos  
 que suspenden las orlas de tu manto,  
 y en redor de tu trono alzan el canto  
 que no sube más alto de tu sien...  
 Cantan y vuelan en redor del cielo,  
 y, con la lumbre que brillante exhalas,  
 se atornasolan sus pequeñas alas,  
 que brillan, se obscurecen y se ven.

Cantan, y las estrellas reverberan  
 sobre el Eter magníficos colores;  
 abren sus globos las pintadas flores  
 y regalan perfumes á su voz.  
 El mar se duerme, y el desierto calma  
 al vendabal en sus ligeras huellas:  
 pues desiertos y mar, flores y estrellas  
 quedan acordes murmurando: ¡Dios!

Veneración, ¡Señor! En todas partes  
 absorta te contempla el alma mía;  
 la obscura noche y el rosado día  
*mirad, me dicen, tu Hacedor AHÍ.*  
 Las sombras de la tarde misteriosas  
 del céfiro apacible los suspiros,  
 de la aurora las perlas y zafiros,  
*mirad, me dicen, tu Hacedor AQUÍ.*

*Aquí está Dios, me grita revolviendo*  
 sus crines espumosas el Oceano,

frenético azotando soberano  
 las rocas que sus límites le dá.  
*Aquí está Dios* la roca le responde;  
 grita en su cima el águila lo mismo,  
 y el Leviatán contesta del abismo:  
*Aquí también el Hacedor está.*

¿Pero dónde, Señor, más te percibo?  
 ¿Dónde más sabio y poderoso y bueno?  
 Aquí buen Dios, en mi doliente seno  
 cuando llevo mi mano al corazón;  
 cuando la sangre como llama siente,  
 cuando al impulso del dolor palpita,  
 cuando el influjo de tu fe bendita  
 le inspira angelical resignación.

¿Qué dolor desconoce el pecho mío?  
 ¿Qué llanto no ha caído de mis ojos?  
 ¿Y en qué pena también, mi alma de hinojos  
 no se postró para elevarse á tí?  
 ¿Y en qué momento le negaste á mi alma  
 paz y consolación en sus pesares,  
 á la luz de tus pardos luminares  
 en que más bajas silencioso á mí?

Veneración, ¡Señor! ¿quién en silencio  
 puede mirar las fúlgidas estrellas,  
 sin mirarte también en medio á ellas  
 animando su célico esplendor?

Yo te adoro, mi Dios; yo te |comprendo  
 y á ti dirijo mi sentido canto,  
 por hoy mis ojos necesitan llanto,  
 y lloro conversándote, Señor...

    Mi planta marcha herida  
 del mundo en el camino;  
 las flores de mi vida



deshoja el vendaval;  
las nubes se amontonan  
en torno á mi destino,  
¡proteja al PEREGRINO  
tu mano celestial!

En mi época de zaña  
se agota mi existencia,  
como en arena extraña  
la trasplantada flor;  
Pero una voz secreta  
de tu divina esencia  
conforte mi conciencia,  
me aliente de valor.

Doquier giro mis ojos  
me encuentro desvalido,  
injusto sus enojos  
el mundo me lanzó.  
Mas yo, Señor, su dicha  
temblando te la pido;  
mi llanto en el olvido  
por siempre se quedó.

---

### CRISTÓBAL COLON

Dos hombres han cambiado la existencia  
de este mundo en los siglos peregrino:  
el labio de Jesús le dió otra esencia,  
y el genio de Colón otro destino.

Completaron de Dios la mente misma  
á inspiraciones de su amor profundo;  
uno del alma iluminando el prisma,  
otro haciendo de dos un solo mundo.



En supremo embeleso



Angel, genio, mortal, que no has logrado  
legar tu nombre al mundo de tu gloria;  
que ni ves en su suelo levantado  
un pobre monumento á tu memoria.

¡Ah, bendita la pila de tu frente  
se mojara en el agua del bautismo,  
y el ala de tu genio amaneciente  
se tocara en la unción del cristianismo!

Angel, genio, mortal, yo te saludo  
desde el seno de América, mi madre;  
de esta tierna beldad que el mar no pudo  
robarla siempre á su segundo padre.

La hallaste, y levantándola en tu mano  
radiante con sus gracias virginales,  
empinado en las ondas del Oceano  
se la enseñaste á Dios y á los mortales.

Después de Cristo, en el terráqueo asiento,  
siglo, generación, ni raza alguna  
ha conmovido tanto su cimiento,  
como el golpe inmortal de tu fortuna

A su grandeza un siglo era pequeño;  
y en los futuros siglos difundida,  
es el eterno Tiempo el solo dueño  
de tu obra inmensa en su grandiosa vida.

Tú, como Dios al derramar fulgentes  
los mundos todos en la obscura nada,  
al MÁS ALLÁ de las futuras gentes  
diste sin fin tu América soñada.

En cada siglo que á la tierra torna,  
la tierra se columpia, y, paso á paso,

su destino la América transtorna,  
y muda el sol su oriente en el ocaso.

Obra es tuya, Colón; la hermosa perla,  
que sacaste del fondo de un oceano;  
al través de los siglos puedes verla  
sobre la frente del destino humano.

El ángel del futuro rompió el lazo  
que á las Columnas de Hércules le ataba,  
y saludó en la sien del Chimborazo  
los desiertos que América encerraba.

No de la Europa quebrará la frente,  
el rudo potro del sangriento Atila;  
pero ¡ay! el tiempo en su veloz corriente  
mina el cimiento donde ya vacila.

El destino del mundo está dormido  
al pie del Andes sin soñar su suerte;  
falta una voz bendita que á su oído  
hable mágico acento y le despierte.

Un hombre que á esta tímida belleza  
le quite el azahar de sus cabellos,  
y ponga una diadema en su cabeza  
y el manto azul sobre sus hombros bellos.

Si no te han dado monumento humano,  
si no hay COLOMBIA en tu brillante historia,  
¿Qué importa? ¡Eh! tu nombre es el Oceano,  
y el Andes la columna de tu gloria.

¿Qué navegante tocará las olas  
donde se pierde la polar estrella,  
sin divisar en las llanuras solas  
tu navío, tus ojos, y tu huella?

¿Sin ver tu sombra, allí do misterioso

el imantado acero se desvía;  
y un rayo de tu genio poderoso  
que va y se quiebra donde muere el día?

¿Quién, al pisar la tierra de tu gloria,  
no verá en sus montañas colosales,  
monumentos de honor á tu memoria,  
como tú grandes, como tú inmortales?

¡Salve, Genio feliz! mi mente humana  
ante tu idea de ángel se arrodilla,  
y de mi labio la expresión mundana  
ante tu santa inspiración se humilla.

Por un siglo tus alas todavía  
plegadas ten en los etéreos velos,  
de donde miras descender el día  
hasta el cristal de los andinos hielos.

Baja después. De la alta cordillera  
los ámbitos de América divisa;  
y, como Dios al contemplar la esfera,  
sentirás de placer dulce sonrisa.

El ángel del futuro á quien sacara  
de los pilares de Hércules tu mano,  
te mostrará Colón, tu virgen cara,  
feliz y dueña del destino humano.

Vuelve después á tu mansión de gloria  
á respirar la eternidad de tu alma,  
mientras queda en el mundo á tu memoria  
sobre el Andes eterno, eterna palma.

*Montevideo, Octubre 12 de 1849.*

## LOS TRES INSTANTES

---

EL 4 DE OCTUBRE

Bella como la imagen de mis ensueños;  
pura como la risa de la infancia;

triste como las sombras de la tarde;  
libre como la brisa del desierto,—

así encontréla un día;  
á la hechicera mía;  
así, como reviste  
mi mente la hermosura:  
«Tan bella como triste,  
»tan libre como pura.»

EL 4 DE NOVIEMBRE

Sensible cual la blanca mariposa;  
ardiente como el alma del poeta;  
tierna como la tórtola en su nido;  
mía como del hombre el pensamiento,—

así la oprimí un día  
contra mi seno herviente;  
así, cual yo tenía  
la mujer en mi mente:  
«Sensible como ardiente,  
»y tierna como mía.»

EL 17 DE NOVIEMBRE

Para siempre cual humo en el espacio,  
cual meteoro que pasa fugitivo,  
cual idea en delirios inspirada,  
cual el alma del cuerpo desprendida,

así perdíla un día  
cuando pensé era mía  
hasta la eternidad;  
así, para mis ojos  
no heredar ni despojos  
de la felicidad.

Negro como la noche misteriosa,  
agrio como las heces del veneno,  
frío como el cadáver de la tumba,  
mustio como la lumbre del osario,—  
así quedó de entonce



marchito y espirante  
mi espíritu de bronce;  
así, que un solo instante  
bastó para poseerla,  
bastó para perderla.

A...

Rosa fragante del Edén caída,  
ángel proscrito que perdió sus alas,  
perla hermosa del alba desprendida,  
hebra de luz de las etéreas galas,  
paloma que ha dejado misteriosa  
las selvas que habitó en el paraíso,  
fantasía de Dios en noche hermosa,  
de que hizo luego terrenal hechizo:

¿quién eres, dí, beldad fascinadora,  
hálito de purísimas esencias  
que embriaga el corazón y lo enamora;  
que bajo indefinibles apariencias  
al través muestras de encantado velo  
entremezclado el mundo con el cielo?

¿Quién eres que al poder de tu hermosura  
se ata de nuevo al mundo,  
y vuelve á sus perdidas ilusiones,  
aqueste corazón que la amargura  
apuró del dolor? ¿Que en lo profundo  
de su ser misterioso sumergido,  
dijo ¡adiós! al placer y á las pasiones;  
y, de su propia vida desprendido,  
á la fe, y la esperanza estaba muerto,  
ajeno al mundo, á los amores yerto?

¿Quién eres que levantas misteriosa  
de mi alma yerta los oscuros velos,  
como el alba las sombras de los cielos  
con sus manos de nácar y de rosa?

Y, ¡como no admirarte! ¡cómo mi alma,  
que sufre las angustias del poeta,  
no revivir para perder su calma;  
no reanimar la inspiración secreta,  
si hay en ti más belleza y poesía  
que en cuanto dora el esplendor del día!

Corriendo en pos de mi destino incierto,  
he surcado los mares,  
he pisado la sien de las montañas,  
he cruzado el desierto  
á la luz de los pardos luminaires;  
solitario he dormido  
entre las sombras de la selva hojosa,  
ó entre flexibles y sahumadas cañas,  
y he despertado al lánguido quejido  
que da de amor la tórtola medrosa;  
mi religión, mi libro, mi belleza  
fué siempre la gentil naturaleza,  
pero hallo en ti más alta poesía  
que en cuanto he visto bajo el claro día.

En una noche lánguida y hermosa,  
sobre una mar tranquila  
como el cristal de plácida laguna,  
he visto levantarse silenciosa  
en columnas de luz la blanca luna;  
panorama magnífico que en vano  
pintar querría con mi acento humano.  
Pero ¡ay! sobre tu frente de alabastro  
hay mayor majestad, mayor dulzura  
que en la frente del astro  
que rasga el velo de la noche oscura.

Yo he cruzado mis brazos fascinado,  
al contemplar la brillantina lumbre  
que en el cielo del trópico inflamado,  
en bella muchedumbre  
derraman los luceros rutilantes.

Allí se mira en ellos  
el ópalo, el zafiro y los diamantes,  
y, á sus raros y mágicos destellos,  
el alma se electriza  
y tierno el corazón se poetiza.  
Pero ¡ay! ¡en tus pupilas celestiales  
hay más luz que en los astros tropicales!  
Espiral de la llama que calienta  
tu tierno corazón; fuego divino  
que tu espíritu de ángel alimenta,  
y que en dulce destino,  
al dar á mi alma agitación suprema,  
más la enamora cuanto más la quema.

En medio del desierto, de repente  
la brida á mi caballo he recogido,  
para mirar en el lejano Oriente  
un trono de topacios suspendido  
en pedestal de nácar y rubíes;  
y sobre gradas de purpúreas rosas  
llegar al trono la naciente aurora,  
desatando las cintas carmesíes  
á sus cabellos de oro, y las hermosas  
perlas que entre sus hebras atesora;  
derramar luego de sus tiernos ojos  
los tranquilos destellos del topacio,  
y el reflejo fugaz de los sonrojos  
que la vista del sol causa en su frente;

llenar después de esencias el espacio  
dando su labio el matinal ambiente;  
y grabar por doquier el sacro sello  
que pone Dios en lo sublime y bello

Pues bien, en ti mi admiración divisa  
poesía mayor, mayor encanto,  
que en esa aurora que revela tanto  
la existencia del Dios que la improvisa.

¿Quién al ver la frescura de las rosas  
 en tu semblante virginal, podría  
 echar de menos las que muestra hermosas  
 el rubio Oriente al asomar el día?

Quando en fugaz agitación sonríes,  
 ¿en qué cambiante de su mar de grana  
 la radiante mañana  
 hallará de tus labios los rubies?

¿En cuál nacar del alba tu garganta  
 y el alabastro de tu ebúrneo seno,  
 cuando, de vida y de suspiros lleno,  
 con tu aromado aliento se levanta?

¿Con qué cuadros de luz, con qué espirales  
 la hermosa aurora á disputar se atreve  
 las gracias virginales  
 que, en movimiento blando,  
 se deleitan jugando  
 en derredor de tu cintura leve?

¡Oh, si te hubiese visto un solo instante  
 allá en los tiempos en que el alma mía,  
 feliz y delirante,  
 era toda entusiasmo y poesía,  
 yo no hubiera pedido prosternado  
 á la naturaleza,  
 los misterios sin fin de su belleza  
 que en mi lira después se han escuchado!

Tu suprema hermosura  
 mi enamorado labio cantaría;  
 y, de tus ojos á la lumbre pura,  
 divino fuera mi mundano verso,  
 y mi verso te haría  
 divinidad también del Universo.

Para adornar tu espléndida cabeza,  
 pediría á la gloria  
 lauros que eternizaran la memoria

de mi amor y tu célica belleza.

Tu corazón que espera,  
cual un arpa eoleana  
el primer soplo con que amor le hiera  
para dar tierno su amoroso acento,  
de mi pasión temprana  
sentido hubiese mi abrasado aliento.

Yo buscaría en ti la oculta fibra  
que pulsada una vez se agita y vibra,  
y hace que la mujer, sin saber que ama,  
arda de amor en la sensible llama.

Entonces ¡ay! bebiendo de tu boca  
savia de vida, espíritu de amores,  
mi vida fuera un piélagos de flores,  
y el alma mía de entusiasmo loca,  
haría caprichosa  
del mundo un Edén, de ti una Diosa.

Con mis manos tu frente cubriría  
para que el sol no ajara tu hermosura,  
y en hálitos de amor perfumaría  
el aura que rozase  
con su ala fugitiva tu sien pura.

Yo pondría en tus hombros mi cabeza,  
jugarían mis manos con tus rizos,  
y entonces ¡ay! de Laura la belleza  
mi amor envidiaría y tus hechizos,  
pues más enamorada sonaría  
que la voz del Petrarca la voz mía.

En supremo embeleso  
robaría á tu labio el primer beso,  
y ¡ay! de Leonora la amorosa historia  
olvidaría el mundo, y la hermosura  
que dióle al Tasso su inmortal diadema.  
Yo con la luz de mi radiante gloria  
diera más brillantez á tu ternura,  
mas vasto imperio á tu beldad suprema:

y en las alas del tiempo y la memoria  
 volarían mis cantos,  
 eternos con tu amor y tus encantos.

¡Delirio celestial, huye de mi alma!  
 ¡mi pecho es una tumba, y quiero calma!

Allá en el Occidente  
 un astro baja su radiosa frente;  
 esa es mi juventud... esa es mi vida  
 por el genio del mal tan combatida.

Hasta mis tristes ojos,  
 llegas tú, criatura indefinible,  
 cuando ya sólo quedan los despojos  
 de lo que fué mi ser. Mano terrible  
 puso el dolor en mi temprana vida,  
 y, á la saña homicida  
 con que apuró en mi pecho sus rigores,  
 se agotaron las flores  
 lozanas de mi mente;  
 los años para mí se apresuraron,  
 y, de mi joven frente,  
 la corona de amor me desataron.

Pero no; todavía  
 no soy bien infeliz, pues que en mi seno  
 queda una fibra que vital palpita,  
 al talismán de tu sin par belleza;  
 cual de un jardín ameno  
 que el huracán aniquiló en la noche  
 suele quedar oculta dentro el broche  
 una flor que levanta su cabeza  
 luego que el aura matinal la agita.

Aun quedaba en mi lira una armonía—  
 la postrera quizá — sentida, ardiente —  
 flor que robo al jardín del alma mía,  
 y oso ponerla en tu virgínea frente.

*Río Janeiro, Agosto de 1845.*



## A ELLA EN SU JARDIN

¿Qué te han hecho las flores  
que burlando su aroma y sus colores  
vas á humillarlas en su propio trono?  
¿Por qué pones al lado de la rosa  
tu cintura gentil, tu frente hermosa?

¿Por qué te acercas para hacerle agravios  
al clavel purpurino con tus labios?

¿Por qué á la flor ligera  
de la leve inocente enredadera  
á acariciar te atreves  
con tus manos más puras y más leves?

¿Por qué la esencia pura  
que exhalan ellas de su cáliz lleno,  
humilla con sus hálitos tu seno  
perfumado de amores y ternura?

Déjalas donde habitan;  
donde amanecen y se ostentan bellas;  
pues las flores más lindas se marchitan  
si estás en el jardín al lado de ellas.

Deja esos brotos pobres de la tierra  
que gocen de su corto y fugaz día,  
que harto aroma y beldad en ti se encierra,  
brillante flor de hermosa poesía.

Flor que en mis sueños de oro  
imaginé en mi seno colocada;  
que luego á mi ilusión dejó burlada,  
y que si más se esquivaba más la adoro.

*Montevideo, Noviembre de 1846.*

## MELANCOLIA

Llebad en vuestras alas  
¡oh, brisas de la tarde!  
los huérfanos suspiros  
de mi secreto amor:



amor sin esperanza,  
pero de que hace alarde  
mi corazón que sufre  
su celestial ardor.

Llevadlos, y piadosas  
cuando toquéis la frente  
de un ángel que ha bajado  
con formas de mujer,  
sobre sus blancas sienes  
dejadlos dulcemente  
cual la única corona  
que puédole ofrecer.

Suspiros son que nacen  
del seno diamantino  
donde se guarda en mi alma  
la sensibilidad;

único bien que nunca  
me arrebató el destino,  
fuente serena y pura  
de mi infelicidad.

Mi amor no es un delirio  
de ardiente fantasía;  
mi amor está en el alma  
con lágrimas y fe;

placer que se confunde  
con la melancolía,  
corona de jazmines  
con hojas de ciprés.

La veo en las estrellas  
la veo en la alborada,  
en las nocturnas sombras  
en el radiante sol;

do quiera van los ojos  
do mi alma enamorada,  
del sol de mis amores  
encuentro un arrebol.

Las flores me deleitan;

su aroma y sus colores  
son hoy para mi vida  
supremo talismán.

¡Ay, triste del que ignora  
la magia que las flores  
contienen para el alma  
que acongojada está!

Mas, ¡ay! que las estrellas,  
las flores y la aurora,  
mezclando á mis amores,  
contempla! . . . dolor.

¡Pues si la imagen suya  
mi corazón adora,  
mi corazón la baña  
con lágrimas de amor!

Amor sin esperanza,  
que en mi alma se alimenta  
del fuego solamente  
que en mis entrañas hay;  
ningún benigno soplo  
mi corazón alienta;  
no hay pecho que recoja  
de mi infortunio el ¡ay!

La adoro y no lo sabe;  
la adoro, y su pupila  
sobre mi triste noche  
no vierte claridad.

La adoro, y mientras goza  
felicidad tranquila,  
en mi alma se apodera  
la bárbara ansiedad.

Llevad en vuestras alas  
¡oh, brisa pasajera!  
mis huérfanos suspiros  
á mi adorado bien;  
no la digáis que la amo;  
pero dejad siquiera,

mis huérfanos suspiros  
sobre su blanca sien.

Montevideo, 1848.

## EL RELOJ

Sonó en la vecina iglesia  
la campana del reloj,  
diciendo: «Pasó una hora  
»y á la eternidad cayó.»

Eco lúgubre del tiempo  
que con fatídico son  
nos manda que repitamos  
en cada momento: ¡adiós!

Pero el mundo sólo mira  
porvenir en el reloj;  
da *la una*, y desespera  
alguien que espera *las dos*...

*Las doce* espera del día  
el pobre trabajador,  
y *las doce* de la noche  
el amante corazón.

Las horas que van pasando  
no se cuentan al reloj,  
cuenta el hombre las que faltan  
mas nunca la que pasó.

Así, al sonar la campana  
suele en secreto decir:  
«Las que ha de marcar espero,  
»porque esperar es vivir.»

Es, pues, entonces en el mundo mío  
indiferente para mí el reloj;  
pasen las horas á su antojo, pasen,  
tráenme lo mismo que las diez, las dos.

Yo nada espero—mi cansada vida  
«*ni llorar puede ni sentir amor*»;  
del llanto mío so agotó la fuente,  
la llama activa del amor murió.

Ya con el mundo los estrechos lazos  
mi descontento corazón rasgó;  
lo mismo el día de mañana espero  
que ayer las horas esperé de hoy.

Activo foco de pasiones mi alma  
 á los incendios del amor cedió,  
 y grande placa de cristal mi mente  
 vida y verdades transparentes vió.

Sé que si escucho de mujer querida  
 latiendo el alma su amorosa voz,  
 ó ella se engaña al pronunciar, *te amo*,  
 ó á mí me miente con doblez mayor.

Sé que si el seno de los hombres busco  
 y mi cabeza y corazón les doy,  
 luego que expriman de mí ser la esencia  
 con risa amarga me dirán: ¡adiós!

Y sé que es hoy lo que será mañana  
 el mundo, el hombre, la mujer y el sol;  
 y pues que todo lo que viene he visto,  
 tráenme lo mismo que las diez, las dos.

Yo nada espero:—ni dolor, ni risa  
 en la indolencia que mi ser cayó—  
 si hoy tengo hastío lo tendré mañana,  
 es mueble inútil para mí el reloj.

*Río Janeiro, Noviembre ds 1844.*

## LA AROMA

Insensible del alba al tierno lloro  
 y al beso de las auras peregrinas,  
 resplandeces, del sol lágrima de oro,  
 bella y soberbia en tu millón de espigas.

Engreída en tu altísimo palacio,  
 halagar y engañar son tus placeres;  
 te haces mágico dueño del espacio,  
 llamas de lejos y de cerca hieres.

Ingrata y falsa, sin piedad lastimas  
 la mano que te busca sin recelo;  
 y si-á cogerte sin temor la animas,  
 es cuando el viento te postró en el suelo.

¡Ay! la que tanto mal lleva consigo,  
 la triste ley de su destino aclama:  
 sin un seno de amor que la dé abrigo,  
 su destino es morir seca en la rama.

FIN

# INDICE

Págs.

ADVERTENCIA . . . . .	3
CANTOS DEL PEREGRINO	
Introducción . . . . .	13
Canto primero . . . . .	21
Canto segundo. . . . .	39
Canto tercero. . . . .	61
Canto cuarto . . . . .	89
Canto quinto . . . . .	122
Canto sexto . . . . .	149
Canto undécimo . . . . .	179
Canto duodécimo. . . . .	217
Notas de los CANTOS DEL PEREGRINO. . . . .	255

## POESÍAS DIVERSAS

Introducción. . . . .	285
Lamentos. . . . .	289
La tarde . . . . .	291
Destellos del dolor . . . . .	292
A Teresa . . . . .	295
Al 25 de Mayo . . . . .	303
Adiós. . . . .	312
Despedida . . . . .	314
A Rosas . . . . .	315
Montevideo . . . . .	322
A Buenos Aires . . . . .	328
A Dios . . . . .	333
Al sol de Mayo, 1847. . . . .	337
Una tarde en el Dacá. . . . .	344
El suspiro. . . . .	349
En la lápida de Florencio Varela. . . . .	350
El juramento. . . . .	350
A una señorita . . . . .	353
Brindis . . . . .	354
El poeta Mármol al poeta Mitre: El canto de la patria . . . . .	355
A la condesa de Walewski, en 1847 . . . . .	358
A Bolivia, en 1846 . . . . .	361
A mis amigos de colegio . . . . .	371
Sueños . . . . .	375
Desencanto . . . . .	379
En un álbum. . . . .	387
Rosas, 1860 . . . . .	387
Adiós á Montevideo . . . . .	392
Al Sol . . . . .	393
Recogimiento. . . . .	396
Cristóbal Colón . . . . .	400
Los tres instantes . . . . .	403
A... . . . .	405
A <i>ella</i> en su jardín . . . . .	411
Melancolía . . . . .	411
Al reloj . . . . .	414
La aroma. . . . .	415

**PLANTILLA**  
**PARA LA COLOCACIÓN DE LÁMINAS**

---

	<u>Págs.</u>
I.—Así en instantes de pasión decía. . . . .	48
II.—Ya de su lecho en soledad secreta. . . . .	93
III.—¡Ay, cuántas veces dormidos..... . . . .	143
IV.—Y en el hombro de Carlos se inclinaba. . . . .	192
V.—Suspira el peregrino y de la nave. . . . .	240
VI.—La admiré cual á un ángel divino. . . . .	291
VII.—Y á vírgenes puras cogiendo las flores. . . . .	347
VIII.—En supremo embeleso. . . . .	405

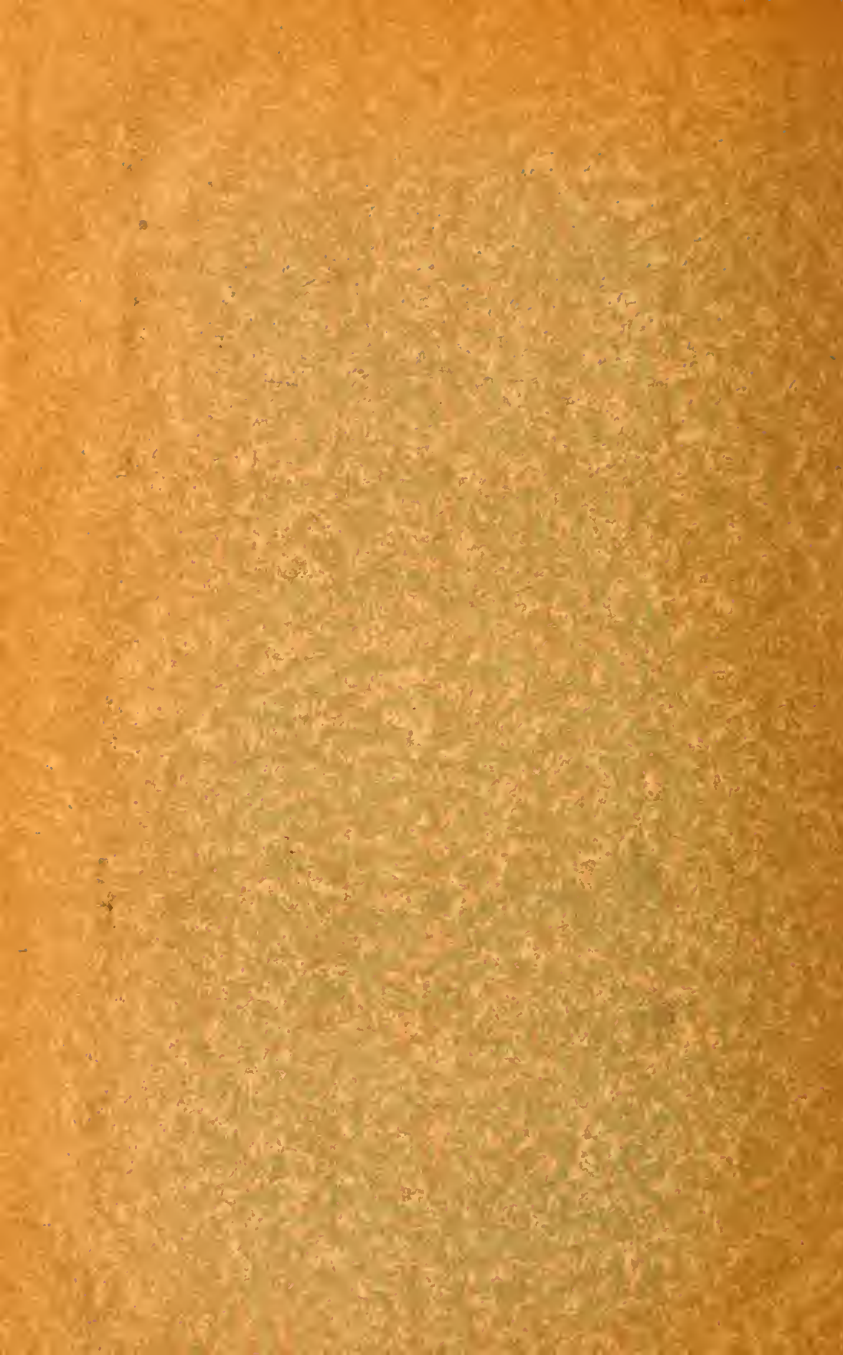












Microfilmed  
SOLINET/ASERL PROJECT  
1990-92



